

JACKIE COLLINS



Lo tenían todo, fiestas, fama,
drogas, poder y sexo.
Aun así, el camino al éxito
era brutal y solitario.

RockStar

Lectulandia

La historia de tres divos de la música rock. Los tres han pagado un alto precio por ascender los peldaños de la fama, y los tres son demasiado grandes para compartir el mismo escenario. Sin embargo, la desesperación de un hombre y la consumación de una terrible venganza les arrastrarán a un inesperado juego mortal...

Lectulandia

Jackie Collins

Rock Star

ePub r1.2

Huygens 22.08.13

Título original: *Rock Star*
Jackie Collins, 1993
Traducción: Adelaida Ruiz
retoque de portada: Huygens

Editor digital: Huygens
Corrección de erratas: Huygens, David
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi hermano, Bill Collins, quien siempre está presente.

LOS ÁNGELES, 1987

Sábado 11 de julio

Era uno de esos perfectos días despejados de Los Ángeles. Los vientos de Santa Ana se habían llevado el *smog* y el sábado 11 de julio se presentaba radiante y bello, con una calidez que inducía a la pereza.

Kris Phoenix, cosa inusual en él, se despertó temprano. Había volado desde Londres la tarde anterior y se había acostado nada más llegar. Catorce horas más tarde emergía en su gigantesca cama de su gigantesca y lujosa mansión de Bel-Air, y al volverse encontraba a su lado a su amiga de Los Ángeles, Cybil Wilde, que había llegado en algún momento de la noche. Afortunadamente para ella, no habría intentado siquiera despertarlo. El sexo era formidable, pero nada bueno hubiese resultado con el cansancio del viaje.

Cybil dormía, su cuerpo de diecinueve años delicado y desnudo, y su cabello dorado que enmarcaba un rostro precioso.

Cybil Wilde era una cotizada y destacada modelo, con un futuro prometedor. Recientemente su fotografía había aparecido en la portada del *Sports Illustrated*, con un sugestivo traje de baño entero, y a partir de entonces, habían comenzado a lloverle ofertas de trabajo, pero Cybil nunca aceptaba ninguna sin antes consultar con Kris, y él siempre prefería que ella se quedara en casa, aunque él no estuviese allí.

Pensó en despertarla. Hacía varias semanas que no se veían, pero entonces recordó que esa noche tenía un concierto y decidió que era preferible esperar. Astrid, la mujer con quien vivían en Londres, no había dejado precisamente que su motor se oxidara. En realidad era una maníaca que nunca lo dejaba solo.

Astrid era diseñadora de modas. Se habían conocido en París cuatro años antes, cuando su representante la había contratado para diseñarle cierta ropa de cuero y habían terminado haciendo mucho más que eso. Astrid tenía veintiocho años, nueve más que Cybil, pero cumplía también con el requisito de lucir cabello largo rubio y un cuerpo impactante. Además, era danesa, y nadie desconoce la bien ganada fama de las mujeres escandinavas. A él le gustaba esa mujer rubia y de piernas largas, de pechos grandes y carácter cordial. ¿Qué más podía pedir un hombre?

En silencio, Kris se levantó de la cama y se dirigió hacia su cuarto de baño negro y lleno de espejos.

Afortunadamente se había mantenido sobrio durante el vuelo, y la diferencia era asombrosa: se sentía un ser humano. Al inspeccionarse con detenimiento en el espejo que estaba sobre el lavabo de mármol negro, corroboró que lo parecía.

Kris Phoenix tenía treinta y ocho años, intensos ojos azules y un largo cabello rubio ceniciento aclarado por el sol (si no había sol, un peluquero inglés, de nombre

Spud, se ocupaba de lograrle el efecto). Era guapo el desgraciado... Ni muy alto ni muy bajo, hacía ejercicio para mantener un cuerpo dinámico y músculos tensos. No llegaba a ser un Arnold Schwarzenegger, era más bien una mezcla entre Bruce Springsteen y Mick Jagger.

Kris Phoenix era realmente una estrella del rock. Para algunos, incluso una leyenda del rock.

Todo lo que de él se decía no le preocupaba en absoluto. Sólo le interesaba componer música, cantar canciones y tocar la guitarra. Lo mismo hacían muchos otros pero él sabía que llevaba una vida extraordinaria. Dividía su tiempo entre dos mansiones estupendas, ganaba millones de dólares al año, tenía siete automóviles y dos bellas mujeres. Sin embargo, esto no alteraba nada en su interior. En el fondo, seguía siendo Chris Pierce, de Maida Vale, Londres. Jamás podría olvidar que su madre había fregado los suelos de otros y que su padre había conducido un autobús.

—Dios mío, ¡eres tan sexy! —Cybil, descalza, se dirigió hacia el cuarto de baño. En realidad no eran sus pies lo único desnudo—. Te he echado tanto de menos... —Y lo rodeó con sus brazos.

Rápidamente la imagen de Astrid comenzó a disiparse en sus pensamientos.

—Yo también, pequeña —contestó él y besó sus labios cálidos e incitantes.

Ella apoyó los senos sobre el pecho desnudo de él, sabiendo bien el efecto que esto le provocaría. Pero el sexo estaba prohibido los días en que actuaba. Sólo una persona podía notar el poderoso crecimiento bajo los pantalones de su pijama.

Él la apartó suavemente.

—Deja eso, Cybil. Conoces las reglas. Esta noche tengo esa maldita presentación privada de Marcus Citroen.

Ella lo abrazó por la cintura y con su voz más sexy murmuró:

—¿Y qué hay de una pequeña función privada para mí? Te lo estoy pidiendo bien... y prometo ser buena. —Y tras una sugestiva pausa añadió—: Muy buena.

Pero no había manera de que Kris rompiera las reglas. Ni siquiera la bella Cybil podría lograrlo. Cuando daba un concierto, él era como un luchador entrando en el cuadrilátero. Necesitaba cada gramo de su preciosa energía sexual. No desperdiciaría ni una sola gota hasta después de la actuación.

—Más tarde —prometió y, desembarazándose de ella, se dirigió a la ducha.

Cybil puso cara larga.

—He dicho que más tarde —repitió él esbozando una de sus famosas sonrisas, mientras entraba bajo las heladas agujas del agua de la ducha y se frotaba con su jabón cítrico.

Pensó que la ducha era saludable. Agua helada. Helaba las urgencias sexuales. Se sentía vivo y despierto, listo para cualquier cosa.

Para cualquier cosa menos para la función privada para Marcus hijo de puta

Citroen. Meditó fríamente cuánto despreciaba al poderoso magnate de la industria discográfica.

Con resignación, se dio cuenta de que no había nada que pudiese hacer.

Por lo menos, no de momento.

Rafaella descendió del jet privado de Marcus Citroen y subió a la limusina Mercedes privada de Marcus Citroen. Hizo un pequeño gesto al chófer, y se sintió aliviada al ver que no había ningún comité de recepción esperándola.

«Formidable —pensó—, nadie me molestará hasta llegar al hotel».

Estaba equivocada. Tan pronto se instaló, el chófer le pidió que contestase al teléfono móvil del automóvil, diciendo con reverencia:

—El señor Citroen al aparato.

—Gracias. —Su voz sonó hastiada. Marcus Citroen seguía cada uno de sus movimientos. No podía ni ir al cuarto de baño sin que él se enterara.

—Hola, Marcus —dijo con indiferencia.

—El señor Citroen estará con usted en un instante —dijo con voz aterciopelada su siempre eficiente secretaria, Phoebe.

Rafaella esperó. A Marcus le encantaba tener a la gente esperando: ella lo había visto hacerlo innumerables veces. «Fortalece el carácter», decía él con ese acento europeo que nunca había logrado quitarse del todo. Nerviosamente se inclinó hacia delante y pidió un cigarrillo al chófer.

—Lo he dejado —dijo el hombre con orgullo—. ¿Quiere que nos detengamos y le compre un paquete?

—No —dijo ella meneando la cabeza con energía. Ella también había dejado ese maldito hábito, aunque en ese momento habría matado por dar una calada profunda a cualquier cosa.

—¿Rafa? —Era la voz de Marcus. Su leve acento. Su pesadez untuosa.

—Sí, Marcus.

—Estás aquí.

«Por supuesto que estoy, tú me citaste».

—Sí.

—¿Has tenido buen viaje?

—Sí, gracias.

—Bien, bien. —Se aclaró la voz—. Te he reservado una suite en el Hotel Hermitage. Te llamaré cuando llegues allí.

«Sí. Posiblemente en el mismo instante en que cruce la puerta».

—¿Rafaella?

—Sí.

—No lamentarás tu decisión.

«Lo haré, Marcus, lo haré».

Él no le había dado más opciones, pensó ella, acariciando con la mano su largo cabello oscuro. Con un profundo suspiro, se recostó en el mullido asiento de cuero.

Rafaella. Se la conocía por ese único nombre.

Rafaella.

Cuando cantaba, su voz tenía un efecto mágico. Noches sofocantes y clubes nocturnos llenos de humo. Ella no cantaba sobre las vírgenes y el amor de los jóvenes. Se movía en el territorio de Billie Holiday y los blues. A los veintisiete años estaba empapada de la tristeza de los blues, más de lo que hubiera debido estar.

Rafaella era una belleza exótica. Ojos verdes y pómulos salientes. Una boca ancha y sensual y piel cobriza. Su cabello oscuro, largo y brillante, le caía como una cortina hasta la cintura. Era ligera, nada voluptuosa, pero su cuerpo significaba mucho bajo el amplio traje de hombre y la camisa de seda que llevaba.

Rafaella había llegado a las alturas desde nada. Hacía ocho meses nadie sabía nada acerca de ella. Ahora era una estrella. Brillaba en todas partes. Una carrera meteórica la había llevado rápidamente a la cúspide. Pero si ella había imaginado que la fama le traería la libertad, le había sucedido exactamente lo contrario. El estrellato le había traído a Marcus Citroen. Y ella lo odiaba con una pasión profunda y ardiente.

—Bobby Mondella, ¿acaso tienes idea de cuánto te quiero? —La pequeña mujer negra lo miraba entusiasmada mientras se apoyaba en el borde del amplio escritorio circular. Su nombre era Sara.

Bobby, sentado en una cómoda silla de cuero próxima al escritorio, se acercó para tocarla:

—Dime, nena, dime.

Bobby Mondella daba un nuevo significado a la palabra «apuesto». Rondaba los treinta años, era muy alto, tenía la piel de un color chocolate oscuro, el cabello negro rizado y un cuerpo magnífico.

—Haré algo mejor que contarte, querido —dijo Sara con entusiasmo mientras cogía una pila de recortes de periódicos que estaban sobre el escritorio—. Te leeré alguno de los comentarios que han aparecido sobre el álbum *Mondella Alive*. Lo que dicen es di-na-mi-ta.

Bobby se llevó las manos a las gafas oscuras que cubrían sus ojos ciegos. Se las quitó y se las volvió a poner. Hacía el mismo gesto cientos de veces al día. No podía aceptar el hecho de que ya no vería nunca más.

—Sí. Son di-na-mi-ta —repitió Sara, excitada.

—Ya sé lo de los comentarios —dijo Bobby con paciencia—. El álbum ha sido el número uno en las listas durante las últimas cinco semanas.

—Seis —corrigió Sara—. Seis semanas seguidas y continúa firme. —Se detuvo

un instante para respirar—. Estoy segura de que has oído hablar de los comentarios que hicieron Billboard, Rolling Stone y el L.A. Times.

—¿Qué pasa? —interrumpió Bobby—. ¿Por qué no me ahorras esto y vas directamente al grano?

—Lo que pasa —dijo Sara con aire importante— es que a través de este gran país llamado América...

—Acaba con eso, nena.

Ella lo ignoró y continuó con su discurso.

—En cada pequeño pueblo perdido te aman, querido. —Hizo una pausa triunfal y agitó los recortes—: ¿Quieres que te lea algo de esto?

—Está bien —dijo él despreocupado. No quería parecer demasiado ansioso, pero sabía de sobra que era inútil tratar de ocultar algo a Sara. La conocía muy bien.

Ella leyó:

—«Bobby Mondella tiene alma de rey. Compre *Mondella Alive* y reveréncielo, ya que Bobby Mondella pone más sentimiento que nadie en cada verso». —Se detuvo y preguntó—: ¿Te gusta?

—No está mal.

—¡Eh! Miren al señor presumido.

—Pon aquí tu lindo trasero. Quiero jugar al baloncesto.

—Deja eso. Aquí hay otro, de Duluth Herald: «El retorno de Bobby Mondella es el mejor álbum de soul de la última década. Desde su desdichada tragedia, la magia de Mondella es cada vez mayor».

La dulce voz de Sara continuaba, leyendo elogio tras elogio, superlativo tras superlativo. Bobby escuchaba atentamente y no podía evitar deleitarse con todos esos extravagantes elogios. Era agradable volver a ser el número uno, especialmente cuando todos lo habían descartado, habían dicho que estaba acabado y se habían referido a él como a un muerto.

Todos.

Excepto Sara.

Y excepto el maldito Marcus Citroen.

Bobby sentía que el odio lo envolvía como una nube tóxica. Detestaba a aquel hombre, y tenía buenos motivos para hacerlo. Sin embargo, debía admitir que Marcus Citroen era el único que le había dado una oportunidad de regresar. Y aquí estaba de nuevo, su venganza.

—Suficiente, Sara —interrumpió suavemente—. Quiero descansar un poco antes de esta noche.

—No sé por qué aceptaste eso —gruñó ella—. Marcus Citroen y sus ricachos amigos no merecen que los entretenga alguien como tú. Especialmente no merecen que les dediques tu primera actuación en vivo después del accidente.

¿Cómo podían todos, incluso Sara, referirse a su ceguera como un accidente? No había sido un accidente, maldita sea. Había sido un crimen, y un día él llegaría a descubrir al responsable.

—Se trata de un acontecimiento interesante.

—El acontecimiento de ella —gruñó Sara. Lo cogió del brazo y lo guió hasta la puerta del dormitorio.

El acontecimiento de ella. Bobby no la había vuelto a ver desde el accidente. Tampoco había escuchado una palabra de esa puta sin corazón.

Nova Citroen. La esposa de Marcus. La idea de estar con ella lo excitaba y le disgustaba a un tiempo. Se preguntaba qué haría... qué diría ella.

«¡Por Dios! no puede ser que aún esté pendiente de ella —pensaba él—. No debo, no puede ser...».

Como si sintiese que él estaba pensando en otra mujer, Sara se apartó. Su voz se volvió fría y distante:

—La limusina estará aquí a las tres. ¿A qué hora te despierto?

—A la una y media. —Acercó la mano a la cálida mejilla de ella—. Y comeré un emparedado de tocino. ¿Está bien?

—No soy tu cocinera.

—Ya lo sé, nena. Pero nadie prepara mejor que tú los de tocino.

Dejando escapar un suspiro de resignación, ella se dio cuenta de que haría cualquier cosa por Bobby Mondella. Y él lo sabía. Si lo apreciaba o no era otra cuestión.

Una vez solo, Bobby se dirigió a la cama, se quitó la camisa, se desabrochó el pantalón y se acostó.

Nova Citroen. Ahora que había comenzado, no podía parar de pensar en ella.

Se quitó las gafas oscuras y le invadió un sentimiento de desesperanza al darse cuenta de que ya no podría volver a verla.

Nova Citroen no podía decidir qué joyas ponerse esa noche. Las esmeraldas de Harry Winston eran tentadoras, tan verdes y lujosas. Una sola piedra enorme rodeada de diamantes en su cuello, aretes haciendo juego, un enorme anillo y un magnífico brazalete. Pero las había llevado en febrero, en la gran fiesta del día de San Valentín que daban Niven, Cohen y Moss, y también el día del Oscar de Irving y Mary. Dos veces en un año era suficiente. Descartó las esmeraldas y pensó en los rubíes Cartier.

Eran bellos, pero un tanto rimbombantes para lo que ella necesitaba esa noche.

Se inclinó sin vacilar por su nuevo collar, brazalete y aretes de diamantes. No cabía duda. Esa noche no merecía nada menos que esos despampanantes diamantes para complementar su cabello platinado y el vestido de Galanos que iba a lucir. Era muy adecuado para una noche sencilla junto al mar.

Indudablemente la idea que tenía Nova de una noche sencilla difería de la del resto del mundo. Ella y su marido Marcus vivían parte del año en una magnífica propiedad de diez hectáreas sobre una colina mirando hacia el océano Pacífico, a pocas millas de Malibú. La propiedad tenía dos mansiones separadas, una de las cuales estaba destinada a los invitados. Poseía también una piscina olímpica, tres canchas de tenis, una sala de grabaciones, un gimnasio totalmente equipado, una sala de cine, establos donde se albergaban los carísimos caballos árabes y un garaje con suficiente espacio para la colección de automóviles antiguos de Marcus.

Ellos la llamaban su refugio de fin de semana, pero en esta ocasión harían algo más que refugiarse. Nova y Marcus Citroen darían allí una fiesta de recaudación de fondos para el gobernador Jack Highland. Era una fiesta de etiqueta, exclusiva para cincuenta parejas, cada una de las cuales había pagado cien mil dólares por el privilegio de estar allí. Se trataba de un grupo muy selecto. Nova había sido muy cuidadosa al decidir a quiénes permitiría asistir. Cuando el mundo se dio cuenta de que las entradas eran imposibles de obtener, todos clamaron por pagar. Después de todo, los enterados estaban seguros de que el gobernador Highland sería el nuevo presidente.

Nova estaba muy contenta con su lista final de invitados. Sólo la *crème de la crème*. Los más ricos, los más poderosos, los de mayor talento y los más famosos. No quería demasiada gente de Hollywood. Lo que ella deseaba era reunir al poder real y agregarle sólo unas gotas de polvo de estrellas. Y había triunfado. Estaban volando hacia allí de todas las partes del mundo.

La velada que había planeado era espectacular. Una cena al aire libre servida por el ultra chic restaurante Lillianne. Acto seguido, concierto sorpresa, en el que aparecerían tres de los mayores astros del mundo. La leyenda: Kris Phoenix. El retorno: Bobby Mondella. La estrella en ascenso: Rafaella.

Una noche. Cinco millones de dólares recaudados para la campaña del gobernador Highland, y eso sin tener en cuenta la rifa en la cual, por mil dólares el número, podrían ganar premios que iban de una caja de champaña a un cupé Mercedes Benz.

Se probó el collar de diamantes. Decidió que sería ideal para esa noche, y volvió a colocarlo en la caja de terciopelo; después de todo ella tenía una reputación que mantener. Todos la conocían por su fabulosa colección de joyas.

Nova Citroen era una mujer elegante de cuarenta años, con la piel ligeramente bronceada, rasgos finos y asombrosos ojos de color violeta. Los hombres se perdían en sus ojos. Constituían su mayor atractivo. No era realmente bella, pero sí seductora y atractiva. Su cuerpo era delgado hasta el punto de la anorexia. Le convenía, ya que le permitía lucir maravillosamente la ropa.

Discretamente, Norton St. John, el secretario personal de Nova, entró en la

habitación.

—Disculpe, señora Citroen. El señor Citroen desea hablar con usted. Está en la línea privada.

—¿Ah, sí?

Por un momento consideró la posibilidad de decirle a Norton que lo mandara al diablo. Era una idea agradable, pero cambió de opinión al recordar que Marcus Citroen constituía su trampolín hacia la fama y estaba decidida a llevar el asunto hasta el final, por más que lo detestara.

A Speed le gustaba el dinero. Sólo había un problema: el dinero no le parecía gustar de él. Cada vez que reunía algo, sucedía alguna cosa. Si ganaba en Las Vegas aparecían una o dos artistas y se acababa todo. Si trabajaba en algo legal, que no era precisamente su actividad permanente, el abogado de su ex mujer se le echaba encima en cuanto recibía su primera paga. ¿Qué pasaba con su maldita suerte? No podía explicárselo.

Pero un día conoció a un sujeto llamado George Smith y supo que su suerte estaba a punto de dar un giro total. Había un gran trabajo para él: George Smith lo quería porque él era el mejor conductor de automóviles de todo el sur de California.

Se reunieron muchas veces pero ahora había llegado el día D, en el que Speed sabría exactamente lo que se esperaba de él.

Cuidadosamente vestido con un uniforme de chófer que había alquilado a un sastre de Hollywood, se puso a admirar su figura reflejada en el espejo de su apartamento de una sola habitación.

No era demasiado alto, pero ¡qué demonio!, tampoco era Dustin Hoffman.

Su cabello estaba raleando, pero, en fin, Burt Reynolds padecía el mismo problema.

Tenía rasgos afilados, como de hurón, pero ¿acaso Al Pacino no era un ídolo?

Speed estaba satisfecho de su aspecto. Por lo que a él se refería, se veía como un verdadero tenorio. Y cuando tuviese dinero para acompañar su encanto imaginario, sería totalmente irresistible para todas las mujeres. Excepto para su ex mujer. Una bailarina de striptease con tetas suficientes para romper el corazón de cualquier hombre.

Speed decidió que el uniforme le sentaba bien, y se admiró a sí mismo durante unos minutos, antes de ocuparse de las cosas que tenía entre manos. Debía arreglar algunos asuntos antes de la gran cita.

Era la oportunidad que siempre estuvo esperando y no había modo de que la dejase escapar.

Vicky Fox se moría por dar una patada en los huevos al jefe de seguridad. Hombres. Sexo. Eso era lo único en que pensaban. Por lo menos, la mayoría de ellos. Existían algunas excepciones, pero esos pocos eran muy difíciles de atrapar.

Por un instante, Vicky se permitió pensar en Maxwell Sicily. Él era sin duda una excepción. Por supuesto que habría reventado en sus pantalones si hubiese pensado por un instante que ella conocía su verdadera identidad. ¿Pero con quién se había creído que trataba? ¿Con una idiota de tetas grandes? ¡Oh, no! Cuando Vicky entraba en el negocio, lo averiguaba todo.

Cuando lo conoció, pensó: ¿George Smith? ¡Un pito! Y no tardó en averiguar su verdadera identidad. En realidad a Vicky nada le llevaba mucho tiempo.

—¿No usas sostén, muchacha? —preguntó el hombre fofo mirando sus mejores tributos.

Cretino, pensó ella. Si alguna vez la veía en su mejor forma, le daría un ataque cardíaco antes de que tuviese tiempo de pensar un deseo. Ahora, hábilmente disfrazada de criada, tenía un aspecto lamentable: su cabello rojo brillante, oculto bajo una cofia, poco maquillaje, y su sensacional figura escondida bajo ese uniforme.

—No seas tan curioso, Tom —contestó coqueta, moviendo los párpados sin recordar que no tenía puestas sus pestañas postizas—. No es asunto tuyo.

Tom era el jefe de seguridad de la casa de los Citroen, y ahora que Vicky había trabajado allí durante seis semanas estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que ella le pidiera a cambio de un favor sexual... o dos.

—Me gustaría averiguarlo.

—Bueno —dijo ella, lamiéndose los labios sugestivamente—. ¿Qué tienes que hacer esta tarde?

Los dos rieron. Más tarde sería el gran acontecimiento y Tom estaría ocupadísimo con todas las medidas de seguridad.

—Si tan sólo pudiésemos ver juntos el concierto —dijo Vicky, desabrochándose deliberadamente un botón del uniforme y luego otro... y otro...

Tom casi derramó su café.

—Tienes una formidables te... —comenzó a decir. En ese momento alguien entró en la cocina y se calló.

Vicky se fue, abrochándose los botones del uniforme. Podía escuchar la pesada respiración de Tom mientras salía de la cocina. Cuando llegara el momento de ocuparse de él, no habría ningún problema.

En la ciudad, Maxwell Sicily trabajaba en el restaurante Lillianne, uno de los más selectos de Beverly Hills. Tenía veintinueve años, era alto, robusto y de origen

siciliano. Su cabello era negro, peinado hacia atrás, sus ojos brillantes, su nariz demasiado larga y su boca demasiado fina. Sin embargo, la impresión general era de fría compostura. Parecía el hijo de un capo de la mafia.

Efectivamente, su padre era el infame Carmino Sicily, uno de los traficantes de drogas más importantes de Miami. Padre e hijo no se dirigían la palabra y Maxwell había venido de Sicilia para construir su propio porvenir. Y ciertamente había recibido una educación adecuada para eso.

—Hola, George —lo saludó Chloe, la rechoncha supervisora de Lillianne que contestaba al teléfono y vigilaba a los camareros.

Maxwell respondió con un gesto. En el trabajo le conocían solamente por George Smith, un seudónimo adecuado.

—Hace calor, ¿verdad? —dijo Chloe coqueteando y abanicándose con un ejemplar de la revista People.

Maxwell la ignoró, pero luego lo pensó mejor y asintió con la cabeza.

—Nunca te lo he podido preguntar antes —dijo ella apresuradamente, contenta de poder conversar con ese camarero tan guapo, al que le había echado el ojo desde el primer día—: Tú eres actor, ¿verdad? —Lo miró, esperanzada—. ¿Verdad que tengo razón? Siempre puedo detectar a los actores.

Maxwell asintió nuevamente. Gracias a Dios, era el último día que tenía que soportar esto. Mañana estaría volando rumbo a Brasil con una generosa suma suministrada gentilmente por los señores Citroen.

Maxwell Sicily no podía esperar.

KRIS PHOENIX

Londres, 1965

Chris Pierce celebró su decimosexto cumpleaños tres semanas después de haber sido expulsado de la escuela. Salió a la calle pensando en una venganza y se cambió el nombre por el de Kris Phoenix, ya que no había nada en el mundo que desease tanto como convertirse en una estrella del rock.

Toda su familia pensaba que eso era lo más estúpido del mundo. Sin trabajo y expulsado de la escuela, no era precisamente el miembro más popular de su familia. Sus hermanas mayores le consideraban un vago. Su padrastro opinaba que debía conseguir un trabajo y tirar a la basura esa guitarra que venía tocando desde los trece. Su hermano Brian era considerado el príncipe de la familia porque después de terminar sus estudios, hacía ya cuatro años, había conseguido un trabajo como empleado en un banco, y le decía: «Vamos, rata, nunca vas a llegar a ninguna parte con tu voz destemplada y tu estúpida guitarra. Déjala y haz feliz a mamá de una vez».

Mamá. Kris se preguntaba por qué siempre acababa pensando en ella. Todos sabían que era ella quien gobernaba a la familia con su voz autoritaria y su boca sarcástica. Sin embargo, ella casi nunca le traía problemas. A Brian le gustaba pensar que él era el favorito. Pero en realidad Avis Pierce estaba secretamente complacida cuando Chris, su hijo menor, daba muestras de querer hacer algo diferente. Ella había trabajado limpiando para otros desde los catorce años y se sentía orgullosa de haberlo hecho y haber sostenido a la familia. Poco después del nacimiento de Chris, el padre murió en un accidente laboral, y durante seis años Avis se las arregló sola. Fue duro lidiar con seis niños hambrientos, pero ella pudo hacerlo, hasta que conoció a Horace Pierce, un conductor de autobús, y se casó con él. Horace fue un hombre valiente, que tomó sobre sí la responsabilidad de una mujer con seis hijos.

Kris no recordaba a su verdadero padre. Sólo tenía una vaga imagen de sí mismo balanceándose sobre las rodillas de su padre cuando apenas era un bebé. Su padre parecía un muchacho, con su melena y su sonrisa.

—Sí —decía a menudo Avis, con un brillo lejano en los ojos—. Tu padre era un peligro. Con una cerveza y un cigarrillo se sentía feliz como un cerdo en la pocilga. ¡Era una sabandija!

Kris sentía no haber conocido a su padre a quien tanto se parecía. Él nunca había podido comunicarse con Horace, que pasaba la mayor parte de su tiempo libre pegado al televisor.

Kris pasaba mucho tiempo con su madre. Ella muchas veces lo llevaba consigo. Los lunes, miércoles y viernes limpiaba en la casa de los Edwards, situada en un elegante vecindario; los martes y los jueves trabajaba para Terry Terence, un agente

de espectáculos.

Los Edwards vivían en una lujosa casa de cinco pisos, con una criada permanente y un mayordomo. Avis había sido contratada para hacer el trabajo más pesado: encerar los suelos, limpiar las ventanas y lavar la ropa. Lo que más le gustaba a Kris era cuando la familia tenía invitados para cenar. A la mañana siguiente lo mandaban a la sala y a la biblioteca a vaciar los ceniceros. Él se guardaba las colillas y cuando las repartía al día siguiente en la escuela, lograba ser el muchacho de ocho años más popular.

Los Edwards tenían dos hijas rubias muy remilgadas. Kris las admiraba, pero ellas nunca le prestaron atención.

Su favorito era el señor Terry Terence. También a su madre le resultaba agradable. Ella sostenía que era realmente buena gente. Horace decía que era un mariposón, pero hasta los diez años Kris no supo qué pretendía decir con eso.

El señor Terence era un hombre interesante. Tenía sobre su escritorio un retrato dedicado de Little Richard y un gran póster de Johnnie Ray en el vestíbulo.

—¿Quién es Johnnie Ray? —preguntó Kris un día.

—Johnnie Ray es el cantante más maravilloso del mundo —respondió Avis—. Una vez lo vi en el Palladium y casi me desmayo.

El señor Terence encontró divertido el comentario, y regaló a Kris dos discos de Johnnie Ray y uno de Elvis Presley para que pudiese comparar.

Kris los escuchó en el tocadiscos de su hermana. Johnnie Ray le pareció detestable, en cambio se volvió loco con Elvis y fue en ese momento, a los once años, cuando decidió ser cantante y aprender a tocar la guitarra.

Ahora, cinco años más tarde, estaba precisamente tratando de hacer eso. Pero no era sencillo. En 1965 lo que más abundaba eran los adolescentes con aspiración a ser estrellas de rock. Desde el enorme éxito de los Beatles y los Rolling Stones, cualquier adolescente de Inglaterra se imaginaba llegando a ser un suceso internacional; la única diferencia consistía en que Kris era realmente dedicado. No pensaba en otra cosa, ni siquiera en las chicas.

—¿No crees que ya es hora de un revolcón? —le preguntó una vez su mejor amigo, Buzz Drake—. Tengo dos pollitas preparadas para más tarde. ¿Por qué no vienes?

Buzz siempre estaba intentando arrastrarlo en sus escapadas para encontrar chicas, pero Kris prefería quedarse ensayando con su guitarra en el polvoriento garaje de la casa donde vivía Buzz con su madre divorciada.

—Creía que esta noche íbamos a tocar —dijo Kris, acusador—. Me lo habías prometido.

—No todas las noches tenemos plan —contestó Buzz exasperado—. ¿Es que acaso no te interesa el sexo?

—Es más importante reunir a nuestro grupo. Si todos vosotros os dedicáis a salir por ahí a la pesca en lugar de practicar, nunca llegaremos a nada.

—¡Caray! Necesito un poco de acción.

—Entonces ven a ensayar.

—Bien. Te mostraré lo que te pierdes.

—Estoy ansioso por saberlo —respondió Kris, sarcástico.

A los diecisiete años, uno más que Kris, Buzz Drake tenía un aire particular. Nunca llevaba una prenda que no fuera negra. Jamás sonreía. Era delgado y ágil como una serpiente y tenía una mirada dura y satánica. Las chicas lo adoraban. Kris también, porque cuando de música se trataba siempre estaban de acuerdo. Podían pasarse horas discutiendo los méritos de los Rolling Stones en comparación con los Yardbirds. ¿O acaso el último disco de Bob Dylan era mejor que el de los Beatles? ¿Quién era el mejor cantante de soul de todo el mundo: Sam Cooke u Otis Redding? Buzz también tocaba la guitarra. No tan bien como Kris, pero de todas formas hacía un buen papel.

Kris había decidido hacía tiempo que no se molestaría en pensar en chicas. Tenía su guitarra, sus canciones y su colección de discos importados. Esa era su vida. Además, cada vez que se acercaba a una chica, salía malparado. En la escuela nunca había logrado comprenderlas, y una vez había sorprendido a dos de ellas hablando de él.

—Ese Chris Pierce es espantoso.

—Sí —contestó la otra—. Tiene una mirada horrible. No me gustaría cruzarme con él en una noche oscura.

Esta conversación sumada a los comentarios burlones escuchados durante años de las hermanas Edwards, lo hicieron descartar masivamente el sexo femenino. Además, ¿qué sabían ellas de música? Nada en absoluto.

Buzz había instalado una sala de ensayo en el garaje de su casa. Allí tenía una batería de tercera mano que le había regalado un tío, una grabadora que Kris había encontrado en un vertedero de basuras y que había hecho reparar, la colección de discos de ambos y un maravilloso equipo estereofónico con grandes altavoces, regalo de la madre de Buzz, Daphne. Daphne era una mujer de aspecto extenuado, que llevaba demasiado maquillaje y trabajaba como camarera en un club nocturno de Soho.

A Kris le gustaba la señora Drake, aunque no tenía en absoluto aspecto maternal con sus tacones de aguja y sus medias negras. De alguna manera ella era una especie de versión adulta y femenina de su hijo.

Algunas veces, cuando Kris y Buzz estaban encerrados tocando variaciones en la guitarra con una grabación de Chuck Berry —el gran Chuck, que les había enseñado más de lo que hubiesen podido aprender en cualquier academia—, ella entraba,

permanecía de pie junto a las puertas descascarilladas y decía:

—No está mal, muchachos. Algún día llegaréis lejos.

Sí, pensaba Kris, si tan solo Buzz dejara de lado a esas estúpidas chicas y se concentrara.

Le molestaba que su madre no le hubiese escuchado durante años, desde que se había unido a Buzz y había trasladado sus cosas al garaje. En ese momento su familia había sentido un gran alivio.

—Gracias a Dios no tendremos que escuchar más esa basura todas las noches — comentó Brian—. Eso suena peor que los gatos peleando por los tejados.

Kris había decidido en ese momento que si algún día llegaba a dar conciertos, su hermano sería la última persona a la que él invitase.

—Hasta luego —dijo Buzz, enroscándose la bufanda negra en el cuello—. ¿Estás seguro de que no has cambiado de idea?

—Dales uno de parte mía —dijo Kris con todo el entusiasmo que pudo fingir, y se quedó preguntándose si sería tan importante eso que se estaba perdiendo y que Buzz perseguía sin descanso.

No dudó durante mucho tiempo. Pronto estaba totalmente perdido en la magia de la música, tocando en un solo con Chuck Berry y gritando los versos de Little Richard, maravillado ante la maestría de Ray Charles en «*What'd I Say*».

Kris había aprendido solo todo lo que sabía, escuchando a los grandes. Comenzó a los once años con una guitarra acústica de la sala de música de la escuela y luego, a los trece, se compró una guitarra eléctrica de tercera mano, con sus ahorros y un poco de ayuda de su madre. Avis no lo había alentado, pero en realidad tampoco había hecho lo contrario. Era el resto de su familia el que estaba en su contra, siempre maldiciendo y protestando por el ruido.

Encontrar a Buzz, un camarada con el mismo sueño, lo había salvado. Compartían la aspiración a ser estrellas de rock y estaban dispuestos a trabajar duro para llegar.

Se hallaba muy concentrado tocando una canción de Buddy Holly, cuando se dio cuenta de que la señora Drake estaba apoyada contra la puerta del garaje, escuchándolo en silencio.

—No pares —dijo ella, arrojando el humo por la nariz.

Él no lo hizo, y dejó que la música lo envolviera, sintiendo el ritmo y la pasión, dejando que el instrumento se transformase en parte de sí mismo.

Cuando terminó, al mismo tiempo que la grabación, ella aplaudió, desparramando la ceniza en el suelo.

—No eres nada malo —dijo caminando hacia él.

—Gracias.

—Y no estás nada mal, para ser un chico.

¿Estaba oyendo bien? Nadie le había dicho nunca algo así. Él sabía que no era feo. Era corriente, quizás un poco desagradable si se tenían en cuenta los comentarios de las chicas.

—Dime una cosa, ¿cómo es que no andas acostándote por ahí, como mi Buzz? —preguntó, poniéndose en cuclillas y ojeando alguno de los álbumes clavados en la pared.

—Prefiero practicar —contestó él tratando de no mirar la piel que veía entre la falda negra ajustada y el ceñido suéter.

Ella se volvió para observarlo y él sintió con vergüenza que el miembro comenzaba a crecerle dentro de los pantalones.

—¿No te gustan las chicas? —preguntó ella, mirándole provocativamente.

—Bueno... no... quiero decir... sí —balbuceó, deseando estar en un lugar solitario con una revista Playboy. Ese sería el único modo de librarse de la urgencia que crecía bajo sus pantalones.

—¿No? —preguntó ella, divertida—, ¿o sí?

Él intentó recobrar la compostura.

—Me gustan bastante... Es sólo que quiero ensayar.

—Hummm.

Ella se lamió los labios, delgados como todo en ella. Entonces, como si fuese lo más natural del mundo, levantó los brazos y se quitó el suéter, dejando ver sus pechos pequeños y duros, con grandes pezones de color púrpura.

Kris se oyó a sí mismo tragar saliva. Le pareció que el sonido recorría todo el garaje.

—Tienes dieciséis —dijo la señora Drake, segura—. Yo tengo treinta y dos, querido. Más vale que lo hagas conmigo en vez de con alguna adolescente que se cansará antes de que puedas acabar.

Buscó la cremallera de sus pantalones y la bajó lentamente. Entonces le tocó el miembro, que él sentía a punto de estallar. Después de dejarlo fuera, le acarició diestramente la punta y él se sintió avergonzado cuando se corrió bruscamente en su mano.

Se ruborizó de la cabeza a los pies, pero la señora Drake no parecía en absoluto perturbada.

—¿Es la primera vez? —le preguntó, comprensiva.

Él asintió torpemente, demasiado humillado como para hablar.

—No te preocupes. Aprendiste a tocar bien la guitarra. Ahora aprenderás a hacer el amor a las mujeres. Sólo échate y disfruta de la lección número uno. Soy la mejor maestra que jamás tendrás.

Tener algo secreto con la madre de Buzz no era precisamente sencillo. Así como antes Kris insistía siempre a su amigo para ensayar juntos, ahora no veía el momento

de deshacerse de él.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó un día Buzz después de una larga y no muy buena sesión de ensayo—. Esto es lo que siempre querías hacer, y ahora parece que te escapas. Si sigues así nadie se interesará nunca por nosotros.

Kris asintió. Era verdad, pero de algún modo en ese momento tocar no era lo más importante. Lo que deseaba era estar con Daphne.

—Es mi maldito trabajo. Lo odio.

Su madre había insistido en que debía hacer otra cosa que recibir el subsidio del paro. Le había dicho que ya era hora, y él había conseguido un trabajo de limpiacristales. En realidad, se sentía aterrado cada vez que debía subir a la pequeña plataforma que pendía de la gigantesca torre de ese edificio de oficinas.

—Haz otra cosa entonces —le sugirió Buzz.

Él se había conseguido un trabajo como empleado en un parque de atracciones y realmente lo disfrutaba.

—Puedo cazar veinte pollitas en un día —alardeaba.

En realidad Kris sentía una enorme culpa. Había descubierto los placeres del sexo con la madre de su mejor amigo; además, en su casa, su hermano mayor estaba a punto de casarse, lo que hacía que la atmósfera fuera caótica, pues Avis actuaba como si fuera a tener lugar una boda real.

La futura esposa de Brian, Jeniffer, era la hija de un contable. La boda significaba un ascenso para Brian y Avis se preocupaba por señalarlo continuamente, indicándoles a todos cómo debían vestirse y comportarse ante la familia de Jennifer.

Kris debía ser el padrino de boda. Su madre le hizo alquilar un traje. Era demasiado estrecho y olía levemente a sudor. Algún día, pensó para sí de pie tras su hermano en la iglesia, se compraría trajes y los desecharía después de haberlos llevado una sola vez, quizás hasta se los regalaría a Brian.

El verano transcurría.

La historia de Kris con la señora Drake también discurría. Buzz anunció que estaba harto de Inglaterra y que quería viajar al extranjero por un tiempo. Había pensado en España. Sería una buena elección.

—Mucha bebida barata, mujeres y me han dicho que podremos conseguir trabajo tocando la guitarra en restaurantes y bares. Apesta quedarse aquí durante el invierno helado. Además, si no te vas pronto de aquí se te van a secar las pelotas sin ayuda del invierno helado.

Buzz todavía no tenía idea de lo que ocurría en su casa.

Kris sopesó las posibilidades y decidió que no sería una mala idea. Acababa de cumplir diecisiete y nada sucedía. Odiaba su trabajo. Odiaba la doble vida que implicaba la relación con Daphne. Odiaba ver cada día llegar a su madre a casa agotada y con las manos enrojecidas de limpiar la suciedad de otros. Odiaba oír a sus

hermanas peleando el día entero. Odiaba las visitas semanales de su hermano Brian y su estirada esposa. Y, lo peor de todo, no había logrado nada con su música.

—Está bien. Iremos —decidió al fin.

—¡Fantástico! —aulló Buzz, por una vez satisfecho.

Avis se sintió mal cuando se lo dijo.

—Eres demasiado joven para irte a uno de esos sucios países extranjeros. Comen perros y beben agua sucia en esos asquerosos lugares.

—Déjalo ir —terció Horace, un aliado inesperado—. Es hora de que se las arregle solo. Ya es mayorcito, y es bien feo.

Daphne Drake se tomó la noticia con calma. Hasta los ayudó a pagar las bicicletas de segunda mano y les dio dinero para el viaje en el transbordador hasta Bélgica. Kris presintió que nunca volvería a verla.

BOBBY MONDELLA

Nueva York, 1966

A los dieciséis años, Bobby Mondella era un gordito bien parecido y una estrella del canto. Lo conocían como Sweet Little Boy, y había editado con éxito varios discos de música country. Había comenzado a cantar profesionalmente a los once, y fue a los dieciséis precisamente cuando todo acabó.

Su voz se quebró y antes de lo que canta un gallo, la compañía discográfica lo dejó en la calle. También lo abandonaron su representante y sus supuestos amigos.

El señor León Rue, su representante y tutor en Nashville, renunció a los dos puestos, le dio un cheque de seis mil dólares y veinticinco dólares en efectivo y lo puso en un avión para que regresase a casa de su tía Berta en Nueva York, donde lo había recogido cinco años antes.

Sweet Little Boy no sabía lo que había sucedido: un día estaba editando grandes éxitos y al siguiente, se encontraba en un avión de regreso a casa. Además, estaba tan acostumbrado a hacer lo que le mandaban que hasta le pareció bien. Sólo cuando llegó al aeropuerto Kennedy y vio que no había nadie esperándolo, ni siquiera una limusina para recogerlo, poco a poco empezó a comprender. Lo habían desechado, limpia y claramente. No más presiones. No más trabajo interminable. ¡Era libre! Y regresaba a casa de la querida tía Berta. Se las arregló para conseguir un taxi y cargar en él sus tres maletas llenas de vestuario televisivo, y partió hacia la casa de la tía Berta en Queens.

Sólo había un problema: la tía Berta había muerto seis meses antes, dejando seis gatos y una hija de treinta años llamada Fanni, aún más gorda que Bobby.

El recibimiento de Fanni no fue precisamente afectuoso.

—¿Qué es lo que quieres, muchacho? —gritó desde el umbral de la puerta, con los brazos en jarras y el pecho hinchado de indignación.

—He vuelto a casa.

—¿Qué has hecho qué? Ésta ya no es tu casa —gritó ella, atrayendo la atención de todos los vecinos, que se asomaron a las ventanas.

Todo el mundo, a muchas millas a la redonda, sabía quién era Sweet Little Boy. La tía Berta tenía un retrato en un marco junto a la ventana. Siempre hablaba de él con orgullo y se jactaba de haberlo criado desde la muerte de su hermana, cuando el niño tenía apenas dos años.

—¿Dónde está tía Berta?

El muchacho empezaba a sentirse fatigado y hambriento, además de deprimido. Sabía que todo había acabado, y ese pensamiento, a los dieciséis años, asusta, aunque signifique la libertad.

—No me preguntes dónde está la tía Berta —dijo Fanni furiosa—. Hace seis meses que está metros bajo tierra, y ni siquiera enviaste unas míseras flores. ¡Al diablo con la estrella!

Bobby sintió que las lágrimas le corrían por sus mejillas. Había estado fuera durante cinco años, grabando, componiendo canciones y actuando. Todo el tiempo había pensado en regresar. Y ahora que estaba aquí, Fanni le decía que su tía Berta había muerto.

—El señor Rue me lo hubiera dicho —balbuceó— no puedo creerlo.

—¿Acaso me estás llamando mentirosa, primito?

—Es que nadie me dijo...

—Esa no es una buena excusa. —De la boca de Fanni sólo salían sarcasmos—. Supongo que, cuando se es una gran estrella, pequeñas cosas como un muerto en la familia no tienen importancia.

A esas alturas, el taxista, un puertorriqueño que mascaba chicle, había depositado las maletas de Bobby en la entrada, y se estaba impacientando. Chasqueaba los dedos y se movía de un lado a otro, hasta que preguntó:

—¿Van a pagarme? ¿O acaso tengo que ir a dar un paseo, ir a comer y a jugar al billar?

—Este muchacho no se queda aquí —dijo Fanni con firmeza—. Puede volver a poner sus cosas en el taxi.

El puertorriqueño hizo una mueca.

—Oiga, señora, ¿tengo cara de mozo? ¿Quiere poner el equipaje en el taxi? Póngalo usted, doña.

—No me llame doña —dijo Fanni, con una mirada glacial.

—Págueme, señora.

Bobby recordó de pronto su cheque. Seis mil dólares por cinco años de duro trabajo. Lo sacó de su bolsillo y se lo entregó a Fanni.

—Esto es para ti si puedo volver a casa.

Fanni echó una ojeada al cheque, corroboró la cantidad y finalmente dijo:

—Adentro, muchacho. Yo pagaré el taxi.

Fanni vivía con un hombre llamado Ernest Crystal. Ernest era grande en todos los sentidos. Un metro noventa de alto y ciento veinte kilos. Era un ex jugador de fútbol y hacía un poco de todo. Tenía dos ex esposas y varios niños. En ese momento vivía con Fanni y no hacía gran cosa.

Ernest miró el cheque de seis mil dólares que Fanni puso ante sus ojos y su mirada se iluminó.

—Mujer, ¿de dónde has sacado esto?

—Sweet Little Boy ha vuelto.

—¡Madre Santa! Por fin sucede algo bueno.

Ernest y Fanni se casaron dos semanas después y se constituyeron tutores legales de Bobby. Lo primero que hicieron fue llevar a Bobby a un paseo interminable por las compañías grabadoras, pero era demasiado tarde. Ya nadie quería oír hablar de Sweet Little Boy. Era una noticia atrasada. Un adolescente gordo, con cara de bebé y voz quebrada.

Preocupado, Ernest contrató a un abogado para que averiguase qué había sucedido con el resto de las ganancias que Bobby había obtenido en sus cinco años de trabajo con el señor Rue. Seis mil mugrientos dólares no parecían ser lo bastante. Y no lo eran. Sin embargo, el señor Rue se había cubierto legalmente con cláusulas, que le conferían la mayor parte de las ganancias de Bobby. Además era dueño de los derechos de todas las canciones que Bobby había escrito.

—¡Sucio hijo de perra! —se quejaba Ernest—. Tu madre debe de haber sido una tonta. Ella autorizó que se llevaran al chico, y ahora lo tenemos de vuelta sin nada.

—Tenemos seis mil dólares.

—¡Al diablo! Ese bastardo nos ha robado miles de dólares, que deberían ser míos.

—Nuestros —corrigió Fanni, con la papada temblándole de indignación.

—Bueno, nuestros.

Bobby no podía evitar escuchar estas conversaciones. Ocupaba un pequeño cuarto junto a la cocina y pasaba la mayor parte del tiempo comiendo pasteles y dulces, y pensando en lo agradable que era andar por allí sin nada que hacer. Se había pasado trabajando los últimos cinco años que había estado con León Rue. Cuando no actuaba, Rue lo tenía sentado al escritorio, componiendo. Había perdido la cuenta de las canciones que había compuesto. No había tenido tiempo de hacer amigos o de conocer gente. Un profesor particular le enseñaba las cosas de la escuela tres veces por semana. Tuvo su primera experiencia sexual a los quince años con una prostituta (el encuentro fue organizado por el señor Rue) y le pareció horrible: la mujer tenía un cabello que parecía un cepillo y olía a leche agria.

Cuando actuaba, había muchas chicas entre el público que aplaudían y gritaban, pero él nunca podía conocer a ninguna. Ahora todo eso había terminado. En realidad no le importaba si volvía a componer alguna vez o no; cantar ya no podía, desde que la pubertad había transformado su voz en un ruido disonante.

Rue había descubierto a Bobby al día siguiente de su undécimo cumpleaños. Bobby estaba cantando y tocando el piano en un concurso de aficionados de su barrio. El muchacho era bueno, y había aprendido ambas cosas en las reuniones religiosas semanales de la tía Berta. La música era para él un don natural, y le proporcionaba un inmenso placer. También la tía Berta disfrutaba con la música, y por eso lo alentaba y alardeaba ante sus amigos de su talento y su voz de falsete. Bobby ganó ese concurso y quince dólares, y el señor Rue se ganó la confianza de la tía Berta. En pocas semanas ya la había convencido de que él se haría cargo de su

carrera, sería su tutor legal y lo transformaría en una estrella de la canción.

—Es por tu bien —susurró con tristeza la tía Berta cuando llegó el momento de despedirse—. Ésta es la única manera de que logres tener una verdadera oportunidad.

En poco tiempo el muchacho se encontró instalado en la gran casa de Rue en Nashville, donde comenzó a componer sencillas canciones country. Estaba acostumbrado a las canciones religiosas, pero pronto, escuchando interminables canciones country, aprendió lo que Rue deseaba: siempre las mismas historias de amor y desengaño. Componer éxitos era sencillo, aun cuando los temas no le resultasen demasiado inspiradores.

Los seis mil dólares de Bobby no duraron mucho. Ernest necesitaba un automóvil, lo que consumió gran parte del dinero. Fanni necesitaba ropa nueva, y en eso se fue el resto. La tía Berta había dejado a su única hija su casa y algo de dinero, pero pronto llegó el día en que todos tuvieron que salir a trabajar, incluso Bobby.

Fanni retomó su antiguo puesto de vendedora de libros en una oficina de contables, y Ernest se puso a trabajar en una tienda como dependiente.

—¿Qué es lo que vas a hacer, muchacho? —solía preguntar Ernest de mal talante—. No puedes estar todo el día rascándote el trasero y viviendo de tu prima.

Había olvidado convenientemente la contribución de seis mil dólares que Bobby acababa de hacer al patrimonio familiar.

Bobby no sabía qué hacer. Lo único que sabía era música y eso se había terminado. Tenía dieciséis años, y estaba acabado. Sin embargo, algún futuro debía haber para él. Buscando trabajo, recorrió todo el espectro de empleos que se ofrecían y parecían tener algo interesante, y que no requerían un título universitario.

Después de cinco entrevistas, se dio cuenta de que siempre resultaba rechazado: era demasiado joven, demasiado inexperto, demasiado gordo, demasiado ignorante, y, sobre todo, demasiado negro.

Por supuesto, nadie alegaba esas razones, pero él lo sabía bien. Desde que vivía en Nueva York se estaba avisando rápidamente.

Tras varias semanas de búsqueda, añadió tres años a su edad y consiguió un empleo en The Chainsaw, una gran discoteca de Manhattan, como encargado del lavabo de caballeros.

Fue la humillación final. Ya no quedaba nada de aquel Sweet Little Boy.

RAFAELLA

París, 1967

Era el séptimo cumpleaños de Rafaella Le Serre, y ella iba caminando por una calle de París de la mano de su mejor amiga, Odile Ronet. Rafaella podía oír los latidos de su propio corazón emocionado. Hacía diez días, Odile había celebrado su cumpleaños y le habían regalado una bicicleta, una fantástica bicicleta roja, muy brillante.

Rafaella deseaba, con desesperación, tener la misma suerte que su amiga.

La señora Macdee, su niñera escocesa, que caminaba delante junto con la niñera de Odile, se volvió para regañarlas cariñosamente.

—Vamos, niñas, vamos. Si no te das prisa no tendrás tiempo para cambiarte y lucir tu preciosa ropa nueva.

Rafaella rió nerviosamente y apretó la mano de su amiga. Odile rió también y ambas charlaron sobre bicicletas, muñecas, vestidos y tartas de chocolate.

La niñera Macdee las iba guiando hacia la Avenida Foch, donde ambas vivían, en casas vecinas. Las dos niñas se besaron y subieron rápidamente a sus respectivas casas.

—¡Qué exageradas! Si os vais a ver dentro de unos minutos —rezongó la niñera.

Un criado uniformado abrió la puerta y Rafaella entró corriendo y subió las amplias escaleras que conducían a su habitación. Su vestido de fiesta estaba extendido sobre la cama, esperándola. «¡Qué bonito!», pensó mientras miraba el modelo de organza de color rosado de amplia falda. Se quitó el uniforme de la escuela y quiso probarse inmediatamente su ropa nueva.

—¡Por favor, no! —dijo sin aliento la niñera Macdee, que acababa de cruzar la puerta—. Primero hay que lavarse, niña.

Rafaella refunfuñó. ¡Lavarse era tan aburrido! Sin embargo, se dispuso a hacerlo. No valía la pena discutir con su niñera.

En seguida estuvo lista. La cara lavada, las manos bien refregadas, el largo cabello oscuro, cepillado y sujeto con una cinta... Finalmente, el vestido rosa cubrió su pequeño y delicado cuerpo.

—Ahora sí estamos listas —dijo la niñera Macdee, satisfecha—. Vamos, querida.

En la sala, Anna y Lucien, sus padres, esperaban. Rafaella se detuvo en la puerta para que ambos pudieran ver lo guapa que estaba. Entonces, feliz, corrió hacia ellos. Su padre la estrechó en sus brazos, la levantó y la hizo dar vueltas y vueltas en el aire.

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba ella, feliz.

—Feliz cumpleaños, mi bomboncito —dijo su padre, con esa maravillosa voz

profunda que lo caracterizaba.

Se dirigió entonces hacia su madre, que la abrazó envolviéndola en fragancias exóticas.

Rafaella, con el rabillo del ojo, miró una pila de paquetes envueltos en papeles de colores.

—Sí —dijo su madre—. Son para ti. Si quieres puedes abrirlos ahora.

Rafaella estaba muy preocupada, ya que no se veía ningún paquete que pudiera contener una bicicleta. Con gran determinación comenzó a romper los envoltorios, con la esperanza de encontrar, al menos, las piezas de su deseada bicicleta.

—No tan rápido —aconsejó la niñera desde la puerta.

—No importa, está muy ansiosa —la excusó Anna Le Serre.

—Igual que su madre cuando recibe regalos —bromeó Lucien, abrazando a su esposa, siempre tan bella, que lo miraba con adoración.

La niñera Macdee desvió la mirada. Ella nunca había trabajado para personas que fuesen tan expresivas como los Le Serre. Ellos actuaban como si aún estuviesen en plena luna de miel, siempre mimándose y besuqueándose como si no hubiera nadie a su alrededor.

La niñera Macdee trabajaba para ellos desde el nacimiento de Rafaella, y pensaba que esta conducta se debía al origen del señor Le Serre. Él era... diferente. No sólo porque era un gran tenor, mundialmente conocido, que había cantado en los teatros más famosos del mundo, sino también porque era negro. Era mitad etíope y mitad norteamericano, y además el hombre más apuesto que la niñera Macdee jamás hubiese visto.

Anna Le Serre era el complemento perfecto para su marido. Él era muy alto, y ella menuda. Tenía la piel delicadamente blanca y el cabello negro azabache. Delgada y de contextura pequeña, ella era dueña de una delicada y rara belleza. De origen mitad inglés y mitad francés, había sido en otro tiempo una prometedor bailarina, abandonando su carrera para casarse con Lucien. Ahora esperaba que su hija pudiera seguir sus pasos en la danza.

Rafaella había heredado lo mejor de los dos, y poseía una exótica belleza, con su piel olivácea, su cabello espeso y oscuro y sus largas piernas.

Su boca se había fruncido con decepción al ver, tras abrir el último regalo, que no había rastro de la bicicleta.

Sonó el timbre y comenzaron a llegar los compañeros de Rafaella, que venían a participar en la fiesta. Odile, vestida de terciopelo marrón y con un cuello blanco, pidió ver los regalos y sus ojos miraron apenados a su amiga, al darse cuenta de que no había ninguna bicicleta.

El té estaba delicioso. Había tortas y bollos, pequeños emparedados rellenos con queso de nata y pepinos, y abundancia de dulces y chocolates. Todo lo que más le

gustaba a Rafaella. Luego trajeron la tarta, una gigantesca composición de merengue y frutillas, con siete velas.

«Tengo siete —pensó Rafaella, maravillada—. Soy casi adulta».

Lucien la cogió en brazos y le dio un gran beso.

—Te quiero, bomboncito —le dijo con su voz profunda—. Me alegras la vida... Nunca lo olvides.

Entonces la llevó al vestíbulo, donde estaba la más grande, la mejor, la más brillante de las bicicletas que ella nunca había visto.

Dando gritos de alegría, se abalanzó sobre ella. El día había sido perfecto. Más tarde, cuando ya se habían ido los niños, excepto Odile, que como excepción se quedaría a pasar la noche, ambas se sentaron a los pies de Anna mientras ésta se arreglaba para salir. A las niñas les encantaba ver cómo se maquillaba, se sujetaba sus maravillosas trenzas sobre la cabeza y se colocaba unos exquisitos aretes de diamantes y turquesas y un collar haciendo juego.

Rafaella sabía que su madre era muy bella y eso la hacía sentirse orgullosa.

La niñera Macdee entró para echar a las niñas del cuarto de la madre diciendo:

—¡Déjale un poco de intimidad a tu madre, por Dios!

Bajaron entonces a la biblioteca, donde Lucien conversaba con el padre de Odile, Henri, un prominente político francés. Los dos hombres, además de vecinos, eran buenos amigos y esa noche iban a ir juntos a una cena política importante. La madre de Odile, Isabella, estaba visitando a unos parientes en el campo.

—¿Qué travesura habéis hecho ahora? —preguntó Lucien con una sonrisa.

Las niñas se declararon inocentes, y fueron premiadas con sendos vasos de Coca-Cola, habitualmente prohibida. La niñera Macdee no permitía las bebidas gaseosas, especialmente antes de ir a dormir.

Anna entró en la habitación, espléndida con su vestido de gasa lila pálido y dijo disculpándose:

—Estoy lista. Espero no haberos hecho esperar demasiado tiempo.

Los hombres le dijeron que estaba maravillosa y ella aceptó los cumplidos con gracia y elegancia.

Rafaella se sintió feliz; había sido un cumpleaños maravilloso.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Lucien—. No podemos llegar tarde. —Miró atentamente a su hija y le dijo—: Tienes algo diferente... ¡Ah, debe de ser que aparentas siete años!

Entre risas, el grupo se dirigió a la puerta principal. Lucien la abrió y dejó pasar a su esposa delante de él.

—¡Ay, querido! —exclamó ella—. He olvidado algo. Por favor, id poniendo en marcha el coche. Ahora vuelvo.

—Vamos en el de Henri —aclaró Lucien—. Por favor, date prisa.

Sonriendo, ella le dijo al padre de Odile:

—Tampoco puedes soportar que sea Lucien quien conduzca, ¿eh? Creí que yo era la única. —Y se dirigió, apresurada, a la planta alta.

Rafaella se puso de puntillas para besar a su padre, pero aun así no podía alcanzarlo. Levantándola, Lucien le dijo:

—Dulces sueños, mi niñita.

—Ya soy grande, papá.

—Bueno, en ese caso —dijo él cariñosamente— buenas noches, mi niña grande.

Ambos hombres se encaminaron hacia el Mercedes plateado del señor Ronet.

Las dos niñas se quedaron en la puerta, saludando a sus padres. La niñera Macdee apareció con expresión de enojo.

—¡Las voy a matar! ¡Van a reprenderme a mí! Vamos arriba. Rápido.

Las niñas se dispusieron a obedecer con presteza.

—Ya era hora —refunfuñó la niñera, no tan enojada como parecía.

Anna bajaba la escalera muy apresurada, para no hacer esperar a los hombres. Estaba más bella que nunca.

De pronto, se oyó un terrible estruendo, que venía de la calle. La explosión fue tan violenta como si hubiesen arrojado una bomba en la terraza.

Entonces se produjo el efecto: las ventanas estallaron y se desató una lluvia letal de astillas de vidrio. Rafaella vio cómo su madre empezaba a caer por la escalera, como si estuviese mirando un ballet en cámara lenta.

Las astillas se clavaron en la pierna de la niña, que empezó a gritar:

—¡Sálvanos, papá! ¡Sálvanos, por favor!

KRIS PHOENIX

1968

Después de un tardío despertar, Kris descubrió el sexo con un entusiasmo que sorprendió hasta a su mejor amigo.

—¡Al diablo! —exclamó Buzz un día, mientras estaban en una playa de Mallorca, un popular lugar de veraneo en España—. ¿Nunca vas a parar? Yo al menos me doy un respiro de vez en cuando.

Kris rió. Dos años y medio arreglándoselas solo fuera de su casa, que incluían un año y medio recorriendo Europa, le habían infundido confianza en sí mismo. No sólo estaba seguro de que podía salir adelante sin la ayuda de su madre, sino también de que podía conseguir las mejores chicas. Posiblemente no fuera alto, ni moreno, ni guapo en un sentido tradicional, pero tenía su propio estilo: un aspecto vivaz, una melena rubia desteñida, un cuerpo delgado y un bronceado permanente.

—Lo mejor que he hecho en mi vida ha sido salir de Inglaterra —dijo Buzz.

Kris se dio la vuelta sobre la arena ardiente. Estaba echando el ojo a dos muchachas en bikini que reían a la orilla del mar.

—No voy a discutir eso. —Y señalando a las chicas, preguntó—: ¿cuál quieres?

—¿Es que por una vez podré elegir yo primero?

—Sí, ¿por qué no?

—Bueno, quiero la de las tetas grandes —decidió Buzz.

—Vamos... Si a ti te gustan muy delgadas.

—Pero hoy me gustaría algo sólido.

—¡Vete al diablo!

Los dos amigos rieron, mientras las muchachas, que se sabían observadas, fingían no darse cuenta.

—Casi no puedo moverme —protestó Buzz—. Todavía estoy recuperándome de la suequita de ayer.

Buzz había perdido la palidez y ahora lucía un tono bien moreno. Llevaba su oscuro cabello largo y suelto y un aro en la oreja derecha. Estaba tan delgado que se le marcaban notablemente los huesos.

—¡Al diablo! —dijo Kris con fingida modestia—. ¿Por qué siempre tengo yo que llevar la delantera?

Se levantó y se acercó a las dos muchachas.

—Hola, encantos —dijo con confianza—. ¿Habláis inglés?

Hablaban inglés perfectamente. Eran de Liverpool y estaban de vacaciones.

Al efectuar el balance, Kris y Buzz habían llegado a la conclusión de que las chicas más fáciles de manejar eran las inglesas. Una pocas palabras y listo. Luego

venían las escandinavas —suecas, danesas y finlandesas—, que también eran presas fáciles. Las locales se resistían más y las francesas y alemanas eran un tormento. Las norteamericanas eran imposibles a menos que las enamoraran, y eso requería tiempo y dinero, cosas de las que ellos no disponían.

Después de una breve charla, Kris llevó a las dos muchachas donde estaba Buzz, y al poco rato estaban bebiendo sangría (una combinación letal de vino tinto y limonada) y jugueteando sobre la arena.

Hacia el crepúsculo las cosas se pusieron más serias y después de un paseo por la playa desembocaron en un bosque. Tras unos minutos de juego, llegó el gran momento.

Kris disfrutaba cuando hacía el amor con una chica por primera vez. Cada vez que lo hacía, pensaba en las niñas de los Edwards y en todas las chicas de la escuela que lo habían considerado un tipo desagradable. Cuando introducía su miembro en una mujer nueva, se lo estaba haciendo a todas ellas y eso le hacía sentir muy bien.

—¿Te veré después? —preguntó su última conquista mientras se subía la parte inferior del bikini.

—¿En qué hotel estáis? —Él evitaba astutamente responder aquella pregunta. Ella respondió y él asintió.

—¿Y por cuánto tiempo os quedaréis?

—Seis días más. ¿Nos vemos más tarde?

¡Ah! Durante seis días había que evitar esa playa y ese hotel y entonces volverían a estar a salvo.

—Me gustaría, pero esta noche no puedo. ¿Por qué no nos vemos aquí mañana?

Así era todo el tiempo. Una chica tras otra. Las noches eran para trabajar: pequeñas actuaciones en restaurantes locales, donde cantaban y tocaban la guitarra, y luego ir a tocar con otros músicos en las discotecas. Eran tan entusiastas con la guitarra que habían adquirido fama, y los otros músicos deseaban tocar con los dos ingleses.

Ya llevaban casi un año en Mallorca, compartiendo un pequeño apartamento de una habitación. El clima era sensacional, la comida barata y el continuo flujo de turistas hacía que el lugar fuera interesante, por no mencionar la posibilidad constante de tener todas esas mujeres. Antes habían viajado por Bélgica, Francia e Italia, trabajando en lo que fuese y disfrutando cada momento de su libertad recién estrenada.

El único problema consistía en que no los descubrían y eso molestaba a Kris más que a Buzz, que parecía contento de vivir al sol, sin los problemas de Inglaterra. Kris sabía que si llegaban a constituir un grupo y a hacer algo que valiese la pena, no sería en un lugar de veraneo español. Tarde o temprano tendrían que volver a su país, le gustase o no a Buzz. Inglaterra era el centro, y Kris estaba ansioso por ser parte de lo

que sucedía allí. Constantemente había nuevos grupos que llegaban a la fama. Él leía las revistas con un par de semanas de retraso, pero era mejor que nada. The Musical Express y The Record Mirror estaban llenos de historias de tipos con éxito: Rod Stewart, el vocalista del grupo Jeff Beck, estaba haciendo capote, y grupos como The Who, Yes y Led Zeppelin llevaban la delantera.

Corría 1968, y desde el advenimiento de los Beatles y los Rolling Stones, Inglaterra era el centro. El movimiento de los años sesenta había comenzado en Londres, tanto en la moda como en el cine, y sobre todo en la música. Definitivamente, Londres era el lugar.

Un día, después de recibir una carta de su madre, Buzz dijo:

—Creo que debo invitar a Daphne a que venga y se quede con nosotros un par de semanas.

Buzz nunca llamaba mamá a Daphne. Siempre se refería a ella por su nombre.

—¿Por qué? —preguntó Kris, al sentir que la culpa ya olvidada volvía a invadirlo. Agitando la carta en el aire, Buzz dijo:

—Ha dejado su trabajo, ya no vive con el tipo con el que estaba y parece hallarse al borde del precipicio.

—¿Y dónde va a dormir? —preguntó Kris—. Aquí no hay sitio.

—Puede usar mi cama. Yo dormiré en el suelo. No te importa, ¿verdad?

¡Por Dios! ¿Acaso Buzz estaba enterado? Eso no era posible. Daphne le había hecho jurar que no se lo diría. Era muy poco probable que ella se lo hubiese confiado a su hijo.

Haciendo un esfuerzo por parecer despreocupado, dijo:

—Me importa un rábano.

—Bueno, entonces la llamaré. Creo que tengo suficiente para su pasaje.

Kris se preguntaba si Daphne esperaría que él volviera a estar con ella. Él no lo deseaba. Después de todo él ya no era el muchacho virgen a quien ella había iniciado en el suelo del garaje. No era que ella no le gustase, sino más bien que no quería acostarse con la madre de su mejor amigo. Era demasiado para él.

Buzz fue al bar para telefonar, mientras Kris pensaba en la actitud que adoptaría. Pero no tuvo que pensar demasiado. Cuando Buzz volvió estaba muy pálido, pese a su bronceado.

—¿Qué pasa? —preguntó Kris.

Buzz se sentó al borde de la cama, su cara delgada como una máscara.

—Se ha suicidado —dijo—. Daphne está muerta.

Regresar a Inglaterra para el funeral fue el hecho más deprimente de la vida de Kris. Era octubre. Él ya había olvidado el frío helado, las noches cortas en que anochecía a las cuatro, la llovizna fría y el denso tráfico. Y más que nada, había olvidado lo que significaba vivir en su casa con sus dos hermanas, las dos solteras,

fastidiándose constantemente. Había olvidado a su padrastro Horace, un autómatas que sólo veía la televisión, y a su madre Avis, que seguía limpiando las casas de otros y llevaba adelante su hogar con su voz alta y autoritaria.

—Estás demasiado flaco —dijo a Kris ásperamente—. ¿Por qué no has escrito? Debería tirarte de las orejas, desgraciado.

Sus dos hermanas le miraban con celos. La menor le dijo:

—La vida es fácil para algunos. Se dedican a holgazanear al sol y no le envían ningún dinero a su madre. Yo en cambio debo pagar por mi habitación y mi sustento.

—No dramatices —respondió Kris—. No me voy a quedar.

—¡Qué vergüenza! —exclamó la otra hermana, que había heredado el tono sarcástico de su madre—. Supongo que te irás a Norteamérica para ser una estrella de la canción.

Él no podía soportar a sus hermanas, pero lo que sentía por ellas no era nada comparado por lo que sentía por su hermano. Brian llegó el domingo a la hora del té, junto a su esposa, Jennifer, y dos niños de narices sucias. El que tenía dos años había sido la motivación principal de la boda de Brian y el pequeño, a los ojos de Kris, no estaba más que para hacerlo sentirse mal. La cara de Brian parecía decirle: yo tengo un empleo, una esposa, una familia, ¿qué tienes tú, hermanito?

—Ya es hora de que decidas qué vas a hacer con tu vida —le dijo Brian pomposamente—. ¿No crees que es una verdadera infamia el modo en que estás haciendo sufrir a mamá?

—Vete a la mierda —contestó Kris, de modo que sólo Brian pudiera oírlo.

Desafortunadamente el niño de dos años le oyó y empezó a canturrear:

—Mierda, mierda, mierda.

—Fíjate, basura —dijo Brian enojado—, lo que estás enseñando a mis hijos. Eres un inútil. ¿Por qué no empiezas a comportarte como un hombre, te cortas el pelo y consigues un trabajo?

—¿En eso crees que consiste ser un hombre? —preguntó Kris, irónico—. ¿En llevar el pelo corto y conseguir un trabajo aburrido?

—Yo no debo preocuparme —respondió Brian—. Tú eres el que parece escoria.

Kris se echó a reír, lo que puso a Brian más furioso.

Avis irrumpió en la conversación.

—Si quereis comportaros como dos salvajes —dijo vociferando—, salid fuera.

—Sí —reafirmaron las hermanas, contentas ante la perspectiva de una posible pelea.

—¿Me sirves otra taza de té, querida? —pidió Horace, indiferente a la discusión—. No quiero perderme el partido de fútbol en la televisión.

Kris se dio cuenta enseguida de que no iba a soportar la vida familiar durante mucho tiempo. Ahora estaba habituado a la libertad. Además, dormir en el sofá del

vestíbulo, ahora que una de sus hermanas se había apoderado de su habitación, era realmente molesto. Llevaba sólo cinco días en su casa y ya sentía que era el momento de irse. El problema consistía en que no tenía dinero, y Buzz no le resultaba útil en absoluto. Desde el funeral de Daphne se negaba a salir de su casa. No quería ensayar ni ir a los clubes. No quería hacer nada.

Daphne se había suicidado de manera convencional: metió la cabeza dentro del horno y dejó escapar el gas. Nadie sabía por qué. En el funeral un familiar había explicado que estaba muy deprimida, pero Buzz pensaba de manera diferente.

—Fue porque yo la dejé sola. Siempre habíamos estado muy unidos y yo la abandoné.

Kris también tenía remordimientos. Tal vez había sido culpa suya.

—Vamos, no puedes ir por ahí, sintiéndote desgraciado todo el tiempo. Debemos hacer algo por nosotros.

—¿Qué? —preguntó Buzz con dureza—. ¿Qué mierda podemos hacer?

—No lo sé —respondió Kris con desesperación—, pero puedes estar seguro de que algo se me va a ocurrir.

Con cincuenta libras que le prestó su madre y un empleo temporal en el que volvía a limpiar cristales, Kris se fue de su casa y se llevó consigo a Buzz. Buzz no podía quedarse en su casa de todos modos. El contrato había vencido y debía irse. Daphne le había dejado unos cientos de libras. Lamentablemente, el funeral y otros gastos habían consumido todo con rapidez. Buzz dio todas las pertenencias de su madre a los familiares y siguió a Kris a una casa abandonada que habían encontrado en Kilburn. La casa había sido tomada por un grupo de hippies, cuyo credo era AMOR Y PAZ. El lugar era un desastre, pero a Buzz le iba bien ese tipo de vida indolente... le gustaba eso de no hacer nada en todo el día y luego sentarse por la noche a tocar la guitarra a la luz de las velas, con todo un grupo de chicas de pelo largo para admirarlo.

En cambio, ese estilo no encajaba con Kris. Él tenía más altas ambiciones. Con el dinero que consiguiese se compraría una moto de segunda mano, que le permitiera llegar hasta el lado oeste de Londres, donde frecuentaría los clubes de rock, de blues y de jazz para poder establecer contactos.

Pero pronto se dio cuenta de que no era el único. Conoció a un tipo llamado Rasta Stanley, un batería que trabajaba a destajo en una compañía discográfica, y a Ollie Stoltz, un talentoso bajista que acababa de obtener una beca de un año en la Real Academia de Música.

En tono triunfal, anunció a Buzz que creía que acababa de encontrar el grupo que ellos necesitaban.

—Eso es una basura —dijo Buzz, resistiéndose a cualquier unión—. No pienso

entrar en esa mierda de competición.

—Tiene razón —acordó Flower, la chica de ese momento: una adolescente de dieciséis años, fugada de Brighton, de enormes ojos azules y cabello rubio que caía espeso hasta debajo de su trasero.

Kris sintió que la furia bullía dentro de él. Esto era lo que ellos habían deseado desde la época de la escuela. La combinación perfecta, el grupo dinamita y ahora... ¡paf! El estrellato del rock podía ser para ellos y no había que volverse atrás. Le compraría a su madre un abrigo de visón y podría mandar a Brian al demonio.

Pero ahora esta papanatas de pelo sucio y ojos saltones le decía a Buzz lo que debía hacer. No lo toleraría de ningún modo.

—Flower querida —le dijo tranquilamente—, ¿por qué no vas a la esquina y te compras cigarrillos y una caja de bombones? —Sacó un precioso billete de una libra de su bolsillo y añadió—: Yo invito.

Con eso logró entusiasmar a Flower; aparte de fumar porros y follar, los cigarrillos y el chocolate eran sus mayores pasiones.

—¿De veras, Kris? —preguntó dubitativa, como si él fuese a arrebatarse el billete en cuanto ella se pusiese en pie.

Apretando el dinero dentro de la pequeña palma de la mano de ella, Kris le dijo:

—Sí. Sólo quiero que vayas ahora mismo.

Ella miró a Buzz, en busca de su aprobación. Él asintió lacónicamente. Entonces ella se levantó del viejo colchón en el que estaba recostada prácticamente todo el día, se alisó la blusa arrugada, se puso una minifalda y unas sandalias y salió rápidamente.

Buzz aspiró hondo la última calada de su cigarrillo de marihuana, lo apagó contra el suelo, y colocando sus brazos debajo de la cabeza, dijo:

—Bien, puedes empezar a descargarte.

Kris sabía cómo hacerlo. Se volvió y dijo:

—Si te quieres quedar ahí todo el día tirado y en una nube, por mí está bien. No me importa.

—Para mí esto es bueno.

—Perfecto. Sólo quería estar seguro antes de hacer las cosas por mi cuenta.

—¿Qué quieres decir con eso de «por mi cuenta»? —preguntó Buzz, suspicaz.

—Si crees que me voy a quedar aquí viendo cómo te pegas a la cama, estás chiflado. Voy a unirme a Rasta y a Ollie y hay otro tipo que toca la guitarra y canta. Él puede ocupar tu lugar. —Hizo entonces una pausa significativa—. Sólo quería estar seguro de que tú no deseabas ese lugar.

—¡Mierda! ¿Quién es ese otro tipo?

—Es un buen tipo. Te gustará. Cuando tengamos nuestra primera actuación, seguramente querrás escucharnos.

—Al diablo con eso —dijo Buzz mientras se incorporaba.

—Por supuesto que él no es tan bueno como tú... pero con un poco de práctica...

—¡Termina con eso! —aconsejó Buzz levantándose de la cama y poniéndose una sucia camisa negra—. No te irás sin mí.

Unos días después ya tenían grupo y nombre: The Wild Ones. Estaba compuesto por dos guitarras solistas: Kris y Buzz. Un bajista que a veces también tocaba teclados: Ollie Stoltz; y un batería que era dinamita: Rasta Stanley. Las voces eran Kris y Buzz.

Estaban listos para partir, pero no sabían dónde.

—¡Mierda! —dijo Buzz—, será mejor que tengamos pronto nuestra primera actuación. Hasta ahora todo ha sido basura.

De pronto Buzz tenía ambiciones y Kris pensó que ésa era una buena señal.

BOBBY MONDELLA

1968

—Eres un vago, gordo, hijo de perra y no te quiero más aquí. De modo que haz las maletas y vete al infierno.

Así hablaba Ernest Crystal, que nunca había perdonado a Bobby el hecho de no ser la gallina de los huevos de oro que él esperaba.

—Este chico no va a ninguna parte —replicó Fanni agitando los puños—. Él es de mi misma sangre y sólo se irá si yo lo digo.

—¿Me estás contradiciendo, bruja? —gritó Ernest, cada vez más furioso.

—Digo lo que corresponde —respondió Fanni, que no quería volverse atrás—. Y no me insultes, desgraciado. Cierra la boca.

—Te llamo como me da la gana —vociferó Ernest.

En medio de ellos, Bobby tenía la impresión de que actuaban como si él no existiese. Ninguno de los dos se preocupaba por él, sólo lo usaban como excusa para sus interminables peleas. Llevaba dos años viviendo con ellos, y en ese período Ernest había intentado echarlo más de doce veces. Fanni siempre salía en su defensa. En realidad no lo hacía porque lo quisiese, sino para no dejar que Ernest se saliera con la suya.

—El día en que el chico se vaya, también te irás tú —dijo Fanni, amenazante.

Bobby deseaba que ella supiese lo que estaba diciendo, ya que en una semana él cumpliría dieciocho años, y tan pronto como los cumpliera se iría de allí.

Durante dos años estuvo trabajando en el lavabo de caballeros del Chainsaw, y había aprendido mucho. Todos los años encerrado en Nashville bajo la custodia de Leon Rue no le habían enseñado nada.

—Eres tonto, muchacho —solía decirle Ernest.

En realidad al principio tenía razón. Sweet Little Boy era bastante estúpido. Trabajar en el Chainsaw le había dado la oportunidad de ver la vida cual era, y así fue como comenzó a avisparse rápidamente. En realidad, no tenía más remedio. Sobrevivir a los rigores del sitio era como caminar por un campo minado. Lo último que iban a hacer los hombres al lavabo era mear. Entraban allí con diferentes propósitos, el principal de los cuales era consumir drogas. Bobby se dio cuenta de ello la primera noche que trabajó allí, cuando trató de impedir una venta y casi fue despedido.

—Escucha muchacho —le dijo Nichols Kline, el gerente—. Tú debes limpiar las meadas, limpiar la mierda, detener cualquier pelea, y mantener la boca cerrada. No te metas con los clientes y ellos no se meterán contigo, ¿entiendes?

Sí, lo entendió, especialmente cuando oyó decir que al anterior encargado un

traficante de drogas le había rajado la cara, aduciendo que trataba de interferir en sus negocios vendiendo droga él mismo.

—Manténte fuera y te mantendrás con vida —le advirtió un camarero blanco llamado Rocket Fabrizzi—. Por eso contratan a chicos jóvenes. El empleado que había antes del último murió aquí de un ataque al corazón. ¡Ah!, y cuida tus pantalones. Que no te sorprendan con los pantalones bajados.

Bobby no se percató de cómo era el asunto hasta algunas semanas después, cuando un viejo maricón empezó a gritar:

—¡Adoro a los gorditos! ¡Sobre todo a los negros! ¡Te daré trescientos dólares y un momento fantástico!

Así aprendió. La gente iba allí para: comprar, vender, hablar de sexo, tomar píldoras, aspirar cocaína, practicar sexo, fumar marihuana, vomitar, pelear y cualquier otra cosa que a uno se le ocurriera.

Por lo menos una vez por noche Bobby debía echar a una mujer que estaba borracha sobre un hombre en el único wáter con puerta o separar una pelea.

Era sórdido.

Sin embargo, todo esto actuó como un curso acelerado de supervivencia. Había mentido acerca de su edad, agregándose tres años, para conseguir el empleo. Una vez que lo obtuvo, decidió conservarlo, ya que trabajar allí, no era, sin duda alguna, algo ordinario.

El Chainsaw había sido la primera discoteca realmente grande. Era un emporio de dos pisos de luces psicodélicas y música atronadora: algunas veces actuaciones en vivo, pero la mayor parte del tiempo, grabaciones. Y seductoras camareras con minifaldas de cuero.

El Chainsaw era lo que los neoyorquinos llamaban un lugar de *happening*. Reunía a los ricos, famosos e infames, muchos de ellos notorios por no pagar nunca. Para pagar las cuentas, reunían también a todo aquel que tuviese un aspecto lo suficientemente bello o extraño como para poder franquear la entrada. En otras palabras, la gente vestida de poliéster nunca lograba cruzar las puertas bien custodiadas del Chainsaw. Jamás se mencionaba tampoco la palabra turista.

—Debo irme a trabajar —anunció Bobby a su prima Fanni, quien ahora disertaba acerca de los malos hábitos de Ernest en el cuarto de baño.

Bobby se fue, y ambos lo ignoraron.

Estaba transpirando mientras se encaminaba hacia el metro, y él sabía por qué. Cualquiera hubiese transpirado con su sobrepeso, y había decidido poner fin a aquella situación. Hacía algunas semanas que había comenzado a trabajar en el club una nueva camarera. Se llamaba Sharleen, era negra, tendría alrededor de veintitrés años y era maravillosa. Bobby estaba enamorado. El único problema consistía en que ella ni siquiera se había percatado de su existencia. Cuando era Sweet Little Boy, el hecho

de ser gordito le venía bien. Iba bien con los trajes que usaba para actuar y su estilo afro. Ahora, a los dieciocho años, y al ser cada vez más alto, parecía una bola gigante. Su nuevo título podría ser Fat Big Boy.

Mientras viviera con Fanni no habría nada que hacer. La mujer adoraba cocinar. Hasta Ernest, en otro tiempo atlético, engordaba día a día.

Bobby sabía que debía irse de allí. Si se quedaba con Fanni y Ernest sería gordo de por vida, y entonces Sharleen nunca se fijaría en él.

El muchacho tenía planes. Rocket, el camarero que lo había aconsejado, le prometió conseguirle una cama en su apartamento, ya que el que lo compartía con él se iba a ir. Bobby había decidido tomarla, y le había adelantado un mes de alquiler. Lamentablemente, cada vez que le preguntaba al respecto, Rocket tenía preparada una excusa. Finalmente Bobby insistió en mudarse para su cumpleaños y pidió al camarero que le devolviera el dinero si no era posible conseguir la habitación. Rocket prometió que todo iría bien.

Al llegar al club, Bobby se encontró con una actividad frenética, como siempre. La noche del viernes era la más movida de la semana. También era el día en que solían ir a tocar celebridades, antes de tomarse un largo y descansado fin de semana.

Se apresuró a llegar a su armario, y se cercioró de que hubiera suficientes toallas de papel, jabón y frascos de loción.

—Bobby —dijo el gerente, que apareció a su lado.

—Sí, señor Kline —respondió Bobby, atento. Temía que uno de estos días lo despidieran y entonces no podría mudarse de la casa de Fanni y Ernest.

—Hoy te pondré a cargo de la Sala Privada de Hombres —dijo Nichols Kline, un hombre alto, de unos treinta años, con cabello rizado de color de orín y una nariz de Capitán Hook. Tenía la reputación de ser un gran amante y se lo solía encontrar con cualquier mujer que eligiese, en su oficina, a puertas cerradas—. Seymour está enfermo, ¿puedes hacerte cargo?

—Sí, señor —dijo prestamente Bobby.

La Sala Privada de Hombres, ¡caray! Bobby se preguntaba qué habría sucedido con Seymour. No había faltado ni una sola noche desde que él trabajaba allí.

—Tómalo con calma y déjalos hacer lo que quieran dijo Nichols, mientras miraba libidinoso a la camarera que pasaba.

¡Dios mío! Se está fijando en Sharleen, pensó Bobby.

Ella pasó de largo, diciendo solamente:

—Buenas noches, señor Kline. —Sin fijarse siquiera en Bobby.

—Verás gente famosa, ya sabes, cantantes, estrellas de cine, gente de la alta sociedad... bueno... ellos son diferentes —explicó Nichols—. Debes dejarlos en paz, pero has de estar atento por si necesitan algo. —Escarbó debajo de su camisa, jugueteando con sus cadenas de oro—. Nunca los observes. No les gusta. Y no les

pidas autógrafos, ni siquiera para tu madre que agoniza en Nebraska, ¿entiendes?

—Sí, señor Kline.

—¡Ah! Y si consumen drogas, no te fijes. —Y añadió como al descuido—: Por supuesto, si quieren comprar, me los envías. Una queja y estás despedido. No importa cuánto tiempo haga que trabajas aquí.

—¡Sí, señor!

Por un segundo Bobby pensó en contarle al señor Nichols que una vez él también había sido famoso. Aunque fuera a otro nivel, había tenido sus buenos momentos.

El sentido común le hizo dejar de lado esa idea. En primer lugar, Nichols nunca le hubiese creído. Además, ¿qué sentido tenía explicarle que era una estrella acabada?

No. Su secreto estaba bien oculto: desde que había dejado al señor Rue no había cantado una sola nota ni escrito una palabra. La música era su pasado.

La Sala Privada de Hombres, o el Palacio de Seymour, tal como lo llamaban allí, era una fantasía Déco, con suelos de granito negros, lavabos de mármol negro, orinales brillantes y paredes plateadas adornadas con fotografías en sepia de Marilyn Monroe en todas las etapas de su carrera. Nichols entregó a Bobby una llave del famoso armario de Seymour. Allí el muchacho encontró atomizadores de las colonias y lociones más caras, los mejores peines y cepillos, una botella de Courvoisier, un sobre que contenía una sustancia ilegal de color blanco —posiblemente cocaína— y un surtido de píldoras diversas.

Bobby colocó las drogas en el fondo del armario, cogió los artículos que necesitaba y cerró el armario con llave. Él nunca había tenido mucho contacto con Seymour, un hombre de unos cincuenta años, quien, según le habían informado los demás empleados, sólo disfrutaba charlando con su famosa clientela.

Después de arreglar todo, Bobby se dirigió a la cocina, donde el personal cenaba antes de abrirse el local.

Rocket lo saludó, así es que, tras comer un plato de pasta, fue a sentarse junto a su amigo. Rocket era un actor aficionado. Era de origen siciliano, y tenía unos veinte años, el pelo largo y desteñido y unos ojos inquisitivos.

—Creo que has tenido suerte esta noche —dijo con su voz monocorde y nasal—. Hoy te toca arriba.

—Así es.

—Lástima que no lo supieras antes. Así habrías venido preparado. —Y susurró—: Nos hubiese venido bien a los dos.

—Estoy preparado —respondió Bobby.

—No —dijo Rocket—. No me captas. En la Sala Privada se puede hacer algo realmente gordo. Los que van allí son tipos importantes y lo único que quieren es comprar. ¿Por qué crees que Seymour nunca comenta nada? El tipo es el rey allá arriba, hace una fortuna. —Miró furtivamente a su alrededor antes de continuar—.

Dame una hora, y si encuentro a alguien que me cubra, conseguiré todo lo que puedes necesitar. Iremos a medias con las ganancias.

Bobby no quería meterse en la venta de drogas. Era suficientemente inteligente como para saber que eso sólo le acarrearía problemas. Además, Nichols Kline ya se lo había advertido.

—No —dijo—, es demasiado peligroso. Quiero conservar mi empleo.

—Lo vas a perder si no les das lo que ellos quieren. Seymour ha durado mucho tiempo allí arriba, ¿no es cierto? Él les da servicio inmediato a esos cabrones. Si no lo haces, pierdes. Créeme. Son unos malditos hijos de perra.

Bobby recordó el armario de Seymour. Quizás hubiera algo de verdad en lo que Rocket estaba diciendo...

—Vamos, Bobby —rogó Rocket, al vislumbrar que las resistencias del muchacho se debilitaban—. Puede que sólo tengamos esta noche. Hay que aprovecharla.

Trabajar en la Sala Privada de Hombres era otro mundo. Bobby estaba acostumbrado a una interminable fila de clientes sudorosos que, cuando tenía suerte, le dejaban entre diez centavos y un dólar de propina. No estaba habituado a la pequeña clientela de estrellas de cine, cantantes de rock, estrellas del deporte, productores, diseñadores de ropa, banqueros, políticos, directores y otras estrellas de éxito.

Recordaba las palabras de Nichols Kline y trataba de no observarlos. Sin embargo, era bastante difícil cuando muchos de esos rostros le resultaban muy familiares. La mayoría entraba y salía. Algunos no dejaban ninguna propina y otros dejaban entre diez y veinte dólares como si fuese nada. Jefferson Lionacre, un famoso cantante negro, le dio cien dólares, guiñándole un ojo y diciéndole, alentador:

—Hoy, estás aquí. Mañana, el mundo puede ser tuyo.

Bobby hubiera querido estrecharle la mano. ¡Qué título para una canción! Sólo que él ya no componía.

¿Por qué no?, se preguntó. Había perdido su voz dulce y aniñada, pero no sus habilidades como compositor. ¿Por qué no volver a componer, aunque sólo fuera por placer? Ya no escribiría canciones country que el señor Rue le obligaba a componer. Ahora escribiría música soul, la más suave y dulce que pudiera imaginarse. Sería su música.

Últimamente había estado escuchando a James Brown y a Aretha Franklin. Ciertamente ambos sabían cómo vender una canción. Si se dedicaba, él podría escribir souls. Siempre circulaban por su mente dulces melodías. ¿Acaso no era el momento de hacer algo con ellas?

Bien. Primero se mudaría. Luego escribiría una canción. Lo haría sólo para él mismo.

—Oye, gordito.

Sus ensoñaciones fueron interrumpidas por un delgado cantante de rock and roll, que llevaba una ajustada chaqueta de lagarto, pantalones de color anaranjado, botas de tacón alto y una mirada perdida.

—¿Dónde está Seymour?

—Hoy no viene —respondió Bobby, humillado por haber sido llamado gordito, aunque fuera cierto.

—Mierda, eso ya lo veo —dijo el rockero, parado frente a un gran espejo—, ¿dónde está?

—Creo que está enfermo —contestó Bobby, que ya había reconocido a Del Delgado, líder de un grupo llamado The Nightmares.

El cantante frunció los labios y se abrochó la bragueta.

—¿Te dejó algo para mí?

—¿Algo como qué?

Entrecerrando los ojos, Delgado dijo:

—Si no me das esa mierda rápido, terminarás con tu trasero en la calle. Pagué por ella.

Por un instante Bobby pensó en dar un puñetazo en la cara al tipo, pero se dio cuenta de que lo único que conseguiría sería que lo despidiesen.

Inspiró profundamente y recordó el sobre que había en el armario de Seymour. ¿Qué debía hacer? ¿Ir a buscarlo o esperar a que ese loco comenzase a gritar?

Abrió el armario, cogió el sobre y se lo entregó.

—¿Es esto?

—¿Qué querías? —preguntó el rockero, en tono petulante—. ¿Que te suplicara de rodillas?

Entonces empezó a distribuir el polvo blanco en finas líneas por el mármol negro, y a aspirarlo en cantidades extraordinarias.

Bobby se alejó. Sólo había probado las drogas una vez. Dos años de comprobar los efectos que éstas producían en la gente habían sido suficientes para apartarlo de ellas para siempre.

—Ven conmigo —ordenó Del, repentinamente amistoso.

—No, gracias. Eso no es para mí.

—¡Hazlo! —insistió la estrella.

—No puedo. Perdería mi empleo.

—Lo perderás si no lo haces, gordo de mierda —dijo Del Delgado volviendo a su auténtico modo de ser.

Bobby rogaba que alguien entrase en la sala, antes de que él tuviese que golpear al tipo, pero la Sala Privada era realmente privada.

—¡He dicho que lo hagas! —repitió Del, amenazante.

Bobby se preguntaba cómo manejaría Seymour situaciones como ésta, pero en ese momento llegó su salvación. Un hombre de mediana edad, vestido con esmoquin, entró en la habitación.

—¡Hola, Marcus! —saludó Del—. Llegas justo a tiempo. Ven y arrímate a mi fiesta.

Para sorpresa de Bobby, el hombre de aspecto importante caminó hacia el cantante como si fuese el mejor de sus amigos, le dio una palmadita en el hombro, extrajo una barrita dorada de su bolsillo y elegantemente aspiró una línea del polvo blanco.

Bobby dio un suspiro de alivio. Ya no lo necesitaban, la crisis había pasado. Discretamente, se puso a lustrar los lavabos de mármol.

—Mi nuevo álbum ya está a la venta. ¿Anda bien, Marcus? —preguntó Del.

—Sí, claro —respondió el hombre con un ligero acento europeo—. Estamos haciendo mucho dinero. Eso es lo más importante, ¿verdad?

—Claro —respondió Del, inseguro. Para él, lo más importante era vender más que los Rolling Stones y Mick Jagger. Lo demás no tenía importancia.

—¿Volvemos con nuestras damas? —preguntó Marcus suavemente.

—Sí, ¿por qué no? —respondió Del, aspirando la última línea de cocaína. Se miró una vez más al espejo, le gustó lo que vio y, tambaleándose, siguió al otro hombre fuera de la sala.

Nada más salieron, entró Rocket furtivamente.

—¿Sabes quién era ése? —le preguntó, excitado.

—Del Delgado. ¡Qué basura!

—Ése no, el otro.

—¿Quién era?

—Marcus Citroen. El dueño de una compañía discográfica: Blue Cadillac. Es un hombre de mucho poder.

Rocket vació sus bolsillos. Traía marihuana, píldoras, anfetaminas, y somníferos.

—Es todo lo que he podido conseguir por hoy. Esperemos que Seymour no venga por un tiempo.

—¿Cuánto debo cobrar? —preguntó Bobby, que en realidad no deseaba involucrarse en eso.

—¡Por Dios! —exclamó Rocket—. A veces me pregunto dónde has estado toda tu vida.

—He oído decir que anoche conociste a Marcus Citroen. Sharleen le estaba dirigiendo la palabra. ¡Se había percatado de su existencia!

—Sí —murmuró Bobby. No sabía cómo actuar. Estaban parados uno junto al otro, hablando. Era la primera vez que estaba tan cerca de ella. Nunca se había dado

cuenta de que era tan menuda. Era como una muñequita. ¡Y era preciosa!

—Escucha —dijo Sharleen en un susurro, aproximándose a él—. Yo no puedo acercarme a la gente importante. Estoy ahí abajo, condenada a atender a la gente ordinaria. Por favor, si vuelve esta noche, dale esto por mí.

Puso un casete en su mano y lo miró, suplicante. Era su oportunidad de oro. Todo lo que tenía que hacer era decirle: «Seguro, si sales conmigo se lo daré». Debía hacerlo tan fresco, como lo hubiese hecho Rocket. Pero en lugar de eso, sólo pudo susurrar un suave:

—Sí.

—Gracias, encanto —dijo Sharleen poniéndose de puntillas y besándolo en la mejilla—. Eres un buen chico.

Rápidamente ella se fue. ¡Maldita sea! Había perdido su oportunidad.

Apareció entonces Rocket, sonriendo anticipadamente.

—¡Hoy tenemos trabajo de nuevo! Seymour no ha vuelto, ¿verdad?

Secretamente Bobby deseaba que sí hubiera regresado. Atender a los peces gordos era un trabajo demasiado duro. Él prefería el amontonamiento y la locura de la planta baja. Además, vender drogas no le gustaba, aunque debía admitir que el dinero le vendría bien. Después de todo no era que él saliese a la calle a corromper niños. Como decía Rocket, esa gente tenía mucho dinero y nadie los forzaba a comprar.

—Esta noche estarás de nuevo arriba —le anunció Nichols Kline, que apareció súbitamente detrás de ellos, haciendo que Rocket se apartara, culpable—. Te estás portando bien. No ha habido quejas.

—¿Qué sucede con Seymour? —preguntó Bobby.

—No te preocupes por él —replicó Nichols—. Limítate a hacer tu trabajo y no te pongas en el camino de nadie.

—Sí —dijo Rocket cuando Nichols se alejó—. Haz tu trabajo y métete en el bolsillo de todos.

Ésa resultó ser otra noche complicada. Cuando alguien así lo pedía, Bobby le proveía de todo lo que deseaba. Pronto comprendió que el dinero no les importaba mucho a los ricos y famosos. Parecían disfrutar despilfarrándolo por ahí.

A la hora de cerrar buscó a Rocket para entregarle su parte, pero el camarero ya no estaba. Como tenía prisa por llegar a su casa, se fue. Marcus Citroen no había aparecido, y todavía tenía en su poder la cinta de Sharleen. Ya no podía esperar más para escucharla.

Cuando llegó a su casa, la puso en la grabadora —un recuerdo de Nashville— y se sintió mortificado al comprobar que sonaba fatal. La pequeña y suave voz de la muchacha pugnaba por hacerse oír tras los sonidos de un grupo demasiado ruidoso.

De modo que Sharleen quería ser cantante... Bueno, al menos tenían en común la música. Y tras escucharla, Bobby había comprendido que él podría ayudarla a obtener

resultados mucho mejores que ése.

Se durmió con ese pensamiento reconfortante en la mente y despertó horas más tarde, con terribles dolores de estómago.

—¡Dios! —susurró en medio de un dolor agudo. Se arrastró hasta el baño y empezó a vomitar.

El dolor no cesaba y era como si su abdomen se rasgara. Lo inundó el pánico. Le estaba ocurriendo algo realmente malo y no sabía qué hacer. Reuniendo las pocas fuerzas que tenía, llegó hasta el dormitorio de Fanni y Ernest, encendió la luz y les despertó a ambos.

—¿Qué haces, muchacho? —chilló Fanni, sentándose y cubriéndose los pechos gigantescos que escapaban de su camisón rosa y barato.

—Estoy enfermo. Tengo un dolor terrible.

—¿Qué clase de dolor? —preguntó Fanni, suspicaz.

—Está borracho —terció Ernest, cubriéndose la cabeza con las mantas.

—El chico no bebe —respondió Fanni, siempre presta a pelear.

—Eso es lo que tú crees, mujer.

Bobby, con las manos en el estómago, pensaba que ése era el castigo por vender drogas. Él sabía que estaba mal. ¿Por qué había permitido que Rocket lo convenciera?

Sentía cómo el sudor cubría todo su cuerpo y el intenso dolor lo inmovilizaba. Entonces, con un golpe seco, cayó al suelo como un muerto.

Las últimas palabras que escuchó fueron las de Ernest, que decía:

—¡Mierda! Necesito descansar, mujer. No soporto que sucedan estas cosas en medio de la noche. Haz algo al respecto, bruja. ¡Échalo de aquí! No voy a soportar un día más su gordo trasero y haragán en esta casa.

1987

Sábado 11 de julio

Al salir de la ducha, Kris encontró a la deliciosa Cybil atravesada en la cama, completamente desnuda, sólo con una rosa colocada estratégicamente entre sus muslos.

—¿Quieres recoger esta flor, hombre afortunado? —dijo ella con fingido acento callejero—. Veinte dólares por un viaje hasta la rosa, y ni siquiera tienes que irte a Pasadena.

¿Por qué lo estaba tentando de esta manera? Sintió la caliente presión entre las piernas y se puso hosco. Regresó al baño y le dijo:

—Hazme un favor, querida. Ponte algo y deja de provocarme.

—Está bien. Pero será mejor que me tengas reservado algo bueno para mañana —amenazó.

Él cerró la puerta.

—No saldré hasta que te hayas vestido.

—Lamentarás este día —dijo ella fingiendo un fuerte acento extranjero—. Mi venganza será terrible.

Eso era lo bueno de Cybil. Nunca había un momento desagradable. Tenía buen carácter y sentido del humor. La pretendían todos los americanos y, sin embargo, ella compartía su cama. Él tenía derechos exclusivos sobre ese cuerpo maravilloso y rubio, esa cara de Miss Norteamérica y esa cascada de cabello brillante.

¿Por qué entonces necesitaba a Astrid, su amante inglesa?

Era una manera de mantenerse seguro. Mientras Astrid estuviese allí, él no se comprometería mucho con Cybil, y viceversa. Kris sentía una aversión natural hacia el matrimonio. La sola palabra le producía escalofríos... Para él casarse significaba ser atrapado. Lo había experimentado una vez, y no tenía ninguna intención de volver a sentir lo mismo.

Vestido con tejanos y una camisa informal, entró en la habitación. Cybil se había marchado. Sólo permanecía su perfume. Loción de rubia caliente, pensó riendo.

En la planta baja, su pareja de empleados escoceses estaba atareada con las tareas domésticas. Cuando lo vieron, se sorprendieron.

—Bienvenido a casa, señor Phoenix —dijo la maternal Mabel—. ¿Quiere que le prepare una buena taza de té?

Él asintió y fue a inspeccionar su propiedad. Inmediatamente sus dos perros labradores salieron a recibirlo. Se inclinó y los acarició durante casi diez minutos.

Su mansión de Bel-Air se erigía sobre una hectárea de impecables jardines. Césped, suntuosos cuadros de flores, limoneros y naranjos, y las obligadas piscina y

cancha de tenis. No estaba mal para un inglesito que había dejado la escuela a los quince años, sin siquiera dos chelines en el bolsillo.

Varios jardineros mexicanos trabajaban diligentes. Los saludó con un gesto afectuoso. Era agradable estar de regreso en Los Ángeles. El clima le sentaba bien. Después de haberse criado en Inglaterra, con su continua neblina y sus permanentes lloviznas, apreciaba mucho el sol y el calor. Además, le encantaba estar bien bronceado.

Cybil salió de la casa corriendo, con un bikini diminuto. Los jardineros dejaron de trabajar para mirarla. Los perros ladraron. Ella dirigió a Kris una sonrisa encantadora y se zambulló en la piscina.

¿Es que no iba a cejar en su deseo de provocarlo? Mañana pagaría caro sus bromas.

—¿Vienes? —dijo la muchacha, sonriente.

—No. Voy a hacer un poco de gimnasia.

Se dirigió al gimnasio, grande y bien equipado. Llevaba más de dos años levantando pesas y con un entrenador y los cambios que se habían operado en su cuerpo eran sorprendentes. Aunque siempre fue delgado y naturalmente atlético, ahora estaba en mejor forma que nunca. A su edad, treinta y ocho años, muchas estrellas comenzaban a declinar. Eso no le ocurría a Kris, que tenía energía renovada y fuerza de acero. Además, sus actuaciones superaban a las de su juventud.

Veinte minutos de castigo y ya estaba listo para una zambullida. La piscina estaba vacía. Cybil se había puesto a hacer otras cosas.

Después de treinta largos, salió completamente renovado.

Al lado de la piscina lo esperaba su representante, Hawkins Lamont, un norteamericano al que llamaban El Halcón.

El Halcón iba vestido muy a la moda, con pantalones y polo blancos y un cinturón beige de Gucci, en cuero de cocodrilo. Era un hombre alto, de unos cuarenta años, con un bronceado a lo George Hamilton y un aire de gran autocontrol. En realidad era lógico: era uno de los representantes de mayor éxito y tenía a su cargo una serie de estrellas famosas. Kris estaba con él desde hacía tres años, desde que había dejado a su representante anterior, el notorio Doktor Head.

—Pareces estar en excelente forma —dijo El Halcón, sentado a una mesa del jardín, bajo una sombrilla amarilla.

Kris asintió.

—Me siento formidable.

Y realmente sabía lo que decía. No hubiese podido decir lo mismo unos años antes. El Halcón sonrió con una sonrisa hollywoodense de porcelana.

—He venido sólo para darte este mensaje personalmente. Marcus Citroen está encantado de que hayas accedido a presentarte en la fiesta de su esposa esta noche.

Enrollándose una toalla alrededor de la cintura, Kris se sentó.

—En realidad no tenía muchas opciones, ¿verdad?

—Elegiste la correcta —respondió El Halcón—. Marcus quería tener a las tres principales estrellas de la canción, y las tendrá. A ti no te habría gustado que tu lugar hubiera sido ocupado por Springteen, ¿verdad?

Kris observó a Mabel caminando por el jardín, llevando una bandeja con té y tostadas para él y un vaso de Perrier decorado con una rodaja de limón para su invitado.

—Es verdad, pero lo importante es que yo pueda entrar y salir.

—Estamos de acuerdo. Actuarás en último término, después de Bobby Mondella y Rafaella. Ésa fue una de mis condiciones: ocuparías el lugar principal o ninguno.

—Por supuesto —dijo Kris, que en realidad detestaba toda esa cuestión.

—¿Cybil va a ir contigo? —preguntó suavemente.

—No sé. No me ha dicho nada.

—Va a ser una larga velada.

—Sí. Pero no me voy a quedar, ¿verdad?

—Puedes cambiar de opinión.

—No.

El Halcón tomó un trago de Perrier y se levantó.

—Luego hablamos. La limusina estará aquí a las tres y media. Me gustaría que saliéramos a las cuatro a más tardar.

Cuando se fue El Halcón, Cybil reapareció. Afortunadamente, ahora estaba vestida aunque su conjunto dejaba poco lugar a la imaginación. Llevaba una camiseta bajo la cual era evidente que no había un sostén, shorts y zapatillas de deporte. Parecía una niña superdesarrollada.

—¿Dónde vas? —preguntó él.

—¿No te lo he dicho? Tengo una cita con un fotógrafo muy conocido, que seguramente querrá violarme. ¿Qué debo hacer?

—Pedirle que use un condón.

—¡Kris! —Frunció el ceño—. A ti te gustaría que me acostara con él, ¿verdad?

—Te diré algo, querida. En ese caso, no estarás aquí para contármelo.

—¿No? —preguntó ella, desafiante.

—No, estarás fuera. Con tus maletas en la puerta.

Cybil estaba disgustada. De pronto tenía un aspecto completamente adulto.

—Eres tan machista... ¿Supones acaso que no sé nada acerca de la puta danesa que tienes en Londres?

Por fin salía a la luz. Era la primera vez en todos los meses que llevaban viviendo juntos que ella se atrevía a mencionar abiertamente a Astrid.

—Escucha atentamente —dijo él con tranquilidad—. Yo nunca he fingido ser

perfecto. En cambio, sí pretendo que tú lo seas.

—¡Eres un mierdas! Todas mis amigas me cuentan los cuernos que me pones. ¿Por qué debo tolerarlo?

—Nadie te está atando a los pies de la cama, ¿verdad?

—Te odio, Kris Phoenix. Uno de estos días, cuando vuelvas no me encontrarás aquí. Entonces lo lamentarás.

Y se fue.

Él suspiró profundamente. Era evidente que aquel no sería un buen día.

George Smith, alias Maxwell Sicily, se subió al primero de los autocares que habían alquilado para llevar a los camareros y a todo el personal de servicio de Lillianne hasta la magnífica mansión Novaroen, para preparar la fiesta más selecta del año. Los cocineros, camareros y ayudantes de cocina hablaban animadamente entre sí. Era un acontecimiento que nadie se quería perder. La prensa lo venía anunciando desde hacía semanas.

Cincuenta parejas a cien mil dólares cada una era un verdadero golpe.

Maxwell se sentó junto a la ventanilla, mirando cómo el convoy de autocares tomaba la ruta turística que lo conduciría a la autopista de la costa del Pacífico, por la que deberían viajar veinte minutos más.

Canturreando en voz baja, trataba de aislarse de las conversaciones del entorno; sin embargo, le llegaban fragmentos, casi todos acerca del dinero, ya que todos querían ver cómo eran esas personas que podían pagar un precio tan increíble por una noche de diversión.

—Yo quiero ver cantar a Rafaella —dijo un muchacho a nadie en particular—. ¡Es la mejor!

—No. A mí dame a Whitney Houston —contestó un ayudante de cocina—. Ella sí que es sexy.

—¿Y qué? Todas son prostitutas —gruñó un camarero enjuto y con gafas.

Sí, pensó Maxwell, es verdad. Todas fornican y todas mienten y todas gastan tu dinero y te engañan.

Él lo sabía. Su padre se lo había enseñado siendo muy joven. Por eso prefería a las verdaderas prostitutas.

Pagas y sabes perfectamente lo que obtendrás.

Pagas y eres el patrón. No hay discusiones.

Las mujeres eran criaturas inferiores. Había que mantenerlas en su lugar. Había que mostrarles quién era el que mandaba, y no hacerse cargo de su basura. Nunca.

Durante unos momentos pensó en Vicky Fox. Ella estaba muy involucrada. Si hacía algo mal...

¡Basta! No debía tener esos pensamientos negativos. Vicky era una mujer, pero

había venido muy recomendada y, si él no hubiese estado seguro de que podía cumplir su papel, no la habría contratado. Lo mismo sucedía con Speed.

Habitualmente Maxwell prefería trabajar solo. ¿Para qué depender de otras personas? Pero esta vez la cosa era demasiado grande. Necesitaba ayuda, y para eso estaban Speed y Vicky. La información que Vicky ya le había provisto desde dentro había resultado inestimable. Era una mujer que estaba acostumbrada a que le pagaran por sus servicios y que sabía cómo debía comportarse.

No estaba tan seguro en lo referente a Speed. El hombre era astuto y taimado, pero como conductor era uno de los mejores. Y eso era todo lo que debía hacer. Estar en el lugar correcto en el momento adecuado, y conducir. Maxwell tenía la seguridad de que todo estaba bajo control.

Iba a lograr una fortuna y nada podría detenerlo.

Cuando Rafaella entró en su suite del Ermitage, Marcus ya la estaba telefoneando.

—¿Estás cómoda? —le preguntó.

—Sí, gracias.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, Marcus.

—Bueno, pasaré por allí para asegurarme.

—Por favor, no lo hagas —se apresuró a decir ella—. Hoy no. Estoy cansada y debo pensar en el concierto. Te veré esta noche.

Él no pareció demasiado complacido.

—Muy bien, te llamaré dentro de una hora.

Tenía una hora de gracia. Una hora para deshacer el equipaje, darse un baño caliente, acostarse, y fumar cigarrillo tras cigarrillo viendo la televisión.

En un canal se topó con ella misma. Rafaella haciendo lo que mejor hacía. Sensual y fantástica, con su espesa cortina de cabello oscuro enmarcando un rostro exquisito; con su voz ronca evocando pensamientos eróticos en todos los que la escuchaban.

Rafaella.

Sofisticada.

Elocuente.

Conocedora.

Sensual.

¡Qué paradoja! No había estado en la cama con nadie durante un año.

La carrera lo primero.

La vida, en segundo término.

Era su elección.

«Querido Marcus Citroen: haz de mí una estrella y seré tuya».

Pues bien, él había cumplido su parte del trato y ahora había llegado el día del reconocimiento.

Ella se hallaba sorprendida de haber podido tenerlo esperando durante tanto tiempo.

La chica que atendía el mostrador de la agencia de alquiler de coches examinó los papeles que le entregó Speed, mientras mascaba mecánicamente un chicle.

—La limusina Cadillac color gris —repitió Speed pacientemente—. La alquilé el sábado pasado y el fin de semana anterior.

Sin decir una palabra, la chica cogió un bolígrafo, firmó el formulario, descolgó el teléfono y murmuró:

—Dan, la lujusina Cady. —Y mientras señalaba la puerta lateral, preguntó—: Puede recogerla allí. ¿Cómo va a pagar?

Él dijo que pagaría al contado. La chica contó el dinero, probablemente pensando que le sentaba muy bien el uniforme de chófer.

Sabía que gustaba a las mujeres. ¿Cómo evitarlo? Hasta su ex mujer quería acostarse con él cada vez que lo visitaba, lo cual, debía admitirlo, no sucedía muy a menudo, ya que ella residía en Las Vegas, una ciudad de la cual él procuraba mantenerse alejado, porque cada vez que volvía allí era para casarse o para perder hasta el último centavo de su dinero.

Sí... las tetas y el juego. Sus dos pasiones.

Un mecánico le acercó la limusina y Speed se subió. Le encantaba el olor de los automóviles caros. Una vez había trabajado como chófer de una pareja adinerada de Pasadena. La mujer solía pedir a su criada que colocara una docena de rosas en el automóvil cada mañana. ¡Qué aroma! Él se acostó con la criada, disfrutó de las flores y se fue a los tres meses. Los trabajos honestos eran aburridos.

El Cadillac era agradable de conducir. Así debía ser: durante los dos fines de semana que lo había utilizado, lo cuidó mucho. Bajo el capó rugía un motor caliente. Cuando Speed lidiaba con un motor, sucedían milagros. No era muy distinto de lidiar con una mujer. Un delicado trabajo con los dedos, un poco de roce, y de penetración y la acción del lubricante. Había que buscar el sitio justo para hacer ronronear a los émbolos.

Lo de hoy iba a ser fácil. Bastaba con estar en el lugar justo en el momento justo. Y entonces, correr.

Por diez de los grandes, él bien podía hacer eso.

El aroma del tocino le despertó antes de que lo hiciera Sara, y Bobby Mondella

permaneció en la cama, sumido en el mundo privado de su oscuridad. Algunas veces tenía ataques de pánico; otras, en cambio, estaba tranquilo y mantenía el control. Sara lo ayudaba. Ella siempre estaba allí. De pronto la deseó con una fuerza que lo sorprendió.

Oyó cómo entraba en la habitación, con esos pasos que él reconocería en cualquier parte.

—Un emparedado de tocino es un buen despertador —dijo ella alegremente.

—Ven aquí, mujer —dijo él, con la voz cargada de deseo.

Ella no necesitaba que se lo dijera dos veces. Sara siempre sabía lo que Bobby deseaba, algunas veces antes de que él mismo lo supiese. Dejó la bandeja sobre la mesa y fue hacia él.

Sus brazos se elevaron y la colocaron junto a él, en la cama.

Ella se quedó muy quieta, con su corazón latiendo muy fuerte, anticipando lo que sucedería, ya que Bobby Mondella era el mejor amante del mundo.

Lentamente él comenzó a palpar el cuerpo de ella a través de la ropa. Suavemente sus manos sensitivas le acariciaron los grandes pechos, el estómago y los muslos. Las yemas de los dedos apenas la tocaban, pero ella enseguida ansió que le quitara la ropa.

Sara contuvo un suspiro, ya que Bobby quería que ella permaneciese pasiva hasta que él le indicase lo contrario.

Con una lentitud enloquecedora, sus manos encontraron por fin el camino hacia el interior de la blusa. Desabrochó los botones uno a uno.

Sus pechos pugnaban por salirse del sostén, pero él seguía entreteniéndose, jugando con los pezones suaves de ella a través de la tela.

—Por favor, Bobby, por favor —rogó ella.

—Ten paciencia, mamita. Ya llegaré cuando sea el momento. Por ahora estáte quieta.

La cara de Sara enrojeció. Él la torturaba con la espera, y sin embargo, era una tortura muy dulce, de la que ella disfrutaba cada segundo.

Finalmente él le desabrochó el sostén, liberando sus pechos. En ese momento, ella casi llegó al orgasmo, pero él no le permitió que lo hiciese. Ignorando su pecho, se dirigió a los muslos, acariciando sus carnes, levantándole la falda centímetro a centímetro y bajándole lentamente las medias.

—Bobby, me estás enloqueciendo.

—Tú no sabes lo que es enloquecer, querida.

Entonces comenzó a mostrárselo, llevándola al orgasmo dos veces con sus manos y su lengua antes de consumir por fin el acto sexual.

Mientras él entraba y salía, Sara sollozaba con una mezcla de alivio y placer. Amaba mucho a ese hombre, aunque no estaba segura de sus sentimientos hacia ella.

Él la necesitaba y ella lo sabía. Pero ¿la amaba? Él nunca lo había dicho, aunque en los momentos de pasión ella se lo decía todo el tiempo; en ese mismo momento le decía:

—Te quiero, te quiero, Bobby Mondella. Te quiero, ¡cuánto te quiero!

Y de nuevo estaba llegando al clímax, sólo para él, para el hombre a quien amaba, el hombre a quien deseaba más que a nada en este mundo.

Su respuesta no fue más que un largo gruñido de liberación.

Inmediatamente él se volvió y se tapó con una sábana, como si no quisiese que ella le viera desnudo en otro estado que no fuera su erección.

—¿Te ha gustado? —Ella no podía evitar preguntarle.

El fuego ya se había extinguido y él volvía a controlarse.

—Tengo hambre —dijo él cambiando de tema de forma abrupta—. ¿Has oído algo acerca de un sándwich de tocino?

Servicial, ella saltó de la cama y le dijo:

—Ya está frío. Te prepararé otro.

—Frío estará bien. Pásamelo.

Sin molestarse en vestirse, ella fue hasta la mesa y cogió la bandeja. En otra situación a ella le hubiese preocupado mostrar su cuerpo. Pensaba que sus piernas eran demasiado cortas, su trasero demasiado grande y sus pechos demasiado abultados. Pero con Bobby eso no importaba: él no podía verla. Y estaba segura de que si pudiese verla no la desearía, ya que en su momento Bobby Mondella había tenido las mujeres más bellas del mundo, blancas y negras.

Sara recordaba las notas de las revistas, los escándalos y los chismes. También recordaba la primera vez que lo había visto actuar en directo, en 1980. Ella tenía dieciocho años y acababa de dejar el instituto. Dos amigas la llevaron a un recital que daba él en Filadelfia.

—Es el hombre más sexy del mundo —le habían asegurado ambas.

—Este hombre es puro sexo. Espera a verlo.

Y ella tuvo que admitir que tenían razón. Cuando él salió a escena vistiendo unos perfectos pantalones negros y una camiseta blanca de seda, cincuenta mil mujeres comenzaron a humedecer sus bragas mientras chillaban con todas sus fuerzas. Bobby Mondella exudaba sensualidad: era como un símbolo fálico que vivía y respiraba. ¡Y qué voz!

Se convirtió en una admiradora fanática. Nunca había soñado que años después, tras el terrible accidente, trabajaría para él como asistente personal y algo más...

—Voy a tomar una ducha —dijo Bobby después de acabar con el sándwich en un par de mordiscos—. ¿Está lista mi ropa?

—Todo está preparado —respondió ella—. Tus pantalones negros favoritos y una camisa de seda blanca.

—Gracias, nena.

Sí, ésas eran sus ropas favoritas, su conjunto de la suerte. Sólo que no le habían traído tanta suerte en esa fatídica noche de hacía ya dos años.

¡Por Dios! Dentro de un par de horas estaría frente a Nova Citroen, esa puta fría y seductora. Él no sabía si podría soportarlo.

Sara lo cogió del brazo, para ayudarlo a ir al baño. Él retiró la mano.

—Conozco el camino —dijo secamente—. Debes dejar de hacer todo por mí. —A veces él quería que le ayudase, y otras veces no podía soportarlo. Hoy quería hacerlo todo por sí mismo.

—Voy a vestirme —dijo ella con esa vocecita que él no toleraba.

Ella era una chica tan dulce, tan cálida y tan colaboradora. Lo había ayudado a salir del abismo y ahora él no sabría qué hacer sin ella. Sin embargo, a veces lo exasperaba.

—¿Quieres decir que aún andas por ahí con el culo al aire? ¡Qué vergüenza!, alguien podría verte.

Ésa era la clase de bromas que solía hacer Bobby, pero a Sara no le resultaban demasiado graciosas.

Nova Citroen circulaba por su mansión controlando todos esos detalles que habían hecho de ella una de las más famosas anfitrionas de los Estados Unidos y que la hacían insoportable para todos los que trabajaban para ella. Nova tenía un ojo especialmente alerta para la más pequeña partícula de polvo, para la más leve imperfección. Todo tenía que estar óptimo.

Preocupada por la casa de huéspedes, ordenó que volviesen a pulir la colección de marcos de plata. Insistió en que hubiera rollos de papel nuevos en los siete baños. Ordenó a su criada que cambiara todas las bombillas y arregló personalmente nueve floreros con flores cortadas del jardín.

Finalmente volvió a su habitación, donde la esperaban una masajista, una manicura, una maquiladora y una peluquera, una chica inglesa llamada Tracey, que era la única autorizada a tocar la preciosa piel de Nova Citroen.

—Todo esto me resulta tan aburrido —dijo a quienes la rodeaban—. Pero me gusta recolectar dinero y la del gobernador es una buena causa, ¿no es verdad?

Ninguno de los que estaban allí podían sospechar que veinte años antes Nova Citroen había sido una de las prostitutas más caras de Alemania.

Vicky Fox tenía un modo de moverse que le permitía ir a donde quería. Además, el uniforme ayudaba —ese horrible uniforme blanco y marrón que la señora Citroen insistía en que llevaran todas las empleadas—. La vieja no quiere competencia, pensó

Vicky. Sin el uniforme y con todo el maquillaje y demás en su sitio ella podía competir con cualquiera de esas actrices. Las nuevas no eran tan atractivas, eran sólo sombras de las grandes estrellas del pasado. Vicky nunca había estado personalmente con ellas, pero lo sabía. Hoy en día nadie podía parecerse a Marilyn Monroe o a Lana Turner.

Vicky Fox había llegado de Chicago a Hollywood a los dieciséis años, con setenta dólares en el bolsillo y dos importantes privilegios: sus pechos increíblemente grandes.

Los setenta dólares duraron muy poco, pero sus privilegios le permitieron conseguir un trabajo como camarera en un *top less* y como bailarina gogó, y más tarde, como modelo de desnudos. La prostitución vino después; a los veinticinco años ya ganaba mucho dinero. En esa época conoció a un tipo muy generoso, que estaba casado y que la quería íntegra para él. La instaló en el apartamento del boulevard Ventura y le pagaba todas las facturas. Ella se quedaba en casa limándose las uñas, comiendo chocolate y viendo la televisión. Rápidamente pasaron cuatro años y a su amigo lo arrestaron en Florida, acusado de asalto a mano armada, y enviado a prisión. Vicky, un poco más vieja y más gordita, volvió a la prostitución, pero no le gustaba y cuando Maxwell Sicily, que había compartido una celda con su amante anterior, se puso en contacto con ella, Vicky estaba deseosa de un poco de emoción. A los treinta estaba muy atractiva. Después de todo, ¿qué problema había? Sólo se trataba de quitarles a los ricos para dárselo a Maxwell y a Vicky. A nadie le importaba que robasen a los ricos. Al fin y al cabo, ellos tenían seguros y todas esas cosas. Robarles a ellos no era un verdadero crimen.

Al entrar en el estudio privado de Marcus Citroen, ella llevaba consigo el plumero por si alguien la veía. Nadie la molestó: todo el mundo estaba ocupado con los preparativos para esa noche.

Vicky no se preocupó en absoluto. Simplemente entró e hizo lo que debía.

Marcus Citroen tenía tres secretarias privadas, cada una más leal que la otra. Era muy estricto en la consigna de que no debían hacer amistad fuera de la oficina. La pena por faltar a esa orden era el despido inmediato.

Las tres mujeres (Marcus no confiaba en secretarios) competían entre sí por atender al jefe. Le contaban absolutamente todo lo que ocurría en la compañía discográfica Blue Cadillac y entre los informes de las tres le llegaba hasta el último chisme. Sabía quién se acostaba con quién y cualquier otra cuestión que no fuera de negocios y que no le habría llegado por los canales normales. Poner a las personas una en contra de la otra era una de las especialidades de Marcus. Era un maestro. Y saberlo resultaba útil.

Sus tres secretarias eran solteras y rondaban los cincuenta años. Marcus no

quería que se acostaran con las personas que trabajaban para él. Quería completa lealtad y la tenía. Ellas se detestaban unas a otras, y eso le venía muy bien.

—El señor Lamont está aquí —anunció por el intercomunicador Phoebe, su secretaria principal.

—Hágalo pasar.

Él hacía esperar a algunas personas, pero Hawkins Lamont no estaba entre ellas. El hombre de blanco entró en la oficina, que parecía más bien una sala de antigüedades que la oficina de un magnate de la discografía. Fue derecho al escritorio de nogal y cogió un cigarro.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó El Halcón, y se sentó en el sillón de cuero.

—Está bien —contestó Marcus, divertido.

A los cincuenta y nueve años, Marcus Citroen irradiaba poder. Aunque tenía dieciocho kilos de sobrepeso, su excelente traje inglés disimulaba cualquier imperfección. Era casi completamente calvo, y su cabeza de color oliváceo tenía forma de huevo. Su labio superior era fino, mientras que el inferior era obscenamente grueso; sus ojos, misteriosamente entrecerrados por párpados indolentes. Era originario de Beirut, pero había vivido en los Estados Unidos durante más de cuarenta años, y desde hacía treinta era ciudadano norteamericano. Era enormemente rico, extremadamente poderoso y universalmente temido en su negocio. Era un personaje bastante diferente de aquel muchacho que había llegado a Nueva York a los veinte años, en 1948, con apenas veinte dólares en el bolsillo, pero con el corazón duro como el acero. Para entonces ya había visto bastante en su vida. Había crecido en Europa en tiempos de guerra, y conocía bien el lado oscuro de la naturaleza humana. Había visto cómo su acaudalado padre quedaba reducido a la pobreza, su bella madre convertida en prostituta y su hermano se constituía en juguete de un grupo de perversos.

Marcus deseaba dinero y deseaba poder. Había venido a Norteamérica a buscarlos. Y lo había logrado.

—Bien, Kris Phoenix está aquí —dijo El Halcón—. Bobby Mondella ya está en camino. ¿Ha llegado ya Rafaella?

—Sí —confirmó Marcus—. Se aloja en el Hermitage.

Mirando fijamente al Halcón, se recostó en su sillón, juntó las yemas de los dedos, elegantemente manicuradas, y dijo:

—Comienza el juego.

El Halcón dejó su cigarro. Conocía a Marcus desde hacía más de quince años, y sin embargo, muchas veces tenía la sensación de no conocerlo en absoluto. En realidad, nadie lo conocía. El hombre no alentaba amistades demasiado íntimas, aunque El Halcón consideraba que él era todo lo íntimo que se podía ser respecto a Marcus. Rió seca y nerviosamente. Sabía que Marcus había estado obsesionado con

lograr que las tres estrellas estuviesen allí, especialmente Rafaella, y preguntó con curiosidad:

—¿Qué juego?

—El juego que yo quiera jugar. Cualquiera.

KRIS PHOENIX

1970-1972

Durante dos años, los Wild Ones tocaron juntos y obtuvieron sólo algunos atentos oyentes y tantas chicas como quisieron. No estaba mal, pero ciertamente no era lo mismo que un representante, un agente, un contrato para grabar, dinero o tal vez algún tipo de reconocimiento por parte de esa industria que parecía haber decidido ignorarlos por completo.

Cada vez que podían conseguir un contrato, se presentaban en los clubes nocturnos de los suburbios de Londres. Actuaban en toda clase de locales, grandes o pequeños, tratando de aprovechar cualquier ocasión de que los viesan. A veces daban un recital en un cumpleaños o en una boda. Todo les servía de experiencia. Pero como ninguna de estas cosas bastaba para pagar el alquiler, seguían con sus empleos diurnos. Kris había dejado su trabajo de limpiacristales y, junto con Buzz, había conseguido un empleo como bañero en una piscina. Los dos eran buenos nadadores, y el trabajo no era malo, aunque el olor a cloro y las hordas de niños de escuela enloquecía a ambos. Buzz salía con cualquier chica aceptable que pisase el local, aunque aún vivía con Flower. Kris se había vuelto más selectivo. Nunca les faltaba compañía femenina. Bastaba con mostrar la guitarra y las chicas corrían hacia ellos.

Rasta Stanley, el batería negro, trabajaba en una emisora de radio. Era algo útil, ya que eso les permitía conseguir todos los álbumes nuevos que aparecían, grabarlos y llevarlos nuevamente a la emisora de radio.

Olli Stolz, bajista y teclista, trabajaba en una biblioteca.

Durante el año que llevaban juntos, se habían convertido en un grupo muy unido: Kris era la fuerza directriz; Buzz era el excéntrico del grupo, con su humor negro; Rasta era un cómico nato y Ollie era serio, estudioso y amable con ancianas y animales.

Los Wild Ones tenían su propia identidad.

Kris era sexy y vivaz, con su forma de moverse, y esa melena de color rubio ceniza y esos ojos intensamente azules.

Buzz era lo opuesto, con su aspecto delgado y satánico.

Ollie, un rostro inocente con gafas a lo John Lennon, rizos castaños hasta los hombros y sonrisa de ángel.

Rasta, un paquete de energía y aspecto saludable.

Las chicas los adoraban. Iban a bailar y se quedaban para verlos.

Cuando estaban en el escenario tocando, todo ensablaba a la perfección. Rasta a la batería, Ollie manejando el bajo y los teclados. Kris y Buzz intercambiando solos de guitarra, moviéndose adelante y atrás con ensayada precisión.

Tocaban todos los éxitos y se turnaban como vocalistas, aunque pronto se hizo evidente que, cuando de cantar se trataba, el favorito era Kris. Con la guitarra él era muy original, y hacía lo que le parecía; en cambio, al cantar iba a lo seguro. Tenía un toque de Rod Stewart, un poco de Mick Jagger, rastros de soul norteamericano y vetas de rock and roll.

Podían tocar distintos tipos de éxitos de la canción y hacerlo bien. Pero, tal como dijo una vez Buzz al borde de la piscina mientras observaba cómo enseñaban a nadar a los niños:

—El problema es que no hacemos nada diferente, ¿entiendes lo que quiero decir?

Kris lo entendía perfectamente, pero no era su culpa: la gente sólo quería escuchar temas conocidos.

—Deberíamos componer nuestras propias canciones —decía Buzz reflexivamente—, en lugar de producir éxitos de otros. Debemos pedir a Ollie que componga algo. Él debe de ser bueno en eso.

Kris asintió. No quería decir nada aún, pero había estado trabajando sobre algunas ideas y tenía varias canciones que deseaba probar. No obstante, se contuvo, ya que no deseaba que los demás le criticasen.

Buzz miró a una alegre morena que salía del vestuario de mujeres.

—Bonito par de tetas —dijo despreocupado—. Apuesto a que es buena en la cama.

—¿Y cuándo has visto un par que no te guste? —respondió Kris.

—Debemos tener material original —repitió Buzz—. Es la única forma de que se fijen en nosotros.

—Ya lo sé. Yo mismo he...

No pudo terminar la frase, ya que vio en el otro extremo a un nadador en apuros. Sin vacilar, se zambulló a toda prisa en busca del hombre que se hundía lleno de pánico.

Se colocó frente a la víctima, la cogió por debajo de los brazos y comenzó a nadar hacia el borde de la piscina. No fue fácil. El hombre creía que era el final y agitaba los brazos y las piernas, sin darse cuenta de que Kris lo estaba salvando.

Luego el hombre cambió de táctica colgándose del cuerpo de Kris y enroscando las piernas alrededor del cuerpo del muchacho, hundiéndole hasta el fondo, mientras Kris luchaba desesperadamente por desasirse de la atadura que el hombre, en su pánico, había creado.

Todo podría haber terminado muy mal de no ser por la intervención de Buzz. Él tampoco vaciló. Se zambulló como un kamikaze, apartando con fuerza al hombre y cogiéndole por el cuello.

Los tres emergieron de repente, y entre Buzz y Kris lograron arrastrar al hombre hasta el borde de la piscina, donde varias manos los ayudaron a salir. Los muchachos

comenzaron entonces a sacar del agua el cuerpo del pobre tipo.

—¡Mierda! —exclamó Buzz—, merecemos dinero extra por estos riesgos.

—¡Son tan valientes! —exclamó la morena que él había estado mirando antes, quien, con su traje de baño húmedo, dejaba ver unos pezones erectos, en estado de alerta roja.

La víctima reaccionó e intentó incorporarse, mientras un grupo de niños aplaudía.

Kris observó entonces al hombre que acababa de rescatar, y su rostro le resultó familiar, aun en ese estado.

—¿Señor Terence? —preguntó.

—¡Oh, Dios mío! Les debo la vida... —balbuceó el hombre—. He tenido un calambre... un dolor terrible... No me podía mover.

—Señor Terence —repitió Kris, reconociéndole ahora definitivamente. Era aquel agente de espectáculos cuya casa solía limpiar su madre.

Terry Terence miró a aquel muchacho atractivo de veinte años de melena desteñida... Quizá hubiera muerto y se hallaba en el paraíso. Siempre le habían gustado los jóvenes.

—Sí —respondió como en un sueño—. ¿Me conoces?

El señor Terry Terence ya no vivía en la casa de Carlton Hill. Se había mudado a un apartamento relativamente grande en Abbey Road, cerca de los estudios donde los Beatles habían hecho todas sus grabaciones.

Al día siguiente, cuando Kris y Buzz fueron allí a tomar el té, los recibió un hombre de aspecto afeminado, con ojos de perro cocker, que les dijo suavemente:

—Pasen, por favor. Yo soy Justin, el compañero de Terry. Él está descansando ahora, pero ha dejado instrucciones de despertarlo cuando ustedes llegasen. —Y tendiéndoles la mano, añadió—: Mi más profundo agradecimiento por su valentía. El señor Terence sufrió un ataque cardíaco hace seis meses y el médico le aconsejó que hiciese más ejercicio. Empezó con caminatas, pero enseguida se cansó. Luego se dedicó al tenis, pero se quedaba extenuado. Finalmente descubrió la natación, que parecía la solución perfecta.

—Sí, casi lo soluciona del todo —bromeó Buzz.

—¿Cómo se siente ahora? —preguntó Kris mientras observaba los retratos, esperando encontrar la foto de Johnnie Ray que recordaba desde su infancia.

—Agradecido por estar vivo —dijo Justin—. Habitualmente va a nadar a la piscina de Grovesnor House, pero ayer, por alguna razón que desconozco, decidió ir a ésa. —Y añadió suspirando—: ¡La vida! ¡Cuán frágil es el hilo que nos ata a ella!

Buzz lanzó a Kris una mirada que parecía significar: «¿Quién es este maricón?».

—Quizá fuese mejor que volviéramos otro día —sugirió Kris—. Si ahora está descansando...

—De ningún modo —se apresuró a decir Justin—. Se molestaría mucho. Ahora

mismo le despierto.

Justin salió de la habitación y Kris se detuvo frente a la fotografía de Johnnie Ray y la cogió.

—¿Quién es éste? —preguntó Buzz.

—Johnnie Ray.

—No tengo ni idea de quién es.

—Es un gran cantante de los años cincuenta. Mi madre lo adoraba.

—¡Eh, mira esto! —dijo Buzz cogiendo una fotografía de los Beatles—. Aquí están los cuatro, y los cuatro la firmaron.

—¿De verdad?

—Sí. Este viejo debe de conocer a gente importante.

—Te lo dije, ¿no es cierto?

El señor Terence entró en la habitación, resplandeciente. Llevaba un pijama negro bajo una bata roja con bordados dorados y unas zapatillas haciendo juego. Era un hombre de unos cincuenta años, un tanto grueso, de facciones delicadas y algunos mechones de pelo castaño.

—Muchachos —dijo—, ¿cómo podré pagarles lo que han hecho por mí?

Así fue como los Wild Ones llegaron a tener a su primer representante.

Desde el primer momento el señor Terence se mostró fascinado por Buzz. Echó una mirada al cuerpo ágil del circunspecto muchacho de veintiún años, se detuvo a observar su palidez, y experimentó un amor a primera vista. Aunque tenía cuidado en mostrar sus sentimientos, muy pronto todos se dieron cuenta y los cuatro amigos bromeaban entre ellos al respecto. Terence los llamaba los muchachos, sus muchachos. Decía que les iba convertir en estrellas, y ellos, tras un año de dar vueltas por los clubes sin ningún resultado positivo, se hallaban contentos de estar en manos de alguien con experiencia.

Lo primero que hizo Terence fue presenciar un par de actuaciones locales que ellos ofrecieron. Después los citó un día en su oficina para decirles qué era lo que hacían mal.

—Son un grupo de imitadores —les dijo— que tocan los éxitos de otros. Eso lo puede hacer cualquier grupo de músicos que se reúnan para hacerlo.

—Yo se lo dije —argumentó Buzz con el mejor tono autosuficiente.

Kris le lanzó una mirada disgustada y replicó:

—Lo hacemos porque es lo que la gente quiere escuchar. En realidad a nosotros nos gustaría ejecutar material original.

Terence dejó de lado su taza de café y dijo:

—Por supuesto que la gente está acostumbrada a escuchar ciertas canciones. Pero deben comprender que de esa manera no van a llegar a ninguna parte. ¿Alguno de ustedes puede componer y escribir canciones?

Ollie levantó la mano.

—Yo escribo música. No soy bueno con las letras, pero sí con las melodías.

Kris se sintió sorprendido, ya que era la primera noticia que tenía de esto.

—¿Alguien más? —preguntó el señor Terence, posando como siempre sobre Buzz una mirada ansiosa.

—Yo he hecho algunas cosas —respondió Buzz, un poco cohibido—. Claro que posiblemente no sean buenas.

Kris siempre había pensado que Buzz y él tenían mucha confianza entre ellos. Y ahora recibía esta revelación... ¡Mierda! Sería mejor que él también hablara de lo suyo enseguida o lo dejarían fuera.

—Yo también he compuesto algunas cosas —dijo entonces.

Buzz también se mostró sorprendido. Levantó una ceja cínicamente y preguntó:

—¿En serio?

Rasta rió. Él era el que siempre rompía la tensión.

—Parece que todos trabajábais en secreto. Alguien podría habérmelo dicho. Hubiese dejado de rascarme y hecho algo útil con mi mano derecha.

—Nunca es demasiado tarde —dijo Terence, ignorando los comentarios—. Cuanto más original sea el material, mejor.

—Es cierto —acordó Buzz.

—Además, debemos trabajar la imagen del grupo —dijo Terence ajustándose el nudo de la corbata.

—¿Por qué? —preguntó Kris—. ¿Qué hay de malo en nuestro aspecto?

—No hay tampoco nada bueno. Sobre el escenario parece un grupo de desaliñados. Debe haber algún tipo de unidad.

—No pienso ponerme ningún estúpido uniforme para actuar —dijo Buzz—. Yo me visto de negro y ya está.

—Podrían vestirse todos de negro —sugirió Terence, diplomáticamente, intentando como siempre no ofender a su favorito.

—A mí me sienta mejor el rojo —dijo Rasta—. Ya soy suficientemente negro, gracias.

—Tengo la solución —dijo Terence, triunfante—. Pueden vestirse de negro y llevar un pañuelo rojo. —Naturalmente, él había notado que Buzz solía llevar un fular alrededor del cuello.

—No voy a ponerme nada de eso —dijo Buzz groseramente—. Creo que debemos llevar lo que se nos ocurra.

—Los Beatles cuidaban su imagen —observó Ollie.

—¡Pandilla de idiotas! —exclamó Buzz.

El señor Terence se miró las uñas manicuradas.

—Debemos también hablar del equipo. Habrá que comprar un equipo decente. Y

además deben salir de gira. Es la única manera de adquirir la experiencia necesaria.

—¿Y qué hay de un contrato de grabación? —preguntó Kris.

—Eso es algo que se produce en algún momento —dijo Terence—. Es un objetivo en pos del cual tienen que trabajar. Si los envío ahora a un estudio, los echarán fuera. —Hizo una pausa y tomó otro sorbo de café—. En primer lugar, deben producir material original. Si no pueden hacerlo, habrá que comprarlo. Luego deberán salir y aprender el modo de presentarse y la disciplina necesaria para hacerlo. Todo eso será bueno para ustedes. Yo les diré cuándo estarán listos para ir a un estudio de grabación.

—¿Y qué hay de nuestros trabajos? —preguntó Ollie seriamente—. ¿Cómo podemos salir de gira y mantener nuestros empleos?

—No podrán, es evidente. He decidido no sólo ser su representante, sino también su administrador. Como agente recibiré un diez por ciento de las ganancias, y como administrador, un veinticinco por ciento más. A cambio financiaré su ascenso. Compraré un equipo nuevo, una camioneta para que viajen por el país y la ropa necesaria para sus actuaciones, y además, les adelantaré una suma razonable para que puedan vivir.

—¡Eso suena fabuloso! —exclamó Rasta.

Kris le lanzó una mirada de advertencia.

—Debemos pensarlo.

—Está bien —acordó Buzz, dándose cuenta de que no les convenía demostrar demasiado entusiasmo.

—Piénsenlo —dijo tranquilamente Terence—. Y háganme saber su decisión en una semana.

—Usted nos está pidiendo un treinta y cinco por ciento —asertó Kris—. ¿No es demasiado?

—El treinta y cinco por ciento de nada —señaló Terence—. Y estoy arriesgando una buena suma de dinero, sin hablar de mi tiempo, que es muy valioso. Tómenlo o déjenlo. Yo creo que ustedes tienen posibilidades. Otros quizá no piensen lo mismo.

A la semana cada uno de ellos firmó un contrato individual que lo ligaba ineludiblemente a Terence durante los siguientes siete años. Kris tuvo que pedirle a su madre que firmara, ya que aún le faltaban unos días para cumplir los veintiún años.

Avis fue a la oficina del señor Terence con su mejor vestido y un absurdo sombrero cubriendo su cabello, que ya comenzaba a encanecer.

—Los he comprado para ti, por si traen suerte —dijo entregando a su hijo un par de cigarros. El muchacho la abrazó impulsivamente.

—¡Gracias, mamá!

—¡Señora Pierce! —dijo el señor Terence—. ¡Qué alegría volver a verla después de tantos años! —Y en un aparte, añadió—: Nadie sabe pulir la plata como usted lo

hacía.

—Gracias, señor Terence —respondió ella, correcta y compuesta.

Ella nunca le había contado a nadie el porqué de su abrupto abandono del trabajo en casa del señor Terence hacía ya nueve años. Él la había acusado de haber robado unos gemelos de oro, y cuando un amigo suyo regresó con ellos dos días después, le dijo simplemente:

—Los encontré, querida —como si ésa fuese disculpa suficiente.

Ella nunca había vuelto a trabajar allí.

Ahora estaba en su oficina, firmando un contrato importante en beneficio de su hijo. De no ser por eso le hubiese dado un puñetazo por haber desconfiado de ella de esa manera.

Después de firmar, fueron a una taberna para celebrarlo, sólo la madre y el hijo. Terence quería que se quedasen en su oficina y abrir una botella de champán pero Avis había susurrado a su hijo:

—Me sentiré más cómoda en una taberna, querido.

Se sentaron uno frente al otro y durante un par de horas disfrutaron de la mutua compañía y bebieron algunas cervezas. Fue uno de los mejores momentos que Kris pasó con su madre. Ella sólo nombró cuatro veces a Brian.

—Te voy a comprar un abrigo de visón, mamá —prometió Kris mientras salían al frío de la noche—. Te lo mereces.

—¡Dios mío! —dijo ella con su habitual cacareo—. ¿Quiénes van a comprármelo? ¿Tú y el príncipe Felipe?

Los Wild Ones estuvieron de gira durante todo el año. Viajaron por Inglaterra, Gales y Escocia, y recorrieron también Irlanda. Todo el tiempo vivieron apretujados en una furgoneta Volkswagen, con el equipo desparramado a su alrededor. Conducían por turnos y dormían en la parte de atrás, que olía a camello. Hasta hacían turnos para llevar chicas a la furgoneta. Una en la parte delantera y otra en la trasera. Algunas eran apenas adolescentes.

—Acaban de dejar el biberón —decía Buzz.

De vez en cuando, el señor Terence iba a verlos. Observaba la entusiasta reacción del público, escuchaba el nuevo material, hacía algunas críticas y observaciones, y se iba en seguida.

—¿Cuándo iremos a Londres? —preguntó Kris.

—Tan pronto como estéis preparados. Os lo diré.

Ésa era la respuesta invariable de Terence.

Ellos estaban agotados y hartos. ¿Dónde estaba el reconocimiento que el señor Terence les había prometido? ¿Dónde estaba el contrato de grabación? ¿Dónde estaban la fama, la fortuna y la buena vida?

Se sentían desilusionados y cansados.

—Hemos estado actuando en el culo de Inglaterra —dijo Kris muy serio una noche, mientras compartían una fuente de salchichas y patatas fritas en un café de las afueras de Manchester—. Esto es un desastre.

—Escribe una canción referida a eso —dijo Buzz, bostezando—. Escribes sobre todos los demás.

—¡Oh, sí! Sería muy buena... El culo de Inglaterra, por Kris Phoenix. Será un éxito que superará a los Rolling Stones.

Rasta comenzó a golpear la mesa como si fuera un tambor y Ollie le acompañaba en el ritmo.

—Conocía a una chica llamada Sara, la besé en la mejilla, y me la llevé a la cama. Parecía tan dulce y tan bella. TODOS JUNTOS. No sabía que vivía en el culo de Inglaterra —cantaron al unísono, riendo histéricamente.

—¡Basta! —dijo un camarero, acercándose a la mesa—. Ya han hecho demasiado ruido.

—¡Caramba! —replicó Buzz—. Ni siquiera nos dejan divertirnos.

—¿Cuál es la diversión? —preguntó Kris, afligido.

—A lo mejor es ir a una buena cama, en lugar de quedarse frente al amplificador —sugirió Rasta.

—Yo no —dijo Kris—. Estoy cansado. Quiero regresar a Londres.

—Llama al jefe y díselo. Ya es hora de que cumpla con alguna de sus malditas promesas.

—Llámalo tú —respondió Kris—. Tú eres su amorcito.

—¿Realmente piensas eso? —preguntó Buzz adoptando una fingida voz de falsete.

—Como chica serías horrible —comentó Ollie—. Tan blanca y pastosa...

—Sí, pero a ti te gustaría montarme, ¿verdad? —bromeó—. Te gustaría dármela, ¿no es cierto, querido?

—Deja de joder —respondió Ollie, indignado.

—Vamos, admítelo —siguió Buzz—. No seas tímido. Todos sabemos lo que pasa en las academias de música. Ya se la habrás dado a un par de culos en tus tiempos.

Ollie se puso en pie, rojo de la ira.

—No lo digas ni en broma, ¡maldito pajero!

—¿Te has puesto nervioso? —preguntó Buzz entrecerrando los ojos.

—¡Callaros! —gritó Kris, arrojando una grasienta patata al rostro de su amigo.

—Sí, callaros —recordó Rasta, tirando un puñado de patatas a Ollie y a Buzz.

—¡Vamos! —chilló Buzz cogiendo una salchicha, rompiéndola en trozos y frotándola contra la mesa.

Kris respondió lanzando un chorro de salsa de tomate, y Ollie hizo lo mismo con

la mostaza. En pocos minutos todos estaban chillando y arrojándose comida, dejando de lado las tensiones.

—¡Suficiente! —gritó el camarero.

Ellos lo ignoraron y continuaron con su pasatiempo.

—Echa a esos idiotas, Bert —rugió un robusto camionero—. ¡Malditos maricones de pelo largo! ¡Échalos, que nosotros te ayudamos!

Bert no tuvo que hacer nada. El camionero y sus amigos estaban encantados de poder pelear. El problema fue que ellos no arrojaban comida. Tenían sus puños listos, y se lanzaron por sorpresa sobre los muchachos desprevenidos.

—Demos a estas niñitas una lección —gritó el camionero, alentando a sus compañeros a entrar en la pelea.

—¡Mierda! —gritó Kris, mientras uno de los hombres lo agarraba del pelo e intentaba arrojarlo por la puerta. Se liberó y dio una patada al hombre en los huevos.

—¡Maldito hijo de perra! —rugió el hombre, volviendo sobre él.

Kris se dio cuenta entonces. Cinco fornidos camioneros y cuatro futuras estrellas del rock. No era muy conveniente...

—Salgamos de aquí —gritó.

Pero ya era tarde. La pelea había comenzado.

BOBBY MONDELLA

1972

—Feliz cumpleaños, querido —dijo Sharleen con una sonrisa encantadora, colocando una tarta de chocolate delante de Bobby.

—Sí, muchacho —añadió Rocket—. ¿Cómo andas con un año más?

—No hay que luchar contra esos sentimientos —dijo el nuevo Bobby, que ahora era una versión delgada del antiguo gordito.

A los veintidós años, Bobby Mondella era alto y bien parecido. Era imposible reconocer en él al gordito que habían llevado en una ambulancia de la casa de su prima Fanni a una sala de hospital, donde casi había muerto.

Los encargados de la ambulancia se herniaron al levantar la camilla que transportaba a Bobby. Le había estallado el apéndice y el cirujano le dijo que, de haber tardado una hora más, no hubiese habido posibilidad de salvarlo. Así y todo, estuvo en estado crítico durante varios días.

—Tener que atravesar tanta grasa para operarte... casi te cuesta la vida —había dicho el cirujano mientras le sacaba los puntos—. Más vale que te deshagas de tu gordura, o te irás pronto.

—¿Me iré del hospital? —preguntó Bobby inocentemente.

—No. Te irás de este mundo, jovencito.

Fanni fue a visitarlo una semana después de la operación, con una revista Playboy y dos barras de chocolate. Masturbarse y engordar: ésa había sido la historia de su vida hasta entonces.

—¿Telefoneaste al Chainsaw? —preguntó ansioso.

—¿Para qué? ¿Acaso debía hacerlo?

—Voy a perder el empleo. Deberías haber llamado.

—Lo comprenderán.

No lo comprendieron. Cuando regresó cuatro semanas más tarde, pesando casi nueve kilos menos, Nichols Kline le dijo secamente.

—Tu empleo está ocupado. Piérdete.

Bobby se quedó fuera, esperando a que salieran Sharleen y Rocket. Ella apareció primero, y estaba a punto de pasar de largo, cuando él la detuvo cogiéndola del brazo y le recordó quién era.

—¿Dónde está mi grabación? —preguntó ella, furiosa.

—La tengo yo.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber dónde?

—En casa.

—¿Y por qué no se la diste a Marcus Citroen?

—No vino esa noche —explicó Bobby—. Y luego me internaron en el hospital con un ataque de apendicitis. Casi me muero. He estado muy enfermo.

—Quiero mi cinta —dijo ella sin mostrar la más mínima preocupación.

—¿Sabes una cosa? —dijo él incómodo—. La escuché y estoy seguro de que puedes hacer algo mejor que eso.

Ella indignada, le miró y le dijo:

—¿Y cómo puedes saberlo tú?

—Estuve en el negocio de la música, cuando era más joven... —Tras vacilar un poco, Bobby decidió que no tenía nada que perder y añadió—: Compuse algunas canciones y grabé algunos discos.

—¿Cuándo tenías doce años? —preguntó ella, sarcástica.

—Era muy joven, pero es cierto. Te lo juro.

—Seguro —dijo ella con tono aburrido.

—Escribiré una canción para ti.

—Me muero por escucharla.

—Oye. No pelees. Puedo hacer que tu grabación suene mucho mejor.

—Limitate a devolvérmela, querido.

Era obstinada, pero Bobby estaba seguro de que si tenía una pequeña oportunidad podría convencerla.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Mañana.

—No vendré por aquí. Nichols me ha echado. Déjame llevártela a casa por la mañana.

Mordiéndose el labio inferior, ella pensó durante unos instantes y le entregó una tarjeta en la que se leía: Sharleen-Chanteuse y una dirección.

—A las diez en punto —dijo— y no sueñes en quedarte.

—No lo haré —respondió Bobby mientras la miraba entrar por la puerta trasera del club. Diez minutos después apareció Rocket.

—¡Anda! Pensé que nunca más te vería. Supuse que te habías largado con toda la pasta: la tuya y la mía.

—Gracias por confiar en mí.

—No es la primera vez que me roban —dijo Rocket encogiéndose de hombros.

Era fabuloso encontrarse con personas que se alegraban tanto de verlo. No confiaban en él. Bobby repitió la historia del hospital y relató también que había sido despedido.

—¿Qué me sugieres?

—Que vayas a Clooney's. Están contratando personal. Mueve el trasero y ve enseguida. —Y sacando un cigarrillo de su bolsillo, preguntó—: ¿Tienes mi dinero?

—No lo llevo encima.

En realidad, Ernest le había robado hasta el último penique mientras estaba en el hospital.

—Bueno, hombre. Si he esperado cuatro semanas, bien puedo esperar un día más. Tráemelo mañana. Y descuenta el dinero que me adelantaste para el alquiler. Tengo un nuevo compañero de piso.

¡Fabuloso! Estaba fuera antes de haber entrado siquiera. Pero no podía culpar a Rocket. Él no tenía ninguna garantía de que volviera a aparecer.

—Por la mañana no puedo —dijo Bobby, recordando su cita con Sharleen.

—Entonces a la hora del almuerzo —dijo Rocket—. Te compraré una salchicha y una cerveza. —Cogiendo la tarjeta de Sharleen que Bobby tenía en la mano, escribió su dirección al reverso—. Mañana —volvió a decir—. Y prueba en Clooney's. Diles que tienes veinticinco años. Te creerán.

Rocket tenía razón. Le creyeron. Y obtuvo un empleo para echar gente del bar de solteros más concurrido del lado oeste.

Cuando regresó a casa pidió explicaciones a Ernest acerca del dinero faltante.

—¿Me estás acusando?

—Por supuesto —replicó el muchacho, que había perdido peso y ganado confianza. Ya iba siendo hora de que se enfrentara a Ernest.

—Pues no lo toleraré... —chilló Ernest—. No toleraré tu maldita mierda.

—Ese dinero no era mío —trató de explicar Bobby—. Yo solamente...

—No estoy interesado en oír tus estupideces. Sólo eres una carga para tu prima, que ha sido demasiado buena contigo. ¡Maldita sea! Vete. Y hazlo ahora mismo.

—Si tuviese mi dinero, lo haría —replicó Bobby, furioso—. Vosotros cogisteis los seis mil dólares que traje conmigo cuando vine aquí, y los gastasteis a vuestro antojo.

—¿Yo los cogí? —chilló Ernest—. ¿Te atreves a decir que Ernest Crystal cogió algo que no le pertenecía? ¡Vete a la mierda!

Fanni llegó en ese momento. Hizo callar a Ernest y envió a Bobby a su cuartito del fondo. Entonces, Bobby decidió que si Rocket estaba dispuesto a esperar una semana, le pagaría con la primera paga de su nuevo empleo y se largaría de esa casa de inmediato.

A la mañana siguiente, vestido con su mejor ropa, ahora demasiado grande para él, llegó hasta la puerta de casa de Sharleen, en la Décima Avenida. La entrada estaba llena de basura y la puerta cubierta de graffiti. No había ningún timbre. Probó golpeando la puerta. Pasaron algunos segundos, y como nadie respondió, volvió a golpear. Una rata salió de un rincón y pasó a la carrera a su lado, subiendo los peldaños de la escalera.

—Adelante —dijo una voz y la puerta se abrió.

Rocket estaba allí, vestido con shorts. Lo miró confundido y dijo:

—Creí que vendrías más tarde.

Por un momento, Bobby se quedó atónito. Entonces se dio cuenta de que debía de haber cometido un error. Probablemente había ido a la dirección de Rocket en lugar de ir a la de Sharleen, pues ambas estaban escritas en la misma tarjeta.

—Pasa y visita el palacio —murmuró Rocket, agregando un fuerte eructo.

Bobby entró entonces en un lugar totalmente caótico: las paredes, marrones y descascarilladas; el suelo cubierto por un linóleo; los muebles, quemados por cigarrillos y bandejas de comida china vacías desparramadas por todas partes, junto con periódicos y revistas viejas.

—Ésta es la parte arreglada —dijo Rocket—, deberías ver el dormitorio y el supuesto cuarto de baño.

—Bueno, al menos es tuyo —dijo Bobby con envidia.

—Sí, ya sé. Y podría haber sido tuyo también —dijo Rocket, rascándose el vientre—. Bueno, ya encontrarás otro sitio. —Hizo una pausa y señaló la bandeja que estaba en un rincón—: ¿Quieres una taza de café?

—No puedo quedarme —dijo rápidamente—. Sólo he venido a preguntarte si puedes aguantar un par de semanas hasta que te pague tu dinero.

Rocket lo miró con sorna.

—¡Increíble! —Cogió un cigarrillo y lo encendió—. Eres como un bebé en el país de los juguetes. ¿Qué es lo que pasa ahora?

Bobby comenzó a contar la historia. En ese momento una mujer entró en la habitación. Estaba envuelta en una toalla y no llevaba ninguna ropa debajo. Ella sonrió dulcemente.

—Bobby —dijo—. ¿Llegas temprano o yo llego tarde?

Era Sharleen.

El golpe de ver al amor de su vida viviendo con su mejor amigo no fue nada bueno para el ánimo de Bobby. Cuando volvió a mirar la tarjeta que ella le había entregado, se dio cuenta de que ella y Rocket habían escrito la misma dirección. Obviamente no habían tratado de ocultarle nada. Era un drama, pero tuvo que afrontarlo.

Ellos conformaban una pareja bastante incongruente. Sharleen, la bella muchacha negra que quería ser Diana Ross y Rocket Fabrizi, un aspirante a actor que se veía a sí mismo como un Marlon Brando de los años setenta.

Durante los siguientes cuatro años, los tres forjaron una sólida amistad, basada en la mutua confianza y el respeto. Sharleen no tenía familia, y Rocket había abandonado la suya hacía años. Bobby dejó a Ernest y Fanni sin que nadie lo lamentara y alquiló un cuarto que comparado con el apartamento de sus amigos parecía el Hotel Plaza.

Ellos le alentaban continuamente. Bobby retomó la música, gracias principalmente al apoyo de Sharleen. Escribió canciones para ella y le ayudó a educar la voz y a mejorar su aspecto y su estilo. Además consiguió un empleo diurno vendiendo piezas de música, aunque seguía trabajando por las noches en Clooney's.

Sharleen lo alentó para que siguiera una dieta y ejercicio y volviese a dedicarse de lleno a la música. Aunque no era una buena ama de casa, le preparaba los mejores bistecs que él jamás había probado.

Rocket seguía idéntico a sí mismo. Siempre alerta. Siempre buscando el modo de ganar unos dólares más. Cuando podía participaba en una audición y volvía a casa derrotado y sonriente.

Una semana antes de cumplir los veintidós años, Bobby oyó hablar de un ático que se alquilaba en Greenwich Village. Pensó que, si los tres compartían el alquiler, podrían empezar a vivir como seres humanos. No le resultó muy difícil convencer a Sharleen y a Rocket.

—Sopla las velas —lo instó Sharleen, con su piel de ébano brillante.

Bobby sonrió. Ella seguía siendo la chica más guapa del mundo, pero pertenecía a Rocket y hacía ya tiempo que había aprendido a aceptar la triste realidad.

—Vamos, Bobby, pide un deseo —dijo su novia de ese momento, una adorable rubia que tenía exactamente el mismo aspecto que todas las demás rubias con las que había salido en los últimos años.

Al perder su exceso de peso, Bobby había conseguido que las chicas corrieran hacia él. Sharleen siempre bromeaba, y lo llamaba Míster Amable.

Bobby cerró los ojos y deseó muchas cosas. Sharleen lo miraba fijamente.

—¿Has deseado que yo llegue a ser una estrella? ¿Lo has hecho, Bobby? —preguntó ella, lamiéndose los labios.

—Sí, sí, sí —bromeó Rocket—. Todos vamos a ser estrellas. Sólo faltan diez, veinte o treinta años. No importa. Viviremos mucho.

Una semana más tarde, Rocket consiguió un pequeño papel en una película que se estaba rodando en Nueva York. Dos semanas después, Sharleen triunfó en una audición y consiguió entrar en el coro de un show de Broadway. Bobby vendió su primera canción.

—Querido —dijo Sharleen a Bobby, con sus grandes ojos brillantes—. Cuando tú pides un deseo, ¡realmente lo consigues! ¡Estamos en camino!

RAFAELLA

1972

Cumplir años entristecía a Rafaella. Odiaba esa fecha. Cada vez que llegaba, ella volvía a sentir el dolor y la pérdida. Este año, el de su duodécimo cumpleaños, era especialmente malo, ya que su madre, Anna, estaba pensando en volverse a casar y Rafaella no podía soportar la idea.

Madre e hija habían discutido interminablemente.

—No eres justa con papá —se lamentaba Rafaella.

—Tu padre murió hace ya cinco años —trató de explicar Anna—. Él no quería que yo me quedara sola.

—¡Sí, quería! —gritó Rafaella—. ¡Sí! ¡Sí!

Detestaba al hombre que salía con su madre. Era un noble inglés que tartamudeaba y tenía un estúpido cabello rojo, un estúpido hijo y un estúpido castillo en la campiña inglesa. Se llamaba Cyrus Egerton y le resultaba completamente odioso.

—Bueno, niña —dijo por fin Anna, con un tono áspero en su voz, habitualmente dulce—. A pesar de lo que pienses, se trata de mi decisión. Afortunadamente, no necesito tu autorización, aunque me gustaría que estuvieses de acuerdo.

—¡Nunca! —gritó Rafaella—. ¡Y pronto me verás muerta!

Y realmente así lo sentía.

La niñera Macdee trató de calmarla, pero no lo consiguió. Rafaella estaba convencida de que su madre estaba haciendo a su padre algo terrible al casarse otra vez, y nadie podría hacerla cambiar de opinión.

Papá. Lucien. Pensaba en él a menudo. La pesadilla de su muerte estaría para siempre con ella.

¿Cómo podría olvidar? Cuando sucedió ella estaba allí, de pie frente a la puerta de su casa de París, saludándolo. Entonces él voló en pedazos, a causa de un atentado terrorista perpetrado contra el automóvil de Henri Ronet. Habían querido asesinar a Henri Ronet. Que Lucien LeSerre estuviese allí había sido una fatal coincidencia.

El ruido de la explosión había arrebatado a Rafaella lo mejor de su mundo. Las astillas de vidrio que se clavaron en sus piernas le causaron una parálisis temporal y acabaron con sus esperanzas de ser una estrella del ballet. Permaneció internada en un hospital durante varios meses y tuvo que soportar dos operaciones. Cuando estuvo lo suficientemente bien para regresar a casa, su madre ya había hecho las maletas y vendido la casa, y estaba lista para mudarse a Inglaterra.

—Dejaremos atrás los recuerdos —había dicho a su hija—. Debemos hacerlo. Es la única posibilidad.

La madre pensaba así, pero Rafaella sabía que eso no era posible. Nunca olvidaría a su maravilloso padre, y todo lo que él había significado para ella.

Desde el comienzo detestó Inglaterra. El clima frío y húmedo, las calles lluviosas. La comida rara y ese idioma que ella no quería hablar, aunque era bilingüe, pues había sido educada en los dos idiomas.

Anna la envió a un colegio privado muy estricto, donde las niñas la despreciaban porque era diferente. Le habían puesto como sobrenombre La Renga, ya que a partir del accidente caminaba con una leve cojera. A veces también la llamaban La Negra, a causa de su piel aceitunada.

La niñera Macdee sugirió que tal vez sería mejor contratar a un profesor particular hasta que la niña se aclimatara al modo de vida inglés. Anna estuvo de acuerdo, y Rafaella no regresó al colegio hasta los once años. Para entonces era mucho más fuerte, y cualquiera que la insultara pagaba caro el atrevimiento.

Ahora, el día de su duodécimo cumpleaños, los recuerdos la asaltaban. Anna estaba planeando casarse otra vez y eso era desleal...

Rafaella se dirigió al cuarto de baño de su madre y abrió el armario. Vació todos los frascos de medicinas que encontró y se tragó todas las píldoras.

Pronto estaría de nuevo con su padre, eso era lo que realmente deseaba.

KRIS PHOENIX

1973

Aunque la pelea en el café de las afueras de Manchester no fue un episodio sobresaliente en la gira, fue lo que le permitió a los Wild Ones regresar a Londres y al señor Terence.

Buzz se había roto la nariz, lo que molestó a Terence mucho más que los cortes, contusiones y ojos morados de los otros tres. Sin embargo, hizo que su médico examinara a los cuatro y todos se sorprendieron al saber que Kris tenía dos costillas rotas.

—Les dije que el dolor era terrible —informó Kris a todos quienes quisieron escucharle—, pero ¡demonios, me ignoraron!

—Pelear es una actitud irresponsable y no debe hacerse —dijo Terence.

—No fue culpa nuestra —aclaró Ollie.

—Sí —acordó Rasta—. Esos matones aparecieron de no se sabe dónde.

Terence canceló el resto de la gira y los instaló en una pequeña casa que tenía cerca de Hampstead Heath. Les informó entonces que había una compañía discográfica interesada en ellos, y que pronto irían a la sala de grabaciones para grabar el primer tema.

«Pronto» fue tres meses después, pero al fin llegó el gran día y ellos estaban preparados. Terence los había puesto en contacto con el joven productor, Sam Rozelle, y Sam era tan entusiasta como ellos. Le gustaba mucho el material, especialmente las canciones que Kris y Buzz habían compuesto juntos, y les auguraba un buen futuro.

Kris ya no sabía qué creer. Le gustaba mucho el grupo, sobre todo ahora que tocaban sus propias canciones en lugar de reproducir los éxitos de otros, pero estaba preocupado. Había muchos grupos circulando por ahí, muchos cantantes, muchos compositores y muchos guitarristas. Y había muy pocos éxitos. ¿Tendrían alguna oportunidad, con tantos competidores?

Sam fue con él a tomar una cerveza la noche antes de la grabación. Se sentaron en una taberna de Kilburn y hablaron. Sam era un hombre de unos treinta años, con entradas acusadas y un estilo conservador. Estaba casado. Tenía dos niños y una esposa que parecía diez años mayor que él. Parecía contento y feliz, y Kris a veces se preguntaba si no estaría en el mundo de la música por error.

—Bueno, Kris —dijo Sam levantándose las gafas para mirarle—. Si te va realmente bien, perderás el anonimato.

—¿Qué?

—Que ya no podrás andar por ahí sin que te reconozcan.

—Seguro —rió Kris.

—No te subestimes —dijo Sam muy serio—. Sé lo que sucederá. Lo he visto otras veces.

—¡Vaya! —exclamó Kris, tratando de creer las predicciones de Sam—. Espero que sea así, ya es hora. Hace mucho que estamos en esto.

De regreso a casa, encontró a Buzz fumando marihuana en compañía de Flower y dos amigas, sentado en el sofá. Ollie estaba durmiendo y Rasta había salido.

—Ven a sentarte con nosotros y diviértete —dijo Buzz.

—Sí, ven, Kris —insistió Flower, con sus grandes ojos azules más perdidos que nunca. Acababa de perdonar a Buzz, después de una pelea.

Kris observó a las dos amigas de Flower. Habitualmente se mantenía lejos de todas sus amigas, pero esta noche precisamente necesitaba algo o alguien que le calmara y lo ayudara a relajarse.

Una de las chicas era imposible... no parecía tener más de catorce años. La otra prometía para una noche. Tenía un estilo semejante al de Julie Christie, aunque no era tan guapa. Se llamaba Willow. Tenía diecinueve años y trabajaba como dependienta en la misma tienda que Flower.

Se sentó al lado de ella y comenzó a hablar. Nunca le llevaba mucho tiempo: media hora después estaba con ella en la cama. Para su sorpresa, pronto se dio cuenta de que la chica era virgen. Era la primera vez. Él nunca había estado con una virgen.

—Debiste decírmelo —dijo Kris esforzándose por penetrarla.

—¿Para qué —susurró ella—, acaso sería distinto?

Él lo pensó. ¿Sería distinto? Cuando él quería acostarse con alguien, nada lo detenía.

—No lo sé. —Se detuvo y preguntó—. ¿Quieres que lo dejemos aquí?

—No —dijo ella rápidamente—. Acaba pronto con eso.

¡Qué romántico! ¡Acaba pronto con eso! Sintió que su erección desaparecía, y de pronto dormir fue la idea más tentadora.

—Escucha, nena —dio desembarazándose de ella—. Creo que lo mejor será que te vayas a tu casa.

Willow rompió a llorar.

—Te he decepcionado, ¿verdad?

La chica, ciertamente, era diferente. Estaba acostumbrado a las que se encontraba por los caminos y a las de Londres, que ya habían andado mucho por ahí. Ella era diferente, tenía sentimientos.

—Vamos, no llores —dijo él, incómodo—. No es culpa tuya.

Ella acarició suavemente su pene, y preguntó tímidamente.

—¿Podemos probar de nuevo?

¿Cómo podía él decir que no?

Hizo un nuevo intento y esta vez recorrió todo el camino sin un sonido por parte de ella y sólo un gruñido de satisfacción por parte suya. Adentrarse en un territorio inexplorado era interesante.

Cuando acabaron, se quedaron descansando tranquilamente uno junto al otro. Habitualmente, una vez terminaba él deseaba que se vistieran inmediatamente y se fuesen. Con Willow eso no importaba. Ella se acomodaba bien a sus brazos y tenía un buen par de tetas.

Con un suspiro de satisfacción, él se dio la vuelta para dormir y no se despertó hasta la mañana. Se sintió muy sorprendido al ver que ella todavía estaba allí. Mientras la miraba dormida, se subió sobre ella y la volvió a penetrar.

Ella despertó con un pequeño gemido y enseguida sonrió.

—Alguien se olvidó de volver a casa —bromeó Kris, moviéndose hacia delante y atrás. A la luz del día y sin maquillaje, ella estaba aún más bonita. Le gustaba el hecho de que no fuese una puta.

—Quería quedarme para desearte suerte —dijo ella tímidamente—. Buzz me dijo que hoy es el gran día.

—Sí —asintió él, mientras le apretaba un pezón y la colocaba sobre él.

Con las mejillas sonrosadas y la respiración acelerada, ella hizo todo lo que él le pedía.

—Abre las piernas —ordenó él y ella inmediatamente llegó al orgasmo. Él se le unió y se dio cuenta de que nunca en su vida se había sentido mejor. ¡Hoy iba a ser un ganador!

—Estoy harto de este maricón haciéndome ojitos —protestó Buzz—. Si no se anda con cuidado, voy a reventarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kris, mirándolo por encima del periódico.

—Hoy he ido a su apartamento, porque dijo que tenía que hablarme.

Kris apartó el periódico. Estaba enfadado. Había dicho a Ollie, Rasta y Buzz que, si había algo que hablar, él lo haría. Debían tener un líder y él pensaba que estaba sobreentendido.

—¿Por qué has ido? —preguntó secamente.

—No lo sé. Me dijo que era algo privado.

—¿Y de qué se trataba?

—Una sarta de pavadas acerca del disco que saldría pronto, la publicidad y que él piensa que debo dejar a Flower, porque es mala para mi imagen. ¿De qué maldita imagen habla? Y el maldito viejo me puso la mano en la rodilla. Tiene suerte de estar vivo todavía.

—¿Qué hiciste?

—Qué no hice, querrás decir —expresó Buzz—. Fui al grano: le pregunté si yo

tenía el aspecto de una maldita puta.

—Muy sutil. Apuesto a que se puso furioso.

—Se puso rojo y nervioso, y me dijo: Querido muchacho, ¿cómo puedes pensar eso? —Furioso, Buzz se dejó caer en un sillón—. ¿Sabes una cosa? Lo único que quiero en esta vida es tocar la guitarra y ser rico. Todo lo demás puede irse al diablo.

—No es mala idea —respondió Kris suavemente—. Si me hubieses dejado las cosas a mí, no habrías tenido que soportar sus idioteces. Yo me hubiese ocupado.

—Está bien. Ocúpate tú. Sólo te pido que mantengas a ese tipo lejos de Flower y de mí. Es mi novia desde hace cinco años y no voy a dejarla por una maldita bruja.

Kris decidió hablar con Terence. Si bien él estaba financiando su ascenso hacia no se sabía dónde, ciertamente ellos no eran de su propiedad. Además, cuando editaran el disco, y comenzaran a ganar dinero, él recuperaría con creces su inversión. El treinta y cinco por ciento de los Wild Ones era ganancia segura.

Kris estaba muy entusiasmado con el disco: «*Lonesome Morning*». Él había escrito la letra y Ollie había compuesto la música. No podía ya esperar para ver cómo se transformaba en un éxito ante un público desprevenido. Él estaba listo...

BOBBY MONDELLA

1973

—Por favor, Bobby, por favor... —rogaba Sharleen—. No tiene sentido que se lo digas a Rocket. Sólo lograrás que se ponga furioso, y ya sabes cómo es él cuando se pone furioso. Además... no va a ocurrir nada. Sólo es una cita de negocios. Si Rocket estuviese aquí lo llevaría conmigo. Pero él no está. Está en California. Me gustaría que estuviese conmigo, pero no está y yo no voy a hacer nada malo. Ahora pásame esos pendientes y no me molestes.

Reticente, Bobby se los pasó y vio cómo ella se los ponía. Estaba preciosa como siempre, con su piel negra y brillante, su cascada de rizos negros y sus grandes ojos oscuros. Llevaba un vestido ceñido con un estampado rojo y un profundo escote en la espalda, y era seguro que había invertido en él una semana de sueldo.

—Yo podría ir contigo —sugirió Bobby.

—¿No confías en mí? Rocket confía en mí, y él es mi novio. Si a alguien debe importarle, es a él.

—Él no está aquí, Sharleen. Y no lo sabe.

Esparciéndose generosamente «Arpége» sobre los brazos desnudos y el cuello, dijo:

—No. Él no está aquí, y no lo sabe. Probablemente estará con una de esas estrellitas de Hollywood que tienen la piel rosada y ojos azules.

—Tú sabes que él no es así.

—¿Cómo puedo saberlo? —respondió ella, petulante—. Salió corriendo a Los Ángeles, ¿no?

—Está trabajando en una película.

De pie, ella contemplaba en el espejo la obra terminada con ojo crítico.

—Yo también estoy trabajando —dijo—: ésta es una cita de trabajo y nada más.

Bobby se dio cuenta de que no tenía sentido discutir con ella. Si ella pensaba ir al apartamento de un hombre a las doce de la noche para una cita de trabajo, era su problema.

—Ayúdame en encontrar un taxi —pidió ella sonriendo.

La acompañó hasta la calle, la ayudó a encontrar un taxi y la vio alejarse.

—Llámame si me necesitas —añadió.

—No te necesitaré, tonto —dijo tocando la mejilla de él con una mano suave—. Ésta es mi gran oportunidad, Bobby, y no puedo desperdiciarla. Alégrate por mí.

Bobby no podía evitar desear que Rocket volviera pronto. Ya se estaba hartando de la responsabilidad de cuidar de Sharleen. Dos noches antes ella había llegado del teatro donde aún trabajaba en el coro con una expresión de esplendor en su rostro.

—Adivina quién estaba allí —dijo entusiasmada—. Quiero que lo adivines.

—Stevie Wonder.

—No.

—Billie Dee Williams.

—No estaría viva.

—La gran Diana Ross.

—Bobby. Es importante. Se trata de mi futuro.

—¿Quién?

—Marcus Citroen —dijo saboreando el sonido del nombre—. El señor Citroen en persona, de los discos Blue Cadillac. Se sentó en primera fila y no me quitó los ojos de encima durante toda la noche.

—Quizá sea corto de vista.

—Bobby, no bromees. Hice que entregaran a su chófer una copia de mi currículum y una fotografía mía... y él me mandó llamar antes de que me fuera del teatro y me invitó a una fiesta en su apartamento el sábado por la noche. Dijo que, cuando otros invitados se fuesen, hablaríamos acerca de mi carrera. ¿No es fabuloso?

—¿Estás bromeando?

—No. Hablo en serio. Es la oportunidad que he esperado toda mi vida.

No hubo modo de convencerla. Cuando él intentaba decirle algo, simplemente cambiaba de tema. Sharleen estaba como en éxtasis y él no podía culparla. Durante dieciocho meses había estado contemplando cómo las carreras de él y de Rocket comenzaban a activarse, mientras ella seguía en el coro. Rocket había conseguido pequeños papeles en dos películas. Luego un agente de Hollywood le había contratado, y ahora estaba volando hacia Los Ángeles para interpretar un segundo papel masculino en una película importante.

En cuanto a Bobby, sus canciones tenían éxito, así como sus arreglos musicales. Le iba muy bien y varias de sus composiciones habían alcanzado los primeros puestos. Había dejado sus empleos y se dedicaba sólo a la música.

Dos veces había llevado a Sharleen al estudio y había hecho que ella grabase pruebas con sus canciones: las canciones habían tenido éxito, pero Sharleen no tenía las grabaciones para consolarse, ella deseaba mucho más que eso.

En fin, ¿por qué se preocupaba él? No era su novio, aunque en realidad había deseado serlo durante los últimos cinco años.

Se durmió con el televisor encendido y despertó a las cuatro de la mañana. Había tenido una pesadilla, pero no podía recordarla. Tenía la boca seca y estaba bañado en sudor. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. El apartamento tenía una gran sala de estar y dos dormitorios, uno en cada extremo. Antes de retirarse a su habitación, decidió verificar que Sharleen estuviese bien.

No estaba, y la cama no había sido tocada. ¡Maldición! ¿Qué haría? Una voz

interior le advertía: «Vete a la cama y ocúpate de tus propios asuntos». Pero no podía hacerlo. Cuando Sharleen llegó, a las cinco y media de la mañana, estaba paseándose por el apartamento como un padre preocupado.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó, demasiado enojado como para notar su aspecto demudado y la alteración de su rostro.

—Déjame en paz —dijo ella, acongojada y se encerró en el cuarto de baño.

—Escúchame...

—¡Cállate! —gritó ella—. ¡No estoy de humor para contestarte a ti ni a nadie! ¡Déjame en paz!

Él la dejó en paz, y por la mañana temprano, fue a los estudios de «Soul and Soul Records» para una sesión de grabación. Era una pequeña compañía discográfica regentada por una mujer llamada América Allen. Ella requería a menudo sus servicios. Ese día grabarían una de sus canciones con la voz de Rufus T. Ram, un joven cantante de soul.

América lo recibió efusivamente. Era una mujer negra y robusta de treinta y tres años, con grandes pechos y un especial gusto por la ropa de estilo africano.

—Hola, Bobby.

—América, mi dama favorita —dijo besándola en la mejilla—. ¡Qué guapa estás hoy! —Galanterías, el muchacho está aprendiendo a ser galante.

Entrecerró los ojos y se acercó a él.

—Parece que has tenido una noche muy dura. ¿Fue alguna de tus rubias?

—No.

América sonrió. Tenía la sonrisa más amplia y los dientes más blancos del mundo.

—No puedes engañarme. Puedo oler una mala noche. Él no iba a contarle lo de Sharleen. La había llevado dos veces al estudio, y América no se había mostrado muy entusiasta.

—Bonita cara y poca voz —había dicho.

—Me gustaría que le dieras una oportunidad —había rogado Bobby.

—Ni siquiera por ti, querido. Sólo me ocupo de los que tienen verdadero talento.

—Vamos... Sharleen tiene personalidad. Le irá bien en la televisión.

—Seguro que le iría bien, querido, pero no en esta compañía.

Fin de la historia.

—Me has estado escondiendo cosas, Bobby —dijo América, acusadora, rodeándole los brazos cariñosamente con el brazo mientras entraban en el estudio.

—¿De veras?

—Sí. He estado averiguando otras cuestiones.

—¿Cómo qué?

—Te invitaré a almorzar y luego te lo contaré.

—Cuéntamelo ahora, que no resisto la curiosidad.

—Ten paciencia. ¿No te interesa un sándwich de atún gratis?

Rufus T. Ram medía un metro noventa, era delgado y tenía un cabello salvajemente afro y una voz aguda y melodiosa con reminiscencias de Smokey Robinson. Ya había grabado un par de éxitos para «Soul and Soul».

La canción de Bobby era una balada lenta, llamada «*Girl I Wanto Your Body*». Rufus T. Ram la cantaba alegremente.

—¡Mal! —gritó América, tras un par de intentos—. ¡Vamos, Rufus! ¡Lo quiero más sucio! Como si estuvieses haciendo el amor.

Rufus asintió como si lo comprendiese, pero el problema era que no lo comprendía. El modo en que la cantaba evocaba un paseo por el parque. Pronto se hizo evidente que Rufus T. Ram no iba bien para esa balada.

América pidió un descanso para almorzar.

—Tenemos que hablar —dijo a Bobby, cogiéndolo del brazo.

Él deseaba telefonar a Sharleen, pero América le daba prisas, llevándolo calle abajo hacia un restaurante italiano que ella solía frecuentar.

—Te convidaré a algo mejor que atún —anunció con una amplia sonrisa—. Creo que para sobrevivir hoy, ambos necesitamos un plato de nutritivos espaguetis con albóndigas.

Él asintió. Ahora que estaba delgado, no le importaba excederse de vez en cuando con la comida. Y le agradaba estar con América. Ella siempre lo había ayudado, desde el día en que su amigo músico lo había llevado a los estudios y los había presentado.

—Te diré, Bobby. Tu canción es la mejor —comentó ella, mientras ordenaba una botella de vino tinto y cogía un panecillo caliente—. El único problema es que Rufus no puede cantarla.

—Lo sé —admitió él.

—Entonces —preguntó ella mirando a su alrededor—. ¿Qué vamos a hacer?

—Escribirle otra canción —sugirió él con lógica.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Puedes hacerlo ahora?

—¿Qué?

—Mira, Mondella. Tengo el estudio lleno de músicos y necesito el producto. ¿Puedes tener la canción con todos los arreglos lista después del almuerzo?

—¿Estás loca? —preguntó él, atónito.

Ella sacó un delgado purito de su abultado bolso y lo encendió.

—Quiero que tú grabes la canción.

—¿Yo?

—Tú.

—Ahora estoy seguro de que estás loca.

El camarero llegó con la botella de vino y sirvió un poco a Bobby para que lo probase. Él pasó su copa a América, quien lo probó y asintió. Cuando el camarero se alejó, dijo a Bobby:

—Escucha, Sweet Little Boy. ¿No crees que ya es hora de que vuelvas a lo tuyo? A los discos, a fabricar éxitos...

Cuando llegó a casa esa noche, Sharleen no estaba. Había ido al teatro. Pegada al frigorífico había una nota que decía:

¡LO SIENTO!

¡TE QUIERO!

NO DIGAS NADA A ROCKET

NO ME ESPERES DESPIERTO

Rápidamente él tradujo su taquigrafía. «Lo siento» significaba que no quería hablar del tema. «Te quiero» era el modo de seguirlo teniendo a sus pies. «No le digas nada a Rocket» significaba eso exactamente y «No me esperes despierto» quería decir que esa noche llegaría muy tarde.

Afortunadamente él no tenía nada con ella. Esa chica era muy ambiciosa y estaba dispuesta a cualquier cosa. Sharleen... A veces deseaba no haberla conocido nunca y no haber integrado ese trío aventurero con ella y Rocket.

Esta noche, sin embargo, ni siquiera los pensamientos acerca de Sharleen podían deprimirlo. Hoy había cantado por primera vez en siete años, gracias a América Allen. Volvió al estudio y cantó en lugar de Rufus. Todos se quedaron sorprendidos, incluso él. Tenía una voz interesante. Ya no era la aguda voz de Sweet Little Boy, sino una voz baja y ronca. Si alguien podía dar verdadero sentido a sus canciones, era él mismo.

América se había emocionado.

—Es perfecto —le había dicho, abrazándolo—. Tienes una voz estupenda.

¡Qué día! América lo había golpeado con un secreto que nadie descubriría. Nunca se lo había confiado a Rocket y sólo lo mencionó una vez a Sharleen, pero ella no le creyó.

Sin embargo, América lo sabía. Había hecho un poco de trabajo detectivesco y se había encontrado con un viejo disco de 1963, en cuya portada aparecía la fotografía de un rozagante Sweet Little Boy.

—La primera vez que te vi —dijo— me di cuenta de que te había visto antes. Estuve pensando y pensando, pero no recordaba dónde había sido. Un día, hace casi

una semana, pude recordar. Hace más de diez años yo estaba de visita en Nashville con unos amigos, y vi a ese muchacho gordito en un programa de televisión. Recuerdo que pensé: ¿Qué hace este chico negro cantando country?

—¿Y cómo te diste cuenta de que era yo, después de tantos años?

—Querido, llegaste aquí diciendo que no tenías pasado musical. Había algo que no funcionaba. Tenía el presentimiento de que habías estado en el mundo de la música toda tu vida. Entonces una mañana me desperté y sencillamente supe que tú habías sido hacía tiempo Sweet Little Boy —rió—. ¡Tengo una memoria de elefante!

—Así y todo no puedo creerlo. Mi aspecto es diferente y mi voz también.

—Pero tus ojos no han cambiado. Sólo son un poco más viejos y mucho más astutos. Ya es hora de que vuelvas al trabajo. Debes hacer lo que yo sé que puedes hacer. Puedes hacerlo mucho mejor que Rufus.

América fue muy convincente. Le dijo que hiciese una prueba y fue como si él hubiese tenido toda su energía vocal acumulada, lista para salir. Cuando abrió la boca, salió esa voz: la nueva voz de Mondella. Y tuvo la certeza de que estaba camino de lo que deseaba.

Así es que ahora tenía que celebrarlo. Puso a Martin Gaye y a Tommi Terrill en el estéreo, consultó su agenda y finalmente se decidió por una suave rubia que trabajaba en una tienda de cosméticos. Como Sharleen no iba a regresar hasta muy tarde, pensó que podría aprovechar el apartamento vacío.

La rubia llegó luciendo un vestido escotado y tacones de aguja de diez centímetros. Al poco rato, el vestido había pasado a la historia, pero los zapatos permanecían. Él tenía una nueva pasión en su vida, que hizo exclamar a la chica:

—¡Creo que lo que dicen de los hombres negros es verdad!

A los quince minutos la chica había pasado a la historia y él estaba llamando a Rocket a Los Ángeles.

—¿Va todo bien? —preguntó Rocket, ansioso.

«No —pensó Bobby—. Sería mejor que volvieras ya. Sharleen está en la cama con Marcus Citroen y no es asunto mío».

—¡Claro! ¿Cómo anda la película?

—Mejor imposible. Yo soy una especie de mierda de las calles de Nueva York, y traigo buenos recuerdos a todos los que se han ido de allí.

—Suenan interesantes.

—Sí, creo que sí. Además aquí hay una diosa del amor en cada esquina. Hay tetas y culos por los que cualquier hombre mataría.

—¿Y?

—Nada, hombre. No hay forma de que yo deje lo que tengo en casa. Ponme con ella.

¡Mierda! Si decía la verdad, era posible que Rocket y Sharleen rompieran. Si lo

hacían —y se podía librar de Marcus Citroen—, eso le dejaba el campo libre a cierto Bobby Mondella, que estaba esperando pacientemente desde hacía años.

No, no podía hacerle eso a Sharleen.

—Hoy volverá tarde del teatro —dijo vagamente—. Creo que era el cumpleaños de una amiga.

—¿Dónde lo celebraban?

—No sé. Creo que en casa de alguien.

—¡Qué buena chica es Sharleen! —dijo Rocket orgullosamente—. ¿Sabes lo que haré? La sorprenderé pidiéndole que viaje aquí. Le presentaré a mi agente. Eso le gustará.

—Dijiste que vendrías la semana próxima.

—La película se está rodando. Además, les gusta que yo esté aquí.

—Fabuloso.

—Adivina a quién me encontré la otra noche.

—No soy bueno para adivinar —dijo Bobby, recordando el juego con Sharleen.

—Realmente te vas a sorprender.

—¿Quién?

—Nichols Kline. ¿Puedes creerlo?

—¿Nuestro antiguo jefe? ¿El del Chainsaw?

—¿Crees que hay otro Nichols Kline por ahí?

El Chainsaw había cerrado años atrás, a causa de un problema de drogas.

—¿Qué hace en Los Ángeles? —preguntó Bobby, curioso.

—Parece que le va bien. Lo encontré en una fiesta de rock and roll en la playa. Tenía una pelirroja en un brazo y una morena en el otro, y más cadenas de oro de las que un ladrón podría robar por las calles en una semana. Ahora es promotor de espectáculos.

—¿Se acordaba de ti?

—¿Las putas cobran? Por supuesto que se acordaba de mí. Soy inolvidable.

—Está bien. Te recordaba —dijo Bobby, ansioso por contar sus propias novedades. Pero ya era tarde y Rocket quería cortar la comunicación.

—Me voy a la cama. Debo dormir un poco. Mañana vamos al centro. Es como estar en casa: ratas, suciedad, lunáticos. Es la clase de ciudad que me gusta.

—Oye —dijo Bobby con rapidez—. Quería contarte que estoy cantando.

—También lo hacen los pájaros todo el día en California. Éste es un mundo diferente. Oye, dile a Shar que me telefonee mañana. Os quiero.

Después de la conversación telefónica, Bobby no deseaba todavía irse a dormir. Estaba excitado, lleno de energía. Sentado al viejo piano que había comprado con el primer dinero que había ganado como compositor, tocó algunas notas. Enseguida las notas se transformaron en una melodía que se mezclaba con la letra que iba

componiendo.

Ella llegó a casa a las cinco de la mañana, con los ojos vidriosos y evidentemente drogada.

—¿Qué mierda está pasando? —preguntó él, y pensó que empezaba a sonar como un disco rayado.

Ella estaba atontada y como alegre, y canturreaba:

—Bobby, Bobby, mi apuesto Bobby.

—Sharleen —dijo él cogiéndola por los hombros—. ¿Qué estás haciendo?

Mirándolo sin comprender, ella respondió:

—¿Estoy?

—¿Qué te ha dado?

Ella se echó a reír.

—Oh... Bobby no quiere saber eso. Bobby es un buen chico negro. No quiere escuchar cosas malas. —Y comenzó a desvanecerse.

Él la cogió en brazos y la llevó a la cama que ella compartía con Rocket.

Ella lo miró con una sonrisa tonta.

—Estás horrible —dijo él.

—El viejo me ha conseguido un contrato. Voy a ser más importante que Diana Ross. Una estrella, querido, una estrella. ¡Ay, Bobby! —Ella le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia sí—. ¿Quieres celebrarlo? ¿Quieres besarme? ¿Quieres hacer el amor? Sé que quieres. Siempre has querido... ¿verdad?

Allí estaba la oportunidad. Sharleen lo invitaba a hacer lo que siempre había soñado. Dos cosas le detenían. Su mejor amigo y el hecho de que ella estaba tan drogada que no sabía siquiera qué día era. Cuando él y Sharleen estuviesen juntos — y sabía que el destino así lo dispondría—, sería después de que hubiese terminado con Rocket y, además, ella sabría exactamente lo que estaría ocurriendo.

Deseaba a Sharleen. Pero debía ser a su manera.

LOS ÁNGELES, 1987

Sábado 11 de julio

Cybil volvió a casa temprano, después de una sesión de fotografía. Iba muy maquillada, y se había rizado su espesa cabellera rubia. Parecía haber olvidado la discusión y estaba de muy mal humor.

—¿Qué tal tu amigo el fotógrafo, ese tan apuesto?

—Gay —rió Cybil—. Es muy apuesto, y muy gay y muy cuidadoso. ¡Dios mío, Kris, con el terror del sida, ya nadie hace nada!

Él no deseaba hablar acerca del sida. La sola palabra le horrorizaba. Había escuchado en alguna parte que, cada vez que uno se acuesta con alguien, está en la cama con todas las parejas que esa persona haya tenido en los últimos siete años. ¡Dios! Eso puede significar cientos de personas, hasta miles, todos revolcándose juntos e intercambiando genes. ¡Aterrorador! Ésa era una de las razones por las que él permanecía fiel a Cybil en Norteamérica y a Astrid en Europa. El ir de cama en cama ya era historia antigua.

—Voy arriba a cambiarme —dijo Cybil—. ¿A qué hora nos vamos?

Obviamente ella pensaba ir con él a Novaroen, aunque no recordaba haberla invitado. Pero él no estaba de humor para una nueva pelea, así que respondió:

—El Halcón pasará a recogernos dentro de media hora, ¿estarás lista?

—Soy una artista para el cambio de vestuario rápido. ¡Fíjate!

El interior del autocar apestaba, de modo que Maxwell Sicily se sintió encantado cuando el vehículo salió de la autopista de la costa del Pacífico y, al llegar a una pendiente, alguien ordenó que se apearan.

El aire fresco y una suave brisa atemperaba el calor de la tarde. Mirando alrededor, pudo ver agentes de seguridad por todas partes, muy atareados, organizando al personal del restaurante en grupos y preparándolos para abordar las camionetas que los llevarían hasta la propiedad.

A medida que subían a los vehículos, en grupos de a ocho, un guardia comprobaba los nombres en una lista, y un hombre uniformado transmitía por radio los nombres comprobados a alguien que no se hallaba a la vista.

—Esto es peor que una prisión —bromeó uno de los camareros.

—¿Cómo lo sabes? —replicó otro.

Es cierto, pensó Maxwell, cómo podía saberlo alguno de ellos. Las realidades de la vida en prisión no tenían nada que ver con un glorioso día soleado en la mansión de un multimillonario, con vistas a las blancas olas del Pacífico.

—¡George! —resonó la voz de Chloe, la mujer rechoncha que se sentaba tras la caja en el restaurante de Lillianne—. ¡Espera!

Maxwell bajó la cabeza y fingió no advertir que la vaca se estaba fijando en él y murmuró su nombre al guardia. Chloe se apresuró, y se las ingenió para llegar rápidamente junto a él.

—¡Uf! ¡Qué viaje! —exclamó—. Ya estoy cansada y aún no hemos comenzado.

Un perfume barato le llegaba hasta las narices. Era un perfume dulce de puta, la clase de perfume que usaban las prostitutas que los guardias introducían en los presidios para alivio de los internos.

Chloe posó una mano rechoncha sobre la suya.

—Hoy tienes que estar pendiente de mí, George. Tú te ocuparás de mí y yo de ti. Ten por seguro que yo no me perderé el concierto. Encontraré un buen lugar para que lo veamos juntos, ¿qué te parece?

Se deslizó en su asiento, apoyándose contra él y envolviéndolo en su aroma barato.

Él no dijo una palabra. Chloe sólo era una pequeña molestia de la que se libraría cuando pudiese.

Dos representantes de la empresa Blue Cadillac y una joven publicista se dirigieron al Hermitage para acompañar a Rafaella a Novaroen.

Ella los hizo esperar en el vestíbulo durante cuarenta y cinco minutos, y logró que los tres llegaran a transpirar nerviosamente.

Finalmente apareció, llevando unos pantalones holgados de color caqui y una camisa, con su cabello recogido por detrás. Un botones venía tras ella llevando en una bolsa de plástico su vestimenta para el concierto: un sencillo vestido negro.

Ella no había pedido peluquero ni maquillador.

—Esta mujer debe ser bastante rara —dijo Trudy, la publicista—; nunca he oído hablar de estrellas que nunca desearan estas cosas.

Los dos ejecutivos se abalanzaron sobre Rafaella, mientras Trudy caía en la cuenta: ¿quién necesitaba peluquero o maquillador teniendo naturalmente ese aspecto? Rafaella era sorprendentemente bella, mucho más de lo que parecía en las fotografías, que no le hacían justicia. Muchas fotografías verdaderamente llamativas pertenecían a mujeres que no tenían nada de particular. Rafaella era una excepción.

—Vamos a hacer una prueba de sonido en cuanto lleguemos —dijo uno de los ejecutivos mientras la ayudaba a subir a la limusina—. Entonces tendrá un par de horas para descansar antes del concierto.

—Está bien.

Ella no era muy comunicativa, percibió Trudy.

—Actuarás después de Bobby Mondella y antes de Kris Phoenix —le hizo saber

el ejecutivo.

Rafaella no respondió. Bobby y Kris. Dos nombres de su pasado. Bobby y Kris. Lamentablemente sólo uno de ellos la recordaba.

Speed había comenzado temprano. Tenía el uniforme. Tenía el automóvil, y disponía de varias horas antes de ponerse en marcha.

No había problema. Había una nueva película de Sylvester Stallone en cartel. A Speed le gustaba mucho el cine. Primero compraba palomitas, caramelos y Coca-Cola. Y, cuando se sentaba frente a la pantalla, y veía esas imágenes enormes, se transformaba en uno de los personajes: él era más fuerte que Clint, más sexy que Warren, más rubio que Redford y más gracioso que Chevy.

Speed pensaba a veces que había errado su vocación. Debería haber sido un actor. No, más bien una estrella del cine. Ciertamente.

Con un suspiro de resignación, aceptó que no podría ir al cine. No podía dejar la limusina. ¿Qué sucedería si la robaban? Tuvo que resignarse a que cualquier cosa que hiciese debería hacerla en el automóvil.

Se encaminó a Westwood, encargó pollo frito, se detuvo a comprar unas revistas Playboy, y se dirigió a la playa.

El chófer de la limusina era un hermano. Un hermano con la boca llena de ideas.

—Hazlo callar —murmuró Bobby a Sara—. Esto es lo último que necesito.

—Chófer —dijo Sara amablemente—. El señor Mondella está muy cansado y le gustaría viajar en silencio.

—¡Silencio! —exclamó el chófer—. Yo escribí una canción que se titula así. Quizá debiera cantarla para ustedes.

—¡No! —dijo Sara secamente, haciéndose el firme propósito de no volver a contratar ese servicio de limusinas. Lo menos que podían hacer era controlar a sus conductores y no enviar a un cantante-compositor-autor frustrado.

—Comprendo —repuso el hombre con voz amarga.

—Gracias —dijo Sara, pero para asegurarse oprimió el botón y subió el cristal divisorio.

El cabello platinado de Nova Citroen estaba recogido en un elaborado moño. Las uñas de manos y pies recién esmaltadas, el cuerpo en forma tras un vigoroso masaje, y el maquillaje, perfecto como la porcelana.

Estaba lista desde muchas horas antes, tal como le gustaba. Enfundada en una camisa de seda azul, se puso a pensar en las tres estrellas de la canción que estaban a punto de llegar a Novaroen y esbozó una sonrisa al recordar.

Kris Phoenix. Un mal chico muy atractivo.

Bobby Mondella. Ah... Bobby.

Rafaella. Su sonrisa se esfumó. La puta con quien Marcus quería acostarse.

Nova decidió recibirlos a todos personalmente.

Una de las cosas con las que disfrutaba Vicky mientras representaba su papel de criada eran los chismes que allí abajo se escuchaban.

Todos detestaban a Nova Citroen. La llamaban la mujer de hierro.

A Marcus Citroen, en cambio, lo miraban con una especie de admiración.

—Al menos a veces dice por favor y gracias —decía Bertha, la jefa de cocina.

Todos hablaban de las extrañas prácticas sexuales de la pareja.

—Tiene esposas en la mesilla de noche —reveló una criada.

—Y un armario lleno de ropa erótica —dijo otra.

La misma Vicky había encontrado un armario lleno de látigos y cadenas, y toda una parafernalia de perversiones sexuales. Pero eso no le importaba. Sus años como profesional le habían enseñado a no asombrarse de nada. La idea de que Marcus o Nova Citroen usaran esas cosas la divertía. El sadomasoquismo no era para ella, pero cada uno podía hacer lo que quisiera. Vicky Fox nunca juzgaba a nadie.

A veces se preguntaba qué cosa podía motivar a Maxwell Sicily. Nunca había dado con ningún indicio. La mayoría de los hombres, cuando se enfrentaban a sus letales encantos, no podían resistirlos. Maxwell Sicily permanecía frío como el hielo. Ese desinterés la intrigaba. ¿Cuáles eran sus planes? ¿Había una mujer en su vida?

El caso era que él sólo le había pagado una cuarta parte del dinero que ella debía percibir por su trabajo. Habían pactado que, veinticuatro horas después del trabajo, él se pondría en contacto con ella, para entregarle el resto.

—¿Sí? —había preguntado ella con suspicacia—. ¿Y por qué piensas que confiaré en ti?

—Lo haremos a mi modo —había contestado él, fríamente—. Lo tomas o lo dejas.

Ella admiraba a los hombres que no titubeaban.

—Lo tomo —dijo. Y comenzó a averiguar quién era ese George Smith. Ella tenía modos de hacerlo.

—Te he estado buscando —dijo Tom, el jefe de seguridad, mientras la cogía por los hombros por detrás y le acariciaba los pechos.

—Y me has encontrado —le contestó, seductora—. ¿Qué sucede?

Se acercó aún más a ella, agrediéndola con su aliento.

—¿Qué te parece si vamos juntos al concierto? —preguntó el hombre con una mirada cómplice.

—No seas tonto —respondió ella—. Tú estarás trabajando y yo también. No es posible. —Y suavizando la voz, dijo—: Aunque me encantaría.

Los ojos de Tom se posaron en sus pechos, que eran como grandes globos dispuestos como para que él los tocara. Él sabía cuándo una mujer le deseaba, y ésta se le había estado insinuando desde hacía semanas. Ahora había llegado el momento de tenerla.

—He encontrado un lugar desde el que podríamos verlo.

—¡Oh, Tom! —exclamó ella asombrada—. Eres tan inteligente, ¡qué emocionante!

—Lo será, querida —dijo él—. Sólo mantente caliente.

Ella, entonces, con un movimiento de la mano, tocó la dureza que se insinuaba en sus pantalones, y añadió:

—Necesitaré un hombre muy macho para enfriarme. ¡Hasta luego!

Marcus reprimió su deseo de visitar a Rafaella en el hotel. Tenía que ser muy prudente. La chica le recordaba un magnífico caballo árabe que él había tenido. El animal no le permitía que nadie se acercara. Finalmente Marcus había logrado domar el exquisito animal; le había costado nueve meses de disciplina y paciencia.

Planeaba hacer lo mismo con Rafaella, pero esta vez la paciencia estaba llegando a su límite.

KRIS PHOENIX

1975

El bebé se quejaba. Alguien hubiese podido decir que estaba llorando, pero Kris sabía reconocer un quejido cuando lo escuchaba.

Él no era bueno para tratar con bebés. Además, estaba seguro de que no era cosa suya estar cuidando a una criatura apestosa, con el pañal lleno de caca, aunque fuese su hijo.

Dejó su bolígrafo y cogió el periódico. Le gustaba escribir canciones, pero sólo lo hacía cuando podía concentrarse. ¿Y cómo concentrarse con un bebé quejándose y haciendo ese ruido?

Willow tendría que dejar de trabajar. No había otra solución. Tendrían que acomodarse a vivir sin el salario de ella. Mala suerte. Él necesitaba tranquilidad y silencio para poder crear y en su casa no los tenía.

Su casa era el apartamento de Kilburn. ¿Podría algún día salir de allí? Tenía un dormitorio diminuto y oscuro, un cuarto de baño haciendo juego, una cocina sucia y una horrible sala que conducía a una pequeña parcela cubierta de hierbajos, donde había dos tumbonas y el cochecito del bebé, regalo de los padres de Willow.

Kris pensó por unos momentos en los padres de Willow. El señor Wigh era un director de un banco en Esther, y su esposa una *snob* con delirios de grandeza. No resultaba sorprendente que Willow hubiese escapado de casa dos veces antes de los dieciséis años, y que finalmente, al cumplir los diecinueve, se hubiera mudado a Hampstead para asistir a una academia de secretarias. Sus padres le enviaban una mensualidad tan exigua que se había visto obligada a conseguir un empleo en la tienda donde había conocido a Flower.

Flower los había presentado, y antes de que él pudiese darse cuenta, Willow estaba embarazada y él, un palurdo suburbano, había decidido casarse con ella.

Kris Phoenix, estrella del rock. Mejor olvidarlo. Mejor pensar en Kris Phoenix, el marido, padre e idiota del año.

Arrojó el periódico disgustado, sin molestarse siquiera en mirar la página tres, donde aparecía una chica desnuda, con unas tetas tan grandes que podían sostener una botella de cerveza.

—¡Mierda! —gritó, y el bebé estalló en un auténtico berrido.

No le iba nada bien. Hacía dieciocho meses que los Wild Ones habían grabado su primer tema, y todos estaban tan esperanzados... Kris no dudaba del éxito, pero nada había sucedido. El público no se había interesado, y no lo ponían por la radio. ¿Cómo podía la gente comprarlo si nadie lo había escuchado?

—No estás en las listas —le había dicho Sam Rozelle, compungido.

—Entonces dile a la maldita compañía grabadora que lo haga poner en las listas. Ése es su trabajo, ¿no?

—Hacemos lo que podemos —había dicho Sam sin mirarlo a los ojos.

Kris sospechaba otra cosa. Había ido a seis tiendas de discos, y no sólo no tenían idea de la existencia del disco, sino que, después de buscarlo, le decían que ni siquiera lo tenían.

—Aquí pasa algo raro —había dicho a Terence, que no parecía tener en cuenta sus quejas.

—En absoluto —le contestaba Terence—. Lo que pasa es que aún no ha llegado el momento. Necesitan más experiencia.

Así fue cómo los envió nuevamente de gira. Otra vez actuaciones, cafés de carretera y dormir en la parte trasera de la destartada furgoneta Volkswagen.

Mientras tanto, en Londres, el embarazo de Willow avanzaba. Flower llevaba las noticias cuando iba a visitar a Buzz.

—Su padre está furioso.

—Su madre tiene una crisis nerviosa.

—Willow se mudó a casa de sus padres la semana pasada.

Y finalmente:

—Su padre ha decidido que aborte.

—¿Qué? —gritó Kris, furioso—. Ningún maldito banquero se va a librar así de mi hijo. —Y antes de que nadie pudiera detenerlo, estaba en un tren.

Apareció en casa de los padres de Willow en mitad de la noche. Una asustada criada lo dejó pasar y llamó inmediatamente al señor Wigh, quien intentó echarlo a la calle. Enseguida apareció la señora Wigh, quien fingió un desmayo, y tras ellos se dejó ver Willow, limpia y cepillada, con el asomo de un pequeño vientre bajo su bata.

—Me voy a casar contigo —asertó Kris.

—No lo harás —vociferó el señor Wigh.

—Ya verá usted —dijo Kris, y la llevó a Leeds, donde se casaron, con Buzz como testigo, Flower, como siempre, drogada, Ollie, Rasta y un grupo de adolescentes como espectadores.

La ceremonia duró menos de diez minutos, y cuando acabaron se fueron todos a un café, donde se emborracharon.

Al principio la experiencia resultó interesante, pero enseguida las cosas empezaron a ir cuesta abajo. ¿Qué podía hacer una estrella del rock con una esposa, y más aún con una esposa embarazada?

Terence se puso furioso cuando lo supo y amenazó con romper el contrato. Finalmente les hizo jurar que guardarían esta situación en secreto.

—Nadie debe saber nada de esto, ¿entendéis? Y si por casualidad alguna vez alguien se entera, decid que ella es sólo una novia.

Por lo visto lo de la novia era aceptable para un aspirante a estrella de rock, pero una esposa no.

Willow aceptó no usar anillo de boda. De todas maneras él no le había comprado uno; ¿con qué dinero?

Cuando Terence se calmó, se hizo cargo de la situación. Consiguió el apartamento amueblado de Kilburn y prestó a Kris la suma que necesitaba para el adelanto.

—La deduciré de tus derechos de autor —le dijo.

—¿Qué derechos? —replicó Kris—. La única canción que hemos grabado ha sido *Lonesome Morning*, y nadie la ha comprado.

—¿No se lo he dicho? —respondió Terence distraídamente—. Del Delgado y los Nightmares la escucharon, les gustó y han hecho su propia versión. Será editada en Norteamérica la semana próxima.

—No, usted no me dijo nada —respondió Kris, furioso, sintiéndose traicionado.

Lonesome Morning, en la versión de Del Delgado y los Nightmares, fue un éxito y llegó al tercer puesto en Estados Unidos y al segundo en Inglaterra.

Kris estaba muy orgulloso de la canción, pero pensaba que pertenecía a los Wild Ones. Sin embargo, cuando logró superar su furia inicial, sintió una gran satisfacción respecto de sí mismo y de Ollie, que había compuesto la música. Le habría gustado que Terence les hubiese pedido autorización antes de entregarla a otro grupo, pero al menos había resultado un éxito.

Lo más triste era que cuando ellos tocaban la canción en público, todo el mundo pensaba que estaban haciendo una versión de Del Delgado y los Nightmares. Pese a que Kris siempre anunciaba que podían comprar la versión original de los Wild Ones, nadie lo hacía. O quizá esa versión fuera inhallable.

Con Willow instalada en el apartamento, Kris disponía de un lugar a donde ir el fin de semana libre que tenía mensualmente. Era agradable volver a Londres después de haber andado tanto tiempo de gira. Willow le cocinaba y cuidaba de él. Era guapa, limpia y cariñosa; ¿qué más podía pedir un hombre?

Ella estaba cada día más gruesa. Su vientre parecía un melón, a punto de reventar.

Naturalmente Kris tuvo que presentar a Willow a su familia. Su madre actuó con corrección, pero sus hermanas no pararon de contarle todas las historias desagradables acerca de él que acudieron a sus mentes. Su hermano Brian, en cambio, se preguntaba cómo había podido Kris casarse con la hija de un director de banco. No podía evitar sentirse impresionado.

—Creo que se trata de tener un pene grande —le explicó Kris—. Es una pena que no sea frecuente en la familia.

—Eres un inútil —contestó Brian—. ¿Por qué no dejas esa idiotez de la música y te buscas un empleo con futuro?

—¿Por qué no te metes tus ideas por el culo?

Familia... Sería mejor mantenerse alejado.

Cuando Willow dio a luz él estaba actuando en Glasgow, frente a un apreciativo público de chicas histéricas. Los Wild Ones tenían mucho éxito, pese a que no poseían discos editados, ni agentes de publicidad, ni asomo de ganancias.

Avis llevó a Willow al hospital en un taxi. Telefonó a los Wigh, que llegaron desde Esther a la mañana siguiente. Cuando Kris volvió de Escocia, era padre de un robusto varón. Willow estaba en el hospital, rodeada de una Avis dicharachera, una Flower drogada y unos señores Wigh mudos. Constituían un grupo perfecto. A partir de ese momento, Kris se sintió completamente atrapado.

Llamaron al bebé Peter (como el abuelo de Willow), John (como el padre de Kris) y Buddy (como Buddy Holly, uno de los ídolos de Kris). Sin embargo, por alguna razón, jamás llamaron al bebé por ninguno de estos nombres. Lo llamaban simplemente Baby Bo.

Cuando el niño tenía catorce meses, los Wild Ones se separaron temporalmente. Rasta se fue de gira por Europa con una banda de rock and roll alemana, que le había hecho un ofrecimiento que no quiso rechazar. Buzz se fue a Ibiza con Flower, donde encontró empleo como camarero y guitarrista en un restaurante, y Ollie se dedicó a componer melodías mientras Kris se concentraba en las letras. Vendieron alguna de sus canciones, lo que aportó pingües beneficios a Terence y reservaron las mejores para cuando los Wild Ones volvieran a unirse.

El señor Terence se hallaba furioso por la separación del grupo, pero también se daba cuenta de que habían estado demasiado tiempo de gira y necesitaban hacer otras cosas durante algún tiempo, por lo que no se manifestó al respecto.

—Cuando nos volvamos a reunir —le dijo Kris—, haremos las cosas como es debido. Nada de andar deambulando por las carreteras. Y si usted no puede hacer eso por nosotros, buscaremos a otra persona.

—No olvide que tenemos un contrato —dijo Terence ásperamente—. Un contrato legal.

—A la mierda con el contrato y a la mierda con usted —chilló Kris—. Usted ya nos estafó con *Lonesome Morning*, y eso no volverá a suceder.

—¿Cómo se atreve? Los he estado manteniendo durante todo este tiempo. Les he dado dinero, y un techo y me he ocupado de sus problemas personales. Yo he...

Kris levantó una mano con ademán autoritario y detuvo las palabras del señor Terence, diciendo:

—Ya lo sé. Y créame que le estoy agradecido. Pero no podemos perder más tiempo rompiéndonos el trasero en ciudades muertas ante un escuálido público que no sabe distinguir la mierda del chocolate. Queremos algo importante.

Kris llevaba meses pensando ese discurso y estaba convencido de cada palabra. Tenía veintiséis años, y la temida treintena ya estaba cerca. Se había propuesto

triunfar antes de los treinta. Los Wild Ones eran buenos, y él lo sabía. Deseaba poder saborear el éxito cada mañana al levantarse y cada noche al irse a dormir.

El llanto del niño se incrementó. Cogió al bebé sin ganas y lo meció. Cada vez que lo sostenía se le hacía presente el hecho de que desde su nacimiento, Willow ya no quería hacer el amor. Permanecía allí, dura como una piedra, poniendo el entusiasmo de un pescado muerto.

Milagrosamente Bo dejó de llorar y emitió gorjeos de felicidad. Kris llevó a su hijo hacia la mesa y lo colocó sobre una toalla limpia. Le quitó el pañal y observó las joyas de la corona de la familia Phoenix. Ciertamente parecía que el bebé tenía una gran herencia.

Kris sonrió. En ese momento un chorro de pis fue a parar justo a su ojo izquierdo.

—No sé —dijo Willow con gesto preocupado—. ¿Y qué hay de los gérmenes, el agua y el calor?

Kris acababa de sugerir la posibilidad de pasar unas bellas vacaciones en Ibiza, junto a Buzz y Flower, y ella sólo pensaba en los gérmenes y el calor. No se daba cuenta de que debía agradecer que él hubiese pensado en llevarse consigo a ella y al bebé. En realidad, habría sido mejor dejarlos allí y dedicarse tranquilo a hablar con Buzz acerca de su recomposición del grupo. Iba siendo hora de que se juntaran. Ya se había puesto en contacto con Rasta, que estaba dispuesto a regresar y con Ollie, que no veía el momento de retomar el conjunto. Tenían canciones fantásticas, y Kris estaba convencido de que esta vez triunfarían. Todo lo que necesitaban era a Buzz.

Todavía no había dado la buena noticia a Terence. Quería asegurarse antes de la respuesta de Buzz, y sabía que la mejor manera de obtener el sí de ese vago era decírselo personalmente. La idea de las vacaciones era perfecta. Había vuelos baratos a Ibiza y Buzz había dicho que podían instalarse en su casa el tiempo que quisieran. Kris había pensado que Willow iba a estar encantada con la idea, pero no fue así.

—Vamos, querida —insistió—. Será divertido.

—Para ti posiblemente —dijo ella—. En cambio, yo estaré todo el tiempo cuidando del bebé.

—Lo haremos entre los dos.

—Eso dices ahora, pero te conozco lo suficiente.

—No. No me conoces —dijo él cogiéndola cariñosamente por la cintura. Últimamente él se sentía excitado todo el tiempo. Posiblemente fuera porque Willow quería limitar sus relaciones sexuales a una vez por semana, lo que era seis veces menos de lo que él deseaba. Antes de casarse hacían el amor todos los días. ¿No se suponía acaso que el matrimonio mejoraría eso?

Deslizó una de sus manos hacia arriba y le acarició un pecho. Ella trató de liberarse, pero él la agarraba firmemente por la cintura.

—Deja eso —protestó ella.

—¿Por qué? Somos un anciano matrimonio respetable —dijo Kris mientras introducía su mano bajo la blusa y retiraba el sostén.

—He dicho que basta —repitió ella—. Estamos en plena tarde.

Él había emprendido esa misión y no estaba dispuesto a volver a la tierra hasta verla cumplida. Llevando la reticente mano de ella hasta su miembro, dijo:

—Siento esto. Me importa una mierda la hora que sea.

—No digas palabrotas.

—¿Por qué?

—Es grosero.

—Yo soy grosero. No te casaste con el príncipe de Gales.

Él le abrió la blusa con violencia y desprendió el sostén, mientras ella permanecía de pie en medio de la habitación, como una mártir a punto de ser sacrificada.

A él no le importaba. Estaba demasiado ocupado decidiendo si chuparle una de sus deliciosas tetas o la penetraría directamente.

Triunfaron las tetas. Él disfrutaba más cuando ella también gozaba, y sabía que ella nunca permanecía indiferente pasado cierto límite de caricias en esa zona. Se quedaron allí de pie, mientras Kris la preparaba para el gran momento. Finalmente ella cedió, deslizándose hacia el suelo con un pequeño gemido de aceptación. Él le bajó las bragas y la penetró. Fue rápido pero satisfactorio.

—Vamos a Ibiza —dijo Kris con firmeza—. Haz las maletas. ¿De acuerdo, querida?

RAFAELLA

1975

—¿Recuerdas cuando trataste de matarte? —preguntó Odile Ronet. Al igual que Rafaella, era bilingüe. Hablaba inglés sin el más mínimo rastro de acento francés.

—¿Y tú recuerdas cuando intentaste masturbarte? —replicó Rafaella, ácida.

—¡Hummm! A ninguna de las dos nos salió demasiado bien.

—¡Por Dios! —exclamó Rafaella.

—Hubiese sido un gran desperdicio —aseguró Odile, mirándose en un espejo que la reflejaba de cuerpo entero.

Odile había ido de visita desde París. Pasaban juntas todos los veranos, dividiendo el tiempo entre ambas familias, desde que vivían en países diferentes. La madre de Odile, Isabella, también se había vuelto a casar.

—Sí —acordó Rafaella colgándose del brazo de su amiga, de modo que ambos cuerpos se vieran reflejados.

Eran dos muchachas de quince años, ansiosas de aventuras. Las dos eran esbeltas y de piernas largas. Las dos eran espléndidas promesas de futuro y allí acababa el parecido. Rafaella era morena y Odile era rubia. Rafaella era exótica y Odile tenía una belleza sencilla.

Eran grandes amigas y entre ellas no había secretos. Compartían más que una amistad: compartían una tragedia que nunca olvidarían.

—Mis pechos son más grandes que los tuyos —anunció Odile, echando los hombros hacia atrás para obtener un mejor efecto.

—No lo son —objetó Rafaella.

—Claro que sí.

—Claro que no.

—Fíjate.

Odile se levantó el sujetador, mostrando unos pechos pequeños y firmes, libres del sostén.

—¡Ajá! —exclamó Rafaella, desabrochándose la camisa—. Mira los míos.

—¡Fabulosos! —exclamó una voz masculina desde la puerta—. ¡Realmente fabulosos!

—¡Rupert, eres una basura! —gritó ella, cerrándose la camisa mientras Odile se bajaba el suéter—. Te he dicho que nunca entraras en mi cuarto sin llamar. ¡Nunca!

—La puerta estaba entreabierta —aclaró Rupert Egerton, hijo y heredero de Cyrus, Lord Egerton, magnate periodístico.

—¿Y qué? —chilló Rafaella, furiosa—. ¿Entonces, qué?

—Bueno... y ¿qué estáis haciendo vosotras? ¿Comparándoos? Apuesto a que sois

una pareja de lesbianas.

—¡Vete a la mierda, Egerton!

—Estoy aburrido —dijo él sentándose en la cama.

A los diecinueve años Rupert era una imagen más joven pero exacta de su padre, su abuelo y su bisabuelo. Antiguos retratos de ellos decoraban las salas del castillo de los Egerton. La herencia de Rupert era inconfundible. Era alto y pelirrojo, y cientos de pecas cubrían su piel blanca y sus rasgos patricios. Lo único que no había heredado era la tartamudez, propia de la familia Egerton.

Cuando Anna, la madre de Rafaella, se casó con Cyrus, la muchacha creyó morir, y durante un año entero rehusó aceptar la existencia de Rupert, hasta que un día estaban cabalgando y él espantó el caballo de Rafaella, haciendo que éste la arrojase a un fangoso suelo.

—¡Te odio! —gritó ella—. ¡Estúpido pecoso!

—¡Lo mismo digo! —le contestó Rupert—. ¡Eres una mocosa presumida! Ojalá nunca hubieras venido aquí.

Rafaella rompió a llorar. Ella tenía sólo trece años y él era un grandullón de diecisiete. La muchacha nunca había pensado que él tampoco la quería allí.

Después de este episodio empezaron a hablarse, al principio bruscamente, pero pronto se dieron cuenta de que tenían algunas cosas en común, como montar a caballo y la música jazz y un odio compartido hacia los guisos que preparaba la cocinera. Un día estaban sentados en la sala y él comenzó a hablar acerca de la herida que produce la pérdida de uno de los padres. La madre de Rupert había muerto ahogada en un accidente de navegación cuando él tenía seis años, exactamente la misma edad que tenía Rafaella cuando perdió a su padre, víctima del atentado terrorista.

De pronto se sintieron muy cercanos el uno al otro y, a partir de ese momento, Rafaella quiso a Rupert como si fuese su propio hermano. Por supuesto, al igual que un hermano verdadero, podía ser muy molesto, tal como lo era ese día.

—Rupert —dijo Rafaella, brusca—. Me tiene sin cuidado si te aburres. Odile y yo podemos vernos muy pocas veces. Así que si te aburres, por favor, ve a aburrite a otra parte.

—Sí —acordó Odile—. ¿Por qué no te vas por ahí y te pones a leer el National Geographic?

—Nadie lo lee ya —replicó Rupert—, especialmente si puede ver en su casa blancos o casi blancos pechos humanos.

—Vete a la mierda, Egerton —repitió Rafaella.

—Hummm... justo cuando pensaba invitaros a pasar una noche en el centro de Londres —dijo como de pasada, mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta—. Pero si queréis que me vaya...

—¿Es eso cierto? —preguntó Rafaella, suspicaz. No quería que les pusiera delante la zanahoria y la retirase en el último momento.

—Yo no hago invitaciones falsas —respondió Rupert, ofendido.

—Sí las haces —discutió Rafaella.

—Por supuesto que no.

—Chicos, no perdáis el tiempo discutiendo —terció Odile—. Una noche en Londres suena divino. La respuesta es sí, Rupert. Sí, sí, sí.

A Rafaella le gustaba mucho ir a Londres, aunque sólo solía hacerlo durante el día con su madre. Siempre almorzaban en Harrods, hacían compras por las calles de *Knightsbridge* y tomaban un delicioso té en *Fortnum & Mason*. A veces Lord Egerton pasaba a buscarlas y cenaban en su restaurante favorito en el que Rafaella siempre pedía ensalada de cangrejo.

Varias veces se había escapado de la escuela y había viajado a Londres con una amiga. Habían caminado por Kings Road mirando a los punks, con sus pelos colorados y verdes, sus maquillajes exóticos y sus ropas estrafalarias, que caminaban junto a muchachas elegantes, que lucían sus perlas y sus zapatos de Gucci. Después habían pasado horas oyendo discos de moda y habían regresado a casa.

Pero el Londres de Rupert era completamente diferente. Las llevó a San Lorenzo, un restaurante italiano de moda, donde parecía conocer a todo el mundo.

Mara, la afable propietaria, lo cogió cariñosamente por la barbilla, diciéndole:

—Parece que te gustan jóvenes, ¿eh? —Y añadió un guiño cómplice.

—Es mi hermana, Mara —respondió él justificándose—. Rafaella, saluda a la señora Mara. Ella dirige este lugar con mano de acero. Todos le tenemos pánico. —Tímidamente Rafaella estrechó la mano de la mujer.

—¿Es tu hermana, Egerton? —preguntó desde un rincón un hombre alto—. ¿Y desde cuándo tienes tú una hermana?

—Desde que mi padre se volvió a casar —respondió Rupert—. Rafaella, quiero que conozcas a Eddie Mafair; es un verdadero tormento. Y Eddie... ésta es Odile Ronet. Mantente alejado. Un día me casaré con ella.

Odile y Rafaella se miraron sorprendidas.

—¿Nunca te lo había dicho? —preguntó Rupert con aire de naturalidad—. Se me debe de haber olvidado.

Comieron ensalada de champiñones y pasta y de postre, *sambayón*. Rafaella distinguió entre la concurrencia a dos estrellas de cine, un famoso jugador de tenis, varios actores ingleses y el famoso Del Delgado, cantante de los Nightmares.

—Creo que estoy soñando —dijo a Odile—. ¿No es maravilloso este Del Delgado?

—Es horrible —replicó Odile con un fingido escalofrío—. Fíjate en sus dientes.

—¿Qué importan los dientes? Todo lo demás es perfecto.

—¿Y cómo lo sabes?

—Puedo imaginarlo...

—Es viejo —insistió Odile—. Debe de tener por lo menos treinta.

—Eso no es ser viejo.

—Es tener un pie en la tumba.

A veces hasta las mejores amigas consiguen exasperarse. Rafaella lanzó a Odile una mirada fulminante.

Después de la cena, Eddie Mafair se acercó de nuevo a la mesa y sugirió:

—Nos vamos todos al Annabel, ¿por qué no venís con nosotros?

—¿Podemos? —preguntaron al unísono Rafaella y Odile, volviéndose esperanzadas hacia Rupert.

—No sé —respondió él dubitativo—. Supongo que debería llevaros de vuelta a casa.

—¿Por qué? —preguntó Rafaella, ansiosa. Eddie le parecía terriblemente atractivo, y no podía imaginar nada mejor que pasar la velada con él—. Mi madre y tu padre están fuera este fin de semana. Nadie nos espera.

—Es verdad.

—¿Entonces? —preguntaron las muchachas.

—Bueno —decidió él—. Pero tendremos que compartir la cuenta. Yo no estoy forrado.

El Annabel representaba un mundo que las muchachas nunca habían visto antes. Era un club nocturno muy sofisticado. Ponían música de los Beatles, David Bowie, Aretha Franklin, Jefferson Lionacre, Gary Glitter, Olivia Newton-John y Del Delgado de Los Nightmares.

—¡Oh, adoro las discotecas! —exclamó Odile, extasiada—. Estuve en el Club de París. Mi madre me llevó cuando cumplí quince años.

Rupert levantó las cejas, como si en ese momento se percatara de lo jóvenes que eran.

—Por Dios —pidió—. Si alguien os pregunta la edad, decid que tenéis dieciocho.

—Claro, Rupert —respondió Odile, obediente.

—Y yo tengo veintiuno.

Rafaella asintió, paseando su mirada por el lugar.

—¿Y qué edad tiene Eddie? —preguntó inocentemente.

—Es demasiado viejo para ti.

Se unieron a Eddie Mafair y a un grupo de amigos. Las chicas que estaban sentadas a la mesa con él se parecían mucho a las que Rafaella solía ver paseando por Kings Road. Rafaella lamentó ir vestida como iba, con una minifalda negra y un polo blanco, aunque ciertamente aparentaba más edad de la que tenía.

—Tomad un trago —ofreció Eddie, llenándoles el vaso.

Rafaella se dio cuenta de que ella también le gustaba a Eddie, y sintió que le recorrería un escalofrío. Rupert estaba sentado un poco más lejos, junto a Odile. Probó la bebida. Sabía deliciosa.

—Tómatala toda —dijo Eddie, mirándola a los ojos—. Ésa es mi chica.

Ella estudió su cara. Le parecía muy guapo, con su rostro pálido y su cabello largo castaño claro. Iba vestido de manera informal, con una chaqueta azul, una camisa blanca, pantalones oscuros y una corbata rayada azul y roja. Según ella no debía de ser más que uno o dos años mayor que Rupert.

—Vamos, Eddie —dijo la muchacha sentada a su lado—. Vamos a menearnos.

—Discúlpame, Fiona —respondió Eddie—, pero he prometido este baile a Rafaella.

—¡Uf! —dijo Fiona, nada complacida—. Es que yo adoro The Who.

Rafaella soltó una risita. No podía imaginar que Fiona adorara otra cosa que no fuera caminar por el campo con un perro labrador lamiéndose los talones.

—¿De qué te ríes? —preguntó Eddie.

—De nada.

Eddie la cogió de la mano y se puso en pie.

—¿Bailamos?

—Yo adoro The Who —se burló Rafaella.

—Bueno, bueno —repuso él, divertido.

Bailaron durante toda la noche música movida y lenta. También bailaron samba y un vals, hasta que, a la una de la mañana, Rupert, muy irritado, insistió en que debía llevarlas a casa.

—Quiero verte de nuevo —susurró Eddie en el oído de Rafaella—. Te telefonaré muy pronto.

Ella asintió, aunque sabía muy bien que si un hombre mayor que ella y sofisticado como Eddie la llamaba para concertar una cita, su madre se opondría. Lo único que le permitían era ir al cine y en grupo. Muy a su pesar, sólo una vez la habían besado. El muchacho en cuestión había sido un ayudante del jardinero razonablemente apuesto. Sin embargo, el hecho de que tuviera un diente negro y le faltara un dedo había arruinado la aventura.

Odile se moría por saber lo que había pasado, pero logró contenerse hasta que Rupert se retiró a su cuarto y las dejó solas.

—¡Bueno! —exclamó entonces—. Cuéntamelo todo. Y no dejes de lado ningún detalle.

Rafaella se dio cuenta de que no había demasiado que contar. Después de todo, solamente habían bailado.

—Dice que quiere telefonarme.

—Por supuesto que quiere —se entusiasmó Odile—. Y seguramente también

quiere hacerte el amor apasionada y locamente.

—No lo sé.

—Deberías saberlo.

—¿Cómo?

Odile puso los ojos en blanco.

—Has bailado con él todas las melodías románticas. —Entonces vaciló un instante, hasta que se atrevió—: ¿Estaba... ya sabes... excitado?

—¡Qué pregunta!

—Bueno... ¿lo estaba?

Rafaella se sintió avergonzada. Sabía que se estaba ruborizando, a pesar de que Odile era su mejor amiga y se contaban todo.

—Sí —dijo finalmente—. La tenía dura como el hierro.

—¡Dios mío! Y si te llama, ¿saldrás con él?

—Sí —contestó Rafaella, desafiante—. ¿Por qué no?

BOBBY MONDELLA

1975

—No —dijo Bobby.

—Eres un maldito hijo de perra —contestó Sharleen, aspirando nerviosamente su cigarrillo—. ¿Y por qué no?

—Lo hemos hablado cientos de veces. Yo soy una persona leal. Y América Allen merece mi lealtad.

—¡Al diablo!

Sharleen apagó su cigarrillo contra un cenicero de cristal.

—Blue Cadillac y Marcus pueden hacer mucho más por ti. ¿Por qué no me escuchas?

—Porque no tienes razón. Soul and Soul ha sido excelente conmigo.

—No te ha llevado precisamente al primer lugar.

—Sabes una cosa —dijo él suavemente—. Si sigues fumando te arruinarás la garganta.

—No quiero hablar de eso —desafió ella—. No quieres admitir que Soul and Soul es sólo un pez diminuto en un lago grande y que Marcus y Blue Cadillac son tiburones.

—¡Oh, sí! Estoy seguro de que él es un tiburón —dijo Bobby tranquilo.

—No lo conoces. ¿Por qué das por sentado que el poder es algo malo?

Él la miró. En dos años y medio Sharleen había cambiado mucho. Ya no era la muchachita de ojos asombrados. Seguía siendo buena, pero ya no era ingenua. Era una astuta mujer de veintinueve años. Seguía siendo cariñosa, pero sólo cuando quería: cuando podía obtener lo que deseaba.

Seguía siendo su amiga y la quería, pero ya no estaba seguro de que le gustase su forma de ser.

—Ayer hablé con Rocket —dijo él cambiando de tema.

—¡Ese cretino!

¿Cuándo había pasado a ser ese cretino? ¿El día en que ella lo dejó, o tal vez el día que se casó con Norman Vanders, la actriz negra diez años mayor que él?

—Parece que no quieres saber cómo está.

—Bobby...

Ella se inclinó hacia él, persuasiva, situándose lo suficientemente cerca para que él pudiese apreciar su maquillaje perfecto y sus ojos tristes.

—Todo lo que quiero es que pases a formar parte de Blue Cadillac. Será bueno para ti. Lo sé. Y piensa en qué maravilloso será que podamos trabajar juntos. Me gustaría tanto grabar un álbum contigo.

—Se lo diré a América. Quizá podamos hacer algo para Soul and Soul.

—Eso es imposible —dijo Sharleen cambiando súbitamente la expresión de su rostro.

—¿Por qué?

—No seas ridículo.

Se levantó del diván y caminó hacia los ventanales de su apartamento de Park Avenue. Marcus Citroen pagaba el alquiler. Marcus Citroen era el dueño de cada centímetro de Sharleen.

Abrió las puertas y salió a la terraza, desde donde podía ver una panorámica de Nueva York.

—Ven aquí fuera, Bobby. Ven y mira lo que te estás perdiendo.

En realidad lo único que él no tenía era una mujer en su vida. Y Sharleen ya no reunía esos requisitos.

Salió detrás de ella y tuvo que admitir que la vista era impresionante. ¿Pero qué clase de mujer se vendía por una vista y un par de éxitos?

Sí, Marcus había cumplido su promesa. Sharleen era una estrella en ascenso y le encantaba serlo. Íntimamente Bobby pensaba que lo que ella estaba grabando era basura. Si bien Sharleen nunca había tenido una voz espectacular, ponía sentimiento al cantar. Ahora, en cambio, parecía hacerlo mecánicamente. Sin embargo, al parecer eso no era importante. El público la quería, y junto con Marcus Citroen, la había llevado hasta el lugar donde ahora estaba.

De repente se sintió inquieto.

—Me voy —dijo, levantándose el cuello de la chaqueta.

—¿No te quedas a cenar? —preguntó ella, decepcionada.

—No pensaba. He quedado con América.

—Claro —dijo ella, entrando en el apartamento. Él la siguió. Repentinamente Sharleen se volvió y le preguntó—: ¿Te acuestas con ella?

—No es asunto tuyo —respondió él, ásperamente.

—Está claro que ella ejerce un gran poder sobre ti. ¿Por qué otro motivo podrías rechazar la mejor oferta de tu vida?

—Por una pequeña cosa llamada lealtad. L-E-A-L-T-A-D. ¿Recuerdas esa palabra? Puede que alguna vez la necesites.

Más tarde, Bobby se encontró con Rocket y su esposa, Roman, en un restaurante famoso por el pollo frito sureño que preparaba.

Rocket tenía buen aspecto. Seguía siendo bajo, moreno y voluble, pero ahora tenía seguridad en sí mismo y estilo. Podía elegir sus papeles como actor. Estaba de moda, y eso le gustaba.

Roman era una mujer negra de aspecto serio que tenía buena reputación como actriz de carácter. Se habían conocido en Georgia, y Bobby seguía creyendo que

Rocket se había casado con ella por despecho contra Sharleen.

Aún recordaba la noche de la ruptura entre ellos con un gusto amargo en la boca. Sharleen había estado viéndose durante semanas con Marcus Citroen. Volvía a casa al amanecer, drogada y muda. Bobby no sabía qué hacer. Finalmente llamó a Rocket a Los Ángeles y le contó que había problemas.

—No te preocupes —le había dicho Rocket, confiado—. Me quedan dos días más de grabación y regreso. —Y llegó justo a tiempo para recibir a Sharleen, que volvía a las seis de la mañana.

Se gritaron durante dos horas. Luego hicieron el amor durante otras dos, y más tarde, Rocket le confió que todo iba bien, que Sharleen se arrepentía y que estaban tan enamorados como siempre.

Sin embargo, cuando regresaron con la comida, Sharleen había hecho las maletas y se había ido. El chófer de Marcus Citroen había pasado a recogerla.

Rocket juró que nunca la perdonaría.

América fue al restaurante para el café. Parecía muy entusiasmada con el nuevo sencillo de Bobby, que estaba en ascenso.

—Sería sensacional que llegara al primer puesto —dijo él, recordando la conversación con Sharleen.

América meneó la cabeza.

—Es muy difícil. Los artistas negros que llegan a los primeros puestos pueden contarse con los dedos de la mano.

—Stevie Wonder.

—Dionne Warwick —intervino Roman.

—Johnny Mathis —dijo Rocket.

—Estáis hablando de cantantes de moda —dijo América—. Bobby Mondella canta souls. Tiene un público fundamentalmente negro. Y lo adoran. Eso es bastante, ¿verdad?

Por una vez, Bobby pensó que no lo era.

—Hola, muchacho, ¿cómo es que nunca te vemos? Ni una palabra de ti. ¿Por qué te portas así con la buena de tu prima Fanni? ¿Tienes mala memoria? Esa mujer hizo mucho por ti cuando eras nadie. Ahora es tu gran momento y ni siquiera apareces. ¿Qué dices a eso, muchacho?

La voz al otro lado de la línea era, inconfundiblemente, la de Ernest Crystal.

—No me llames muchacho —dijo Bobby amenazante, preguntándose cómo se las habría ingeniado Ernest Crystal para dar con él tras siete años de silencio—. ¿Qué diablos quieres?

—¿Que qué quiero? —dijo Ernest alcanzando una voz de falsete—. Tú tienes una familia, gente que se preocupa por ti.

Seguro. Cuando él se fue de casa de Fanni, había tratado de mantenerse en contacto, pero nadie le había demostrado el menor interés, por lo que había dejado de llamarlos.

—¿Cómo has conseguido mi número? —preguntó con resignación.

—Me lo dieron en la compañía grabadora, cuando supieron que era tu querido tío.

—¿Mi qué? —explotó Bobby.

—Un pariente es un pariente, muchacho.

—No me has oído. Te he dicho que no me llames muchacho.

—Es la costumbre, supongo. —Ernest se aclaró la voz, preparándose para el asalto final. Escúchame. Nosotros fuimos quienes te recogimos cuando el señor Rue te dejó en la calle, sin ningún lugar a donde ir. Fuimos los que te dimos una cama, comida y techo. Te cuidamos cuando estuviste enfermo y nunca te pedimos nada a cambio.

Ernest parecía haber olvidado convenientemente los seis mil dólares con los que había llegado y la gran parte de la paga del Chainsaw que había dejado en casa cada semana.

—Ve al grano —dijo Bobby, que no tenía el menor deseo de escuchar las lamentaciones de Ernest. Si necesitaban dinero, podía darles un poco. No era rico, pero podía hacerlo, y Fanni era la única pariente que le quedaba.

—Qué duro sueñas. Ya no pareces el simpático gordito que conocimos.

—Ése murió —dijo Bobby secamente—. ¿Cuánto quieres?

—¿He dicho yo algo acerca del dinero? —chilló Ernest indignado.

—¡Mierda! ¡Dime cuánto quieres!

—Bueno —dudó Ernest—. Ya que has sido tan gentil en sugerirlo, te diré que Fanni ha estado mal. No puede seguir trabajando. Gana una libra o dos y tiene problemas con el corazón.

—¿Ha visto a un médico? Deberían ponerla a dieta.

—No quiere tener trato con los médicos. Te quitan el dinero y se ríen en tu cara. —Hizo una pausa, esperando el mejor momento para atacar. El problema era que no sabía cuánto pedir. Lo mejor entonces era pedir mucho—. Podríamos necesitar digamos... veinte mil.

Bobby rió.

—O quince mil... ¡Tenemos muchas facturas que pagar!

Bobby no podía creer el coraje del hombre. ¡Veinte mil dólares! Era como para mandarlo al demonio.

—Le mandaré a Fanni un cheque de tres mil y dile que me hubiese gustado que me llamase ella misma.

—¡Tres mil! —se quejó Ernest—, pero tú debes de tener mucho dinero. ¿Todo lo que puedes darnos son tres mil?

—Si no los quieres, no los cojas —respondió Bobby, cortante.

—Bueno, creo que los cogeremos —susurró, insatisfecho. Tres mil eran mejor que nada.

Bobby colgó el auricular, y durante un momento recordó su vida con los Crystal. Las peleas constantes, los insultos que había tenido que soportar. Su mísero cuartito junto a la cocina, helado en invierno y caluroso en verano. Las comidas grasientas. El pollo y las patatas fritas. Las tortas y los dulces. No era extraño que él hubiese sido una bola mientras había vivido con ellos.

Sin embargo, era cierto que Fanni lo había recibido y que lo había defendido muchas veces frente a Ernest.

Fue a su escritorio y extendió el cheque, antes de arrepentirse. Escribió también una nota dirigida a Fanni, en la que le pedía que le telefonara para verse algún día. Metió todo en un sobre con la dirección de su prima.

No es necesario decir que jamás recibió una respuesta, aunque el cheque fue cobrado inmediatamente. También Sharleen se mantuvo en silencio durante varios meses. Ya estaba acostumbrado a no tener noticias de ella. En realidad, sólo aparecía cuando necesitaba algo, y desde que él había rechazado su oferta de ingresar en Blue Cadillac, obviamente no estaba en la lista de su predilectos. Él siguió, pues, con su vida, escribiendo canciones, grabando, saliendo con distintas chicas y pasándoselo bien. Un día, cerca de medianoche, sonó el timbre de su apartamento de un modo insistente.

Estaba solo, viendo una película en la televisión.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir.

La respuesta fue incomprensible, pero supo instantáneamente que se trataba de Sharleen.

Abrió la puerta y apenas tuvo tiempo de sujetarla en sus brazos: era un despojo golpeado y sangrante.

KRIS PHOENIX

1975

—¡Qué calor más insoportable! —protestó Kris.

—No te quejes —replicó Buzz, con una sonrisa irónica que iluminaba su rostro—. Las copas son baratas, es el paraíso de la droga y las chicas andan en cueros por ahí.

Kris se daba cuenta de que iba a ser difícil llevar de regreso a Buzz al brumoso Londres a trabajar. Debía admitir que su amigo tenía muy buen aspecto con ese bronceado gitano, el pelo largo y una sola argolla de oro en la oreja. En Londres Buzz siempre estaba más blanco que el papel y parecía un cadáver ambulante. Aquí por lo menos, con ese bronceado, no parecía estar agonizando, aunque seguía siendo extremadamente delgado.

—Todo te parece maravilloso —dijo Kris.

—Te diré. Me hartaba de pasar todos los días y la mayor parte de la noche en esa furgoneta apestosa, con el olor a pies de Rasta en mi cara y Ollie siempre pasando la noche fuera.

Tendidos en tumbonas de playa, ambos rieron. Flower les llevó latas de cerveza. A los veintitrés años, ella seguía siendo una hippie perenne, con el cabello suelto, la ropa floja, la mirada perdida y la sonrisa angelical. Kris pensaba en el tiempo que hacía que ella y Buzz estaban juntos. Suponía que en algún momento se casarían. No pudo evitar preguntar:

—¿Vosotros lo vais a hacer legal alguna vez?

—¿El qué? No fastidies —respondió Buzz, mientras Flower le sonreía, soñadora.

Sí, pensó Kris. Ciertamente Buzz estaba en lo correcto. ¿Por qué casarse? Sabía que Willow lo había hecho caer en una trampa.

Buzz los había ido a recoger en un jeep descubierto, luciendo sólo unos shorts negros, y tras un gesto de bienvenida, les había espetado:

—Tenéis un terrible aspecto de enfermos.

—Gracias —respondió Kris—. Siempre has sabido cómo hacer sentirse bien a una persona.

—Soy encantador —aseveró Buzz, con un guiño malévolo, y luego, acercándose a Peter John Buddy, que estaba aferrado a Willow, pidió:

—Déjame ver al bebé.

—¡No! —exclamó Willow, con inesperadas fuerzas.

Buzz no se dio por vencido y siguió intentando sacar al pequeño Bo del abrazo protector.

—¡Basta! —chilló ella, histérica, volviéndose hacia Kris en busca de apoyo.

—Vamos, deja que Buzz lo coja —intervino Kris—. Es un buen padre. Tiene derecho.

Willow miró a su marido y a regañadientes permitió a Buzz que sostuviese al niño durante un par de segundos.

—¡Hola, compañero! —dijo Buzz.

—Suficiente —dijo Willow, y recuperó su preciosa carga.

Kris había visto a su suegra sólo un par de veces, y no en las mejores circunstancias, pero empezaba a darse cuenta, con creciente espanto, que Willow era igual a su remilgada madre.

Buzz conducía como un loco, a toda velocidad, por las callejuelas del pueblo, mientras Willow permanecía petrificada en el asiento trasero, con el niño en las rodillas.

—¿No puedes ir más despacio? —rogó un par de veces, pero nadie la escuchaba mientras se dirigían hacia su destino cada vez más deprisa.

La casa era una villa deteriorada y polvorienta, y ellos no eran los únicos ocupantes. Junto con Buzz y Flower, vivían Inga, una rubia sueca; Klaus, un alemán barbudo que no hablaba inglés y un par de mellizas norteamericanas de veinte años, llamadas Chick y Chickie.

—¿Por qué no me dijiste que vivían con otras personas? —susurró Willow, furiosa.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —replicó Kris, temiendo lo que ocurriría cuando ella se diese cuenta de cómo eran las cosas allí. Buzz los había hecho pasar y había conducido a Willow y al niño a una habitación húmeda con vistas al mar y un viejo colchón en el suelo.

—Aquí se practica el sexo libre —había confiado entonces a Kris con un guiño cómplice—. Si te gusta, la tomas.

A Buzz siempre le había gustado el estilo de vida hippie y Flower, obviamente, no ponía objeciones.

Kris se dio cuenta entonces de que tarde o temprano tendría problemas.

—Tienes un cuerpo muy bonito —susurró Chick en su oído.

—La piel suave —murmuró Chickie.

—¿Cuándo vamos a tenerte? —dijeron al unísono, como un coro esperanzado.

Kris se dio cuenta de que tenía una erección. No necesitaba constatarlo. ¡Por Dios! ¿Dónde estaba Willow cuando él más la necesitaba?

Se volvió sobre la arena caliente, quedando de bruces. Buzz estaba echado cerca de él, con Inga y Flower a su lado. Eran un cuadro para una postal; las dos chicas sólo llevaban la parte inferior del bikini. Los pechos gigantes de Inga resultaban un contraste interesante comparados con las pequeñas tetas de Flower.

Willow y el bebé no estaban a la vista.

—¿Qué dices? —insistieron Chick y Chickie, acariciándole la espalda.

Era una tortura. Él no podía contener los deseos de echárseles encima y penetrarlas a ambas, una después de la otra. Estaba tan excitado que le dolía.

Además, ¿quién no lo hubiese estado? Hacía dos semanas que estaban en la isla y Willow estaba furiosa por la manera en que dormían, por los habitantes de la casa siempre semidesnudos, por la comida y por todo lo demás.

—No se lo diré a tu mujercita —susurró Chick, inclinándose hacia su oreja, que comenzó a acariciar, mientras le restregaba el cuerpo con los pechos desnudos.

—Yo tampoco —acordó Chickie.

Era más de lo que cualquiera podía soportar.

—Voy a nadar —dijo Kris débilmente, levantándose y yéndose a zambullir al mar. El agua fría lo tranquilizó un poco, pero no demasiado, sobre todo cuando Chick y Chickie, muy risueñas, corrieron hacia él agitando los pechos.

¡Dios! ¿Qué debía hacer? Habían estado provocándolo desde su llegada y aunque por un lado le atraía la idea de acostarse con el dúo dinámico, por otro sabía que era un hombre casado, y sus valores anticuados le decían que debía reprimirse, aun cuando Willow lo tuviera hambriento.

Chick nadó hacia él y Chickie la seguía de cerca. Las dos parecían muy decididas. La respuesta la tendría su esposa: «Willow querida —pensó—, o haces algo o alguien lo hará por ti».

Esquivó a las mellizas, nadó hasta la playa y corrió hacia la villa.

—¿Dónde vas? —le gritó Buzz.

Kris no se detuvo. Willow tendría que dejar lo que estuviera haciendo y darle lo que él necesitaba. Él era su marido y tenía derechos.

La villa estaba tranquila y silenciosa. Eso significaba que el bebé estaba dormido. Perfecto. Quizás ella también estuviera durmiendo una siesta, y él podría entrar en el paraíso antes de que ella se diera cuenta.

Silenciosamente entró en el cuarto. Bo dormía en su cochecito, con una fina muselina protegiéndolo de los mosquitos. El niño tenía muy buen aspecto, bronceado y saludable. Se parece un poco a mí, pensó Kris. Sí, era verdad que Willow lo había atrapado, pero cuando miraba a su hijo, comprendía que valía la pena.

Pensó entonces que su esposa probablemente estaba en la cocina. Se pasaba la mayor parte del día inclinada sobre el fregadero, lavando cualquier cosa que caía en sus manos. No era posible sacarse los pantalones sin que ella inmediatamente se pusiera a lavarlos.

No, tampoco estaba en la cocina, ni en la sala. Era posible que estuviese en el cuarto de Buzz y Flower. Ella no podía resistir la tentación de curiosear y enterarse de todo. Pero tampoco se encontraba allí, ni en el cuarto de Chick y Chickie. Inga

dormía en el pasillo. Eso sólo dejaba abierta la posibilidad del cuarto de Klaus. La puerta estaba cerrada. Kris llamó y, como no obtuvo respuesta, entró.

Tendida en la cama, desnuda de cintura para abajo, pudo ver a Willow. Tenía la cara tapada con la almohada, pero él hubiese reconocido en cualquier parte a esa rata de cloaca.

Arrodillado entre sus piernas, con su cara barbuda sumergida en el País de las Maravillas, estaba Klaus, el alemán.

RAFAELLA

1976

Para asombro y decepción de Rafaella, Eddie Mafair ni se molestó en llamarla. Un año más tarde ella volvió a encontrárselo en la boda de la hija de una de las amigas de su madre. Él era testigo de la boda y estaba en camino de una borrachera total.

—Hola —dijo ella, sin que él la reconociera, cuando pasó cerca de su mesa.

—Déjame recordar —dijo él mirándola vagamente—. Estoy perdido...

—Desde luego que lo estás —respondió ella fríamente, mientras ardía en deseos de estar de nuevo en sus brazos, aunque fuese en la abarrotada pista de baile del Annabel.

—¿Susana? —preguntó mientras se le acercaba.

—No.

—¿Diana?

—No.

—Dame una pista.

—Rafaella.

Obviamente su nombre tampoco significó nada para él.

—Me alegro de verte —dijo, y se fue.

Parecía que se habían atraído tanto. Ella había creído que le gustaba a él. Había sido positiva y pensado mil excusas por las cuales podía no haberla telefoneado. Ahora era evidente que ni se acordaba de ella.

Sin embargo, no iba a dejar que eso la descorazonara. Después de todo, ahora tenía dieciséis años. Ya no era la estúpida chiquilla de quince que se había caído rendida ante sus encantos. Había tenido muchos encuentros ese año. Stefan, el enfermero de veintidós años que se sentó junto a ella en el cine, y con el que se había estado viendo en secreto durante varias semanas, hasta que había intentado ir demasiado lejos. Jimmy, un universitario norteamericano que la había llevado a bailar y le había enseñado «juegos de manos», ya que ella se resistía a otra práctica sexual, y Marcel, un joven camarero francés que trabajaba en un restaurante cercano. Él la llevó a pasear por el bosque y la besó y le acarició largamente los pechos, hasta llevarla a la culminación. Tras varias semanas de ruegos, ella finalmente lo masturbó tal como le había enseñado Jimmy, y se maravilló por el éxtasis, y el agradecimiento que el muchacho demostró.

Quería hacer lo mismo con Eddie. Eso le daba un gran sentimiento de poder y no interfería en su virginidad, que quería mantener hasta el matrimonio. Odile y ella lo habían discutido muchas veces, y habían decidido que todo lo demás estaba permitido, pero quedaba definitivamente descartado llegar hasta el final. Por una

parte, era demasiado arriesgado, y por otra, no hacía falta. Los muchachos se sentían perfectamente satisfechos de la otra manera.

La boda era una fiesta bulliciosa, una mezcla de jóvenes amigos de los novios y personas mayores, amigos y familiares. Rafaella conocía a muy pocas personas, y se vio muchas veces en la pista de baile, acompañada por diversos pretendientes. De vez en cuando echaba una mirada a Eddie, que estaba muy entusiasmado con una llamativa rubia de minifalda, casi tan borracha como él.

Rafaella lo observó. No estaba acostumbrada a que la ignorasen. Con su cabello largo oscuro, sus rasgos exóticos, y su figura delgada, solía recibir más atención de lo normal. ¿Cómo se atrevía Eddie Mafair a no recordarla siquiera?

La banda comenzó a tocar canciones de los Beatles, a petición de la novia. Se escucharon «*Yellow submarine*», «*Eleanor Rigby*» y «*She loves you*». Eddie seguía con su rubia en la pista de baile.

Ansiosa por llamar la atención, Rafaella se acercó al director de la banda.

—¿Saben «*Yesterday*»? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Puedo cantarla?

—¿Puedes? —preguntó el director, mirándola, burlón.

—Por supuesto que puedo —dijo ella, envalentonada.

—Bueno, querida, demuéstranoslo. —Y le pasó el micrófono.

¡Dios! ¿Qué había hecho? Le gustaba cantar, pero sólo lo hacía bajo la ducha, donde el eco hacía que cada nota sonara bien. ¿Qué haría ahora?

—*Yesterday* —comenzó a modular— *all my troubles seemed so far away*. — Todos la miraban, debía hacerlo bien—. *Now it looks as though they're here to stay. Oh, I believe in yesterday.*

¡Lo había logrado! Lo había hecho bien. Había atraído la atención de todos, hasta de su madre, que la observaba, posiblemente molesta porque se estaba exhibiendo.

Su voz era agradablemente grave, parecía de alguien mayor que ella. Buscó con la vista a Eddie, y finalmente observó que sí, que había captado su atención. Ahora la recordaría.

Cuando terminó, hubo aplausos. Muchos le dijeron:

—No sabíamos que cantabas.

Finalmente Eddie le preguntó:

—¿Dónde has estado escondida toda mi vida?

Antes de que ella pudiera responder, apareció su madre y lo arruinó todo diciendo que enseguida se irían. Por lo menos ahora él sabía que existía. Eso era algo.

Dos semanas después ella partió rumbo a Francia, a pasar unas vacaciones con Odile. Cuando llegó al aeropuerto de Niza y salió al encuentro de su amiga, sintió una gran excitación, ya que a no más de un metro estaba Eddie Mafair, discutiendo en

francés con el taxista.

De pronto apareció Odile, que le hacía señas con la mano mientras bajaba del Mercedes conducido por el chófer de su padrastro.

Rafaella permanecía en pie, transfigurada.

—¡Aquí estoy! —gritó Odile.

Eddie bajó del taxi y caminó hacia el aeropuerto sin verla.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás sorda? —dijo Odile corriendo hacia ella.

—No. Estoy enamorada.

La madre de Odile se había casado con un hombre del mundo del espectáculo. Su marido, Claudio Franconini, era un cantante italiano, con muchos seguidores en Europa. Durante muchos años había sido una estrella y gozado del éxito. Casarse con la viuda de un prominente político era un éxito más. Claudio adoraba ser el centro.

Odile siempre había pensado que era muy aburrido, y las pocas veces que Rafaella estuvo con él, tuvo que coincidir con su amiga.

—Todavía se unta la cabeza con cera y considera que las mujeres deben caer rendidas a sus pies —comentaba Odile, divertida—. Nada cambia.

—No sé cómo tu madre le soporta —apreciaba Rafaella.

—A ella no le importa. Están bien juntos. Mamá, como tú sabes, es muy paciente.

Claudio recibió calurosamente a Rafaella, besándola en ambas mejillas y diciendo:

—Bienvenida, bienvenida. ¡Qué alegría volver a verte, querida! Nuestro humilde hogar es tu casa.

El humilde hogar era un magnífico *château* en las colinas que rodeaban Cannes. Estaba permanentemente custodiado y diez sirvientes se ocupaban de los invitados. Todos los días había una fiesta. A Claudio le encantaba la diversión.

—Nos lo pasaremos en grande —prometió Odile—. No tenemos por qué estar todo el día con los viejos.

Rafaella se preguntaba qué hacía Eddie Mafair en el aeropuerto. Posiblemente estaba de vacaciones. ¡Qué pena que se hubiese ido!

El tiempo en el sur de Francia era espléndido. Después del espantoso verano inglés, Rafaella adoraba tumbarse al sol, sin hacer absolutamente nada. También le resultaba interesante observar a Claudio Franconini y su interminable desfile de invitados. Odile y ella, desde un extremo de la piscina, observaban cómo los famosos iban y venían: un armador griego y su ardiente amante; un famoso gánster americano con su discreta esposa inglesa; un financiero con dos chicas no mucho mayores que Odile y Rafaella, y una cantante negra y su amante.

—Esto sí que es divertido —dijo Rafaella—. ¿Siempre es así?

—Sí —aseguró Odile—. El año pasado tuvimos docenas de estrellas de cine, la

viuda de un presidente... todo tipo de personas extrañas. Deberías haber venido.

—Yo quería venir, pero ya sabes, hasta ahora mi madre siempre consideró que yo era demasiado joven para gozar de los placeres del sur de Francia.

—Parece que los dieciséis señalan el comienzo de los placeres perversos.

—Espero que sí.

Cuando se cansaron de hablar junto a la piscina, el chófer las llevó hasta Jean-lespains, donde se pasearon por las tiendas y cafés de la ribera. También practicaron esquí acuático. Los hombres las miraban, ya que constituían la combinación perfecta. Odile, una rubia inocente, y Rafaella, morena y misteriosa... Parecía que cada una era el complemento perfecto de la otra, mientras paseaban por la playa en sus minúsculos bikinis, atrayendo una ávida corte de admiradores.

Odile consiguió algo más que una amistad con un estudiante de derecho noruego y Rafaella se encontró practicando sus caricias con un estudiante de medicina suizo, extremadamente apuesto. Quedaban en la playa cada atardecer y pasaban juntos horas maravillosas. Todo esto tenía que ocurrir antes de las diez, hora en que el chófer llegaba en el Mercedes a recogerlas y las llevaba de regreso a casa de los Franconini.

—Me siento como una Cenicienta —bromeaba Rafaella—. Ya sabes, como si llevásemos una doble vida o algo por el estilo.

—Lo hacemos —respondió Odile—. Mi madre nos mataría si supiese a qué nos dedicamos.

—La mía también.

—Pero ellas fueron jóvenes alguna vez —añadió Odile—. ¿Acaso no han hecho estas cosas?

—Seguramente hayan hecho esto y más —dijo Rafaella, aunque en realidad le costaba imaginar a su madre en esas situaciones. Ni siquiera podía imaginársela haciendo el amor, aunque era seguro que lo había hecho, al menos una vez.

El estudiante de medicina de Rafaella decidió que ya había llegado el momento de ir un poco más lejos.

—Confía en mí. Soy médico. Bueno, casi —le dijo—. Quiero que tú también goces.

Ella nunca había permitido que nadie fuese de la cintura para abajo: le resultaba demasiado íntimo y embarazoso, pero la sensualidad de la arena blanca, las noches cálidas y el ruido del mar finalmente la convencieron. Además, él era muy apuesto, y médico. Relegando a Eddie Mafair al fondo de su mente, le permitió al muchacho realizar una expedición por terrenos inexplorados.

Él le quitó los tejanos y la parte inferior del bikini, y comenzó a tocarla suavemente con los dedos. Ella tuvo que admitir que era agradable, sobre todo cuando los dedos de él empezaron a moverse con un extraño movimiento circular. Automáticamente ella abrió las piernas, experimentando nuevas sensaciones que

repentina e inesperadamente culminaron en una catarata de puro placer.

—Tu primer orgasmo —anunció él.

El corazón de Rafaella latía apresuradamente. Eso era distinto. Era fantástico.

—Ahora déjame ponértela ahí —continuó él, colocándose sobre ella.

Ella sintió la presión y algo le dijo que debía detenerlo.

—No —dijo, apartándolo.

—Sí —insistió él, volviendo a encaramarse sobre ella.

—¡No!

—¿Piensas mantenerte virgen para siempre? —preguntó el muchacho con desagrado.

«¡En absoluto —pensó ella en silencio—. Sólo hasta que pueda tener a Eddie Mafair. Y juro que lo tendré!».

Una mañana, Rafaella se levantó muy temprano y se dirigió a la piscina para nadar. Estaba bronceada a la perfección y un brillo iluminaba sus miembros y su abdomen plano y musculoso.

—Tienes un hermoso cuerpo, querida —dijo una suave voz masculina con un leve acento extranjero. Se volvió y vio a Marcus Citroen, un magnate de la industria discográfica que acababa de llegar, en compañía de su esposa *ultrachic*. Rafaella sonrió. No sabía qué otra cosa hacer. No había nada peor que tratar de evitar los elogios libidinosos de los viejos verdes.

—Gracias —respondió, y se zambulló en la piscina, esperando que cuando emergiera, él ya se hubiera ido. Para su sorpresa, cuando salió a la superficie, Marcus Citroen estaba en la piscina, cerca de ella.

—Mira esto —dijo alegremente, como si le mostrara un pez raro. Sin pensar, ella miró por debajo del agua. Marcus Citroen era realmente osado. Estaba totalmente desnudo, con una erección completa.

BOBBY MONDELLA

1976

El restablecimiento de Sharleen requirió meses de intensos cuidados. Sus golpes y cortaduras sanaron pronto, pero su orgullo tardó mucho más tiempo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bobby—. ¿Quién te ha hecho esto? ¿Marcus Citroen? Porque si ha sido él, lo voy a matar. Blanco hijo de perra.

—No, no —dijo ella, aterrada—. No ha sido él, y no debes involucrarte.

—Yo ya estoy involucrado. Ahora debes contarme lo que ha sucedido.

—No, Bobby, no puedo.

No había que presionarla. Poco a poco, a medida que fueron pasando las semanas, ella le contó la historia.

Al principio Marcus Citroen se había comportado como un auténtico caballero. Era cierto que la había convencido para participar con él en las fiestas de cocaína y que se habían acostado juntos, pero a cambio le había dado un lucrativo contrato con Blue Cadillac, un buen apartamento y la había comenzado a llevar hacia el estrellato.

—Yo no soy una ingenua —le confió ella entre lágrimas—. Me daba cuenta de sus pretensiones, pero me sucedían cosas tan buenas que pensé que podría manejar a Marcus y sus locuras.

Sus pretensiones consistían en observarla teniendo relaciones sexuales con otras mujeres y en suministrarle cada vez más drogas.

—Me quiere drogada —decía ella— porque es el modo en que puede controlarme.

Llegó el estrellato y Sharleen trató en vano de cortar con Marcus y sus perversiones.

Una noche ella se rebeló y se negó a acostarse con un hombre y otras dos mujeres. Marcus la golpeó y fue entonces cuando ella fue a ver a Bobby.

—Quiero quedarme aquí —dijo simplemente.

Había sido una estúpida y aprendido una dura lección. Él se conmovió y le dijo:

—Quédate todo el tiempo que quieras.

A partir de entonces él procuró por todos los medios que ella se restableciese. Tenía que estar todo el tiempo con ella, apoyarla, alentarla para que hiciese un tratamiento para la drogadicción.

Después de los grandes esfuerzos de Bobby por persuadirla, ella aceptó tratarse en una clínica privada, en la que ingresó con un nombre falso. Cuando salió de la clínica varias semanas después, volvía a ser la Sharleen que todos conocían.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Bobby.

—Fantástica.

—¿Realmente?

—De verdad.

—Estoy orgulloso de ti, nena.

—Gracias —dijo ella, sonriendo—. ¿Y ahora adónde iré?

—He hablado con América —dijo él sin dudar—. Soul and Soul te quiere allí. He escrito dos canciones que podemos grabar juntos, ¿qué te parece?

—¿De verdad? —preguntó ella mientras una gran sonrisa le iluminaba el rostro.

—Está hecho, nena. Sharleen y Bobby. Seremos un equipo.

Pero no fue así. Blue Cadillac se negó a liberarla de su contrato pero tampoco le dio canciones para cantar. En otras palabras, la dejaron en el limbo, sin posibilidades de hacer nada.

Bobby estaba frenético.

—Iré a ver a ese Marcus Citroen —dijo furioso—. No puede hacerte esto.

—Sí puede —respondió ella suavemente—. Él siempre puede hacer lo que le dé la gana.

Con el tiempo, Bobby descubrió que era así. Blue Cadillac tenía con ella un contrato exclusivo e inquebrantable y no se podía hacer nada. Ni siquiera el hábil abogado que Bobby contrató pagando grandes sumas pudo hacer algo.

Sharleen, cuya estrella había brillado tanto una vez, ahora debía quedarse sentada observando cómo otras cantantes copaban la atención que una vez había sido suya.

Después de unos meses, Bobby comprendió que si no hacía algo pronto, Sharleen volvería a lo de antes. La encontró bebida un par de veces y se dio cuenta de que estaba muy inquieta y dispuesta a irse en cualquier momento. La relación entre ellos era estrictamente platónica, pese a que ella vivía en el apartamento de Bobby. Él quería cambiar algo, pero, posiblemente debido a que habían sido amigos durante tanto tiempo, le resultaba muy difícil. En ese momento tan particular, él no deseaba agregar ninguna presión. Lo que fuese debía suceder naturalmente, o no sucedería.

América Allen le preguntó un día:

—¿Qué hay entre tú y esa chica? Desde que está contigo no haces más que hablar de ella. Creo que deberías dedicarte a tu propia vida y dejarla a ella con la suya.

América tenía razón y él lo sabía. No obstante, mientras ella estuviese con Bobby, no podría hacer otra cosa.

Rocket llamó varias veces desde Europa, donde estaba filmando.

—¿Cómo está ella? —preguntaba siempre.

—Bien —contestaba siempre Bobby, aunque, en realidad, hubiese deseado contestarle: «Ella ya no es cosa tuya. Estás casado. Estás fuera de la cuestión».

Sin que Sharleen lo supiese, Bobby intentó telefonar a Marcus Citroen más de una vez, pero sólo recibió como respuesta: «El señor Citroen está en una reunión». «El señor Citroen se encuentra fuera del país». «El señor Citroen está ocupado».

Una mañana, se despertó y encontró a Sharleen revisando el botiquín y examinando las píldoras que contenía.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bobby—. ¿Acaso estás preparando la escena de tu muerte?

—Sí —contestó ella, muy seria.

Maldito Marcus Citroen. Ya era suficiente con esto.

Bobby se vistió apresuradamente, buscó la dirección de Blue Cadillac y se dirigió hacia allí en un taxi.

Llegó cuando acababan de dar las nueve. Sentada en el escritorio había una atractiva recepcionista negra, con uñas multicolores.

—Hola, preciosa —saludó él, tratando de conquistarla.

Ella lo miró y sus labios se abrieron en una amplia sonrisa.

—¡Bobby Mondella! —exclamó—. ¡Qué manera tan agradable de comenzar el día!

Él no estaba acostumbrado a que lo reconociesen, pero en este caso no podía venirle mejor.

—Me encanta *Dream Baby* —siguió ella—. Es sensacional.

—Gracias —dijo él modestamente—. Me alegro de que te guste.

—Me encantaría que estuvieras en esta compañía —dijo ella, meneando sus pestañas superlargas—. Quizás así obtendrías el éxito que te mereces.

—¿Quién sabe? —dijo él, encogiéndose de hombros, e inclinándose sobre el escritorio de la chica, preguntó—: ¿Ya está Marcus aquí?

—El señor Citroen siempre está en la oficina a partir de las siete y media —respondió ella adoptando nuevamente un tono profesional—: ¿Eres su primera cita?

—Seguramente —respondió Bobby.

Ella echó un vistazo a una gran agenda roja.

—Sus secretarias no llegan hasta las nueve y media. Aquí no está apuntado tu nombre.

—Es porque concertamos la cita muy tarde anoche.

—¡Oh! —dijo ella con ojos brillantes—. Apuesto a que estuviste en la fiesta de Stevie Wonder, ¿no es verdad?

—Claro.

—Qué suerte...

—Sí, bueno, voy a entrar. ¿Cuál es su oficina?

—Cruzando la sala, la última puerta de la derecha. No puedes equivocarte. Hay un disco de oro en la puerta.

—Bien.

—Le llamaré y le diré que ya estás aquí.

—No te molestes. Posiblemente ya me haya olvidado. Quiero ver su cara cuando

se dé cuenta de que yo sí le recuerdo.

La recepcionista rió y se arregló el cabello.

—Sigue grabando esos temas.

—Sólo si tú sigues comprándolos.

Mientras atravesaba la sala, trató de pensar exactamente qué diría. ¿Qué cosa haría dejar libre a Sharleen de un hombre como Marcus Citroen?

Recordaba el último encuentro que habían tenido, hacía ya muchos años. La Sala Privada del Chainsaw. Él era el encargado, y Marcus Citroen un cliente que aspiraba cocaína con Del Delgado. ¡Dios! Parecía que habían pasado siglos.

Ahora estaba frente a la puerta del disco de oro. El disco era más grande que uno auténtico y en él se leía en grandes letras: Marcus Citroen —artífice de éxitos— discos Blue Cadillac. Muy sutil.

Sin llamar abrió la puerta y entró.

Marcus Citroen estaba sentado detrás de un escritorio gigantesco hablando por teléfono. Indicó a Bobby que se sentara. No hubo gesto de sorpresa en su rostro impasible.

Bobby no quería sentarse, pero al parecer no tenía alternativa. ¿Qué más podía hacer? ¿Acaso podía arrancarle el teléfono y comenzar a gritarle?

No, debía ser un encuentro civilizado. Tenía que ser sensato, y sobre todo, tenía que salir de allí con alguna solución para Sharleen.

Era evidente que Marcus estaba hablando con alguien de Londres, ya que hacía referencia a varios acontecimientos ingleses, y terminó la conversación diciendo:

—Iré en el Concorde la semana que viene. Espero que para entonces todo esté arreglado. Oh... —dijo echando una mirada a Bobby— y puedes decirle a esos hijos de perra que, de lo contrario, aparecerá alguien en el Támesis. Y te aseguro que no seré yo.

Y colgó el auricular.

Bobby se aclaró la voz. ¡Al diablo! Este cerdo no iba a intimidarlo.

—Usted no me conoce —dijo entonces—. He venido a hablar de Sharleen.

Marcus asintió.

Había algo raro. ¿Por qué el gran Marcus Citroen no estaba chillando a su secretaria? ¿Por qué no lo echaba?

Bobby decidió hablar mientras tuviese oportunidad de hacerlo.

—Sharleen es muy desdichada, piensa en suicidarse. Y creo que usted sabe por qué.

Marcus cogió un cigarro de una caja que tenía sobre su escritorio, alcanzó un encendedor de mesa con forma de Cadillac y lo encendió. Pero no dijo nada.

¿A qué estaba jugando ese hombre? La voz de Bobby se alzó, enojada.

—La cuestión es, señor: o la deja en libertad, o haré que en todos los periódicos

del país aparezca su nombre y el relato de lo que usted le hizo.

—Buenos días, señor Mondella —dijo Marcus suavemente, en un tono más meloso que el almíbar—. Hace tiempo que espero su visita. ¿Por qué ha tardado tanto?

¿Qué sucedía? ¿Por qué hoy todos le reconocían? ¿Y por qué Marcus Citroen esperaba su visita?

—Quiero que rompa el contrato de Sharleen —dijo Bobby, con un súbito sentimiento de poder.

—Hay una sola solución para todos estos sin sentidos. Y si usted lo piensa verá que es lo único razonable.

—¿De qué se trata?

—De usted, por supuesto. Usted es la solución.

—No lo comprendo.

Marcus aspiró una bocanada de su cigarrillo, y arrojó una espesa columna de humo hacia el techo.

—Bueno, ya comprenderá una vez que se lo explique.

Entonces, procedió a explicarle.

La solución de Marcus Citroen era sencilla. Blue Cadillac quería a Bobby Mondella. Estaban dispuestos a ofrecerle un buen contrato y a liberarlo del que tenía con Soul and Soul. Además, estaban preparados para convertirlo en una gran estrella. Tenían el poder y las conexiones para hacerlo.

El trato incluía a Sharleen. Una vez que él hubiese firmado en la línea puntuada, la carrera de ella sería activada, y en muy poco tiempo volvería a estar en la cima, lugar al que pertenecía por derecho propio. Grabaría un álbum de dúos junto con Bobby, y posiblemente filmarían una película si las cosas iban bien.

—¡No puedo creerlo! —dijo Bobby con vehemencia—. Esto es chantaje.

—Yo pensé que usted aprovecharía la oportunidad de salir de una compañía de segunda fila como Soul and Soul —dijo Marcus, apagando su cigarro—. No han hecho más que desperdiciar su talento.

—Escuche, ellos me dieron mi primera oportunidad. Creyeron en mí.

—¡Ah, la lealtad! Lo admiro. Pero yo también creo en usted, señor Mondella, ¿o lo puedo llamar Bobby? —Marcus se quitó sus siniestras gafas oscuras y, mirándolo, añadió—: Desde hace un tiempo tengo los ojos puestos en usted. Creo que con su capacidad de componer, su aspecto y su talento, puede ser la estrella de color más importante del país. Puedes ser el número uno. Y con la guía de Blue Cadillac... —Hizo una pausa—. No habrá nada que no puedas alcanzar.

Bobby sintió que lo alcanzaban emociones contradictorias. Los planes que tenía Marcus Citroen para él no eran precisamente desalentadores. Pero podía tratarse de un trampa, y él tenía la certeza de estar siendo manipulado, lo que no iba bien con su

estilo. Además, no podía imaginar nada peor que estar bajo el control de un hombre como Marcus Citroen. ¿Cómo dejar Soul and Soul y a América, después de lo que habían hecho por él?

«Soul and Soul te está reteniendo —le decía por otro lado su voz interior—, América Allen dice que tus discos no pueden llegar a la cima, y tú sabes perfectamente que sí».

En efecto, él lo sabía bien, y aunque despreciase a Marcus Citroen, sabía que con Blue Cadillac podía lograrlo.

Además, si deseaba ayudar a Sharleen, no tenía alternativa. La decisión estaba fuera de su alcance.

1987

Sábado 11 de julio

El viaje era largo y aburrido, pero a Kris no le importaba. La limusina tenía un buen surtido de bebidas, buen vídeo y un excelente equipo de sonido que incluía un compact disc con una selección de los temas de moda.

Puso *Los veinticinco mejores éxitos de los últimos veinticinco años* y comenzó a disfrutar de The Temptations, The Four Tops y Marvin Gaye. A eso se hubiese dedicado todo el viaje, si no fuera porque a Cybil se le había ocurrido compartir la fiesta, y comenzó a hacer comentarios sobre su día.

El Halcón parecía muy interesado. Se recostó en el asiento frente a ella con su imaculada chaqueta de seda blanca, su bronceado perfecto y sus dientes ultrablancos. No era un hombre apuesto, pero ciertamente sacaba el mejor provecho posible de su aspecto. Estaba casado con una mujer que vivía permanentemente en Buenos Aires, y que viajaba a Los Ángeles tan sólo una vez al año. Cada seis semanas, El Halcón tomaba un avión y la visitaba durante un fin de semana largo. Era un arreglo extraño, pero parecía funcionar, ya que estaban juntos desde hacía más de quince años. Esto no le impedía tener un harén de amigas, ninguna de las cuales pasaba de los veintidós años. Se decía que, en realidad, a él lo único que le interesaba era que lo viesen con ellas. Y que no ocurría nada más.

—Entonces —continuó Cybil, entusiasmada—. Jerry no se mete con nadie, excepto tal vez con Mick. Ella lo mira a los ojos y le dice: «Lo que te he dado no es nada comparado con lo que yo puedo darte».

El Halcón rió. Le divertía escuchar los chismes del mundo de las modelos. En cambio, francamente, Kris no deseaba escuchar esas cosas. Mirando su reloj, preguntó, irritado:

—¿Falta mucho?

—Cálmate —respondió El Halcón—. Relájate y disfruta. Es un hermoso día.

¿Cuándo no era un hermoso día en California?

Maldita sea, él no estaba contento con este acontecimiento y nada podría cambiar su estado de ánimo.

—¿Nombre? —ladró un guardia de aspecto poco amistoso cuando Maxwell Sicily bajó de la camioneta.

—George Smith.

El guardia se puso las gafas y buscó en una lista.

—Está bien —dijo finalmente—. Póngase esto. —Y le entregó un uniforme de

Lillianne con un número estampado.

—¿Nombre? —el guardia ahora se dirigía a Chloe.

—Yo soy la supervisora. No necesito un uniforme —se adelantó ella, arreglándose el cabello.

—Todos deben llevar uno —repuso el guardia—. De lo contrario, no irá a ninguna parte.

—¡Ah! —replicó ella—. ¿Y quién va a detenerme?

—Yo, señora. Son las reglas.

Maxwell aprovechó la oportunidad para alejarse de allí, y se reunió con un grupo de camareros que estaban recibiendo instrucciones acerca de los lugares a los que podían ir y a los que no.

—No se pueden utilizar cámaras de vídeo ni de fotos, y no pueden alejarse de la zona asignada.

—¿Y si queremos hacer pis? —preguntó uno de los camareros.

—Tendrán dónde hacerlo.

—¡Oh! ¿Y vendrá usted con nosotros, para sostenernos la... mano?

El guardia no pareció divertido.

Maxwell siguió al grupo hasta la parte trasera de una de las casas de la propiedad, donde, bajo una gran carpa, habían instalado una cocina. Los chefs estaban muy ocupados en la organización, mientras los camareros recibían instrucciones para ejecutar distintas tareas.

Él se puso en la fila y le indicaron que dispusiera la vajilla de plata. Llevando unas cajas, siguió a una mujer alta que iba dando órdenes mientras recorrían un estrecho corredor que los condujo hasta un enorme espacio al aire libre, donde había muchas mesas por decorar y un gran escenario que parecía pender sobre el acantilado.

Hacia el anochecer, cuando comenzaran a brillar las luces sobre el fondo del cielo despejado y se oyera el murmullo del mar, el efecto sería sensacional.

Era una pena tener que arruinar una velada así, reflexionó Maxwell, pero en realidad se lo merecían.

Todos ellos lo merecían.

El exceso de atención siempre hacía sentirse incómoda a Rafaella. Todo el mundo saltaba presuroso a cumplir cualquier orden suya. ¿Acaso no se daban cuenta de que ella era igual que los demás? ¿O suponían que las estrellas eran diferentes?

No hacía mucho tiempo que ella era una estrella. Quizá todavía no había aprendido. Tal vez debiera comportarse como una perra, ponerse histérica y gritar todo el tiempo, pero ése no era su estilo.

—¿Siempre te peinas y maquillas tú sola? —preguntó Trudie con curiosidad.

—Es más fácil si lo hago yo misma —respondió Rafaella, mientras la limusina tomaba rumbo hacia la carretera del océano Pacífico. Le hubiese gustado poder pedirles que se detuvieran. Ansiaba bajar y correr por la playa, o simplemente sentarse en la arena y mirar el mar.

Ya hacía varios meses que no podía hacer nada sin que la reconociesen. Era una terrible violación de su intimidad, y no le gustaba en absoluto; sin embargo, ella había buscado eso con desesperación. Había puesto gran dedicación para alcanzar la fama.

—Si yo tuviera la oportunidad de ser arreglada por profesionales, no dudaría ni un instante —dijo Trudie.

—Estoy seguro de que Rafaella sabe lo que quiere —replicó uno de los ejecutivos, lanzándole una mirada de advertencia. La regla número uno era: nunca critiques lo que hace una estrella.

—Es que me resulta molesto —explicó Rafaella—. No me gusta tener una mano extraña en mi cara.

—Con una cara como la tuya no lo necesitas —observó Trudie—. En la mía tendrían que poner toda una paleta para obtener algo.

Rafaella esbozó una sonrisa. En realidad, deseaba estar en otra parte.

Speed no tenía ninguna intención de meterse con la buscona mexicana de pantalones rojos ajustados y blusa escotada, pero lo provocaba de tal modo que hubiese tenido que estar muerto para resistírsele.

Ella pasó varias veces junto a la limusina estacionada, meneando su trasero y exhibiendo sus tetas, hasta que finalmente dijo:

—Hola, guapo. Hace demasiado calor para estar sentado en un coche.

Era verdad. Hacía calor. Él había encontrado un lugar tranquilo en el barrio residencial de San Vicente, donde nadie lo molestaba. Primero había comido su pollo y estudiado su revista Playboy.

Hacía calor, y cuando pasó Miss México con sus altos tacones de aguja, no había podido evitar fijarse en ella, y sin duda ella también había reparado en él. Bueno, él tenía esa magia con las mujeres. Una especie de magnetismo a lo Burt Reynolds, aunque no tuviese su aspecto. Tampoco era desagradable. Alguien lo había comparado con Roy Scheider.

No se drogaba. Bueno, en realidad, sólo algunas veces tomaba estimulantes o cocaína.

Le hubiera gustado un poco de cocaína, y algo de trasero mexicano en ese momento. La revista había puesto en marcha su motor, que ahora estaba recalentado.

Miró furtivamente su reloj y se dio cuenta de que aún tenía tiempo. Miss México se había situado cerca de la ventanilla, esperando alguna señal.

Speed sabía que era irresistible para las mujeres. También sabía que ésta era una prostituta, aunque lo ejerciera en esa respetable área y en mitad de la tarde.

—¿Cuánto? —preguntó, tratando de pensar si se decidiría o no.

—Depende de cuánto tiempo —dijo la mujer, tocándose sugestivamente uno de los pezones.

—La boca.

—¿Qué?

—Una mamada.

—¡Ah!

La mujer se lamió provocativamente un dedo y dijo:

—Veinte dólares.

—Olvídalo.

—Quince. —Y puso uno de sus pechos al alcance de la mano de Speed.

Speed lanzó un gruñido. Siempre le había gustado chupar los pechos grandes.

—Sube a la parte trasera —dijo mientras abría la puerta.

—No te decepcionaré.

Speed bajó del coche, y echó una mirada a la calle. Estaba desierta. Preparado para la fiesta, subió él también a la parte trasera.

—El dinero —pidió ella extendiendo la mano.

Él buscó en el bolsillo trasero y puso tres billetes de cinco dólares en esa mano ansiosa.

—Brigada del vicio —declaró ella, perdiendo de pronto el acento mexicano—. Estás bajo arresto, ricura.

La limusina que llevaba a Bobby Mondella llegó al puesto de control número uno de la vasta propiedad. Un guardia habló con el conductor y se asomó dentro.

—¿Qué sucede? —preguntó Bobby.

Esto era lo que más odiaba, tener que preguntar todo lo que sucedía.

Sara posó una mano tranquilizadora sobre su brazo.

—Es sólo un control de seguridad.

—¿Para qué?

—No lo sé. Supongo que en un evento como éste, deben tomar precauciones.

—Seguro —dijo Bobby—. Alguien puede intentar remontar hasta el cielo el trasero de Marcus Citroen y ya sería hora.

—¡Bobby! No hables así.

¿Qué sabía Sara? Nada. Ella no tenía ni idea de la clase de malvado que era Marcus Citroen.

El automóvil se desplazó suavemente por la pendiente de un camino privado que llevaba hacia Novaroen.

Bobby respiró hondo, y recordó a Nova Citroen: la mayor prostituta de todos los tiempos.

«Yo no soy una maldita criada», hubiese querido decir Vicky Fox al ama de llaves, que se creía una reencarnación de Joan Crawford. Por supuesto, no podía decírselo, ya que era una criada, o al menos representaba ese papel. Por eso dijo:

—Enseguida, señora Ivors. Tan pronto como acabe de pulir los baldes de hielo para la casa de huéspedes.

—La señora Citroen necesita que la atiendan ahora mismo —le espetó el ama de llaves, con sus labios escarlata y sus anchas cejas—. Esos baldes de hielo debieron lustrarlos hace días. No sé qué hacen ustedes con su tiempo.

Vicky no contestó. Gracias a Dios que ése sería el último día en que debería soportarla.

—Vaya ahora mismo a ver a la señora Citroen y cuando termine venga a verme a mí. No quiero que ande coqueteando con los guardias. Les da demasiadas confianzas. Tendremos que hablar sobre esta actitud si desea conservar el empleo.

Vicky hubiera querido decir: «Vete al diablo, vaca vieja. Te puedes meter por el culo este empleo», pero sonrió educadamente y dijo:

—Sí, señora Ivors. Estaré con usted tan pronto como Madame me lo permita.

¡Madame! ¡Qué detalle! Hasta hizo callar a la Ivors.

Vicky se dirigió a la suite principal, murmurando para sí. En unas horas todo habría concluido.

—Buenas tardes, señor Citroen.

—Que tenga buen día, señor Citroen.

Un montón de gente trabajando como hormigas. Guardias, jardineros, criados, personal de seguridad. Si hubiese sido por él, jamás se habría abierto el lugar para un acontecimiento como ése.

—No es nuestra casa —le recordó Nova burlonamente—. Sólo es una casa de fin de semana, y si yo quiero dar aquí una fiesta, se dará.

Algunas veces ella desafiaba su autoridad. No con demasiada frecuencia. Nova sabía perfectamente hasta dónde podía ir. Sólo hasta donde él se lo permitiese. Si fuese más lejos, él la castigaría.

Nadie tomaba los castigos del modo en que Nova lo hacía, nadie...

Para Marcus, eso hacía perfecta la relación.

Por un momento pensó en Rafaella. Tan joven... y con ese genio.

Hacía mucho tiempo que no debía esperar para tener a una mujer. Pero Rafaella valía la pena. De eso estaba seguro.

Nova Citroen echó una ojeada a la criada que entró después de llamar discretamente a la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó, irritada.

—La señora Ivors me ha dicho que usted necesitaba algo.

—Sí —interrumpió Nova groseramente—. Agáchate y busca mi anillo. Creo que ha rodado debajo de la cama.

«Encuéntrelo usted misma, puta idiota», pensó Vicky, mientras diligentemente buscaba bajo la cama de los señores Citroen. Encontró inmediatamente la sortija. Un enorme solitario de diamante. ¿Qué habría sucedido si hubiese dicho que no lo encontraba y lo hubiese deslizado en su bolsillo? Lo pensó, pero no podía arriesgarse, especialmente ese día.

—Aquí está, señora Citroen —dijo, recogéndolo.

Nova cogió la sortija y se la puso inmediatamente.

La criada la observaba, cosa que Nova detestaba. Ella era perfecta desde lejos, pero de cerca esa perfección solía quebrarse.

—Puedes irte —le espetó.

Estúpida criatura. Deja de mirarme. Estaba poniéndose demasiado delgada, por eso se le había caído el anillo. Cuando uno envejece, la esbeltez se torna escualidez, y cuando las sortijas comienzan a resbalar de los dedos, es hora de hacer algo.

—Gracias, señora Citroen —dijo Vicky esbozando una reverencia. Otro detalle.

Empezaba a disfrutar con eso.

Tan pronto como la muchacha se fue, Nova comenzó a pasearse de nuevo con agitación. Dio la vuelta a la magnífica sortija y pensó en su historia. Marcus se la había comprado. Era un pacto de sangre entre los dos y sólo ella conocía los motivos.

KRIS PHOENIX

1977

Era un rugido. Una cacofonía de sonidos entusiastas.

—¡KRIS! ¡KRIS! ¡KRIS!

—¡BUZZ! ¡BUZZ! ¡BUZZ!

Alguien le había contado que cuando terminaban de tocar no quedaba un viento seco, como ocurría cuando tocaban los Beatles.

Avanzaron todos juntos, los cuatro Wild Ones, y su gente: una maquilladora, una peluquera, el señor Terence, un par de guardaespaldas y Flower, siempre presente.

Buzz tomó unos tragos de whisky y se lo pasó a Kris, quien entregó la botella a Rasta y a Ollie.

—¡Queremos a los Wild Ones! —coreaba la gente—. ¡Queremos a los Wild Ones!

—Sí —murmuró Kris—. Los tendrán.

Mientras se aproximaban al escenario, Flower pasó un porro a Buzz. Él dio un par de caladas y automáticamente se lo entregó a Kris, quien hizo lo propio.

Terence fingió no ver.

Kris levantó entonces el cigarrillo, mostrándoselo a Rasta y Ollie.

—¿Alguien quiere?

—No —dijo Rasta—. Ya estoy bastante excitado.

—¡Vamos entonces! —gritó Kris, colocándose la guitarra—. Vamos a sacudirnos toda esta mierda.

—¡Vamos a matar! —chilló Buzz.

Y los cuatro saltaron frenéticamente sobre el escenario, mientras la multitud alcanzaba su clímax.

—¡TE AMAMOS, KRIS!

—¡BUZZ! ¡BUZZ! ¡BUZZ!

—¡KRIIIIS!

Había sido así desde el increíble relanzamiento de sus carreras. En dieciocho meses habían llegado a ser superestrellas en todos los medios, iniciando su camino hacia la fama y la gloria en el que nadie podía detenerlos.

Los Wild Ones, caldeados y listos para comenzar. Saxis, talentosos. Cuatro contendientes en las arenas del rock and roll.

Si bien Ollie y Rasta eran considerados atractivos y muy necesarios para el grupo, Kris y Buzz eran los que suscitaban el mayor entusiasmo.

Kris Phoenix. ¡Cómo lo amaban los adolescentes! Su aspecto irreverente los enloquecía, al igual que sus cabellos color ceniza, sus ojos azules y su cuerpo

delgado. Amaban especialmente ese cuerpo delgado.

Buzz atraía a las fans un poco mayores. El bronceado ya hacía tiempo que había desaparecido y volvía a lucir su palidez mortal. Con su pelo negro y rizado, su expresión esquiva y seria y sus piernas delgadas y largas, tenía un aspecto satánico que los padres temían y despreciaban. Por eso las adolescentes lo adoraban.

Kris Phoenix y Buzz Drake, dos nuevos héroes ingleses de los años setenta, un triunfo sobre la música punk, que tenía a sus estrellas como los Sex Pistols, los Jam y los Dammes.

Los Wild Ones no tenían en absoluto influencia punk. Los cuatro odiaban la música sin melodía ni sentido de los punk. Ellos estaban influidos por una combinación de Bubby Holly, Chuck Berry, Sam Cooke y Otis Redding, con algunas tendencias de los Rolling Stones, melodías de los Beatles, la voz de Joe Cocker y la genialidad guitarrística de Eric Clapton. Lo que de allí surgía era un sonido muy particular, pues sólo ejecutaban sus propias composiciones.

En dieciocho meses habían llegado a la cima, lo que algunos catalogaban como un suceso vertiginoso.

—¡Una mierda vertiginoso! —decía Buzz—. ¿Y qué hay de todos esos malditos años en que nadie se fijó en nosotros? ¿Qué hay de nuestras giras por toda Inglaterra en la maldita furgoneta?

Era cierto, pero ahora eran estrellas en Inglaterra. Aún no habían irrumpido en Norteamérica. No lo habían intentado.

¡Flash! Los fotógrafos captaron ese primer momento de locura, cuando tuvieron el primer éxito discográfico «*Dirty Miss Mary*». Kris había escrito la letra para acompañar la música de Buzz. La melodía recordaba de algún modo a «*Eleanor Rigby*» de los Beatles.

Kris y Buzz la cantaban juntos, compartiendo el micrófono central, sacando máximo provecho a la ironía de la canción.

Kris sintió cómo lo inundaba la adrenalina, lo ponía cada vez más tenso y agudo y lo dejaba listo para cualquier cosa. ¡Dios! No había nada como actuar para un público apreciativo de fans.

Sin embargo, casi nunca sucedía. Buzz no quería dejar Ibiza, donde estaba todo el día drogado, rodeado de chicas desnudas que satisfacían todos sus deseos. Le había costado mucho persuadirlo. Habían llegado a pelearse y Kris lo había insultado de todos los modos posibles. Bueno... alguien tenía que cargar con su frustración. Una vez que envió a Willow y al bebé de regreso a Inglaterra, se desquitó con Buzz. Pelearon durante cinco largas semanas, hasta que finalmente Buzz se rindió.

—¡Maldita sea! —dijo—. Ya veo que no tendré paz hasta que no lo haga.

—Así es —respondió Kris.

Desde que Willow se había ido, Kris se había acostado con la sueca Inga, con

Chick y Chickie y con una variedad de mujeres. También había participado en su primera orgía, que no lo entusiasmó en absoluto.

—Mucha mezcla —dijo a Flower cuando le invitó a otra.

—¡No seas tonto! —insistió ella—. Es divertido.

Su idea de la diversión no era precisamente andar revolcándose por el suelo con un grupo de personas sudorosas, posiblemente portadoras de enfermedades extrañas. Buzz y Flower participaban en fiestas así al menos dos veces por semana. Kris no podía entender por qué.

El haber sorprendido a Willow con el alemán Klaus realmente lo había deprimido. No recordaba haber sentido nunca tanta furia. La sacó a empujones de la habitación, la abofeteó y la obligó a hacer las maletas. Compró un pasaje para Londres en el primer vuelo, los llevó al aeropuerto y los envió de regreso a Inglaterra.

—Por favor, ven tú también —le pedía Willow, llorando.

—Iré cuando me apetezca —respondió él, insensible.

—Lo siento.

¿Sentía haberlo hecho o sentía que él lo hubiese descubierto? Él no lo sabía ni le importaba. Se sentía traicionado, pero no podía permitir que eso le arruinase la vida.

El hecho de esforzarse para que Buzz volviera a la cordura y de acostarse con otras mujeres hizo que su ego se restableciese y cuando por fin regresó a Londres, había decidido perdonar a Willow por el bien del bebé. Después de todo, ahora estaban en paz.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Ella se había largado. Había ido a reunirse con su papá y su mamá en Esther, llevándose con ella a Bo. Lo esperaban los papeles del divorcio.

No perdió tiempo en lamentaciones, pero se aseguró a través de un abogado de que podría ver al niño con frecuencia.

De allí en adelante se dedicó de lleno al trabajo. Una vez que ensayaron el nuevo material, salieron de gira para ponerlo a prueba. La vieja y conocida furgoneta los llevó hacia el norte.

—¡Maldita sea! —se quejaba Buzz—. ¿Para esto he regresado?

La reacción del público fue maravillosa. Cuando llegaron a Escocia, Terence fue a escuchar el concierto. Le gustó tanto lo que vio que telefoneó a un conocido agente para que volase a verlos al día siguiente.

Una semana después, habían firmado un contrato para cantar en una gira de dos semanas que darían Del Delgado y los Nightmares, el gran conjunto norteamericano. Noche tras noche se llevaron los aplausos, hasta que al cabo de una semana los despidieron. A Kris no le importó nada. Del Delgado era un insecto. Además un ejecutivo de Force Records los había escuchado y firmado con ellos un contrato para grabar un álbum que sólo contendría material original. El poder del pensamiento

positivo obviamente funcionaba. Kris sabía instintivamente que esta vez las cosas saldrían bien.

Forcé Records les dio un gran empujón cuando grabaron el primer single correspondiente al álbum. Hubo entrevistas, sesiones de fotos, presentaciones promocionales y programas en la radio. Cuando «*Dirty Miss Mary*» comenzó a escalar posiciones, fueron invitados al show televisivo más codiciado. «*Dirty Miss Mary*» había trepado al primer puesto. ¡Los Wild Ones eran un éxito!

Kris a menudo recordaba el rostro de su madre cuando él le contó lo que estaba sucediendo. Se puso pálida y le preguntó:

—¿Número uno quiere decir que habéis vendido más que nadie?

—Sí.

—¿Más que Johnnie Ray?

—Mamá, Johnnie Ray pasó hace mucho tiempo.

—Estoy orgullosa de ti. Todos lo estamos.

Y todos lo estaban en realidad. Excepto Brian, que todavía lo trataba como al hermanito de las narices sucias.

—Será mejor que ahorres ese dinero —decía ácido—. No durará.

Duró lo suficiente como para grabar otros dos singles de gran éxito y un nuevo álbum. Ahora estaban en la última etapa de la gira por Europa. Londres era el siguiente destino. Después de eso, Kris pensaba planear con el grupo el modo de conquistar América.

América era el mundo.

Y él lo quería.

RAFAELLA

1977

Su madre decidió que debía terminar sus estudios. Lo mejor era Suiza. Finalmente escogió *L'Evier*, un exclusivo y carísimo colegio femenino situado en el campo.

—¿Para qué terminar el colegio? —protestó Rafaella—. Tengo casi diecisiete. Soy demasiado mayor para ir al colegio.

—Es sólo un año. Y luego te enviaremos a una buena universidad en Estados Unidos. Esto te gustaría, ¿verdad?

—Sí. Si logro sobrevivir a un año en Suiza.

Tocándole suavemente la mejilla, la madre sonrió.

—Sobrevivirás, querida. Eres como tu padre.

A Rafaella le gustaba que su madre le hablase de su padre. Atesoraba cada mención que se hacía de él. Ella era muy pequeña cuando él murió y, sin embargo, sus recuerdos eran muy vívidos.

A menudo pensaba en lo diferente que habría sido la vida con él. No hubiesen ido a Inglaterra. No hubieran vivido en un castillo en el campo. Ella no tendría un padrastro, ni tampoco tendría a Rupert.

Ah... Rupert. Él era verdaderamente el hermano que ella nunca había tenido y lo quería mucho. En ese momento él estaba recorriendo Norteamérica con una mochila y la hija de un conde. Todos esperaban que se casaran. Todos menos ella. Ella en el fondo esperaba que se casara con Odile.

L'Evier resultó ser una estricta prisión, donde las luces se apagaban a las diez. Rafaella tomaba clases de literatura inglesa y de idiomas —italiano y español—, cocina, canto, urbanidad e historia del arte.

Odiaba todo eso. ¿Para qué clase de vida la estaban preparando? Ella no deseaba casarse con un noble rico y vivir en medio del lujo, dedicándose a las obras de caridad.

Cuando hablaba con Odile, que estaba en París, se quejaba amargamente.

—Esto es espantoso.

—Vete —decía Odile simplemente—. Mi escuela de dibujo es sensacional. Pregúntale a tu madre si puedes venir aquí conmigo. No aprendes mucho, pero los hombres son fantásticos.

—Nunca me lo permitirá. Sobre todo después de que cometí el error de contarle lo de aquel exhibicionista de Nueva York que conocí en el sur de Francia.

—¡Ese viejo estúpido de Marcus Citroen! Se lo hace a todo el mundo, incluidas las criadas. No debiste contárselo a tu madre.

—Ya lo sé. Ahora ella piensa que todos vosotros sois una banda de pervertidos.

—¡Qué locura! Tal vez pueda convencer a mi madre de que la llame por teléfono y pida por tu libertad.

—¿Lo harías?

—¿Por qué no?

Isabella Ronet y Lady Anna Egerton tuvieron una larga conversación. El resultado fue que Rafaella permaneció en Suiza. Ambas mujeres estaban convencidas de que las muchachas, aunque siempre habían sido las mejores amigas, no eran la mejor influencia la una para la otra.

Rafaella siguió en el *L'Evier*, odiando ese colegio cada vez más. De lo único que disfrutaba era de las clases de música, y los coros. Tenía una voz potente y profunda, talento que obviamente había heredado de su padre.

Algunas de sus compañeras eran unas *snoobs* intolerables y la marginaban a causa de su piel oscura.

—¿Te has untado con betún, querida? —le preguntó un día Fenella Stephenson, una de las líderes de la discriminación cuando salían de las duchas.

—¿Qué? —respondió Rafaella mientras se envolvía en una toalla.

—Creía que había reglas que no permitían la entrada a los negros.

Rafaella sintió que se le agolpaba la sangre en las mejillas. Fenella era muy desagradable.

—¡Qué gracioso! —dijo—. Yo estaba convencida de que no admitían a las gordas.

La pelea que siguió hubiese encantado a cualquier *voyeur* de adolescentes. Se abalanzaron la una sobre la otra, mientras sus toallas caían y ellas rodaban por el frío suelo de piedra.

—¡Putas negras! —gritó Fenella.

—¡Gorda de manteca! —replicó Rafaella mientras se empujaban, se golpeaban y se tiraban de los cabellos.

Una multitud de muchachas enardecidas contemplaba la escena, incitándolas con sus comentarios malévolos. Nada mejor que una buena pelea para romper la monotonía.

—¿Qué es esto? —rugió la voz de la directora, mientras se acercaba a la escena del crimen.

—Disculpe, señora —dijo Rafaella, con un ojo amoratado y un labio partido, mientras alcanzaba su toalla—. He resbalado y Fenella me estaba ayudando a levantarme.

—¿Es verdad eso, Fenella? —preguntó la directora, que no creía una palabra.

—Sí, señora —respondió Fenella, mientras trataba de taparse, obviamente aliviada por la discreción de Rafaella.

—¡Dios! —dijo Rafaella, abriendo los ojos en un gesto de inocencia—. Van a

tener que hacer algo con estas baldosas resbaladizas. ¿No sería terrible si uno de estos días alguien demandase al colegio?

La directora la miró, frunciendo los labios. Desde un comienzo, Rafaella no le había gustado. Le recordaba a otra chica, llamada Lucky Saint o Santangelo, que había pasado por el colegio unos años antes. Era la hija de un gánster y había causado problemas desde el principio. Por causa de ella habían tenido que colocar cerraduras adicionales en las ventanas para evitar las escapadas nocturnas.

Sí. Rafaella tenía las mismas características. Seguramente terminarían expulsándola igual que a Lucky, pese a que su padrastro era Lord Egerton.

Sin embargo, Rafaella terminó el curso con buenas calificaciones en literatura y fue el orgullo de la profesora de música. Además, ella y Fenella se hicieron buenas amigas.

Rafaella le organizó una dieta con muy buenos resultados. Pese a que el comienzo de las relaciones había sido tan accidentado, descubrieron que tenían amigos en común y que ambas vivían en lugares cercanos. Acabaron por llevarse muy bien, aunque nadie podía reemplazar a Odile ni ocupar el lugar de su mejor amiga.

Cuando llegaron las vacaciones, Fenella la invitó a pasar una temporada en la propiedad de sus padres en Oxfordshire. Su padre era un poderoso terrateniente y su madre una bola de grasa de la alta sociedad. Rafaella tuvo que controlar la risa cuando los vio, ya que la mujer iba vestida con más puntillas volantes que una reina antigua.

El sábado por la noche, Lady Stephenson dio una fiesta de disfraces para sus quinientos amigos más íntimos.

—Mamá organiza esto dos veces al año —explicó Fenella—. Dice que puede ver a todos desde una perspectiva diferente cuando llevan disfraces.

Rafaella se vistió como un gánster de Chicago, utilizando para ello un traje del hermano de Fenella, varias tallas más grande para ella, una camisa negra, una corbata blanca y un sombrero beige, bajo el cual ocultó sus largos cabellos. Sin maquillaje, parecía un apuesto jovencito.

Cuando Eddie Mafair apareció, llevando un traje de pirata, ella suspiró profundamente. Se dio cuenta de que nunca la reconocería vestida así.

Por el contrario, bastó una mirada para que él estuviese a su lado.

—¡Qué aburridas son estas cosas! —murmuró Eddie—. ¿Qué te parece si tú y yo nos vamos temprano?

—Sí —dijo ella rápidamente, sin poder creer su buena suerte.

Echando una mirada a su alrededor, él le dijo:

—Encontrémonos aquí dentro de una hora. Creo que debo mostrarme sociable. ¡Qué manera tan aburrida de pasar una velada!

Era un modo un tanto críptico de encontrarse, en lugar de haberle dicho: «¡Qué

alegría verte de nuevo! O ¿Qué tal te ha ido?».

Ella pasó la hora siguiente con gran ansiedad, controlando su reloj cada diez minutos. Le pareció una eternidad. A la hora establecida, ella estaba lista y esperando.

Eddie apareció veinte minutos más tarde, sin dar ninguna disculpa. La cogió del brazo y la llevó afuera, hasta un coche deportivo aparcado cerca de la entrada. Subió por el lado del conductor, y ni siquiera le abrió la puerta. Ella la abrió por sí misma y subió, preguntándose si le contaría esta aventura a Fenella. ¿Se preocuparían cuando no pudieran encontrarla al final de la fiesta?

Bueno, sería mejor no hacer caso de estas cosas. Hacía tres años que esperaba encontrarse con Eddie Mafair y no estropearía ese momento por nada del mundo.

Cogiendo con una mano el encendedor y con la otra un cigarrillo, él preguntó:

—¿Eton o Harrow?

—¿Cómo?

—¿A qué colegio vas?

—¡Oh! A *L'Evier*, en Suiza.

Deteniendo abruptamente el automóvil, preguntó sorprendido:

—¿No es ese un colegio de chicas?

—Por supuesto —dijo ella, quitándose el sombrero y dejando caer sus largos cabellos.

—¡Dios mío!

—¿Qué pasa?

—Nada, nada —dijo él, aspirando una bocanada de su cigarrillo.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —preguntó ella, suspicaz.

—Claro que sí.

—Rafaella —le recordó ella.

—Ya lo sé.

Eddie Mafair era extraño. Lo mejor sería llegar pronto al juego predilecto de ella, así lo tendría en su poder.

Dos horas más tarde yacían desnudos entre sábanas embrolladas en la casa de Eddie en Chelsea.

Habían tardado una hora en llegar hasta allí, conduciendo a velocidad suicida. Un vaso de vodka y Billy Joel en el estéreo repitiendo «*Just the way you are*». Enseguida el sexo. Sin besos, sin caricias. Directamente a la cuestión.

Aunque era muy inexperta, Rafaella rápidamente se dio cuenta de que algo andaba mal, cuando él sacó su pene flácido.

Lejos de darse por vencida, ella comprendió que debía ayudarlo, e instintivamente dijo lo que él necesitaba escuchar:

—Soy virgen, nunca he estado en la cama con un hombre.

En realidad, lo de la virginidad era cierto; ella nunca había estado en la cama con

un hombre. Sí en la playa. Sí en el bosque. Y en muchos otros lugares. Pero nunca en la cama.

—Eres tan masculino —suspiró ella—. Me encanta estar contigo.

Y eso surtió efecto. Eddie Mafair desempeñó su papel como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Y Rafaella dejó de lado su idea de mantenerse virgen para un marido. Sólo podía pensar en Eddie. Lo amaba. Así de simple.

BOBBY MONDELLA

1977

—Negro —dijo Nova Citroen—. De seda.

El sastre asintió.

—Y blanco. Todo blanco, muy ceñido.

—Comprendo.

—Una docena de camisas y una docena de pantalones. Nada de colores.

—Sí, señora Citroen.

—¡Ah! Y él carga a la derecha.

—Sí, señora Citroen.

Le indicó la salida con un gesto despectivo de la muñeca.

Cuando el sastre se fue, ella comenzó a pasearse por la sala de su ático que dominaba todo el camino hasta Catalina. Cogió un cigarrillo pero no lo encendió. Simplemente lo mantuvo entre sus dedos bien manicurados.

Hoy era el día.

Ya había esperado bastante.

Bobby, sudoroso, pedía clemencia.

—Ya es suficiente —rogaba.

—Más flexiones —insistía su instructor particular—. Esos brazos las necesitan.

—Ya basta —dijo Bobby, dejando las pesas y recostándose sobre su espalda.

—Mañana —dijo el instructor, un hombre bajo, con músculos formidables.

—Estoy impaciente.

«De modo, pensó Bobby, que ser el número uno es así». ¡Diablos!, él se divertía más cuando era un gordito encargado de los servicios.

En este momento la vida consistía en trabajar. Su agenda diaria incluía clases de baile, prácticas vocales y ejercicios para mantener el cuerpo en forma. Además estaban las sesiones de fotografía para publicidad, las entrevistas con peluqueros y nutricionistas y las horas de footing.

Además, estaba Nova.

Nova Citroen.

¡Qué mujer más increíble!

Cerrando los ojos, pensaba en el último año.

Había estrechado la mano del demonio y el mundo había cambiado al instante.

América no se sintió complacida en absoluto cuando supo que Bobby se iría. Se mostró ofendida y herida, pero, más que nada, le resultaba increíble.

—¿Cómo puedes hacerte esto a ti mismo? —preguntó, con el labio inferior temblando de emoción—. ¿No te sientes orgulloso de ser negro? Marcus Citroen es un criminal. Se apoderará de ti, te explotará y luego te dejará de lado.

—De ninguna manera.

—¿Qué te hace pensar que eres diferente de los demás? —dijo ella, con voz insegura—. ¿Y cómo puedes hacerme esto a mí?

—Blue Cadillac está dispuesta a pagarte una buena compensación.

—Será mejor que lo hagan —dijo ella, con un relámpago de furia.

Él no sabía ya qué decir. No podía explicarle lo de Sharleen.

—Supongo que debe de tener algo que ver con esa tramposa —dijo América fríamente, como si leyera su mente.

—Vamos —replicó Bobby, saltando en su defensa—. No insultes a Sharleen sólo porque estés furiosa conmigo.

—Mira, Bobby, ¿Por qué no admites que ella tiene tus pelotas en el bolsillo y hace lo que quiere contigo?

Él había querido tener la gentileza de comunicárselo personalmente, ahora podía irse con la conciencia tranquila.

Sharleen saltó de alegría cuando supo la noticia.

—¡Oh, Bobby! Eres maravilloso. ¡Eres el mejor! —Lo abrazó muy fuerte—. Además, también será bueno para ti. Si Marcus dice que te hará el número uno, lo hará.

—Sólo quiero estar seguro de que tú estarás bien —le dijo él muy preocupado.

Entonces, besando su mejilla, ella murmuró:

—He aprendido mi lección y no cometeré el mismo error. ¿Tendré de nuevo mi apartamento?

—¿Qué importa eso? Es mejor que te quedes aquí, donde yo pueda ayudarte.

—Tienes razón.

A la semana siguiente explotó la bomba. Blue Cadillac quería que él se trasladase a Los Ángeles, donde recibiría un intenso entrenamiento con vistas al estrellato.

Bobby irrumpió en la oficina de Marcus Citroen.

—¿Qué es toda esta mierda? No quiero viajar a Los Ángeles.

—Es una manera de asegurarnos.

—¿Asegurarnos de qué?

—Asegurarnos ambos —dijo Marcus—. Al igual que los boxeadores

profesionales, debes recibir un entrenamiento para estar en la mejor forma. En septiembre del año próximo te presentaremos en público en un concierto en Hollywood. Serán tres días de funciones y se televisará. Todo lo que tienes que hacer es prepararte.

Marcus Citroen parecía tener todo preparado. Quería que Bobby desapareciera y que luego volviese a aparecer como un meteoro en ascenso.

—Esa misma semana saldrá tu álbum. Contendrá un sencillo que ya habrá sido un éxito.

—¿Qué álbum? —preguntó Bobby, perplejo.

—El que vas a escribir y grabar en Los Ángeles. Tienes un año para hacerlo. Y un magnífico ático en Century City esperándote.

—¿Y qué hay de Sharleen?

—Ella se queda aquí.

—¿Por qué?

—Porque quiere hacerlo.

—¿Y si no quiere?

—Nadie va a impedirle que haga lo que quiera.

—¿Es decir, que si yo la convengo de que venga conmigo, no te opondrás?

—En absoluto.

La opción era de Sharleen. Ella había grabado un nuevo sencillo, iba a hacer un vídeo y tenía cien entrevistas en puertas. Estaba nuevamente encarrilada y se sentía feliz.

—Ten cuidado —le advertía Bobby—. Mantente alejada de Marcus Citroen.

—¿Crees tú que yo sería capaz de volverme a involucrar con él en algo personal? —preguntaba ella, indignada—. ¿Estás loco? ¿Después de lo que ha pasado? —Y añadía—. Ahora, Bobby, quiero que dejes de preocuparte por mí. Piensa en ti mismo, ¿me lo prometes?

No tenía sentido discutir. Bobby sabía que lo mejor para él era alejarse de ella. Sharleen se estaba transformando en una obsesión y ahora que él la había ayudado a encarrilar su vida, debían poner una distancia entre sus vidas. Sólo después podrían mirar la relación entre ellos desde una perspectiva adecuada.

Los Ángeles resultó una revelación. Las calles amplias y limpias. El sol brillante y las palmeras. La gente era amigable y existía un ambiente relajado en comparación con la vida agitada de Nueva York.

Cuando entró en el apartamento que Blue Cadillac había alquilado para él, no podía creer que ésa sería su casa. Después de todo, aún no había hecho nada para merecerlo, pero ya lo haría. Pagaría la confianza que habían depositado en él.

Los meses que pasó grabando el álbum con uno de los mejores productores y excelentes músicos, en un estudio de primera categoría, fueron los más emocionantes

de su vida. A diferencia de todo lo que sucedía en Nueva York, no tenía que estar todo el tiempo mirando el reloj a causa de lo caro que resultaba el tiempo en el estudio. Aquí la atmósfera era tranquila y relajada, con personas que, o bien eran tranquilas por naturaleza, o bien recurrían a una tranquilidad farmacéutica. Normalmente Bobby no estaba de acuerdo con el consumo de drogas, pero, cuando debían grabar hasta muy tarde, entendía que podía ser necesario algún estimulante.

El material que él había preparado para el álbum resultó muy bueno; tanto las canciones como los arreglos funcionaron a la perfección.

En Nueva York, Marcus decidió combinar los talentos de Bobby y de Sharleen en un dúo. Bobby escribió «*Baby, I Care About You*» y Sharleen voló hacia Los Ángeles para grabarlo con él.

Ella estaba imponente. El éxito le daba un brillo especial. La acompañaba un guardaespaldas que no se apartaba de ella ni un minuto.

—¿Lograré verte a solas? —bromeó Bobby.

—¿Para qué, querido? —contestó ella imitando el fuerte acento sureño—. Eres tan grande y malo y apuesto que no me conviene quedarme a solas contigo.

Ella se quedó tres días y su interpretación fue extraordinaria. No tenía una gran voz, pero compensaba esa falta con un gran estilo. Luego voló nuevamente a Nueva York.

Fue entonces cuando Bobby conoció a Nova Citroen, un tipo de mujer que nunca antes había conocido.

Nova viajaba en un Rolls Royce con chófer, usaba ropa de los diseñadores más exclusivos, joyas auténticas y olía a perfume caro. Bobby estaba fascinado.

Ella fue a su apartamento una tarde, sin anunciarse, con un ejecutivo de Blue Cadillac que ejecutaba con presteza todas sus órdenes.

—Soy la señora Citroen —dijo ella con un ligero acento extranjero—. Espero que esté cómodo en este apartamento. Lo elegí entre muchos. Hubiese querido visitarlo antes, pero acabo de regresar de Europa.

—¿Usted buscó este apartamento para mí? —preguntó él, sorprendido.

Ella sonrió suavemente.

—El apartamento, el entrenador, la nutricionista, todo. Espero que esté haciendo un buen trabajo. Sí... —dijo entrecerrando sus asombrosos ojos color violeta—. Veo que están haciendo un trabajo excelente, señor Mondella, ¿o puedo llamarte Bobby?

Pese a sus nueve años de obsesión con Sharleen, él no era precisamente un inexperto en lo que a mujeres se refería. Ellas lo buscaban permanentemente y él sabía cómo manejar estas situaciones.

Esta vez era diferente. Se trataba de una dama. Además era la esposa de Marcus Citroen y, por lo tanto, intocable. Pese a ello, la encontraba tremendamente atractiva.

—Por favor, hágalo —respondió él, mirándola a los ojos.

—Gracias —dijo ella, divertida.

El ejecutivo de Blue Cadillac intervino entonces.

—La señora Citroen estaba ansiosa por conocerlo. A todos en Nueva York nos gustó mucho el material de su álbum. ¿Está terminándolo ya?

—Todavía falta.

—Entonces quizá pueda ir al estudio —dijo Nova—. Siempre me ha gustado contemplar el trabajo creativo.

Él disfrutaba mirándola, con el cabello rubio tirante y la figura delgada. Nova Citroen era una mujer de mucha categoría.

—El trabajo en el estudio es un poco pesado —dijo Bobby.

—¿De verdad? —preguntó ella mirándole fijamente—. Bueno, si se pone demasiado pesado tendré que irme, ¿no es cierto?

Ella fue al estudio las dos noches siguientes, cada vez con un acompañante diferente. Se quedó quince minutos observándole a través del vidrio, y se fue antes de que él se tomase un descanso.

Eso le resultó molesto. Hubiese querido hablar con ella, saber algo más acerca de la misteriosa señora Citroen. Era realmente misteriosa, nadie sabía nada acerca de ella, excepto que se movía en círculos sociales muy altos y que llevaba muchos años casada con Marcus Citroen.

Pero a partir de ese momento ella desapareció, para reaparecer sólo seis semanas antes de su presentación en Hollywood. Para entonces el dúo con Sharleen era el número uno entre los souls y seguía ascendiendo en las listas de ventas. Todo iba tal como estaba previsto.

Él no podía evitar estar transpirando de los nervios, pese a que nunca había cantado mejor ni había tenido mejor aspecto. El concierto de Hollywood era decisivo. Sabía que podía manejarse bien en una grabación, pero una actuación en directo era algo completamente distinto.

Nadie podía decir que no estuviese preparado. Estaba bien entrenado y listo para la actuación.

Una mañana Nova se presentó en su apartamento, de nuevo sin anunciarse, pero esta vez sola. Llevaba un traje de seda blanco, una blusa verde y accesorios de cuero de cocodrilo.

—¿Qué ropa piensas ponerte? —preguntó.

—¿Cuándo?

—En el concierto.

—¡Ah! El sastre ha seleccionado una serie de trajes de cuero para mí.

—¿Cuero? —preguntó ella enarcando una ceja.

—Es sexy —rió Bobby—, o al menos eso dicen.

—Es caluroso.

—Es lo que voy a llevar —respondió él.

—No lo creo —replicó ella con una leve sonrisa.

Bobby se sentó. Los ejercicios eran duros, pero la recompensa valía la pena. Había trabajado mucho todo el año pero había logrado muchas cosas. Ahora mismo, el sastre personal de Nova le estaba tomando medidas.

Él iba a ponerse lo que ella quisiera. Instintivamente sabía que la elección que ella hiciese sería la adecuada.

El sastre entró en el gimnasio con una cinta métrica en la mano y expresión decidida.

—La señora Citroen sabe exactamente lo que usted quiere —dijo desenrollando la cinta métrica.

—Sí —respondió Bobby—. Ella sabe perfectamente lo que ella quiere.

KRIS PHOENIX

1977

El oscuro camerino estaba lleno de gente alrededor de una mesa llena de latas de cerveza. Bollos de papel, platos y bandejas de sándwiches. No era precisamente un lujo, pero los Wild Ones acababan de terminar su primera gira y todavía no sabían pedir lo que les correspondía.

Buzz tenía su propia botella de whisky, regalo de una admiradora y estaba en un rincón bebiendo sin parar.

—Va a emborracharse —advirtió Terence.

—De ningún modo —aseguró Kris—. Eso mejorará su voz.

Terence levantó una ceja en un gesto de descreimiento.

—Vaya a hablar con aquella chica. Es del Evening News. Diga algo ingenioso —indicó mientras se secaba la frente con un pañuelo.

—¡Mierda! —murmuró Kris, que odiaba los encuentros sociales antes de los conciertos.

¿Por qué debía atender a los reporteros y otras personas, cuando lo único que él deseaba era concentrarse en la actuación que lo esperaba? Había tratado de explicárselo a Terence en muchas ocasiones, pero él insistía en que la Prensa era demasiado importante como para negarle la entrada. Ahora bien, ¿por qué todos esperaban que fuese él y no cualquier otro de la banda quien se hiciese cargo de estas cuestiones?

—¡Kris! —La reportera de Evening News tenía el cabello lacio, dientes de conejo y un acento propio de las clases altas—. Cuéntame, ¿cómo se siente alguien siendo el número uno?

—Maravilloso —respondió él.

—¡Bien! —dijo la chica mientras apuntaba algo en su libreta—. Y dime, cuando los críticos no aprecian tu música, ¿eso te molesta mucho?

—Que yo sepa, nunca hemos tenido malas críticas —replicó él mientras comía patatas fritas.

—Hay una reseña sobre un concierto de Manchester en el último número de N.M.E. Déjame ver... —Inclinó la cabeza hacia un lado, chupó el extremo de su lápiz y dijo—: Dice algo así como que Kris Phoenix suena como una mezcla de afonía y de alarma contra las tormentas.

—¡Encantador!

La chica, apuntándole con sus dientes de conejo, preguntó:

—¿Algún otro comentario?

—Sí. ¡Que se vayan al diablo! No son los malditos críticos los que compran

nuestros discos.

—¡Bien! —respondió la reportera—. Me gusta su actitud.

Kris se alejó, buscando a su madre y al resto de la familia. Se suponía que todos estaban allí aquella noche, incluido su querido hermano Brian. Él había dado entradas para todos a su madre, y le había dicho por dónde tenían que ir exactamente, pero todavía no había podido localizarlos.

Rasta se acercó corriendo.

—¿Ves esas dos chicas que están ahí? —dijo, mientras señalaba a dos muchachas que estaban en uno de los extremos del público—. ¿Qué te parece si una de ellas es para mí y la otra para ti? Voy a quedar con ellas ahora mismo. Si Buzz las ve, estamos perdidos.

Kris las observó. Eran dos chicas muy atractivas, pero extremadamente jóvenes.

—Criaturas —dijo despectivamente.

—¡No fastidies! —protestó Rasta—. Apuesto a que tienen por lo menos dieciséis; con eso es suficiente.

—A mí me gustan de más de veinte e inteligentes —dijo con firmeza.

No quería otra Willow en su vida. Durante el último año, se había acostado con varias chicas, apartándose cuidadosamente de las adolescentes o de cualquier chica que pudiese no saber exactamente lo que estaba haciendo. Siempre preguntaba desde un principio.

—¿Te cuidas tú o me cuido yo?

Esto hacía que las cosas fuesen bien en más de un sentido.

En cuanto a Willow, se estaba comportando como una verdadera perra. Cuando él no era nadie, ella no tuvo inconveniente en acordar un rápido divorcio, pero tan pronto como él comenzó a tener éxito, ella estuvo allí con su astuto abogado y una maleta llena de demandas. ¡Putas! ¿Qué había hecho ella para merecer el dinero que él había ganado con tanto esfuerzo? A él no le molestaba tener que mantener a Bo, pero las pretensiones de Willow eran ridículas. Además, él no estaba ganando una fortuna. Todo lo que ganaba, excepto por los derechos de autor, tenía que dividirlo entre cuatro, y eso después de que Terence sacara su treinta y cinco por ciento. Además tenía muchos gastos: los viajes, el transporte, el sonido, la iluminación, la publicidad, la ropa, los guardaespaldas, la secretaria, etcétera, y finalmente los terribles impuestos.

En realidad, andaba casi tan escaso de dinero como siempre.

Cada día estaba más persuadido de que si realmente quería ir a lo grande, Norteamérica era el lugar adecuado.

Esa noche el señor Terence había prometido que entre el público habría varios peces gordos de las compañías discográficas norteamericanas.

«Bueno, vamos a demostrarles lo que somos capaces de hacer —había decidido

Kris—. Les demostraremos lo que es el verdadero rock and roll».

—¡Christopher! —gritó una gorda con un vestido de color lavanda—. ¡Tu música me pierde!

—¡Kris! —corrigió él, alejándose del contacto demasiado estrecho de la mujer.

—¡Ah! Pero ese es el diminutivo de Christopher, ¿verdad?

¿Quién diablos era ese viejo pajarraco?

—No —respondió él, buscando a su alrededor alguien que lo rescatase.

—Vamos a tener una pequeña fiesta en el Annabel más tarde. Será muy divertido, ¿quieres venir?

El Annabel. Él había oído hablar de ese sitio. Era el club más selecto de Londres, adonde iban a parar los personajes más encumbrados, incluida la realeza.

El Annabel hubiese estado bien, pero no en compañía de ese pajarraco.

—No puede ser, querida —dijo, tratando de parecer apenado—. Tengo que salir con mi madre.

—¡Qué pena! —exclamó la mujer—. Fenella se muere por conocerte.

—Bueno, pues Fenella tendrá que esperar.

Se alejó de allí, y se encontró con Terence, con el rostro enrojecido.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó ansioso.

—¿Quién?

—Lady Stephenson.

—¿Es ésa?

—¿Y bien?

—Quería que fuese con ella al Annabel.

—¿Sólo tú?

Terence lanzó una risita ansiosa. Los Wild Ones estaban obteniendo un éxito tan rápido y tan concluyente que él no sabía qué hacer. Temía no poder manejar las cosas. Todo sucedía demasiado rápido. Él ni siquiera les había comunicado la mitad de las ofertas que había recibido. Norteamérica los reclamaba, pero conociendo el entusiasmo y la ambición de Kris, él no les había dicho nada, porque temía que se fueran a Estados Unidos para no volver jamás. Si los astutos abogados norteamericanos intervenían, el contrato no le protegería realmente.

Terence estaba muy agitado. Echar un vistazo a Buzz, que bebía tranquilamente de su botella en un rincón, lo tranquilizó. A Buzz no le gustaría Norteamérica y todo lo que ese lugar implicase. En realidad, él estaba haciéndole un favor a Buzz al guardar para sí las ofertas realmente lucrativas.

—Vamos —dijo Ollie arrastrando por un brazo a Kris—. No es bueno todo este circo antes de una actuación. Deberíamos estar afinando los instrumentos.

Ollie era el perfeccionista. Siempre tan serio. Se había unido a una chica pelirroja que tocaba el violonchelo y odiaba lo que ella llamaba el negocio pop.

—Bien —dijo Kris—, traigamos a los demás y busquemos un lugar tranquilo.

—Yo iré a buscar a Rasta —dijo Ollie—. Buzz es todo tuyo.

—Está bien.

Lady Stephenson lo cogió del brazo mientras él iba caminando.

—Kris, querido —le dijo como si fueran viejos amigos—. ¿Por qué no saludas a mi hija Fenella y a su amiga Raffi?

Él reconoció a las dos adolescentes que Rasta le había mostrado antes.

—Hola —dijo, sin prestarles demasiada atención.

—Bien, Kris querido —dijo Lady Stephenson, con la papada temblorosa—. Si puedes escaparte más tarde, ven con nosotras. Verás que es muy interesante. Habrá algunos norteamericanos del ambiente musical a quienes seguramente te interesará conocer. Los Dorfman, Marcus Citroen y la famosa Sharleen, la cantante negra.

—Puede ser —dijo Kris, que ahora estaba verdaderamente interesado en ir, pero que había prometido a su madre y a su familia una velada en la ciudad.

—¡Bien! No lo olvides. Es en el Annabel. Lo dejaré dicho en la entrada.

El concierto fue un éxito. Finalmente habían conquistado Londres. Los fans los adoraban.

¡Qué extraordinaria sensación de poder! ¡Qué entusiasmo!

Kris sabía que allí había muchas personas importantes que lo veían por primera vez en directo, y realmente se superó, llevando su voz al máximo, tocando virtuosos solos de guitarra, turnándose con Buzz, que tenía esa mezcla de ironía y seguridad en sí mismo.

La multitud los ovacionó, mostrando su aprobación. Se escucharon los típicos cánticos, que sonaron por encima de los aplausos:

KRIS... TE QUEREMOS.

BUZZ... TE QUEREMOS.

En el clímax del entusiasmo, Kris atravesó el escenario. Llevaba botas altas, tejanos ajustados y una camiseta con el nombre de los Wild Ones estampado en el pecho.

Buzz se movía hacia delante y atrás con la guitarra en la mano, el rostro impassible y su cuerpo como siempre enfundado en pantalones negros y una camisa negra suelta.

Rasta, observándoles antes del espectáculo, había dicho:

—¿Qué pasa con vosotros dos? ¿Un concurso a ver quién la tiene más grande?

Y su observación era adecuada.

Terence les había propuesto que se presentaran los cuatro con trajes iguales, de color azul.

—¿Sabe dónde se puede meter esa idea? —había dicho Kris. Kris era ahora quién disponía lo que tocaba el grupo, cómo lo hacía y también qué ropa usaban.

—¿Por qué le pagamos al maldito Terence ese treinta y cinco por ciento? —decía Buzz—. ¿Por qué no lo dejamos?

También Kris lo había pensado, pero sabía que había entre ellos una atadura legal muy fuerte, y que ése no era el momento. También sabía que debían algo a Terence.

Después de todo, él había sido el que los había mantenido cuando no tenían nada, aun cuando ahora se estaba cobrando con creces cada centavo que había invertido. No era extraño que siguiesen sin blanca.

El dinero ingresaba, pero no iba en dirección a ellos.

Corría el rumor de que la princesa Ana estaba en alguna parte entre la audiencia. Las luces cegadoras les impedían ver los rostros del público. No obstante, Kris se había dado cuenta de que los gritos y los cánticos no provenían de las primeras filas.

—Eso es porque son de favor... —le había explicado Ollie.

—¿Qué es eso? —preguntó Buzz.

—Entradas gratis que les dan a los dueños de los teatros, a los ejecutivos de las compañías discográficas, a los promotores y a sus amigos.

Kris había resuelto que, cuando tuviese suficiente poder, decidiría que las entradas de favor serían las del centro y que las primeras filas las reservarían para los verdaderos fans.

Triunfantes, llegaron a la última canción. Era una canción muy movida que habían escrito Kris y Ollie y se llamaba «*Skinny Little Slider*». Y allí terminó todo. Bajaron del escenario sudorosos y extasiados.

—¡Caray! —gritó Rasta—. Esto es mejor que un polvo.

—¡Así es! —acordó Kris.

¿Quién necesitaba a una mujer, cuando había setenta mil que deseaban tu cuerpo?

—Parecéis un grupo de vagabundos —dijo Brian mientras se tragaba sus espaguetis—. ¿No podéis costearos ropa decente?

Jennifer, su esposa, estuvo de acuerdo.

—Sí, una vestimenta uniforme estaría mejor, ¿no es verdad? Los Beatles siempre parecían tan elegantes... —Se calló al sentir la mirada de Kris, que la traspasaba.

Estaba sentado en la Trattoria Terrazza, un restaurante italiano del Soho, con su madre, Horace, sus dos hermanas, con los respectivos novios, Brian y Jennifer.

¡Qué grupo! Resultaba deprimente. ¿Por qué habría organizado una salida así en una noche como ésta? Él se lo había buscado. Ahora estaba allí, mientras todos los demás se hallaban en fiestas y celebraciones.

En realidad, lo había hecho por su madre, Avis, que se sentía muy orgullosa. Ella era la matriarca de la familia, con su voz autoritaria y sus manos desgastadas por el trabajo. Rebosaba orgullo y por una vez ignoraba a Brian.

—Nunca pensé que llegaría el día en que podría ver esto —dijo, guardando un

panecillo a medio comer en su bolso.

—Mamá —objetó Kris—. Puedo comprarte todo el pan que quieras.

—No como éste, rico y fresco. Lo comeré mañana en el desayuno, con un poco de mantequilla y mermelada.

—Coge uno para mí también —dijo Horace, irritado—. Me ha dado un dolor de cabeza muy fuerte, después de tanto ruido.

—A mí también —acordó Brian—. Prefiero a Barry Manilow. Kris, debes reconocer que hacéis un ruido espantoso en el escenario.

La velada fue de mal en peor. Brian protestaba por todo. Horace se ponía de acuerdo con él, y las dos hermanas lo observaban como si nunca lo hubiesen visto antes. Mientras tanto, Avis procedía a robar la comida. Primero fueron los panecillos, luego la carne que Jennifer dejó, una ensalada casi completa y un trozo de tarta de chocolate.

—Mamá —rogó Kris—. Permíteme que les pida que te empaqueten la comida. Después de todo soy yo quien paga.

—Está bien así, querido —dijo ella alegremente—. Así es mejor. No quiero que te sientas incómodo.

¡Genial! No quería hacerlo sentirse incómodo y se había llenado el bolso de comida, envuelta en servilletas de papel. Bueno, al menos ella era feliz.

Una muchacha de otra mesa lo reconoció y fue a pedirle un autógrafo.

—Probablemente piensa que eres Rod Stewart —se mofó Brian.

—Gracias —respondió Kris, y pagó la cuenta.

Cuando llegó al Annabel, su humor había cambiado. Una vez que despachó a su familia, pasó por la fiesta de Rasta, que se celebraba en un pub de Brixton. Después de varias cervezas y algunos vodkas, llegó al exclusivo local de la Plaza Berkeley. Su único signo de respetabilidad era el automóvil con chófer que había alquilado para aquella noche.

—Lo siento, señor —dijo el portero—. Sólo se admiten socios.

—Sí —dijo Kris, reprimiendo un eructo—. He sido invitado por Lady Stephenson. ¿Cómo hago para entrar?

—Será mejor que lo explique abajo —dijo el portero indicándole la escalera.

—¡Maldito sótano! —murmuró Kris, sosteniéndose del pasamanos.

Abajo, en la entrada del club, un encargado vestido de etiqueta lo recibió.

—¿Señor?

—Esto... Me llamo Kris Phoenix. Se supone que debo reunirme con Lady Stephenson.

—¡Ah...! Sí, señor. Usted es el señor Phoenix, de los Wild Ones. Lady Stephenson lo está esperando.

—¿Sí?

—Sí, señor. —Bajando la voz, el encargado añadió discretamente—: Tenemos reglas en cuanto a la vestimenta, señor. Si viene conmigo, seguramente podremos arreglarlo.

—¿Reglas de qué?

—La vestimenta, señor. Americana y corbata para los caballeros y atuendo apropiado para las damas.

—¿Está bromeando?

—Por aquí, señor.

El encargado lo condujo a una habitación lateral, donde le ofreció una camisa blanca, una chaqueta azul y una corbata roja.

Kris se puso la chaqueta.

—Haremos caso omiso de la parte inferior —dijo el encargado con una sonrisa benevolente—. Tal vez pueda usted firmarme un autógrafo para mi hija. Ella es fanática de ustedes.

Lentamente su ego iba recuperándose. Kris cogió el libro de autógrafos y dijo, condescendiente:

—Por supuesto, ¿cómo se llama la niña?

RAFAELLA

1977

Lady Stephenson, la madre de Fenella, era una mujer sorprendente. Conocía a todo el mundo y la invitaban a todas partes; a los estrenos cinematográficos, a las mejores fiestas, a las inauguraciones de restaurantes, a las galerías de arte. Si había alguna fiesta de gala, era una apuesta ganada que Lady Stephenson estaría allí con todos sus adornos.

Fenella no la acompañaba muy a menudo, pero cuando se enteró de que los Wild Ones daban un concierto en Londres, y que su madre, como siempre, estaba invitada, telefoneó a Rafaella y le dijo con entusiasmo:

—Le preguntaré a mamá si podemos ir con ella. ¿Vendrás?

—Claro —respondió Rafaella.

Tanto ella como Fenella estaban locas por los Wild Ones y se pasaban el día escuchando «*Dirty Miss Mary*». A Fenella le gustaba el batería negro y Rafaella pensaba que el más interesante era Buzz Drake, por su aspecto siniestro y su actitud despectiva.

Fueron al concierto llenas de expectativas. Rafaella se sintió muy contenta de salir de su casa. Hacía ya tres semanas que se había acostado con Eddie Mafair y, desde entonces, no había tenido ninguna noticia suya. No podía creerlo, ¡era un malnacido!

Fenella, tratando de ayudar, le había dicho:

—¿Por qué no le llamas?

¡Llamarle! Antes moriría. Él tenía su número. Ella misma lo había escrito en su agenda.

De todos modos era un gandul. Después de hacer el amor se quedó dormido. Despertó tres horas más tarde, y llamó a un taxi para que la llevara de regreso al campo. El bastardo ni siquiera se ofreció a pagar el taxi, de modo que ella tuvo que pedir dinero prestado al mayordomo de los Stephenson. ¡Los hombres! ¡Una pandilla de insensibles!

Sin embargo, ella lo amaba, pese a que la relación con Eddie Mafair no había sido en absoluto satisfactoria físicamente como en los juegos que se había permitido con otros muchachos. ¡Qué más daba! Ella le amaba.

¿Y qué? Era evidente que a él le importaba un rábano ella.

Mentalmente, Rafaella revisaba las excusas que él podría darle.

Estaba muy ocupado trabajando.

Pero ¿qué hacía él en realidad? Ella no tenía la menor idea.

Estaba enfermo.

Seguramente eso no le afectaría al dedo como para que no pudiese telefonarla.

De vacaciones.

Bueno, él había mencionado algo acerca de un viaje.

La asistencia al concierto de los Wild Ones fue muy emocionante. Lady Stephenson tenía unos adhesivos especiales pegados a su automóvil, de modo que los encargados del aparcamiento le indicaron que pasara a través de la multitud y se dirigiera a un espacio reservado para VIP.

—Venid todos —dijo ella—. Vamos detrás del escenario y tomemos una copa.

Su fiel acompañante, que también era su decorador de interiores, la siguió. Lord Stephenson raras veces participaba en la agitada vida social de su esposa. Prefería infinitamente la vida tranquila.

La fiesta que se desarrollaba tras el escenario fue toda una experiencia. Lady Stephenson y Pierce se esfumaron entre la multitud, mientras Rafaella y Fenella permanecían en la entrada, observando todo. El mundo del rock and roll era algo nuevo para ellas.

—¡Uf! —dijo Fenella—. No mires, pero ahí está él. El batería. ¡Y creo que está mirando hacia aquí!

—Hummm —dijo Rafaella—. ¿Qué ha sucedido con los negros de mierda?

—¡Dios mío! No me recuerdes eso —respondió Fenella—. No imaginas lo avergonzada que estoy. ¿Cómo pude alguna vez decir algo así?

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El batería, idiota.

—Rasta. Suena interesante, ¿verdad?

—Sí, a tu madre le resultaría muuuuy interesante saber que te gusta.

—¡Muchachas! —se oyó la voz de Lady Stephenson, superando el griterío general—. ¡Venid aquí!

Ellas se dirigieron hacia el bar, donde Pierce las proveyó de sendos vasos de Coca-Cola.

«Otra velada interesante, pensó Rafaella. ¿Por qué Eddie no me telefoneó? ¿Por qué?».

—¿No es divertido? —preguntó Lady Stephenson.

*Es la hija de un empleado de banco
Sabes lo que quiero decir
Cuando la conocí tenía apenas dieciocho
La llevé a mi cama
Y le di un poco de*

AMOR
SÍ
AMOR
SÍ
Sabes lo que quiero decir

Se escuchaban gritos atravesando el aire mientras Kris y Buzz daban todo de sí, compartiendo el micrófono en una cierta intimidad. Dos talentosos.

*Ella es la hija de un empleado de banco
Tan bonita y dulce
Inocente como un ángel, con los pies muy pequeños
El cabello dorado y grandes ojos azules
Y yo le di un poco de
AMOR
SÍ
AMOR
SÍ
Sabes lo que quiero decir*

Todas las muchachas del público sabían lo que quería decir. El entusiasmo era cada vez mayor.

Rafaella se dio cuenta de que estaba fuera de sí, arrastrada por la energía de la actuación. Buzz Drake y Kris Phoenix constituían una combinación excepcional. Ya fuera que cantaran o que tocaran sus guitarras o que simplemente se movieran por el escenario, exudaban un gran magnetismo animal. Todo el grupo era formidable. Era un concierto excelente.

Luego fueron al Annabel, donde se reunieron con varios norteamericanos del negocio de la música y Sharleen, la estrella de la canción. Todos discutían acerca de la genialidad de los Wild Ones.

—Yo creo que son los nuevos Rolling Stones —dijo Lady Stephenson, conocedora. A ella le gustaba mantenerse al tanto de lo que llamaba cultura juvenil.

—No —declaró Pierce—. Son mucho más sexys. Y además, Kris Phoenix no grita tan fuerte ni hace muecas como ese horrendo Mick Jagger.

—Mick Jagger es adorable —dijo Lady Stephenson, entrecerrando los ojos—. Y no escucharé una sola palabra en contra de él.

Para su sorpresa, Rafaella descubrió que uno de los norteamericanos que estaban en la fiesta era Marcus Citroen, su exhibicionista del sur de Francia. Él no parecía recordar aquel breve encuentro, y sólo hizo un gesto con la cabeza cuando se lo presentaron, centrando toda su atención en Sharleen, la bella cantante, que parecía ser

su chica.

Reprimiendo la risa, ella contó la historia al oído de Fenella, que no podía contenerse.

El Annabel le recordaba el primer encuentro con Eddie Mafair.

«Tengo casi dieciocho, pensó desesperada, y la vida por delante. Debo olvidar a Eddie. Es una basura».

Lady Stephenson se dirigió a la pista de baile, donde se meneó hasta que sus gordas mejillas estuvieron rojas. Pierce era una pareja adecuada.

—¿No nos hemos visto antes? —preguntó Marcus Citroen a Rafaella no bien Sharleen se dirigió al aseo.

—No creo —dijo ella brevemente esperando que él se fuera, ya que no podría olvidar nunca la imagen de Marcus Citroen desnudo, con el miembro erecto en la piscina de los Franconini. Cuando eso sucedió, ella se limitó a alejarse lo más rápidamente posible, salir del agua, desaparecer en la casa y esperar no volver a encontrárselo nunca.

—¿A qué te dedicas? —preguntó él.

—Soy estudiante.

—Estudiante —repitió él, mirándola fijamente—. Una estudiante extraordinariamente guapa. Estoy seguro de que te he visto antes.

Ella le devolvió la mirada sin decir nada, y no apartó los ojos, desafiándole.

—Si alguna vez puedo ayudarte, por favor, llámame —dijo él, extendiendo una tarjeta—. De veras.

Rafaella la aceptó, reticente, la guardó en su bolso y rápidamente se volvió hacia Fenella, que se había sentado tras una agotadora sesión en la pista de baile.

—Adivina quién está aquí —susurró Fenella, nerviosa.

—La reina madre.

—Muy graciosa...

—¿Quién?

—Creo que ahora no te lo diré.

—¿Quién?

—No te va a gustar.

—Déjate de bromas y dímelo.

Antes de que Fenella pronunciara el nombre, ella ya lo sabía.

—Eddie Mafair —dijo Fenella.

—¡Oh, no! —exclamó Rafaella, con un nudo en el estómago—. ¿Y está solo?

—Está con Fiona Ripley Hedges. Ella parece una ballena, pero su padre es dueño de medio Londres. Y todos sabemos lo atractivo que es eso. Especialmente cuando se rumorea que él está en bancarrota.

En ese momento hizo su entrada Kris Phoenix, y Rafaella estaba lista para él. En realidad estaba lista para cualquiera, ya que se había bebido todo lo que pudo encontrar.

Tan pronto como él se sentó, ella se le acercó y no perdió tiempo esperando que la estrella de rock se fijara en ella.

—Me ha encantado tu concierto —dijo—. Sois fantásticos.

—Gracias, querida.

—Lo digo sinceramente.

—Fabuloso.

—Antes de veros pensaba que Buzz era la estrella del grupo, pero ahora...

—Gracias.

¡Maldita sea! Él no mostraba ningún interés. Sólo tenía ojos para los magnates de la discografía y para Sharleen.

Sin duda no la veía más que como a una de sus aburridas fans, pero ella le demostraría algo al señor estrella. ¿Quién se creía que era?

En ese momento, prestaba atención a Marcus Citroen, pero de vez en cuando se fijaba en Sharleen. Desesperada, Rafaella observaba las miradas que se cruzaba con la cantante negra. Sharleen se le insinuaba, con sus labios abultados y rojos, su cabello rizado, y se lo comía con sus grandes ojos negros.

Rafaella se puso en pie. Ella tenía la ventaja de la juventud. Eso tenía que serle útil de algún modo.

—¿Bailamos? —preguntó, agresiva.

—¿Cómo?

Él miró a su alrededor, con la esperanza de que ella se estuviese dirigiendo a otra persona. La chica lo provocaba, pero era una criatura, y él ya conocía eso.

No había escapatoria, de modo que se puso en pie, se tambaleó un poco y la siguió a la atestada pista de baile, donde ella lo abrazó, apretando su cuerpo contra el de él. Kris sintió inmediatamente la erección. Algunos hombres no podían conseguirlo cuando estaban ebrios, pero a él le ocurría exactamente lo contrario. Todo el alcohol se le iba al miembro.

Rafaella se sintió poderosa por un momento. Aunque era muy joven, sabía el poder que el sexo ejercía sobre los hombres.

«Vete al diablo, Eddie Mafair. Puedo tener a quien quiera».

Entonces lo vio, bailando cerca de ella abrazado muy fuerte a Fiona, con esa cara equina. Él estaba riendo y ni siquiera reparó en ella.

Con determinación, se acercó aún más a Kris Phoenix. Sus ojos estaban inexplicablemente llenos de lágrimas.

BOBBY MONDELLA

1977

—¿Qué quiere beber?

—Pernod.

—No creo tener eso, señora Citroen.

—Sí tienes. Mira en el armario debajo del bar. Verás que hay de todo.

Él era quien vivía en ese apartamento y sin embargo ella era la que le indicaba dónde debía buscar las cosas. Maldita sea, esta mujer estaba demasiado segura de sí.

—Tal vez pueda servirse usted misma. Yo voy a darme una ducha y a cambiarme —dijo él, que se sentía en desventaja, ya que ella iba bien vestida y él en ropas de gimnasia.

Ella levantó una ceja. No estaba acostumbrada a que le dijese lo que debía hacer.

—Bien —respondió—. Y ya que estoy jugando al barman, ¿puedo prepararte una copa? ¿O acaso eso le corresponde a la criada? —añadió sarcásticamente.

—Zumo de naranja.

—¡Oh! ¡Qué saludable!

—Son sus ideas.

—En ese caso —dijo ella con una sonrisa—, se permite un trago por la noche.

—Un whisky.

—¿Qué te parece champaña?

—No tengo...

—Sí tienes —interrumpió ella—. ¿Por qué no vas a ducharte y me dejas todo a mí? Si tengo que hacerlo, puedo hacerlo bien.

Él caminó hacia el dormitorio e intuyó lo que sucedería. El sastre se había ido, y estaban solos en el apartamento. Ella no se quedaba allí por nada. Estaba lista para la acción, y si era eso lo que quería...

«¡No! —le advertía una voz interior—. Es territorio peligroso. Es la mujer del jefe».

«¿Y bien?», se respondía a sí mismo. Él estaba preparado para un poco de riesgo. Se quitó las ropas sudadas, entró en el cuarto de baño, abrió la ducha y permaneció en pie bajo la lluvia vigorizante.

La señora Citroen. Sus aires de reina y sus maneras frías. La misma cuyo marido había estado jugando con Sharleen y casi había acabado con ella. ¿Qué querría ahora de él?

«Vamos, Bobby, tú sabes lo que quiere ella de ti».

Él casi se reía en voz alta. Sabía bien lo que ella quería, y si tenía paciencia, sólo si tenía mucha paciencia, tal vez se lo daría.

Desnuda, excepto por la cadena que llevaba en el cuello y los zapatos de tacón alto, ella entró tras él en la ducha, con una botella de champaña en la mano. Apoyó la botella helada contra la espalda de él y murmuró con voz grave:

—Nunca te di la bienvenida a Blue Cadillac como corresponde, ¿verdad?

Él sabía que ella lo buscaría, pero nunca pensó que sería de un modo tan directo y tan rápido. No era una mujer paciente.

—No te vuelvas —ordenó ella, mientras depositaba la botella en el suelo embaldosado—. Sólo estáte quieto.

Seguro. Podía estar muy quieto con una mujer casada desnuda jugueteando detrás de él, deslizando sus caros y expertos dedos por su espalda.

Pensó qué se supondría que debía decir, pero ya era demasiado tarde para las palabras.

Con gran confianza, ella le había agarrado los testículos y los apretaba delicadamente, aplicando la presión justa, para luego arrodillarse y ordenar:

—¡Vuélvete ahora!

Él hizo lo que ella le pedía, introduciéndose profundamente en esa boca elegante, lista para degustarlo y acariciarlo con la lengua, mientras emitía un rugido animal. «Tómame ésta, Marcus Citroen —pensó él—. Me estoy resarcando por Sharleen».

Luego se rindió a las sensaciones. No había nada que pudiese hacer, excepto relajarse y disfrutar.

LOS ÁNGELES, 1987

Sábado, 11 de julio

Los controles de seguridad claramente molestaba a Kris.

—¿Qué es toda esa mierda? —preguntó—: ¿Acaso no saben quién soy?

—Por supuesto que lo saben —dijo El Halcón, tratando de suavizar las cosas—. Simplemente obedecen órdenes. Hay que ser muy cuidadoso con la cantidad de terroristas que hay hoy día.

—Sí —dijo Kris con sarcasmo—. Realmente parecemos un grupo terrorista, ¿no es verdad? Ya sabes, traemos la limusina y todo eso para entrar en el lugar y hacerlo pedazos.

—¿Has estado antes en Novaroen? —preguntó El Halcón, cambiando de tema.

—Una vez —dijo Kris.

—No me lo has contado —dijo Cybil—. Una de mis compañeras hizo una sesión de fotografías aquí para un perfume que Nova Citroen promocionaba y dice que este lugar es asombroso.

—Lo es —confirmó El Halcón—. Tiene dos casas, cada una decorada de estilo diferente. La casa principal es colonial, mientras que la otra...

—¡Maldita sea! ¡Otra vez! —gritó Kris, mientras la limusina se detenía ante un tercer control de seguridad.

—¡Anímate! —dijo Cybil, riendo alegremente—. Es una aventura. Yo estoy disfrutando.

Él miró a su chica californiana, de ojos brillantes, cabellos dorados y dientes blanquísimos. No hacía falta mucho para hacerla feliz.

Pero algunas veces le sacaba de quicio.

Era sorprendente lo ineficiente que se tornaba la seguridad una vez que los guardias estaban seguros de que cada quien estaba en su puesto.

Maxwell Sicily observaba la escena. Había empleados por todas partes, con sus chapas de identificación, corriendo de aquí para allá, como un ejército de robots. No existían problemas de acceso a la cocina armada bajo la carpa y el área destinada a la cena al aire libre. Ahora que había más de cien personas de servicio en la cocina ocupadas con los preparativos, prevalecía una atmósfera festiva. Los chefs estaban ocupados preparando exquisiteces. Los reposteros creaban sus cremosas especialidades y un ejército de barmans descorchaba gran cantidad de botellas del mejor champaña y los mejores vinos, aparte de un enorme surtido de otras bebidas.

Maxwell esperó el momento apropiado para deslizarse sigilosamente al lugar

donde debía ir. Gracias a Vicky Fox, conocía cada palmo de Novaroen.

Al bajar de la limusina, Rafaella respiró hondo. El aire marino era vigorizante. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, seguramente ella habría disfrutado mucho de esos momentos.

—He aquí al comité de recepción —advirtió Trudie, mientras un hombre con gafas y una cálida sonrisa se plantaba ante ellos.

—Bienvenidos a Novaroen —dijo el hombre, con un neto acento británico—. Soy Norton St. John, secretario personal de la señora Citroen. Permítame conducirla a su suite.

—Parece un hotel —dijo Trudie en un aparte.

—Rafaella quiere hacer una prueba de sonido inmediatamente —anunció uno de los ejecutivos discográficos—. ¿Están preparados los músicos?

—Creo que tienen previsto un ensayo con el señor Mondella —respondió Norton St. John—. De todos modos, como cada artista interpretará sólo dos canciones, seguramente no les llevará mucho tiempo.

—Rafaella quiere hacerlo ahora mismo —insistió el ejecutivo—. ¿Sabe usted si el señor Citroen ha dejado instrucciones de que ella tenga todo lo que necesita?

—Olvídalo —intervino ella—. Puedo esperar. Además, si Bobby no se opone, creo que me gustaría escucharle.

—Por supuesto, señora Rafaella —dijo Norton, asestando una mirada triunfante al ejecutivo—. Primero la llevaré a su suite, y luego le preguntaré al representante del señor Mondella. Si todo va bien, vendré por usted inmediatamente.

—¡Mierda! —exclamó Speed por décima vez—. Le he dicho que esta prostituta me provocó. Ella movía su trasero enfrente de mí y me pedía dinero, así que le di unos dólares para deshacerme de ella. Nunca tocaría a una hembra como ésa. ¡Mierda!

Un agente aburrido eructó en su cara.

—Debo advertirle que conozco mucha gente importante. Soy un hombre de grandes contactos —advirtió, cambiando de táctica—; mi abogado les destruirá por todo este maldito asunto.

—No amenace —dijo despacio el agente—. O le haré saltar todos los dientes de esa estúpida boca.

—¿Qué? —preguntó Speed, asustado. Tenía unos buenos dientes. Sus incisivos eran quizás un poco puntiagudos, pero de ningún modo amarillos—. No puedo soportar este abuso. Soy un ciudadano honesto y quiero llamar a mi abogado; usted no tiene ningún derecho a retenerme.

El detective eructó por segunda vez. Indudablemente le gustaba mucho el ajo.
—¡Mierda! —dijo—. Odio estos arrestos amañados.

Bobby percibía el fuerte olor del mar, mientras Sara lo guiaba por un sinuoso camino. También escuchaba el tintineo de los vasos y los cubiertos que estaban siendo colocados sobre las mesas.

Desde que había perdido la vista, dependía mucho de los olores, los sonidos y las sensaciones del tacto. Sabía todo lo que ocurría a su alrededor, aunque no pudiese verlo.

—¿Cómo es todo esto? —preguntó, buscando información.

—¡Bellísimo! —exclamó Sara— estamos en la cima del mundo.

Muy descriptivo. ¿Qué información pensaba ella que él podía sacar de ese comentario? Tal vez debería emplear a una persona que se dedicase exclusivamente a funcionar como sus ojos. Una voz suave que le relatase todos los detalles de las cosas sin que él tuviese que preguntárselos.

—Sara —preguntó simplemente—. ¿De qué color es el cielo? ¿Puedes ver el mar? ¿El césped es verde? Dime... necesito saber.

Nadie podía imaginar lo que él sentía. Un mundo de oscuridad, sin salida.

Sara se detuvo. Él podía percibir que estaba tensa. Entonces, una mano suave e insistente le tocó el brazo y el penetrante perfume atravesó el aire.

—Hola, Bobby —era la inconfundible voz de Nova Citroen—. ¡Qué alegría verte de nuevo!

—¿Va todo bien? —preguntó Vicky Fox mientras se apoyaba sobre la espalda de Tom y lo masajeaba con sus grandes senos.

—Se supone que no puedes estar aquí —dijo Tom—. Es el lugar del personal de seguridad.

—No seas tonto —refunfuñó Vicky—. Suenas como un espía de película. ¿Quién crees tú que limpia esto? Te he traído una cerveza fría y un bocadillo de carne. Debes de estar muriéndote de hambre.

—Lo estoy —admitió, fijando inmediatamente los ojos en los atributos de la chica y desviándolos de los monitores que permitían ver cada rincón de la propiedad.

—Sabía que serías un muchacho hambriento —dijo, mientras cortaba un trozo del bocadillo y se lo daba.

—Y tú eres una mujer muy caliente —replicó él, mientras masticaba y la observaba.

—Y tú eres un gran macho —dijo ella, mientras la excitación crecía en el ambiente.

—¿Cómo lo sabes?

—Una mujer se da cuenta de eso.

Cuando Maxwell Sicily apareció en el monitor número tres, Tom tenía toda su atención puesta en Vicky. El hombre no vio nada, ya que estaba ocupado en introducir furtivamente una mano debajo de la falda de la criada.

Abriendo las piernas, ella le permitió que sintiera durante unos instantes el calor de sus muslos, para luego fingir indignación y apartarle las manos.

—Eres un mal chico.

—Te gusta.

—Puede que sí, puede que no.

—¿Cuándo voy a saberlo? —preguntó él, gozando por anticipado.

—Esta noche —prometió ella lamiéndole los labios—. Si tienes suerte.

Por el rabillo del ojo, ella vio cómo Maxwell Sicily desaparecía del monitor. Todo se había desarrollado con una sincronización perfecta.

Misión cumplida.

—Te veré más tarde, Tommy, cuando no estés tan ocupado. Lo pasaremos bien.

Le envió un ardiente beso y salió de la habitación contoneándose.

Nova Citroen observó a Bobby Mondella. Habían pasado tres años y su aspecto seguía siendo el mismo.

Ese cuerpo alto, sexy, poderoso.

Ese rostro masculino, perfecto como ébano tallado.

Sus ojos estaban cubiertos por gafas oscuras. Nova no sabía qué se ocultaba detrás.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Él sintió que la furia crecía dentro de él cuando esa mujer, esa puta, preguntaba despreocupadamente por su salud.

¿Dónde estaba Nova Citroen cuando él más la necesitaba? ¿Dónde diablos estaba?

—Bien —respondió, recordando cada centímetro de su cuerpo, su perfume, el hambre salvaje con el que hacían el amor.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo ella.

«No tenía alternativa —pensó Bobby—. Tenía que enfrentarme contigo alguna vez».

—Vamos, Sara, debemos darnos prisa —dijo entonces, impaciente.

—Bueno. —Nova retiró la mano del brazo de Bobby y miró a Sara a los ojos—. Los músicos están esperando al señor Mondella. Si él necesita algo, hagáselo saber al personal.

—Mire, señora Citroen, si yo necesitara algo, usted sería la primera en recibir el

mensaje —dijo él ásperamente—. Estoy seguro de que puedo confiar en usted... para cualquier cosa... en cualquier momento...

Por lo visto, Bobby no había perdido el sarcasmo que lo caracterizaba.

Sara se sentía muy incómoda. Comenzó a conducir a Bobby para apartarlo de la situación.

Mientras se alejaban, Nova se quedó observándoles. Se preguntaba si se acostaría con esa bonita negra. Si lo hacía, era un desperdicio. Bobby Mondella merecía una mujer, tanto en la cama como fuera de ella. Era ciego, pero seguía siendo un hombre. Nova se estremeció al pensar en volver a lo prohibido.

Marcus Citroen se hallaba sentado en su espacioso estudio con vistas al mar. En una mano sostenía un cigarro y en la otra un Chivas Regal con hielo. Estaba saboreando el momento. Era la calma que precede a la tempestad.

Las ruedas ya habían empezado a girar, y no había retorno posible.

Para nadie.

KRIS PHOENIX

1979

Durante casi dos años, Kris mantuvo un romance discontinuo con Sharleen. No era fácil, ya que el océano los separaba. Ella era una estrella de la canción en Norteamérica y los Wild Ones aún no habían hecho su irrupción allí. No era fácil cuando su hombre era Marcus Citroen, el magnate de la discografía, y, según Sharleen le aseguraba, si Marcus se enteraba les rompería la cara a ambos. Eso era muy atractivo. Nada mejor que los riesgos.

—¿Por qué no haces que ese maldito firme un contrato con nosotros? —le había dicho él un día, mientras estaban acostados en la gran cama del Hotel de Dorchester donde ella se alojaba.

—¿Bromeas? —dijo ella—. Bastará con que mencione tu nombre para que él sospeche. Marcus tiene una antena para estas cosas.

Deslizándose su mano por el estómago de la muchacha, y más abajo, él preguntó:

—¿Y cuántas de estas cosas ha sabido?

—Míralo de esta manera, querido —dijo ella riendo—. Lo que el señor Citroen no sepa, no le hinchará las pelotas.

—Pero quizá hinche las mías.

—¡Seguro! —respondió ella, riendo—. Estoy convencida de que cuando yo no estoy, te las envuelves en algodón y las dejas fuera de uso.

—¡Mierda! Alguien te lo ha contado.

Ambos rieron, pues ambos sabían que lo que los unía era el sexo. Ninguno de los dos exigía más.

Ella era increíblemente bella, era una gran estrella y era suficientemente adulta como para saber lo que hacía y no exigía un compromiso. Cada vez que él se acostaba con ella, no podía creer su buena suerte.

¿Cómo se habían conocido? Él recordaba vagamente haberla conocido en el Annabel la noche de su primer gran concierto en Londres. Sharleen era toda dientes, ojos y miradas incitantes. Pero de alguna manera él acabó aquella noche con una jovencita entusiasta, haciéndolo en la parte trasera de su automóvil, mientras el chófer conducía suavemente a través de las calles de la Plaza Berkeley, echando furtivas miradas por el espejo.

Había vuelto a verla pocos días después de su concierto. Esta vez ella no estaba con Marcus Citroen. Él se encontraba en Nueva York. Ella llevaba un despampanante vestido rojo y una amplia sonrisa.

Kris estaba con Buzz, Flower y un grupo. Sharleen invitó a todos a su hotel, donde los convidó a bebida y droga colombiana, hasta que finalmente llevó a Kris

aparte, y le dijo:

—Líbrate de tu séquito y comencemos la verdadera fiesta.

Él no necesitó que se lo dijera dos veces.

Ahora se veían cada vez que ella viajaba a Londres, y ella lo hacía cada vez que podía. Era la favorita del príncipe Carlos y debía acudir cada vez que él pedía que se presentase en alguna función benéfica. Sus éxitos alcanzaron en Londres el primer puesto, y el público la adoraba. Esta vez ella había viajado para una presentación en televisión.

Kris había decidido utilizar su relación con ella. Terence no hacía nada con respecto al público norteamericano. Kris pensaba que en realidad el viejo Terence, en lo que se refería a los norteamericanos, no distinguía su propio trasero de un agujero en el suelo. Ya iba siendo hora de tomar alguna medida concreta. Quizá dejar de lado a Terence fuera un primer paso. Había estado pensando en eso. Era importante actuar en el momento adecuado.

No cabía duda de que Blue Cadillac sería el mejor sello para los Wild Ones. Esa compañía, junto con Atlantics y Warners, era la más grande, y Kris sólo quería lo mejor. Había rechazado varias ofertas de compañías mediocres, que no podían garantizarles una buena promoción. Sin un buen lanzamiento no llegarían a ninguna parte.

Sharleen no parecía inclinada a ayudar, y él podía entender las razones. Por eso estaba pensando en volar él mismo a Nueva York.

—Olvídalo —le había dicho Buzz, desdeñoso—. Hacer esas cosas nosotros mismos es de aficionados. Tú lo sabes mejor que nadie.

Buzz estaba totalmente satisfecho con la situación actual. Eran grandes estrellas en Inglaterra, y también en Europa. La actitud de Buzz era: ¿Quién necesita a los yanquies? Tenemos éxito aquí. ¿Qué más queremos?

Pero Kris quería conquistar los Estados Unidos. Lo deseaba con tanta intensidad que cada vez que pensaba en eso le daba dolor de muelas.

Todos los domingos visitaba a su hijo en la casa de sus suegros en Esther. El niño era ya una hermosa criatura de tres años y medio, pero sus estirados abuelos le estaban volviendo amanerado. Él podía ver los signos.

—Quiero salir solo con él —dijo entonces a su ex esposa.

—No. No puedo permitirlo.

—Entonces lo hará el tribunal.

—Vamos al tribunal. Veremos qué juez te lo permite.

Él prefería no dar escándalo. Sería inconveniente para su imagen pública. Tal vez lo haría cuando el niño fuese un poco mayor.

Las admiradoras eran muchas. Él no podía moverse sin toparse con ellas. Lo esperaban a la puerta de su pequeña casa que se había comprado en una calle

tranquila cerca de Hampstead Heath.

Telefoneaban día y noche, obligándole a cambiar de número de teléfono cada dos semanas. Lo seguían por la calle cada vez que se asomaba y le enviaban cartas apasionadas, llenas de sexo, en las que le detallaban todo lo que fantaseaban hacer con él.

A Buzz y a Rasta les encantaba todo eso. Kris y Ollie lo detestaban.

Ollie estaba a punto de casarse con su violonchelista. Kris lo instaba a que lo hiciese, porque en el fondo sabía que la vida del rock no era lo suyo. En cambio, su novia parecía perfecta para él.

—¿Estás loco? —exclamó Buzz.

—No quiero tener que esconder otra esposa —gruñó Terence.

Ollie se casó un día de verano en la campiña, con la sola presencia de los más allegados. Al día siguiente la noticia aparecía en los periódicos y causó un terremoto. Los Wild Ones pertenecían a la población femenina de Inglaterra. Esto era una traición, y las fans adolescentes estaban furiosas. Ollie, con sus maneras tranquilas, era muy popular.

Cartas llenas de odio empezaron a llegar a la nueva esposa y su familia. Al cabo de una semana, Ollie tomó la decisión: se iría del grupo.

Todos se sintieron muy impactados, excepto Kris, que aceptó tranquilamente el hecho de que Ollie interpusiera su vida privada al estrellato.

Diez días después de la partida de Ollie, comenzaron a seleccionar un nuevo teclista y bajo. Así fue como, sin darse cuenta, Doktor Head entró en sus vidas, y Norteamérica pasó a ser más que una posibilidad.

RAFAELLA

1979

—Ven aquí, puta.

—Eddie, estás borracho. Déjame en paz.

—He dicho que vengas aquí. ¡Ahora mismo!

Él estaba gritando, sus ojos despedían furia, su boca, crueldad, mientras se tiraba en el diván de la sala de la casa de su madre, con un vaso de vodka en la mano.

Temerosa, Rafaella se aproximó al diván. Odiaba a Eddie cuando estaba borracho. Se transformaba en un animal, y ella no tenía idea de cómo manejarle.

Tan pronto como la tuvo a su alcance, él la cogió de la muñeca, clavando sin piedad sus uñas en la carne de ella.

—Hola, puta —murmuró él con una sonrisa perversa—. ¿Qué vas a hacer esta noche por mí?

—Eddie. —Ella podía oír su voz suplicante y se despreciaba por eso—. ¿Por qué no nos vamos a la cama? Ya es tarde y tu madre debe de estar a punto de regresar. No te gustaría que ella te viese así, ¿verdad?

—¡Iros a la mierda! Me importa un comino lo que todas vosotras, putas, penséis de mí.

—Eddie, por favos —susurró ella—. No hables así.

Bruscamente él la colocó sobre su cuerpo, quitándole la falda y arrancándole las medias.

—Abre las piernas —ordenó fríamente.

—No, Eddie, así no.

Su oposición sólo sirvió para excitarle y, oprimiéndola contra sí, se las arregló para librarse de los pantalones.

Ella forcejeó durante unos instantes. Finalmente su resistencia cesó y le permitió que la penetrara, hasta que perdió su erección y la empujó al suelo, disgustado. Entonces, Eddie rompió a llorar. Como siempre, ella sintió pena por él, y con dificultad, lo ayudó a levantarse del diván y lo condujo por el corredor hasta la habitación que ocupaban. Lo acomodó en la cama y enseguida se quedó dormido.

Lo cubrió con una manta y volvió a la sala para ordenar todo, justo a tiempo. Lady Mafair entró ruidosamente con su amante del momento, un ex miembro del Parlamento con una gran papada.

—¡Oh! —dijo Lady Mafair, ocultando apenas su disgusto—. Todavía estás levantada.

—Ya me iba a la cama —dijo Rafaella.

—No hay prisa, querida —dijo el ex político, sirviéndose un vaso de brandy.

—Está cansada —dijo Lady Mafair—. Déjala ir.

—Sí, estoy muy cansada —respondió Rafaella—. Por favor, tendréis ahora que disculparme.

Y salió rápidamente de la habitación. Sabía que todo eso era culpa suya. Con un suspiro, pensó en los sucesos de los dos últimos años, y se dio cuenta, con un profundo sentimiento de desesperación, de que no podía culpar a nadie más que a sí misma.

El día en que Eddie Mafair anunció su compromiso con Fiona Hedges en el Times, fue el mismo día en que Rafaella supo que estaba embarazada.

Después de su primera reacción de sorpresa y miedo, pensó que tendría el bebé de Eddie Mafair, y que eso los unía irrevocablemente y nada ni nadie podría cambiarlo.

Durante varios días mantuvo oculto el secreto, sin confiárselo siquiera a Odile o a Fenella, hasta que finalmente habló con su madre y lo confesó todo.

Anna se quedó horrorizada.

—Apenas tienes dieciocho años —le dijo—. Eres una niña, ¿quién es ese Eddie Mafair? ¿Qué clase de hombre despreciable es ese que se aprovecha de una niña?

—No soy una niña —dijo Rafaella con firmeza—. Y él no se aprovechó de mí. Yo le amo y quiero casarme con él.

Anna estaba cada vez más horrorizada.

—¿Casarte? ¿A tu edad? No puedo permitirlo.

—Mamá, dieciocho años son bastantes. Hay países en que las mujeres se casan a los trece.

—Sí. Países que no son civilizados.

—¡Ah!, pero parece que no entiendes. No pienso abortar. De modo que... el matrimonio es la única solución.

Anna y Lord Egerton, el padrastro de Rafaella, visitaron a la madre de Eddie, Lady Elizabetta Mafair. Era una mujer atractiva de cincuenta y tantos años. Había sido una belleza espectacular, y, tras un divorcio escandaloso, seguía siendo muy atractiva, con su cabello negro, sus labios escarlata y sus ojos de mirada penetrante.

—No puedo decirle a Eddie lo que debe hacer —dijo ella disgustada—. Tiene más de veintiún años y ya está comprometido con esa joven.

—Pero puede usted influir en él —dijo Cyrus, que era un hombre habituado a salirse con la suya y en ese momento estaba dispuesto a hacerlo.

Lady Elizabetta cogió un cigarrillo y se inclinó para que Cyrus se lo encendiera, dejando ver el nacimiento de sus senos.

Anna miró a otro lado. La ofendía el modo en que esta mujer flirteaba con su marido.

—Quizá —dijo Lady Elizabetta, despreocupada, aspirando profundamente el

humo del cigarrillo.

—He investigado un poco —dijo Cyrus— y parece ser que su hijo ha malgastado hasta el último centavo de su herencia, y que no está autorizado a recibir más dinero hasta que usted (disculpe la expresión) pase a mejor vida. Afortunadamente —añadió con una risa seca— usted parecer ser extremadamente saludable.

—Lo soy —dijo Lady Elizabetta—. Es algo lamentable para el pobre Eddie. De todas maneras, creo que la chica con la que está comprometido pertenece a una familia de gran fortuna.

—Creo que ése es su mayor atractivo.

—Hummm... Usted parece conocer todas las respuestas, Lord Egerton. Me pregunto por qué nuestros caminos no se encontraron antes.

—Bueno... —dijo Cyrus con una sonrisa—. Cuando usted fue la debutante del año...

—Por favor, no mencione qué año fue.

—Ni en sueños —añadió, tratando de ser encantador, tan sólo porque Anna deseaba que él arreglase ese asunto, y porque él hacía todo lo que Anna quería—. Como decía, cuando usted recibía esos honores, yo era tan sólo un muchacho sin posición.

—¡Cómo ha crecido! —replicó ella, burlona, echándole el humo a la cara.

—Me costó muchos años de duro trabajo.

En ese momento, Anna se levantó del diván.

—Vayamos al grano —dijo con energía.

Cyrus la miró sorprendido. Era impropio de Anna comportarse de esa manera. Entonces se dio cuenta de que estaba celosa, lo que le complació mucho y lo llevó a arremeter la cuestión.

—Lo que cuenta es el dinero —dijo Lord Egerton, adquiriendo un tono autoritario—. Si Eddie se quiere casar con nuestra hija, yo depositaré inmediatamente un fondo de un millón de libras a nombre del bebé. Aparte, le daré a Eddie un empleo lucrativo, con un sueldo de doscientas cincuenta mil libras al año durante los próximos cinco años.

—¡Qué generoso! —exclamó Lady Elizabetta—. Su hija debe de amarle realmente.

—Así es —dijo Anna—. Y ése es el único motivo por el cual él pudo aprovecharse de una muchacha tan joven e inocente.

—Vivimos en los años setenta —respondió Lady Elizabetta levantando irónicamente una ceja—. Y creo, Lady Egerton, que tal como son las jóvenes de hoy día, probablemente fue exactamente lo contrario.

Una ráfaga de furia enrojeció las pálidas mejillas de Anna.

—¡Eso es absurdo! —dijo con vehemencia.

—Señoras —interrumpió Cyrus—. La razón de esta reunión es el matrimonio entre nuestra hija y su hijo. No perdamos más tiempo. ¿Puede arreglarse o no?

La boda entre Rafaella LeSerre Egerton y Eddie Mafair fue un deslumbrante acontecimiento social. Rafaella llevaba un espléndido vestido de novia de satén blanco y Eddie estaba muy apuesto.

La madre de la novia iba vestida de azul pálido y la madre del novio llamaba la atención de todos con su traje escarlata.

Las damas de honor, Odile y Fenella, estaban muy bellas con sus vestidos de color rosado y Rupert era el padrino.

La ceremonia tuvo lugar en una iglesia y la recepción, en el Hotel Govesnor House, donde Eddie había reservado una suite para pasar la noche de bodas. Al día siguiente viajarían a Acapulco.

Rafaella estaba muy nerviosa. No había podido pasar mucho tiempo a solas con Eddie, dado el apresuramiento de los preparativos para la boda; hubo dos cenas, en las que estuvieron presentes su madre y su padrastro, un té con Lady Elizabetta y un almuerzo con Eddie en San Lorenzo, donde él tomó mucho vino y no le dijo que la amaba.

No parecía un gran comienzo, pero tenían toda la vida por delante, y las cosas sólo podían mejorar.

La boda fue un desfile de cientos de rostros. Había muchas personas, pero ella sólo conocía a unas pocas. Al final del día, las mejillas le dolían de tanto sonreír.

Eddie se comportó impecablemente. No bebió y fue amable con todos. ¡Qué apuesto era! Con un escalofrío de placer, Rafaella supo que había hecho la elección correcta.

Eddie murmuró algo, pero no se despertó, afortunadamente, ya que Rafaella estaba demasiado exhausta para soportar su terrible conducta. Se cepilló los largos cabellos y pensó en su bebé, Jonathan o Jon Jon, como todos lo llamaban.

Su bebé... la única razón por la que Eddie y ella estaban juntos. La única razón por la que ella no podría dejarle nunca. Jonathan tendría pronto dos años y se parecía mucho a Kris Phoenix.

BOBBY MONDELLA

1979

«Te quieren en la portada de People. ¿Sabes lo que eso significa?».

«Las entradas de los conciertos de Inglaterra están agotadas. Sólo estuvieron a la venta tres horas».

«¿Puedes actuar en Washington el cuarto fin de semana de julio? La esposa del presidente lo ha pedido personalmente».

El estrellato.

¡Qué agradable sensación!

Bobby Mondella vivía en Los Ángeles en una mansión en Hancock Park, con once dormitorios con baño, varias salas de estar y un enorme jardín.

Vivía solo, excepto por seis criados y dos fieros pastores alemanes.

En la puerta estaban el Rolls Royce verde oscuro, el Porsche blanco y un Thunderbird del 59.

Cada vez que Rocket Fabrizzi iba a la ciudad, paraba en casa de Bobby. Rocket también era una estrella, una estrella de la cinematografía, pero desde su divorcio de Roman Vanders se había deshecho de sus posesiones y prefería andar por allí con sus dos maletas, pasando las noches en casa de sus amigos.

—¿Para qué quieres toda esta basura? —decía a menudo a Bobby—. No estás casado. No tienes hijos. No lo comprendo...

—¿Por qué no? puedo costearlo y me gusta.

—Creo que ha pasado mucho tiempo desde la época de Greenwich Village —dijo Rocket con un deje de nostalgia.

—Cuanto más lejos estemos de eso, mejor —respondió Bobby.

Bobby Mondella, tal como indicaban las predicciones de Marcus Citroen, se había transformado en una superestrella. Era un Stevie Wonder con más sex-appeal, un Michael Jackson con pelotas. Era un acontecimiento insólito, una estrella negra que había tenido un éxito inmediato entre los blancos norteamericanos. En los dos años que habían pasado desde su presentación en Hollywood, había editado dos álbumes, de los cuales habían salido siete singles de gran éxito. Eso era un suceso jamás oído. La mayor parte de las estrellas se daban por contentas si obtenían éxito en uno o dos singles.

Había recibido seis premios Grammy, otro éxito nunca oído en un plazo tan breve.

Todos decían que era el mejor, y eso le halagaba.

Rocket nunca le decía esas cosas, y cuando Bobby se quejaba por eso, su amigo reía:

—Hemos recorrido mucho juntos. Yo no te daré ni un poco de ese veneno, porque debes recordar de dónde venimos y no dejar que toda esa mierda te atrape. No significa nada y no dura.

Una vez cada seis semanas, Nova Citroen viajaba a la ciudad. Ella y Marcus tenían una propiedad en Bel-Air y acababan de comprar otra junto a la playa. Nova viajaba para mantener reuniones con los diseñadores y arquitectos. Marcus generalmente permanecía en Nueva York. Los Ángeles no le gustaba demasiado.

Nova había alquilado una pequeña casa en Malibú, con un nombre falso. Tenía una aventura con Bobby y era muy estricta respecto a mantenerlo en absoluto secreto. Durante sus breves estancias, pasaban juntos varias horas de auténtica lujuria. Ella era una mujer muy sensual, con gustos sexuales muy sofisticados. Bobby intentaba desalentar las retorcidas prácticas que ella prefería.

—¿No te gustaría tenerme a mí y a otra mujer al mismo tiempo? —bromeaba ella a menudo—. Lo puedo arreglar fácilmente. La mayor parte de los hombres se matarían por una oportunidad así.

—De ningún modo —respondió él—. Contigo tengo suficiente.

Ella solía sonreír y lo llamaba su amante suburbano.

—No creas —presumía Bobby en broma—. Soy una estrella y puedo tener a la mujer que quiera.

—Nunca lo olvides —decía ella muy tranquila—. Marcus crea las estrellas y puede destruirlas. Por ejemplo, si supiese algo acerca de lo nuestro...

Nunca tenía que decir más que eso.

A veces él pensaba que era una locura de su parte continuar con esa aventura, pero había algo en ella que lo tenía atrapado; necesitaba a Nova, esa mujer rica de alta clase, de cuerpo hambriento y personalidad fría. Ya no se trataba de una venganza contra Marcus. Era mucho más que eso. Ella era diferente de todas las mujeres que había tenido... las que iban detrás de una estrella, ansiosas de cualquier muestra de interés.

Cuando Nova no estaba en la ciudad, él se obligaba a sí mismo a salir con otras mujeres. Se veía con una tonta actriz que pronunciaba mal las eses y a la que todos consideraban bella, y con una feminista negra de cuarenta años.

Rocket, en cambio, no salía con nadie.

—A veces prefiero reservarme —decía cuando Bobby intentaba conseguirle una cita— y ponerlo todo en una actuación.

Bobby en el fondo pensaba que Rocket todavía no había olvidado a Sharleen, pero ya era tarde. Ella acababa de anunciar su compromiso con un diseñador de ropa muy conocido de Nueva York. Se decía, además, que ella y Marcus seguían viéndose. Bobby hacía ya mucho que había perdido el contacto con ella. Se había dado cuenta

de que la vida era demasiado corta como para vivirla en función de otra persona.

Rocket se paseaba por la habitación, mientras Bobby terminaba de vestirse. Los habían invitado a la inauguración de la nueva discoteca de Nichols Kline en Beverly Hills, y ninguno de los dos podía resistir la tentación de volver a ver al antiguo patrón del Chainsaw.

A Nichols le había ido muy bien. Era el promotor de conciertos más importante de la Costa Oeste y había abierto Nichols Hit City, una compañía discográfica de gran éxito. Ahora inauguraba Nichol's, para satisfacer su ego.

Bobby llevaba un traje blanco imaculado, mientras que Rocket lucía un cuidado desaliño con su chaqueta a rayas y su camisa blanca.

—La extraña pareja —dijo Nichols recibiendo en la entrada y abrazándoles con exagerada familiaridad.

Los sentó a su propia mesa, en la que había caviar, champaña y muchas mujeres hermosas, y cogió del brazo a Bobby.

—Escúchame, Bobby, he de hablar contigo. Esto puede hacernos millonarios a ambos. Tenlo por seguro. ¡Tengo algo increíble para ti!

KRIS PHOENIX

1979

Doktor Head era un personaje muy pintoresco. De unos treinta y cinco años, altísimo y robusto, tenía un cabello rojo salvaje que le caía hasta los hombros, los ojos permanentemente inyectados en sangre y un tic muy llamativo, que daba la sensación de estar haciendo en cada momento guiños obscenos.

Era ciudadano norteamericano, pero trabajaba en Inglaterra desde hacía diez años. Había ido allí con Nellir y los Knockers, un grupo femenino al que representó durante tres años. Cuando Nellie decidió hacerse monja y el grupo se disolvió, él se hizo cargo de la carrera de Michael Hollywood, un joven solista. Con la supervisión de Doktor Head, el muchacho ascendió rápidamente, y esa combinación de representante y artista funcionó muy bien durante años.

Michael Hollywood murió en un accidente de avión en 1974, cuando estaba en la cima de su carrera. Doktor Head nunca se perdonó por no haber estado en el avión. Durante cuatro años, vivió en una vorágine de drogas y bebida. Cuando entró en la sala donde los Wild Ones habían fijado la audición para seleccionar a un músico que reemplazara a Ollie con su nuevo descubrimiento, una mujer teclista a la que había bautizado Fingers, estaba sobrio desde hacía cuatro semanas.

Kris estaba cogiendo una lata de Coca-Cola de una máquina, cuando vio al extraño dúo. Pensó que Doktor Head era el músico, y decidió hacerle el favor de decirle que no se presentara.

—Hola, amigo.

Doktor Head le miró con sus ojos exaltados.

—¿Dónde puedo mear? —preguntó.

Kris estaba cansado. Había sido un día muy largo y ninguno de los músicos que había escuchado valía la pena. Irritado, respondió:

—No sé.

—En ese caso —respondió Doktor Head, con un guiño irrefrenable— daré a esta planta un regalo de vida.

Se desabrochó el pantalón y dirigió su espeso chorro de orina a una planta colocada en una gran maceta cerámica.

Fingers, la chica norteamericana de tejanos gastados y camisa desteñida, bostezó. Evidentemente estaba acostumbrada a sus excentricidades.

—Bien —dijo Kris—, puedes mear donde quieras.

—Gracias —respondió Doktor Head, subiéndose la cremallera de los pantalones con expresión satisfecha.

—Escucha —añadió entonces Kris—. No te molestes en presentarte a la audición.

Eres demasiado viejo. Aunque fueses el mejor teclista del mundo, no tienes el aspecto que buscamos.

—Me alegra que me lo hayas dicho.

—Bueno, al menos has podido mear —bromeó Kris, y volvió con los demás, que estaban viendo a un joven granujiento que asesinaba a *Dirty Miss Mary*.

Media hora más tarde, Fingers saltó al escenario, decidida a demostrar lo que sabía hacer. Se sentó al piano, y comenzó a tocar rock and roll.

—¡Mira eso! —gritó Buzz—, y es una chica...

Terence volvió a la vida. Saltó, diciendo:

—No estamos probando chicas, querida...

Fingers le hizo un gesto grosero y comenzó a tocar «*Skinny Little Slider*».

Tenía un gran talento, un hecho que Terence parecía ignorar.

—¡Suficiente! —gritó—. No tenemos tiempo que perder. ¡El siguiente!

—Espera un poco —dijo Kris—. Es buena.

—¡Qué importa! —dijo Buzz—. Lo que menos necesitamos en una maldita mujer.

Kris no había pensado en eso, pero ¿por qué no, si era sensacional?

Doktor Head irrumpió en escena, agitando los brazos.

—Si os interesa, debéis decidirlo rápido. No es barata, pero vale la pena.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Terence, que sentía la competencia de otro.

—Su representante —respondió Doktor Head, haciendo un gesto a Fingers para que detuviese su frenética ejecución. Luego entregó a Kris una tarjeta y le dijo—: Lláname, pronto.

Continuaron con las audiciones durante tres días más, y ningún postulante despertó el más mínimo entusiasmo. Kris seguía pensando en Fingers, con su aspecto bohemio y su talento. Averiguó el pasado de Doktor Head y quedó impresionado: tanto Michael Hollywood como Nellie y los Knockers habían sido grandes.

Sin decir nada a los demás, llamó a Doktor Head, quien tranquilamente le informó que había cambiado de opinión. Pensaba que los Wild Ones no era el grupo apropiado para Fingers.

Kris se quedó perplejo.

—¿Estás loco? —preguntó azorado.

—Eso dicen —respondió—. Pero estar loco es sólo un estado mental, ¿no es cierto?

Se encontraron para tomar una copa en una taberna. Kris bebió mucho, mientras que Doktor Head sólo ingirió leche tibia, con la que se manchaba continuamente la barba roja. Dio un largo discurso sobre la búsqueda del estrellato en el mundo del rock and roll y los peligros de la bebida y de las drogas en general.

—Yo sobreviví a la década de los sesenta —dijo con satisfacción—. Mucha gente de ese ambiente no lo logró.

Entonces procedió a relatar la historia de cómo había adquirido el nombre de Doktor Head. Al parecer en esa época era famoso por los cortes de cabello que practicaba a sus damas, especializándose en cierta parte inferior de sus anatomías.

—Fueron días maravillosos —suspiró—. ¡Ah! Los sesenta...

—¿Qué va a hacer entonces Fingers? —preguntó Kris, evitando todo contacto visual con la camarera, que al parecer deseaba algo más que un autógrafo.

—Hay un nuevo grupo, llamado La Misión. Creo que voy a representarlos, y Fingers se unirá a ese grupo. Tiene sólo dieciocho años y un gran futuro.

—Entonces —dijo Kris, incrédulo—, ¿crees que Fingers tendrá un futuro mejor con esos desconocidos? Vamos, amigo... Nosotros ya somos grandes.

—En Inglaterra.

—Y en Alemania.

—Sin duda también en Holanda.

—Sí, y en Finlandia y Dinamarca.

—Felicidades —dijo Doktor Head secamente—. Y si seguís con Terence esto es lo más lejos que vais a llegar. Ya deberíais haber conquistado América hace varios años.

—Háblame de eso —dijo Kris, acariciándose la barbilla—. Estados Unidos no debe ser fácil.

—Sobre todo si tenéis un representante que os perjudica.

—¿Qué?

—Que Terence os ha engañado.

—De ningún modo. Él siempre ha hecho lo mejor para nosotros.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Recuerdas *Lonesome Morning*?

—¿Cómo olvidarla? Fue nuestra primera grabación.

—Y un gran éxito de Del Delgado.

—Fue la distribución —dijo Kris—. Él la tenía y nosotros no.

—En absoluto. Fue vuestro representante el que os perjudicó. Hizo un arreglo con la compañía norteamericana y ellos impidieron que vuestra versión llegara al mercado.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Kris, furioso.

—Todos en el negocio lo saben. Pregunta, pregúntale a tu productor de esa época. ¿Cómo se llamaba? Sam...

—Sam Rozelle.

—Pregúntale. Él te dirá la verdad. A él no le gustó.

Cerraron la taberna y se fueron a casa de Kris, donde hablaron hasta casi las cuatro de la madrugada.

Al día siguiente Kris fue a ver a Sam Rozelle y supo la verdad. Terry Terence los había vendido y habían perdido lo que pudo ser un gran éxito.

—No tenía suficiente fe en vosotros —le dijo Sam, demasiado incómodo para mirarlo a los ojos—. Él hacía todo lo que Marcus Citroen le decía. Estoy seguro de que ahora lo lamenta.

—Lo va a lamentar.

Sin vacilar, organizó una reunión en su casa y contó al resto del grupo lo que había sucedido, añadiendo que ya iba siendo hora de librarse del señor Terence.

—El viejo se ha portado bien con nosotros —dijo Buzz—. No me parece justo.

En realidad a Buzz le gustaba que lo prefiriese a él y que lo tratase como a un dios.

—Él no nos está viviendo. No nos permite conquistar Norteamérica. Necesitamos a alguien que conozca bien el tema.

—¿Quién? —preguntó Rasta, encendiendo un porro.

—Sí, ¿quién? —se plegó Buzz.

—Doktor Head —anunció Kris, confiado.

—¡Al diablo! —exclamó Buzz—. ¿Y a ése quién lo conoce?

—Debemos confiar en él —dijo Kris—. Él está donde nosotros queremos estar. Creedme. Yo sé cuándo algo huele bien.

Después de una larga batalla, Doktor Head se hizo cargo del grupo. Fingers se unió al grupo y Terence, disconforme con el arreglo financiero, decidió presentar una fuerte demanda judicial.

A Kris no le importó. Estaba seguro de que la decisión era acertada, y en pocas semanas Doktor Head firmó un contrato con una nueva compañía discográfica llamada Nichols Hit City. El contrato aceptaba todas sus propuestas.

La noche antes de viajar a Nueva York para conocer a sus productores, Kris fue al apartamento de su madre.

Horace estaba frente al televisor, viendo Los Ángeles de Charlie. Sus hermanas habían salido y Avis se sentó en la cocina a beber interminables tazas de té fuerte azucarado. Sonriendo a su hijo menor, le impartió algunos consejos útiles. Parecía más vieja de lo que era y estaba muy cansada.

Kris le dio mil libras en billetes nuevos de diez. Había planeado ese gesto durante semanas.

—No necesito tu dinero —dijo ella apartándolo—. Guárdalo tú. Lo necesitarás.

Esas palabras lo afligieron mucho. ¿Para qué iba a necesitar el dinero si estaba en camino de hacer una fortuna? ¿Acaso no tenía fe en él?

—Tómalo —insistió él—. Ya habrá mucho más.

—Bueno... —dijo ella dubitativa—. Tal vez Brian necesite ayuda.

—¡Al diablo con Brian! Es para ti.

—Bueno, lo guardaré para un caso de apuro —decidió finalmente.

Al menos había aceptado algo. Desde hacía un año, él le estaba pidiendo que dejara de trabajar, pero Avis no quería escucharlo. Decía:

—No puedo abandonar a la gente.

Él hubiese querido decirle: Madre, tú limpias su basura, no eres neurocirujano. Pero no le dijo nada. Ella tenía sus razones y él las respetaba.

—Entonces... supongo que te veré dentro de unos meses —dijo Kris, deseoso de marcharse de allí antes de que llegaran sus hermanas. Odiaba las despedidas.

—América —dijo ella con un suspiro—. Una vez conocí a un norteamericano. Era tan agradable... Tenía unas uñas preciosas y muy brillantes.

—Era un ganador.

—Creo que yo también le gustaba. Me propuso ir a vivir a Nebraska, ¿dónde queda eso?

Kris no quería escuchar más confesiones de Avis.

—Tengo que irme ahora. Estaré en contacto.

Kris se despidió sin pena de Londres. Tenía veintinueve años y no había tiempo que perder. Su futuro era América y estaba dispuesto a aprovecharlo.

RAFAELLA

1979

—Me gustaría trabajar —dijo Rafaella—. Sería una ayuda y podría conocer gente.

—¿Qué diablos crees que puedes hacer? —preguntó Eddie—. ¿Y quién cuidaría del bebé? Si estás pensando en mi madre, olvídale. Ella no es maternal. Lo sé muy bien.

—Eddie, me estoy volviendo loca siempre encerrada en este apartamento, donde sólo puedo hablar con tu madre. En Duke Street hay una galería de arte. El propietario ha puesto un anuncio pidiendo a alguien para trabajar allí. Yo entiendo de pintura. Podría hacerlo fácilmente.

—No.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eres mi mujer. Fue tu elección. Y mi mujer no trabajará.

—Yo quiero hacerlo.

—Peor para ti.

Ella le miró. Tenía los ojos demasiado pequeños y las mejillas hundidas. ¿Cómo pudo alguna vez considerarlo atractivo?

¡Dios! En qué trampa había caído. Estaba casada con un hombre a quien no amaba. Debía permanecer todo el día en ese apartamento con su suegra porque él había perdido todo el dinero que su padrastro le había dado, y habían tenido que dejar su propia casa rápidamente. Eddie amaba el juego. Ésa era su única y verdadera pasión.

A ella le daba vergüenza contárselo a su madre. Ni siquiera contaba la verdad a Odile y a Fenella. Les decía que la vida de casada era magnífica y que vivían en la casa de Lady Elizabetta porque estaban buscando casa propia.

Mentiras. Puras mentiras. La vida de casada era espantosa, y lo había sido desde la primera noche que habían pasado juntos en la suite del Hotel Grosvenor House, después de la ruidosa fiesta.

—Me siento tan feliz. Es como un sueño maravilloso, ¿verdad, Eddie? —Rafaella flotaba en la suite nupcial con un deshabillé blanco, los cabellos sueltos y una sonrisa en los labios.

Eddie había pedido servicio en la habitación y en cuanto éste llegó, se bebió tres vodkas antes de desvestirse.

Rafaella fue a la cama, y esperó a su marido. Sexo legal, ¡no podía contenerse!

Eddie se quedó en calzoncillos. Tenía un extraño cuerpo lampiño, con una gran cicatriz que iba desde el pecho hasta el ombligo.

—¿Cómo te hiciste eso?

—Uno de estos días, cuando seas una chica grande, te lo contaré.

Ella extendió los brazos. Ignorando el gesto, él cogió un periódico.

—Eddie —murmuró ella suavemente—. Es nuestra noche de bodas.

Él apartó cuidadosamente el periódico y la miró con una expresión fría.

—¿Quieres decir que deseas que te monte de nuevo? ¿Acaso la primera vez no nos trajo suficientes problemas?

Por un momento ella no pudo entender sus palabras. Luego imaginó que estaba bromeando.

—No seas malo —le dijo.

—¿Eso es lo que consideras ser malo, querida?

Sin la menor advertencia, él saltó sobre ella, le rasgó el camisón y dejó al descubierto sus pechos. Entonces, con estudiada crueldad, se inclinó y le mordió uno de los pezones.

Ella gritó de dolor.

—Esto es ser malo —dijo entonces con una sonrisa amarga—, ¿no es verdad?

Por un momento ella permaneció quieta, demasiado azorada para responder.

Entonces, en un supremo esfuerzo, ella lo golpeó con la rodilla entre las piernas.

Furioso, se retorció agarrándose los testículos.

—¡Vaca inmunda!

—Creí que jugábamos a los malos.

—Uno de estos días te mostraré realmente cómo se juega. Apártate, puta.

No fue precisamente el comienzo ideal de una relación.

La luna de miel en Acapulco fue un desastre. El lugar era bello, pero eso fue lo único. Eddie bebía durante todo el día y por la noche jugaba. Rafaella se consolaba pensando que con el nacimiento del bebé él cambiaría.

De regreso a Londres las cosas empeoraron y antes de que se mudaran a casa de Lady Elizabetta, ella había llegado a odiar a su marido, pero no sabía cómo escapar de él.

—Jon Jon no se parece a Eddie —dijo Odile, sentándose a su ahijado en las rodillas—. Tampoco a ti. ¿A quién se parece? ¿A tu madre? No. ¿A tu padre? En absoluto. Probablemente a algún marinero que olvidaste mencionar.

—A la Marina Mercante entera —respondió Rafaella, mientras su corazón latía con fuerza.

Por suerte nadie se había enterado de su aventura de una noche con Kris Phoenix en la parte trasera de su coche. Ni siquiera lo sabía Fenella. Ella se había sentido avergonzada de su comportamiento y no se lo había contado a nadie. Además, cuando supo que estaba embarazada, no se le había ocurrido pensar que el niño podría ser de Kris.

Ahora, mirando a Jon Jon, no cabía duda alguna en su mente. Era igual que la famosa estrella del rock. La misma nariz, los mismos ojos, la misma boca. Hasta tenía el mismo cabello ceniciento.

¡Dios! ¡Qué capricho del destino!

Odile miró la sala atestada de cosas y preguntó:

—¿Cuándo te mudarás de aquí y tendrás tu propia casa? ¿No es desagradable vivir con su madre?

—No es tan malo. Y no estaremos aquí durante mucho tiempo —mintió Rafaella—. Todas las semanas salimos a ver casas.

—Espero que encuentres una pronto.

—Yo también.

—Estás demasiado delgada. ¿Estás segura de que todo va bien? —preguntó Odile, preocupada.

Rafaella se puso en pie, y se alisó el vestido de cachemira azul. Si Odile hubiese visto los cardenales que cubrían todo su cuerpo, habría sabido que las cosas distaban de estar bien, pero Rafaella respondió:

—Por supuesto. No podría ser más feliz.

—¡Bien! —dijo Odile, poniéndose también en pie—. Creo que el pequeño Jon Jon se ha hecho pis. ¿Quieres cambiarle?

Rafaella cogió al bebé y lo apretó contra su pecho. Estaba contenta de que no fuera de Eddie. Algún día el mundo lo sabría.

BOBBY MONDELLA

1979

La voz de Aretha Franklin llenaba la discoteca. Cantaba *Respecto*. Nadie lo hacía mejor.

La pista de baile estaba atestada de parejas en distintas etapas de acercamiento. El humo llenaba el aire y el champaña fluía libremente.

—¡Qué lugar! —exclamaba Nichols, mirando orgullosamente su palacio Art Déco con fantásticos juegos de luces—. Es un local de gran clase, ¿no?

—Sí —acordó Bobby.

—Mucho mejor que el viejo Chainsaw —alardeaba Nichols.

Bobby bebía su copa de champaña y asentía. Todavía estaba pensando en el ridículo ofrecimiento de Nichols Kline. Bueno... tenía que ser ridículo. Nichols le ofrecía la tierra y el cielo, además de la luna y las estrellas. Era increíble.

Por supuesto, él diría que no, tenía que decir que no después de todo, él tenía un contrato con Blue Cadillac.

—No hay problema —había dicho Nichols, imperturbable—. Tengo buenos hombres de negocios en mi compañía. Ellos te comprarán Blue Cadillac. Sólo tienes que darme tu palabra.

—Lo pensaré.

Dejaría el asunto así.

Ahora Nichols estaba jugando al gran anfitrión, llevándoles él mismo todo lo que pudieran necesitar, y tratando incluso de empujar hacia ellos a cualquier buscona disponible.

—Este tipo ya era una basura antes —murmuró Rocket, irritado—, y lo sigue siendo. Creo que ha llegado el momento de irse, ¿qué dices, Bobby?

—Cuando quieras.

Pero ya era tarde. Una cámara de televisión estaba sobre ellos y Nichols les decía:

—Vamos, muchachos. Hacedme un pequeño favor. Por los viejos tiempos. Decid que éste es el mejor local en el que habéis estado nunca.

Nichols transpiraba profusamente con sus pantalones marrones de cuero y su camisa rosada, adornada con una colección de cadenas de oro macizo que pendían de su cuello. Los rizos de color de orín habían desaparecido dando lugar a una lustrosa calva. La nariz de Capitán Garfio se había afilado aún más. Tenía cuarenta y siete años y seguía siendo un semental, aunque había cambiado a sus chicas de una noche por una inglesa rubia con fuerte acento suburbano y tetas blandas.

—Ésta es Pammy —la había presentado orgullosamente—. Estamos comprometidos a comprometernos.

Pammy Booser era una supuesta fotógrafa, antes modelo de desnudos (sólo tetas y trasero, nada de fotos porno). Ella avanzaba sobre cualquier hombre que hubiese en las inmediaciones cada vez que Nichols se volvía.

Nichols estaba encantado con ella porque pensaba que había encontrado una dama de gran clase y muy inteligente. Ella decía de sí misma que era escritora, pero en realidad lo único que había escrito era un poco de pornografía acerca de la prostitución masculina (había probado tres) para una revista. En otra época había frecuentado la homosexualidad femenina, el sexo colectivo, los deportes acuáticos y todo lo imaginable, y ahora había decidido escribir acerca de esas cosas, pero, como en realidad no sabía escribir, hacía que Nichols le pagara todas las facturas.

En ese momento en realidad no sabía si decidirse por Rocket o por Bobby. Finalmente se decidió por Rocket, porque pensaba que a la larga una estrella de cine era una mejor conquista que una estrella del rock.

Mientras entrevistaban a Bobby, ella dijo al oído de Rocket:

—Debes saber que no soy propiedad privada de Nichols.

En realidad a él no le interesaba en absoluto. Sólo su voz podía espantar a alguien. Además, no era ninguna pollita. Había recorrido un largo camino.

—Vete —dijo él—. No compro cosas usadas.

—Encantador —le espetó ella.

Él la fulminó con la mirada, e hizo una seña a Bobby para indicarle que era el momento de irse.

En ese instante la reportera de televisión se dirigió a él.

—Por favor —le pidió—. Sólo unas palabras. Es muy importante para mí que usted aparezca en mi programa.

Era negra y bonita, justo su tipo. Aceptó.

Sonriendo, Bobby se dirigió a los lavabos de hombres, donde recibió una sorpresa al descubrir a Seymour, el rey de la Sala Privada del Chainsaw.

—¿Cómo estás, hombre? —preguntó con auténtica alegría.

Seymour, que tenía ya sesenta y tantos años, movió la cabeza respetuosamente.

—Buenas noches, señor Mondella. Cualquier cosa que necesite, dígamelo. Estoy aquí para servirle.

El viejo no le recordaba. Y realmente no tenía por qué hacerlo. Habían hablado muy pocas veces. Seymour era el rey de la planta alta, mientras que Bobby era tan sólo un gordito que atendía las masas. Le gustó el hecho de que Nichols hubiese vuelto a colocar a Seymour después de tantos años. Indicaba cierto tipo de lealtad.

Antes de irse, le dio al viejo un billete de cien dólares, recordando cuando Jefferson Lionacre había hecho lo mismo con él, dándole ese dinero en un momento particularmente duro de su vida. Nunca había olvidado esa noche, ni las palabras alentadoras que le había dicho: «Hoy estás aquí, mañana el mundo puede ser tuyo».

Cuánta razón tenía el famoso cantante.

—Muchísimas gracias, señor Mondella —dijo Seymour.

Cuando salió de allí se topó con Pammy Booser, que trataba de hacer parecer casual el encuentro.

—Bobby —dijo alegremente, como si fueran amigos de toda la vida—. ¿Por qué no vamos a un lugar tranquilo tú y yo?

Era una buscona burda y barata.

—¿Y qué hay de Nichols? —preguntó él, intrigado por cuál sería su respuesta.

—Él —dijo ella despectivamente— se las puede arreglar sin mí por una noche — y lanzó a Bobby una mirada hambrienta—, o más, depende.

Mujeres... ésta era realmente una pesada.

—No, estaba pensando en la fidelidad —dijo—. Nichols te es fiel. ¿Por qué no aprendes tú?

Cuando volvió a la mesa, Rocket se había esfumado con la reportera.

—Dice que te llamará mañana. ¡Qué velocidad!

—Siempre la tuvo.

—Sí. ¿Recuerdas a él y a Sharleen? Mira lo que sucedió con ella —dijo Nichols, entusiasmándose con su helado de crema de chocolate—. ¿Sabes algo? El Chainsaw fue como un criadero de talentos. Tú, Rocket, Sharleen... ¡Qué equipo!

Bobby asintió, aunque no recordaba que ellos hubiesen sido un equipo feliz.

—Creo que inspiré a todos a llegar lejos —suspiró Nichols con satisfacción.

—Tú me despediste.

—No.

—Desde luego que lo hiciste. Tienes mala memoria.

—Lo hice por tu bien. Mírate ahora.

—Muchas gracias.

—A la que más recuerdo es a Sharleen —dijo Nichols lamiéndose lascivamente los labios—. Tenía un trasero tan jugoso... No olvidaré lo que hice con ella tres horas seguidas.

—¿Qué? —preguntó Bobby, sintiendo frío en la espalda.

—Me acosté con esa chica durante más tiempo que nunca con una mujer. ¡Mierda! Hubiese necesitado un camión frigorífico para enfriarme el miembro.

—¿Cuándo? —preguntó Bobby, convencido de que mentía.

—¿Cuándo? ¡Qué sé yo! Supongo que cuando comenzó a trabajar para mí. —Y añadió introduciendo más helado en su boca—: Siempre fue una chica ambiciosa. Sabía que lo haría. Ahora ni siquiera atiende al teléfono. Yo quería que viniese esta noche. Así hubiéramos tenido una reunión completa.

El pensar en Sharleen con Nichols le revolvió el estómago. Ya no quería escuchar más.

—Oye —dijo, levantándose—. Lo de esta noche ha sido muy interesante, pero ahora mismo tengo una cita con mi almohada. Mañana grabamos.

Nichols parecía decepcionado.

—¿Te vas? ¿Tan temprano? Todavía no ha comenzado la fiesta.

—Pues tendrá que comenzar sin mí.

Abandonando su helado, Nichols se levantó y tomó una mano de Bobby entre las suyas.

—Muchacho. Eres un verdadero amigo. Te agradezco mucho que hayas venido hoy. Y no te pierdas. ¡Wendy! —llamó a una camarera alta, con un traje de lamé ajustado—. Ve a la recepción y trae el carnet de socio del señor Mondella. Y asegúrate de que lleve el número uno.

—Debo irme —dijo Bobby.

—Sí. Un minuto. ¿Dónde está Pammy? Seguramente querrá despedirse. —Detuvo entonces a otra camarera—. ¿Dónde está la señora Booser?

—No lo sé, señor Kline.

—Búsquela y tráigala aquí.

—Sí, señor Kline.

—Bobby —dijo Nichols inclinándose hacia él—. Piensa en mi oferta. Es la mejor. Nosotros somos los mejores. ¡Seríamos una combinación perfecta!

—Seguro —dijo Bobby, que ya estaba harto del ruido, del humo y de las revelaciones de Nichols.

Apareció entonces Pammy, con la sonrisa bien puesta. Nichols nunca sabría todo lo que había hecho ella durante su ausencia de diez minutos.

—Adiós —dijo ella con un gesto afectado.

—¡Qué muchacha! —exclamó Nichols pellizcándole la mejilla.

Bobby salió de allí, fue en su limusina a casa y se acostó con un vaso de whisky al lado. Poco después se revolvía en la cama, no conseguía dormir. Había sido una noche perturbadora. Demasiados recuerdos. Demasiados tiempos pasados. Tendría que levantarse y tomar una ducha tibia. Sólo así se sentiría mejor. Finalmente se durmió.

LOS ÁNGELES, 1987

Sábado, 11 de julio

—No concedo entrevistas —dijo Kris, imperturbable—. De ningún modo. Puedes meterte a los reporteros por el culo.

—Muchas gracias, señor Phoenix —respondió con educación Norton St. John—. Si tuviese espacio suficiente, me encantaría.

Kris no pudo evitar una sonrisa, después de todo se trataba de un compatriota inglés, y siempre había tenido una debilidad por los gays. No es que hubiera pensado nunca en unírseles, pero la mayoría eran inteligentes e instruidos, y sabían más acerca de lo que ocurría en el mundo que el resto de la población. Además, a ellos les gustaban mucho sus grabaciones. Hasta tenía un club de admiradores gays en Dinamarca.

—Mira —dijo tratando de explicarse—. Lidiar con los reporteros no era parte del trabajo. Díselo, Halcón.

—Como quieras, Kris —dijo suavemente—, aunque con el lanzamiento del nuevo álbum y de la película en ciernes no vendría mal. Es un acontecimiento muy importante. Además, estoy seguro de que Bobby Mondella y Rafaella harán declaraciones.

—Seguro que las harán —dijo Norton en tono confidencial, aunque en realidad no había recibido una respuesta afirmativa de ninguno de los dos. Sus maneras seguían siendo correctas y frías... pero ¿qué diablos diría a ese selecto grupo de periodistas si no conseguía que ni una sola de las estrellas contestase a sus preguntas?

—Yo me reuniré con ellos —sugirió Cybil—. Me adoran. No quiero parecer poco modesta, pero desde que aparecí en la portada de esa revista no quitan sus ojos de mí.

—No —dijo Kris mientras cogía un racimo de uvas.

—¿Por qué? —protestó Cybil.

—Porque he decidido verlos. Les concederé diez minutos. —Y añadió dirigiéndose a El Halcón—: Y fijaré algunas reglas. No contestaré ninguna pregunta acerca de los Wild Ones, Buzz, Doktor Head o ella —concluyó, refiriéndose a Cybil.

—¿Por qué no hablas de mí?

—Porque a mis admiradoras no les gusta.

—¡Qué ridículo!

—Probablemente a todos esos cabrones que miran tus fotografías tampoco les guste. Ser soltero es sexy. Aprendí eso hace ya mucho tiempo. —Cogió otro racimo de uvas de la fuente y se lo introdujo entero en la boca—. Una vez vi hacer esto en una película francesa. Es el único modo de comerlas.

El Halcón no pareció ofenderse por las desagradables maneras de su estrella. Las

estrellas de rock eran todas iguales. Chicos de la calle con mucho dinero para gastar y pésimos modales.

Norton St. John soltó un pequeño suspiro.

—¿Puedo sugerir que lo hagamos ahora? Los periodistas están reunidos.

—Está bien. Halcón, ven conmigo. Tú, Cybil, no muevas tu trasero de aquí.

Ella estuvo a punto de discutir. Las chicas de oro de California siempre se salían con la suya. Esto no era justo.

Maxwell Sicily volvió a su puesto sin que nadie hubiese notado su ausencia de más de veinte minutos.

Chloe lo encontró enseguida.

—Rápido —le dijo, cogiéndole por la manga con ansiedad—. Bobby Mondella está ensayando. Ven a verlo.

—Estoy trabajando —dijo él, apartando la mano de la mujer.

—Está bien. Puedes tomarte un recreo de diez minutos.

Esa mujer era una lata. Más valía que dejara de molestarle. De ningún modo iba a permitir que arruinase sus planes.

—Será mejor que te enteres de algo. Soy un hombre casado.

—Y tu mujer no te comprende —dijo ella sin vacilar.

—Sí me comprende.

Una sombra de decepción atravesó su rostro regordete, pero no la detuvo.

—No veo el anillo de boda.

—Ninguno de nosotros cree en símbolos —respondió Maxwell, ya furioso.

—Apuesto a que tampoco creéis en certificados de matrimonio. En tu currículum decía que eras soltero. ¿Qué es esto? ¿Uno de esos matrimonios hippies?

Realmente esa mujer merecía que la estrangularan.

—Supongo que así lo llamarías tú.

Chloe sonrió, con una expresión pícaro.

—Bueno, George, déjame decirte algo. Mientras no sea legal, eres libre de hacer lo que quieras. Y ahora, vamos a escuchar el ensayo. Es una orden de la dirección.

—Es sensacional —suspiró Trudie, mientras observaba a Bobby Mondella, cuya mágica voz llenaba el aire.

—Sí, realmente lo es —murmuró Rafaella.

—Creo que ésta es su primera actuación en público desde el accidente.

Rafaella asintió.

—¿Lo conoce?

—Lo conocí en un tiempo.

¿Qué clase de respuesta es ésta? O conoces a alguien, o no le conoces.

—Bueno —dijo Trudie—. En realidad, yo nunca he oído antes uno de sus conciertos, pero me han dicho que es un gran cantante. Supongo que ahora habrá tenido que cambiar eso.

Rafaella no se molestó en responder. Se sentía demasiado feliz por verle de nuevo. Tenía muy buen aspecto. Gracias a Dios, Bobby era un superviviente.

Speed no podía creerlo. ¡Qué mala suerte! Había ido a parar justamente a una calle en la cual el casero de una gran residencia, aprovechando la ausencia de los patrones, que se hallaban en Europa, había montado un burdel con tres menores ilegales. La calle estaba llena de policías que querían atraparlos a todos: al casero, a las prostitutas, hasta a los clientes. Y él entraba en esa categoría.

Finalmente, después de horas de preguntas estúpidas, le permitieron llamar a un abogado. Él conocía a uno que era un águila. Cobraba un dineral, pero era rápido.

—Sáqueme de aquí —suplicó por teléfono.

—Estoy en medio de una reunión familiar —dijo el abogado, preguntándose cómo un cliente de baja categoría como Speed se las arreglaba para obtener el número telefónico de su casa.

—Me importa una mierda si usted está con el presidente. ¡Sáqueme de aquí! —gritó—. Le pagaré el doble, el triple, ¡pero haga algo!

*Siento el calor
De una mujer
Y entonces... te veo a ti.*

Bobby cantaba la canción con el menor esfuerzo posible, reservándose para la actuación; sólo quería comprobar que los excelentes músicos que había contratado tenían todo bajo control y que los instrumentos sonaban bien. Sara le había dicho que Rafaella quería escuchar su ensayo.

—Está bien —había aceptado Bobby. Alguna vez tenía que enfrentarse a la gente, y ese día era tan bueno como cualquier otro.

Se sentía fuerte y en forma. Preparado para todo.

Afortunadamente, ya había pasado la primera prueba: el enfrentamiento con Nova. Había sido breve y no demasiado agradable.

Sara no había hecho ningún comentario. Se había limitado a sacarle de allí rápidamente en cuanto él se lo había pedido. Él hubiese preferido que dijese algo. Cualquier comentario maligno habría sido mejor que su largo silencio lleno de

sufrimiento. Todos esos pensamientos cruzaban por su mente mientras cantaba mecánicamente.

¿Acaso Nova estaría también allí, escuchándole?

«Hombre, deja de pensar en ella».

¿Estaba por allí Marcus? ¿Ese hijo de perra lo observaba también?

Trató de concentrarse en la música. No era tan sencillo.

Vicky estaba disfrutando de la actividad frenética y el barullo general. Trabajar como criada en Novaroen había sido estúpido hasta ese día. Ahora, si respiraba hondo ya percibía el aroma de la libertad. Lo primero que iba a hacer cuando saliese de allí sería maquillarse, ponerse su mejor ropa y conseguirse un hombre.

Bobby Mondella estaba ensayando. ¡Qué voz! ¡Qué hombre! Algo así no le vendría mal.

Sonriendo para sí, divisó a Maxwell Sicily con una rechoncha pelirroja agarrada del brazo. De pronto, su pensamiento se desvió hacia otro lugar. Maxwell nunca le había mencionado que hubiese alguien más involucrado. ¡Maldita sea! ¿Por qué sentía entonces esa oleada de celos?

—Voy a cambiarme —dijo Nova Citroen a su marido—. Nuestros invitados deben estar a punto de llegar. ¿Puedo sugerirte que tú hagas lo mismo?

Marcus le lanzó a su esposa una mirada penetrante. Ella seguía siendo una mujer extremadamente atractiva. No cabía ninguna duda acerca de eso. Aunque pasaba de los cuarenta no había perdido en absoluto sus encantos, esos encantos que lo habían atraído hacía ya muchos años en Hamburgo.

Si el mundo supiese lo que la elegante señora Citroen era cuando él se había fijado en ella... Una puta. Una puta muy bien pagada y muy hábil. Una maestra en su arte.

La primera vez que se acostó con ella fue una experiencia casi religiosa. Ella le permitió una libertad mental que hasta ese momento todas las demás mujeres le habían negado. Lo alentó a dejar salir sus fantasías con un abandono del cual él mismo nunca antes se había sentido capaz. Y él disfrutó de cada instante.

Cuando volvió a visitarle al día siguiente, le propuso un delicado intercambio de roles. De algún modo ella se daba cuenta exactamente de lo que él necesitaba, y esa vez él se transformó en un maestro del dolor y ella se comportó con el grado exacto de angustia controlada.

Pasó una semana con ella, pensando que eso sería todo, pero, al regresar a Norteamérica, se dio cuenta de que no podía apartarla de su mente. Nadie lo había satisfecho nunca de la manera en que Nova lo había hecho.

Por supuesto, en esa época ella no se llamaba Nova. Su cabello era oscuro, y su nariz no tenía la delicada forma actual. Además, era mucho más robusta.

La llevó a París, donde la instaló en un discreto apartamento y la hizo ver a distintos expertos en belleza, especialistas en distintas áreas.

Contrató además a un profesor de idiomas y a una discreta dama inglesa, especializada en etiqueta. Hizo intervenir a toda clase de expertos, desde maestros de pintura hasta conocedores de vinos.

El único tema en el que ella no necesitaba aprender nada era en el sexo. Cuando se trataba de complacerle, su instinto le indicaba siempre lo correcto.

Se casó con ella exactamente dieciocho meses después de su primer encuentro. Para entonces, ella se había convertido en una dama.

Era lo que él siempre había deseado: una dama en la sala, y una puta en el dormitorio. Había conseguido reunir en ella lo mejor de ambos mundos.

Ahora deseaba conseguir a Rafaella. Y Marcus Citroen conseguía siempre lo que deseaba.

KRIS PHOENIX

1981

—Aquí hay más gatitas de clase alta dando vueltas de las que yo nunca hubiera imaginado —dijo Buzz, entusiasmado—. Y lo están pidiendo, casi lo ruegan. ¿Qué vamos a hacer, amigo? Tengo un solo miembro.

—Sí —dijo Kris, mirando la imagen de su amigo reflejada en el espejo de la habitación del lujoso hotel de Chicago—. Y me asombra que todavía funciones, con el trabajo que le das.

Buzz rió con su satánica carcajada, y se llevó la mano a la frente.

—Perdón, se me olvidaba que estoy en presencia del Señor Santo. Se espanta en cuanto te fumas un porro.

—No me interesan las drogas —dijo Kris—. ¿Quieres que lamente no estar todo el tiempo volando como tú? Algunas veces me rompes los nervios. Todo lo que quieres es drogarte y follar.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—Sí. Que te dediques a ensayar. El otro día en Boston tocaste como un aficionado en su primera actuación.

—¡Mierda!

—Piensa en ello.

—¡Tonterías! Nos hicieron el mejor comentario de nuestra carrera en el maldito Newsweek. Los yanquis se mean por nosotros. Somos superestrellas. ¿No era eso lo que tú querías?

Como para desafiar a Kris, sacó un sobre de cocaína del bolsillo de su chaqueta de cuero y distribuyó varias hileras de polvo. Luego enrolló un billete de cien dólares y con él fue inhalando el polvo con gran satisfacción.

Kris se volvió. Sabía lo que le estaba sucediendo a Buzz. No necesitaba mirar.

Fama mundial.

Fama en Estados Unidos.

Éxito.

Adulación.

Sí. Ahora lo tenía todo, todo lo que él siempre había soñado. Sí, deseaba permanecer siempre unido a otras tres personas, al Doktor Head y al entorno cada vez más grande de quienes les rodeaban.

Los Wild Ones.

Un supergrupo.

Con un poder de atracción que los situaba entre los Beatles —ya hacía mucho disueltos— y los Rolling, que aún tocaban cuando querían.

Los Wild Ones.

Triunfaban en todas partes.

Kris Phoenix, un atractivo rockero con una presencia carismática sobre el escenario, una voz salvaje y un toque mágico en su guitarra.

Buzz Drake. Inspirador de una cohorte de admiradoras. Los norteamericanos adoraban sus miradas diabólicas y su genialidad en la guitarra.

Rasta Stanley. Negro. Gracioso. Sexy.

Y Fingers. Una mujercita con un genuino talento para el rock.

«No podíamos haber reunido nada mejor —pensaba Kris—. Somos la mezcla que todos estaban esperando».

Buzz levantó el cuello de su chaqueta de cuero y se dirigió hacia la puerta del cuarto de baño.

—Voy a participar de la fiesta —dijo—. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

«Tal vez —pensó Kris».

Cuando obtuvieron el primer éxito en Norteamérica, él, al igual que los demás, enloqueció. Desde Nueva York a Los Ángeles, pasó despreocupadamente por las camas de un sinnúmero de admiradoras que no tenían nada más en la cabeza que el deseo de acostarse con una estrella del rock. Una vez en la cama, ella dejaba caer con indiferencia que conocían a muchos famosos: «Cuando estuve en San Francisco con Nick...», «Keith fue el mejor...», «David es el mejor ser humano que he conocido...».

Buzz y Rasta se desmadraron; nunca tenían bastante. En cambio, tras el primer entusiasmo, Kris se cansó de tener a cuanta mujer se le ocurriese. Prefirió quedarse con los técnicos viendo la televisión y bebiendo cerveza. La televisión norteamericana lo fascinaba. Había montones de canales y transmitían las veinticuatro horas del día. Horace hubiese muerto de un ataque cardíaco. En Inglaterra sólo había tres canales y la transmisión finalizaba antes de la medianoche, con un periodista que se despedía del público: «Buenas noches. Que duerman bien».

¡Al diablo!

Desde que había llegado a América había visto un par de veces a Sharleen, pero no era lo mismo. Finalmente ella le había dicho que era mejor que no siguieran viéndose.

Hubiese sido agradable salir a caminar, pero era imposible. Había cientos de admiradores de ojos ávidos y apetitos voraces. Los técnicos y los chóferes podían contar mucho acerca de esas adolescentes que hacían cualquier cosa para conseguir un pase.

Buzz y Rasta habían desarrollado toda una técnica para escoger a las chicas que les gustaban entre el público. Durante la actuación hacían señas a alguien del personal que estaba de pie junto al escenario y le señalaban a las mujeres que les

gustaban. Éste, a su vez, hacía una seña a otro empleado situado entre el público. Cuanto terminaba el concierto, las chicas estaban reunidas en una habitación, esperándoles. Las sobras se distribuían entre el personal y las muchachas parecían perfectamente satisfechas. Estaban encantadas de que al menos hubiesen reparado en ellas.

Kris no sentía ningún interés en participar en este tipo de diversión. El sexo ya no le atraía. ¿No era entonces posible una relación auténtica? Alguien a quien Kris Phoenix le interesara como persona, no como estrella. El superdios vestido de cuero negro con la guitarra roja entre las piernas. Lo que él necesitaba era alguien que realmente se interesase por él.

América. La habían conquistado.

Pero él no se sentía realizado o satisfecho.

Rasta llamó a la puerta.

—¿Vienes o no?, aquí está Mikki. Dice que le prometiste esta noche.

Michelle Hanley-Bogart, de la ciudad de Nueva York. Tenía veintitrés años y se autotitulaba reina de las fans. Según ella, coleccionaba citas con las estrellas desde la tierna edad de trece años.

—Querido —afirmaba orgullosa—, tú no eres una estrella hasta que Mikki lo afirma.

Se decía que ella no mentía. Se había ido a la cama con todos los grandes. Una vez que te acostabas con Mikki, ya no había límites para la fama.

Buzz quería una cita con ella, pero desde que se había unido a los fans, en Filadelfia, ella sólo había tenido ojos para Kris.

Era bella e infame, y él se encontró finalmente atrapado.

Mikki esperaba pacientemente, y en tanto lo hacía, informaba al equipo de cómo obtener las mejores chicas y cuáles eran los locales más divertidos. Mikki hubiese sido una excelente guía turística. Lo sabía todo.

Buzz se sentía herido porque no lo había escogido. Podía compartir con él un porro, pero nada más.

—Espero a Kris —dijo ella, cuando Buzz comenzó a presionarla. El asunto se había transformado en una broma pública. Todos se preguntaban cuándo se decidiría Kris.

Él le había prometido que sucedería en Chicago, y ahora se sentía como un novio reticente.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? —preguntó Rasta.

—Una danza matrimonial de la tribu —respondió Kris, y regresó al mundo.

La fiesta estaba muy animada. En el estéreo, se escuchaba música de The Temptations. Corrían el vino, la cerveza y el champaña. Había una gran cantidad de parejas en una avanzada etapa de acercamiento, y los porros circulaban como dulces.

Buzz parecía sepultado entre dos exuberantes rubias. Flower se había quedado en Londres, pero, aun cuando hubiese estado allí, no habría puesto objeciones. El sexo en grupo era su deporte predilecto.

Mikki estaba tranquila, de pie junto al estéreo, con un minivestido color turquesa, medias haciendo juego y botas negras. Su cabello, sujeto por detrás. Tenía un aspecto virginal. Parecía que no lo hubiera hecho en su vida.

Kris sonrió. Inevitablemente la chica le gustaba. Tenía una tremenda personalidad. Siempre alegre, siempre divertida. De no ser porque se había acostado con todo un catálogo de rockeros, habría sido buena para una relación permanente.

—Hola, estrella —dijo ella, con una voz que contradecía su inocente figura.

¿Por qué no cerrar los ojos y pensar en su Inglaterra? No era tan difícil.

RAFAELLA

1981

Hacía ya muchos meses que Rafaella pensaba en escapar. Sólo seguía allí por Jon Jon, que ahora era un robusto niño de cuatro años. La vida era una continua serie de escaramuzas. Tenía que estar todo el tiempo en guardia, para prevenirse contra los terribles arrebatos de cólera de Eddie y sus repentinos actos de crueldad. Bajo su cama, ella tenía una caja de cuero con una daga turca, uno de los pocos recuerdos que le quedaban de su padre. Una vez la cogió y le amenazó. Él cesó entonces de golpearla. Parecía una buena manera de contenerle.

—No te atreverías a usar eso —la desafió él.

—Sólo prueba —respondió ella.

Los golpes cesaron, pero no el abuso verbal, ni tampoco el juego.

Lady Elizabetta evidentemente estaba al tanto de lo que sucedía, pero no decía nada. Ellos se habían mudado a un apartamento en Chelsea, adonde ella iba de tanto en tanto para ver a su nieto y criticar. Anna, la madre de Rafaella, sospechaba que las cosas no iban bien, pero Rafaella se negaba a decir la verdad. Era demasiado orgullosa. Después de todo, el matrimonio había sido idea suya, y admitir la derrota, aun en familia, le resultaba humillante.

Cuando Odile le dijo que Eddie no era perfecto, Rafaella admitió que estaban intentando arreglar las cosas.

En realidad, Eddie era un sádico, jugador y bebedor. Y Rafaella finalmente había llegado a la conclusión de que las cosas no iban a cambiar. Ya le había dado más de cuatro años de su vida. Con eso era suficiente.

Abandonarle no iba a ser sencillo. Él dependía del dinero de Lord Egerton para el juego, y aunque nunca se había hecho cargo del trabajo que éste le había ofrecido, a Eddie le gustaba saber que la oportunidad estaba allí.

No, evidentemente Eddie no se tomaría bien su partida. Él sostenía que amaba a su hijo, aunque en realidad ella nunca había visto ninguna evidencia de ello. Ignoraba a Jon Jon y se quejaba agriamente cuando el niño hacía demasiado ruido o desordenaba el apartamento.

A Rafaella no le importaba. «No es tu hijo, pensaba triunfalmente». Ésa era la afortunada jugarreta del destino.

La vida sexual entre ellos era inexistente. Cuando se acostaban juntos, era un simple desahogo físico, y en lo que se refería a Rafaella, ni siquiera satisfactorio. Al principio había intentado hablar con él, hacer algo por la relación.

—Es lo que tú quisiste —fue toda su respuesta—. Tú lo impusiste, así que no te quejes, porque ya es demasiado tarde.

Era cierto. Pero ahora ella era mayor y sabía más. Tenía la vida por delante y en cuatro años le había dado oportunidades más que suficientes.

Odile y Rupert sorprendieron a todos con la noticia de su repentina boda en Río de Janeiro. Odile telefoneó para dar la buena nueva.

—¡Es maravilloso! —exclamó Rafaella—. ¿Por qué no se lo dijisteis a nadie? Mamá se enojará y lo mismo hará tu madre. Sabes que ellas adoran las bodas con grandes fiestas.

—Precisamente eso es lo que queríamos evitar. ¡Soy tan feliz! Queremos que vengas a visitarnos y que traigas a Jon Jon.

—Me encantaría —dijo Rafaella, pensando que tal vez ésta fuera la oportunidad que ella esperaba desde hacía tanto tiempo. Rupert hacía dos años que vivía en América del Sur, donde trabajaba en un gigantesco proyecto de ingeniería.

Brasil. Él hablaba con entusiasmo de ese país.

Brasil. Podía ser el escape perfecto.

—¿Cuánto tiempo piensas estar fuera? —preguntó Eddie.

«Para siempre, pensó».

—Tres semanas.

—Es demasiado tiempo —dijo él, saboreando el tercer brandy después de la cena.

—Está muy lejos —respondió Rafaella, con cautela—. No puedo ir de paseo y volver.

—¿Y quién va a ocuparse de mí mientras tú no estés?

—Te las compondrás.

—Ya lo sé —respondió él, petulante—. ¿Pero por qué debo hacerlo? Me he casado contigo para eso.

—Gracias —dijo Rafaella, reafirmando su decisión de no volver.

Hizo el equipaje con cuidado, llevándose sólo sus cosas favoritas. No quería que él sospechase.

Mientras acababa la última maleta, él entró en la habitación y la observó.

—Te estás llevando demasiadas cosas para tres semanas —dijo, acusador.

El hálito alcohólico de su aliento golpeó la cara de Rafaella, que con voz queda dijo:

—Te dejo, Eddie. No volveré.

Por un segundo él la creyó, pero luego se echó a reír. Estaba convencido de que ella no podía vivir sin él. Se lo había dicho en numerosas ocasiones.

—Si quisiese librarme de ti, no lo lograría —dijo él con inmodestia—. Cuando me forzaste a casarme contigo fue una condena a cadena perpetua, ¿verdad, querida?

«Eso es lo que tú quisieras», pensó ella, pero dijo ingenuamente:

—Sí.

—Ven aquí.

Automáticamente ella se apartó.

—Te he dicho que vengas aquí.

—Estoy cansada.

—¡Ah! Ahora es «Eddie, estoy cansada». Recuerdo cuando nunca parabas de protestar porque no hacíamos el amor todo lo que tú querías.

—Es sólo que...

—¿Es sólo que qué, querida?

La rodeó por la cintura, y apretó con fuerza los labios contra los de ella. Ella hubiese querido gritar. Tantas veces había deseado su atención, tantas noches de soledad, tantas de frustrados intentos que comenzaban bien y acababan con sus ataques de crueldad...

Ahora él parecía controlado. No estaba bebido como para adoptar ese estilo. Ella podían sentir su erección presionando con insistencia entre sus muslos, y sus manos hurgando bajo la blusa.

«Eddie, pensar que una vez fuiste mi amante soñado. ¿Qué sucedió?».

A pesar de sí misma, ella empezó a responder a sus caricias. Sus necesidades físicas borraron el pasado, y ella se abrió a la pura pasión mientras él le hacía el amor.

Con perfecta precisión hizo que ambos llegaran al orgasmo al mismo tiempo, besándola en la boca al mismo tiempo, murmurando palabras nunca antes oídas, de gran amor y ternura.

—Eddie —susurró ella, llena de confusión. ¿Podría ser que finalmente, después de tanto tiempo, él se hubiese conmovido?

No. Rotundamente no. Era sólo un cuento de hadas, pero ella se durmió llena de dudas, preguntándose si dejarle sería la decisión correcta.

Por la mañana él la despertó a besos. Volvió a hacerle el amor, despertándole nuevas sensaciones.

—¿Qué sucede? —preguntó Rafaella, asombrada.

—Me he dado cuenta de lo mucho que te voy a echar de menos —respondió él besándole el rostro—. Vuelve pronto, querida.

Jon Jon estaba en casa de la madre de Rafaella. Ella había quedado en que se encontraría con ambos en el aeropuerto. Su madre no sabía nada de su decisión de quedarse en América del Sur. Nadie lo sabía, de modo que no era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Eddie insistió en llevarla al aeropuerto. Se ocupó del equipaje y la acompañó al salón VIP, donde se puso a jugar con Jon Jon, haciendo que el niño emitiera gritos de gozo.

Anna sonrió. Estaba feliz de ser testigo de una escena familiar tan alegre. A veces dudaba de la felicidad del matrimonio de su testaruda hija, pero hoy se sentía

tranquila.

Cuando anunciaron el vuelo, Eddie llevó a Rafaella a un rincón apartado y le dijo: —Yo nunca he sabido expresar mis sentimientos positivos. Pero algo sucedió cuando supe que te ibas. Sé que a partir de ahora voy a ser diferente contigo. Confía en mí, querida. Regresa pronto a casa. Ya empiezo a echarte de menos.

Cuando se sentó en el avión, listo para despegar, Rafaella sufrió una crisis nerviosa. ¿Qué estaba pasando? Atravesaba la mitad del mundo para huir de qué. Parecía demasiado bueno para ser cierto, pero Eddie se mostraba realmente cambiado.

«Vete por tres semanas y regresa», le decía la razón. Pero otra voz le gritaba:

«¡Quiero estar con él ahora!».

«Olvídalo y espera a ver qué pasa», le dictaba la sensatez.

El avión comenzó a carretear.

«Demasiado tarde, nena».

Tres horas más tarde seguía en el avión, que no había podido despegar por razones técnicas. Los pasajeros estaban alterados e impacientes. Cada media hora les prometían el despegue. Jon Jon estaba nervioso y callado, lleno de excitación.

Rafaella le preguntó a una azafata:

—¿Puede decirme exactamente qué sucede?

—Ojalá pudiese. Nosotros sabemos tanto como ustedes.

Finalmente hicieron un anuncio oficial. El avión no despegaría, y ofrecían a los pasajeros distintas alternativas. Todos desembarcaron.

Rafaella se dirigió a un diligente empleado y le preguntó si podía tomar el mismo vuelo al día siguiente.

—Por supuesto —respondió, admirando a esa mujer tan hermosa.

—Guárdenme entonces mi equipaje y háganme las reservas —dijo entonces, apresurándose a tomar un taxi, con Jon Jon corriendo contento tras ella.

Después de volver a dejar a Jon Jon en casa de su madre, se llevó el Aston Martin de su padre y, feliz, condujo hasta Chelsea. Cuando llegó a su apartamento era aún temprano, pero ya había oscurecido. Había tenido todo el día para repensar las cosas y se alegraba de tener otra oportunidad para estar con su marido antes de las vacaciones. Ya había decidido que así sería. Se tomaría unas vacaciones. Un descanso. Y en tres semanas ambos estarían preparados para recomenzar su matrimonio.

Introdujo la llave en la cerradura y oyó el sonido de Manhattan Transfer, uno de sus grupos favoritos. Cuando entró en el apartamento, la música cambió a Lou Reed.

Era gracioso. Eddie nunca escuchaba música. Tampoco encendía velas, y sin embargo el comedor estaba inundado de pequeñas velas negras colocadas en candelabros Art Déco.

Inmediatamente se dio cuenta de que él estaba con alguien y se le revolvió el estómago.

Resueltamente se dirigió al dormitorio, decidida a enfrentarse a otra mujer.

«Vete, no tienes nada que hacer aquí».

«¿Por qué habría de hacerlo?».

«Porque él no merece la pena».

Entró en el dormitorio y sintió un escalofrío.

La mujer no era una mujer. Era un hombre de cabello claro, rostro aniñado y cuerpo lampiño.

—Disculpa —dijo al muchacho—. ¿Podríamos tener un poco de intimidad?

Eddie no dijo una palabra.

BOBBY MONDELLA

1981

Bobby Mondella llegó a la boda de Nichols Kline con Pammy Booser en una limusina Mercedes con cristales polarizados y a prueba de balas y tres guardaespaldas.

—Cuando eres una estrella —había decidido—, debes vivir la vida. Es lo que el público espera.

Y el público realmente lo adoraba.

Llevaba un traje de cuero negro, una camisa de seda blanca al estilo ruso y un abrigo largo colocado como al descuido sobre los hombros. Lo acompañaba Zella Raven, una altísima artista negra, con un cuerpo digno de la página central de Playboy. Zella llevaba altas botas ajustadas.

Los fotógrafos y los cámaras de televisión enloquecieron cuando los vieron en la casa de Pacific Palisades, donde tenía lugar la fiesta. Ellos les dedicaron ocho segundos, y siguieron su camino, rodeados de los guardaespaldas.

Por esto le gustaba presentarse en público con Zella. Siempre hacía lo más adecuado, daba la imagen adecuada. Además, Nova se ponía furiosa. Era una especie de venganza.

Nova Citroen. Esa mujer había llegado a dominarle, pero ahora se estaba apartando lentamente de ella. Había decidido que, si ella no podía comprometerse de ningún modo, todo terminaría entre ellos. ¡Por todos los diablos! Él ahora era una estrella, una superestrella. Ya no era el muchacho inseguro que ella había conocido. Era hora de que se diese cuenta.

Bobby Mondella, treinta y un años, símbolo sexual, rico, apuesto, poderoso.

Sí, poderoso, ya que junto a la gran fama había sobrevenido la posibilidad de hacer lo que quisiera. Él decía «salta» y la gente saltaba. Contaba un chiste y todos se reían. Pedía una pizza a las cuatro de la madrugada y se la llevaban. Señalaba a una mujer —a cualquiera— y habitualmente la conseguía.

Sí. Podía tener lo que quisiese y a quien quisiese. Menos a Nova Citroen. Ella compartía su cama de vez en cuando, pero pertenecía a Marcus Citroen, y hasta el momento no había dado señales de querer cambiar la situación.

Él sabía que eso sucedía porque ambos pertenecían a Marcus Citroen. Ella, por el matrimonio; él, por su contrato.

El contrato podía romperse. Bobby llevaba meses reuniéndose con los abogados de Nichols Kline para encontrar la manera. Después de todo, Kline le ofrecía mejores condiciones de las que él nunca había tenido con Blue Cadillac. En Blue Cadillac él era un desconocido. Ellos lo habían descubierto y lo habían lanzado al estrellato. Con

Hit City no tenía pasado. Para ellos era una superestrella internacional, y el contrato reflejaba exactamente eso.

—No existe un contrato que no pueda romperse —había dicho Arnie Torterelli, uno de los socios de Kline—. Si quieres irte de allí, déjalo en manos de nuestros abogados. Te liberarán. No habrá problemas.

Ahora el día se acercaba y Bobby estaba listo para volar.

Sólo esperaba que Nova se decidiese a volar con él.

La boda de Nichols con Pammy era verdaderamente ecléctica: un grupo muy variado de invitados, que iban desde directores de banco y magnates industriales hasta estrellas del rock y todo tipo de representantes de la vida hollywoodense. Ninguno de los novios parecía tener familia. El padrino de Nichols era un viejo amigo de Miami, Carmino Sicily, un hombre de unos cincuenta años con siniestra mirada y cabellos grises. Bobby recordaba haberlo visto con Nichols hacía muchos años en el Chainsaw. Tenía ese tipo de rostro que resulta difícil de olvidar.

—Mira a ese individuo —susurró Zella, mientras Nichols y Carmino ocupaban sus sitios frente al juez de paz, que se disponía a celebrar el matrimonio civil en el jardín de la casa de Arnie Torterelli.

—Es el rey de la droga de Miami. El pez más gordo.

Bobby asintió, aunque en realidad no la creía. Zella siempre presumía de saberlo todo acerca de todos, pero a veces se equivocaba.

El aspecto de Zella era sensacional, pero su charla no le interesaba. En toda su vida sólo había deseado realmente a dos mujeres. Una había sido Sharleen, la otra era Nova. Desdichadamente, con Sharleen nunca había pasado de ser amigo, y aunque Nova y él eran amantes, hasta ahora ella se había mostrado reticente y había manejado la relación en sus propios términos.

Pero ya era suficiente. Pronto tendría que elegir.

Pammy Booser apareció del brazo de Arnie Torterelli, meneándose sobre sus tacones de aguja, vestida de blanco. Detrás de ella venía una fila de muchachas, demasiado mayores todas, muy entusiasmadas con la oportunidad que allí tenían.

—Nada de elegancia —murmuró Zella. A veces tenía razón.

Nichols y Pam fueron declarados marido y mujer y comenzó la fiesta.

Como era la primera vez que se casaba, a los casi cincuenta años procedió a emborracharse. Los numerosos invitados habían ocupado el área entoldada del gran jardín de la casa de Torterelli. Sentados a mesas redondas saboreaban la cena, consistente en ensalada de langosta, y ternera en salsa de crema. Bobby fue colocado en la mesa principal, con la esposa de Arnie a un lado y Zella al otro. Arnie se sentó al lado de Zella y junto a ellos Pammy Nichols. La dama de honor, que debía de haber sido bella, totalmente drogada, estaba junto a Carmino Sicily, que le tocaba la

rodilla. Para completar la mesa habían sentado a una impresionante cantante negra, de grandes pechos y poderosa voz; a su marido, también presente y a Kris Phoenix, estrella de Hit City, la compañía de Nichols. Éste estaba con una muchacha llamada Mikki.

Zella se sentía encantada de estar sentada junto a Kris Phoenix, pero no podía esperar a informar a Bobby que Mikki era una famosa fan.

—Me asombra que no se haya acostado contigo.

—Tal vez esta noche tenga suerte —respondió él secamente, mientras tendía al camarero su vaso de bourbon para que lo llenase de nuevo.

—Tendrás que pasar sobre mis tetas y mi trasero —bromeó Zella, amenazadora.

Después de la cena hubo baile, y en medio se pronunciaron varios discursos. Primero habló Arnie, luego su esposa y finalmente Carmino Sicily, cuya voz monocorde casi hizo dormir a los presentes. Pammy permanecía de pie, en actitud hipócrita. Nichols, bebido y sentimental, era realmente un hombre feliz.

—Por mi adorada novia —dijo levantando el brazo en un último brindis.

Tanto Bobby como Kris Phoenix se dieron cuenta de que Pammy tocaba subrepticamente a Carmino Sicily por debajo de la mesa. Sus miradas se cruzaron y ambos rieron.

Kris se inclinó sobre la mesa, tendió la mano a Bobby y le dijo:

—Encantado de conocerte, amigo. Soy un admirador.

—Me alegra saberlo —respondió Bobby—, porque es mutuo. Me gustan mucho tus canciones. En realidad me gustaría haber sido el autor de alguna de ellas.

—¿En serio? ¿De cuáles? —preguntó Kris, adulado y satisfecho.

—*Skinny Little Slider* es mi favorita. También *Lonesome Morning*, tiene reminiscencias de Otis Redding en sus comienzos.

—Ojalá.

—Lo digo sinceramente.

Kris no podía esconder su satisfacción. Éste era el tipo de reconocimiento que él realmente apreciaba.

—¿De verdad?

—Tienes talento.

—Es un gran elogio viniendo de ti.

Tan pronto como Zella y Mikki fueron al aseo, Kris se sentó al lado de Bobby. Enseguida se pusieron a hablar acerca de componer y cantar, de las influencias que habían recibido, de Sam Cooke y de otras leyendas. Cuando las muchachas regresaron, ellos estaban demasiado entusiasmados como para interrumpir la charla.

—Maravilloso —suspiró Zella y volvió su atención hacia Arnie. Si podía desbancar a su esposa, sería suyo para siempre.

Mikki descubrió a Del Delgado en el otro extremo del salón y se dirigió hacia

allí.

Pammy se encaminó a la pista de baile con Carmino Sicily, que introdujo sus huesudas manos bajo el vestido de la novia.

Nichols bailó con dos amigas de Pammy, incluida su dama de honor, quien susurró a su oído que si alguna vez se sentía solo, desdichado o simplemente excitado la llamase, ya que ella tenía la cura perfecta para esas enfermedades.

Mirando a su alrededor, Bobby decidió que si alguna vez se casaba lo haría totalmente en privado. Pero, en realidad, ¿quién necesitaba casarse?

—¿Has estado casado alguna vez? —preguntó a Kris.

—Una, amigo —respondió Kris, sonriendo—. Y con eso fue suficiente. Es una maldita institución.

—¡Exacto! —rió Bobby.

Y confirmaron su reciente amistad con un mutuo guiño de complicidad.

KRIS PHOENIX

1981

Para gran sorpresa de todos, Michelle Hanley-Bogart se transformó en una presencia permanente en la vida de Kris. Sucedió después de Chicago. Cuando llegaron a Nueva York, donde los Wild Ones debían tocar en el Madison Square Garden, ya eran inseparables.

—¡Dios! —protestaba Buzz, celoso—. Es una puta. Se ha acostado con todo el mundo menos con el Papa. Y si el Papa cantase, también lo hubiese hecho.

—Muy gracioso —respondió Kris—. Te da rabia porque no quiere saber nada contigo.

—Sí, acostarse con ella debe de ser como hacerlo con el mundo del rock and roll. Muy bien, amigo. Ella chuparía hasta la pintura del parachoques de un Cadillac del 58.

En Nueva York, Mikki presentó a Kris a su increíble círculo de amigos, que incluía un famoso diseñador de modas gay, una cantante de cabaret que aspiraba cocaína con el desayuno, una princesa europea en decadencia que vendía su nombre a una línea de cosméticos y a China Wallineska, su mejor amiga, una chica bajita, de abundantes cabellos rizados y curvas generosas.

China era artista y vivía en un desordenado ático del Greenwich Village.

—Da grandes fiestas —dijo Mikki—, y si le gustas, te pintará.

—¿Por qué piensas que me gustaría que me pintara?

—Porque es un honor. China es famosa, una especie de Andy Warhol femenina.

El Madison Square Garden era todo un desafío. El último single *Dirty Bits* habían alcanzado el primer puesto, y el último álbum, que llevaba el mismo nombre, estaban entrando en los comercios en enormes cantidades. Hit City, la compañía de Nichols, era quien los distribuía, y Kris estaba muy satisfecho con las ventas, aunque en realidad habría preferido que los Wild Ones estuviesen a cargo de uno de los grandes. Por ejemplo, Blue Cadillac.

Cuando se lo dijo a Doktor Head, el hombre rió.

—No podéis ir más arriba del número uno. ¿Cuál es la diferencia?

—Creo que la misma diferencia que hay entre conducir un Ford y un Ferrari —intervino Mikki—. Los dos automóviles te transportan, pero sólo uno lo hace con elegancia.

—Sí, así es —acordó Kris—. Eso es exactamente lo que trataba de decir.

Doktor Head miró a Mikki. Ya había tenido bastantes problemas con ella cuando, a los dieciséis años, se había unido a Michael Hollywood. Estuvieron juntos cinco meses y rompieron pocas semanas antes de la muerte de él.

A los dieciséis años ya era terrible. Ahora era insoportable. No había nada peor que una fan rica y con conexiones.

—Conozco a Marcus Citroen, el presidente de Blue Cadillac —dijo ella, como si leyera sus pensamientos—. Podría organizar una reunión.

—No —dijo Doktor Head, vehemente—. Yo puedo organizar cualquier reunión.

—Escucha —comenzó Kris—. Si ella conoce a Marcus Citroen... en realidad yo también le he conocido.

—Olvídalo —lo interrumpió Doktor Head—. ¿Quién crees que soy yo? Puedo contactar con Marcus cuando quiera. Pero ahora estamos en Hit City. Nuestros discos van a la cabeza, así que nos quedaremos donde estamos.

Luego miró a Mikki, que le devolvió la mirada.

—Y no olvides que prometiste aparecer mañana en la boda de Nichols Kline. Te he reservado un pasaje en el vuelo de Pan Am de mañana temprano.

—¿También a Mikki?

—Considerando que tenéis vuestros sexos pegados, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Y Buzz?

—Él no irá.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo a él.

—¿Tú vienes?

—Estarás aquí de regreso en veinticuatro horas. ¿Me necesitas para que te sostenga la mano, o puedo quedarme aquí para ocuparme de los negocios?

—Por lo que a mí respecta, puedes irte al diablo.

En el avión, Mikki comenzó:

—¿Cómo permites que tu representante te diga lo que debes hacer?

—Para eso está...

—No, él está para hacer lo que tú quieras.

—Pero no soy sólo yo. Está el resto del grupo...

—Sí, lo olvidaba... todo lo que haces debe dividirse en cuatro... Muy bonito.

—Es lo justo.

—¿Para quién? Tú eres el que realmente tienes talento.

—Somos un grupo.

—Escucha lo que te digo, Kris: tú eres la estrella. Tú escribes las mejores canciones. Tú las cantas. Realmente deberíais llamaros Kris Phoenix y los Wild Ones.

El sonrió. Le gustaba la idea, pero sabía que no cuajaría.

—Seguro que a Buzz le encantaría.

Pero Mikki no estaba dispuesta a ceder.

—¿Recuerdas a Diana Ross? Originalmente ella no era más que una de las

Supremes. Teddy Pendergrass era de Harold Melvin Blue Notes. Rod Stewart de Small Face y David Ruffin de The Temptations. ¿Debo seguir o has captado el mensaje?

Sí, captaba el mensaje. Claro y fuerte, y antes de llegar a Los Ángeles, se había dado cuenta de que ella tenía razón. Kris Phoenix y los Wild Ones. Sonaba bien, y tal vez lo mereciera. Él hacía la mayor parte del trabajo y recibía la mayor parte de cartas de admiradoras. Buzz permanecía ajeno la mayor parte del tiempo, demasiado drogado para trabajar en serio. Rasta tocaba sus tambores sin un talento demasiado sobresaliente. Fingers era buena. En realidad era excelente, pero nadie chillaba y se desesperaba por ella. Lo cierto es que Mikki tenía razón, y que cuando él regresase a Nueva York, insistiría en que su nombre precediese al de los Wild Ones.

—Y si no les gusta, puedes dejarlos y convertirte en solista.

Él no había pensado nunca en eso.

En la boda de Nichols Kline, Bobby Mondella lo llenó de entusiasmo. Ese tipo era fabuloso. Tenían mucho en común y aunque sus estilos eran completamente diferentes, sería estupendo poder hacer algo juntos.

—¿Dónde vives? —preguntó Kris.

—Aquí en Los Ángeles. Quizá tú y tu chica queráis venir a mi casa más tarde.

—Nos encantaría —respondió Kris, buscando a Mikki.

—Está hablando con Del Delgado —dijo Zella—. ¿Quieres que la avise?

Del Delgado. El enemigo. Del Delgado, el que hacía tiempo había tratado de hundir a los Wild Ones, y que ahora era un gran solista. Maldita puta. Kris se sintió furioso. Después de Willow él se había prometido no sentir nunca más celos por una mujer. Demasiado tarde, Mikki lo había atrapado. Ella constituía casi una adicción.

Se preguntaba si Delgado era parte de su pasado, o si tal vez lo tenía en mente para el futuro. ¡Maldición!

Zella se levantó.

—Le diré que la necesitamos aquí.

—No te molestes —dijo Kris, que no tenía ninguna intención de perseguirla—. Si quiere venir, lo hará.

—Sí —dijo Zella—. ¿Pero cómo sabrá que nos vamos?

—Lo sabrá —dijo él, levantándose al tiempo que Pammy Booser lo cogía por detrás.

—Kris Phoenix —pidió Pammy—. Debes bailar una pieza con la novia.

—No bailo este tipo de música.

—Una pieza —insistió ella, y no le dio oportunidad de rechazarla, mientras lo llevaba a la pista, donde se aferró a él y le susurró sugestivamente al oído.

Él trataba de distanciarse, pero ella parecía no darse cuenta.

—Siempre me has gustado, ¿sabes?

—Deja eso —dijo él con firmeza—. Acabas de casarte, ¿lo olvidas?

¡Qué pesada! Finalmente él se las ingenió para escapar, saludó a Nichols y encontró a Mikki en la mesa.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó con aire distraído, esperando que ella le diera alguna información.

—Bastante bien —respondió ella, cogiéndole del brazo—. Me ha dicho Zella que vamos a ir a casa de Bobby.

¿Por qué había tenido que liarse con una chica que había estado relacionada con todo el mundo del rock and roll?

Soy afortunado, pensó con ironía.

La casa de Bobby Mondella fue una revelación. Kris se quedó muy impresionado.

—¿Quieres decir que hay personas que viven así? —preguntó tras recorrer toda la mansión.

—Hazme recordar que no te lleve nunca a casa de mamá y papá —dijo Mikki.

—Sí, viejo —dijo Bobby—. Es el sueño de la estrella del rock hecho realidad. Tienes que tener una casa así y automóviles y piscina... No puedes perdértelo.

—Yo vivo en Inglaterra —reflexionó Kris—. Y después de pagar los impuestos, mis gastos y darle algo de dinero a mi familia, no tengo un penique.

—Debes estar bromeando.

—No olvides que mis ingresos se reparten entre los muchachos y Fingers. Y luego están los gastos de viaje, los abogados, mi ex mujer, mi hijo, los contables y el representante. La vida es difícil.

—¡Entonces muérete! —contestaron a coro Mikki, Zella y Bobby.

Pasaron el resto de la velada escuchando blues y compartiendo un par de porros. Escucharon a Sam Cooke, a Otis Redding, a Chuck Berry y a Jackie Wilson: todos los grandes de otros tiempos. Kris no recordaba haber disfrutado nunca tanto.

—Me alegra ver que puedes descansar —dijo Mikki mientras volvían al hotel en la limusina.

—¿Quién, yo? Siempre estoy descansando.

—No es cierto. Te pasas el tiempo preocupándote por algo: por Buzz, por tu hijo, por la grabación, por las fechas de los conciertos...

—¡Uf! Me ves como a un tonto neurótico.

—Lo eres.

—No. No lo soy.

—Sí, lo eres.

—Mikki, querida...

—¿Sí?

—¿Por qué no te callas y te dedicas a lo que sabes?

Ella se echó a reír.

—Me encanta un hombre así... que sólo piensa en el sexo.

—Ponte de rodillas.

—¿Y qué hay del chófer?

—Al diablo con el chófer. Él se las arreglará luego.

Por la mañana tenían que dejar el hotel a las nueve, para volar de regreso a Nueva York, y de allí dirigirse en limusina a un concierto en Filadelfia. Cuando faltaban diez minutos para las nueve, Mikki dejó caer la bomba.

—Yo no voy —dijo frunciendo su preciosa nariz.

—¿De qué hablas?

—Tengo cosas que hacer —dijo la muchacha, sin mirarle a los ojos.

—¿Qué diablos tienes que hacer?

—Asuntos de familia, inversiones... Debo ocuparme de mis cosas.

—Realmente no creo una palabra.

—Te veré en Washington —dijo ella, alisándose la falda.

Él sabía que Mikki había quedado con Del Delgado, pero decidió no pronunciar el nombre de ese tipo: no quería darle esa satisfacción.

—Haz lo que quieras —dijo, adoptando la táctica de la indiferencia.

Mujeres... ¡Al diablo con ellas! Él podía vivir sin toda esa mierda.

Volvió solo a Nueva York; actuó en Filadelfia, se acostó con unas gemelas; sorprendió a Buzz inyectándose heroína; le dijo a Doktor Head que a partir de ese momento serían Kris Phoenix y los Wild Ones. Terminó la gira en Washington pero Mikki no apareció, y voló de regreso a Londres.

Se avecinaban cambios. Podía olerlos en el ambiente.

RAFAELLA

1981

En seis meses Rafaella estaba instalada en Río de Janeiro, como si hubiese vivido allí toda su vida.

—Adoro este lugar —decía a Odile—. Nunca me iré.

Odile la escuchaba con una sonrisa. Ella estaba embarazada de su primer hijo y también se sentía muy feliz.

—Nunca digas nunca. Pero te diré algo. Si no fuese por la pobreza que nos rodea, yo tampoco quisiera dejarlo nunca.

Rafaella asintió. Era verdad. Una sociedad opulenta que vivía en una ciudad exquisita, pero rodeada del vecindario más terrible que se pudiera imaginar. Eran las favelas. Las fangosas laderas de los morros estaban atestadas de diminutas casuchas miserables. Allí vivían generaciones enteras hacinadas en pocilgas infestadas de ratas.

—Lo sé —acordó—, es chocante.

—Pero no es problema nuestro —suspiró Odile—. No debemos permitir que nos afecte.

—Posiblemente —dijo Rafaella, pero en el fondo pensaba que tal vez pudiesen hacer algo.

Cuando llegaron a Río de Janeiro, ella y Jon Jon vivieron durante seis semanas en la confortable casa de Odile y Rupert, pero enseguida comenzaron a buscar apartamento para ellos. Entonces ella telefoneó a su madre a Londres para decirle que se quedaría allí, y dio instrucciones a sus abogados para que iniciaran los trámites de divorcio de Eddie Mafair.

Anna se sintió más que aliviada.

—Yo notaba que las cosas no iban bien —dijo, comprensiva—, pero ¿por qué irte tan lejos? Hubiese bastado con que te mudaras al campo con nosotros.

Rafaella decidió que era demasiado complicado explicarle que necesitaba distanciarse, espacio para respirar. Por primera vez en su vida deseaba ser completamente independiente.

El dinero no era un problema. A los veinticinco años ella heredaría una buena suma de dinero de su padre, e incluso a los veintiuno, lograría que los abogados ingleses le adelantasen lo que necesitara.

Encontró un apartamento moderno y muy soleado, con una magnífica vista al mar, cerca de la playa de Copacabana, y se mudó allí junto a Jon Jon y una niñera inglesa que Anna le envió.

¡Por fin sería libre! No había tenido noticias de Eddie, lo que no la sorprendía.

¿Qué podía haber dicho él? Después de haberlo sorprendido in fraganti, difícilmente hubieran llegado a ponerse de acuerdo en algo.

—¿Qué sucedió? —insistía Odile en saber.

—No lo sé, ni me importa. Sólo que no quiero ver nunca más a Eddie.

—Hummm —dijo Odile—. Pero tendrás que permitirle que vea a Jon Jon.

—Veremos —dijo misteriosamente Rafaella, que sabía que no tendría que hacerlo.

Ella no reveló a nadie la homosexualidad de Eddie. Era un secreto, y en tanto que él no le causase ningún problema, lo seguiría siendo. Durante seis meses él había permanecido en silencio. Los trámites de divorcio se desarrollaban sin problemas.

En Río se hizo muchos nuevos amigos. Al principio frecuentaba un grupo de parejas jóvenes de Odile y Rupert, y rechazaba sistemáticamente a todos los solterones disponibles que Odile le presentaba. Sin embargo, pronto se sintió aburrida, y consiguió trabajo en una galería de arte, el mismo tipo de empleo que ella ya había deseado tener en Londres. Esto la llevó a conocer a personas diferentes: artistas, diseñadores, y coleccionistas. Muchos le resultaban interesantes y salió con algunos de ellos. Pero cada vez que un hombre deseaba algo más que charlar con ella, Rafaella daba el asunto por terminado.

La dueña de la galería, una dama divorciada de cuarenta años, le sugirió que probase con hombres mayores.

—Disfrutarás mucho más, querida. Un hombre maduro sabe cómo tratar a una mujer.

Un poco reticente, finalmente aceptó salir con Jorge Maraco, un hombre que por su edad hubiese podido ser su padre y se encontró cómoda en su compañía. No se lanzó sobre ella en la primera cita, lo que le resultó una novedad alentadora. Además, a su manera, era bastante atractivo.

En su segunda cita descubrió que era un industrial millonario, cuya esposa de dieciocho años se había suicidado cuatro años antes.

—Lo lamento —dijo—. Debe de haber sido terrible.

Seis semanas después, le dijo que quería casarse con ella.

—Ha llegado el momento de rehacer mi vida. Y tú, mi querida Rafaella, eres la mujer que necesito.

La negativa de ella le sorprendió. Era un hombre habituado a salirse con la suya. Comenzó entonces a perseguirla abiertamente, enviándole regalos carísimos, que ella devolvió sin excepción, y docenas de rosas rojas todos los días, que daban al apartamento de Rafaella una deliciosa apariencia festiva.

—¿Qué sucede? —preguntaba Odile, ansiosa—. Sabes que se trata de un hombre muy importante.

—Y muy agradable —decía ella sinceramente—. Pero no es para mí.

—Creo que es demasiado viejo. He oído decir que tiene una hija de nuestra edad.

—La edad no importa.

—Sí que importa.

Una semana más tarde Odile dio a luz a su primer hijo, una niña de cuatro kilos y medio y ojos azules. Rupert necesitó mucho apoyo. Estaba terriblemente nervioso, sobre todo cuando al regresar del hospital a su casa descubrieron que la niñera que habían contratado no tenía experiencia.

—¿Qué vamos a hacer? —se lamentaba Odile.

—No os preocupéis —dijo Rafaella—. La niñera de Jon Jon vendrá a trabajar con vosotros, y yo me quedaré con la vuestra. Después de todo Jon Jon se pasa la mayor parte del día en la guardería y ya no necesito una niñera.

Era una solución muy sensata. Todos estaban contentos excepto Jorge, que no cesaba de preguntar a Rafaella quién era esa muchacha que tenía en casa cuidando a Jon Jon, sin experiencia ni referencias.

—No hay problema —respondía Rafaella—. Su tía trabaja con el socio de Rupert.

—Pero no es eficiente —decía él secamente.

La chica se llamaba Juana. Menuda y callada, trabajaba muy duro, limpiando el apartamento y cuidando a Jon Jon, que enseguida la aceptó. Vivía en casa de Rafaella de lunes a viernes, y los fines de semana se iba a su casa. Para Rafaella eso era perfecto. Los fines de semana prefería estar sola con su hijo, llevarlo a la playa y jugar con él.

Jorge Maraco seguía cerca de ella, esperando pacientemente llegar a ser algún día algo más que un atento acompañante. Ella conoció a su hija Cristina y a muchos de sus amigos, y solía visitarle en su mansión fuertemente custodiada. Jorge tenía pánico a los secuestradores. Con él, Rafaella se sentía muy segura. Él la protegía de todo el mundo. Posiblemente cuando obtuviera el divorcio se casaría, ¿por qué no?

Ella nunca se había acostado con él, y él tampoco la presionaba. Era un hombre paciente, y estaba dispuesto a esperar.

Tanto Odile como Rupert se oponían a esta relación.

—Es demasiado viejo para ti, ¿estás loca? Tú no necesitas su dinero. ¿Qué es lo que te atrae de él?

Un lunes Juana no se presentó. El miércoles Rafaella estaba preocupada, ya que no sabía cómo localizar a la muchacha. Sólo sabía que ella y su familia vivían en la favela.

—Tienes suerte de que se haya ido —dijo Jorge—. ¿Qué te robó?

—Nada —replicó ella—. No la juzgues así.

—No entiendes nada, querida —dijo él pomposamente—. Robar es un modo de vida para esa gente. Para ellos no significa nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he vivido cerca de ellos toda mi vida.

—Entonces es una vergüenza que no hayas hecho nada para ayudarles, con todo tu dinero y poder. Creo que el contraste entre la pobreza y la riqueza en este país es una vergüenza.

—¡Oh! Ya veo. Y crees que sabes de lo que estás hablando...

—Sé lo que veo.

—Y probablemente ves sólo lo que quieres ver.

Enseguida se enzarzaron en una violenta discusión, y finalmente Jorge se fue de su apartamento.

Ella preparó la cena para Jon Jon, lo bañó y lo metió en la cama. Ese niño de cabello rizado y brillantes ojos azules era su vida, su futuro. Todo lo que ella hiciese tenía que ser lo mejor para él.

Por un momento su mente viajó a esa fría noche en Londres, hacía ya cuatro años. Kris Phoenix, la típica estrella de rock que sólo se interesaba en sí mismo. Un paseo por Berkeley Square en la limusina. Sexo caliente, rápido. Y su vida había cambiado...

Quizá casarse con Jorge no fuera una idea brillante. Quizá debía primero intentar hacer su vida.

Sonó el timbre, y ella, pensando que se trataba de Jorge, que venía a disculparse, no se molestó en ver quién era.

Abrió la puerta y se encontró frente al hombre más apuesto que jamás hubiese visto. Era un brasileño de su misma edad, con cabello negro, largo y rizado, ojos verdes, y una boca que pedía que la tocasen. Llevaba tejanos, una camisa de trabajo y zapatillas de deporte.

Durante unos instantes se mantuvieron en silencio, mirándose. Era evidente que él estaba igual de impactado que ella. Ella se tocó instintivamente el cabello, que llevaba sujeto en una cola de caballo.

—¿Es usted la señora LeSerre? —preguntó finalmente el muchacho.

Recobrando la compostura, ella asintió. En cuanto había podido se había librado del apellido Mafair.

Él sonrió, mostrando unos dientes blancos. Su sonrisa era irresistible.

Pensar que ella había considerado apuesto a Eddie. No era nada comparado con este hombre.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo, tratando de no mirarle.

—Soy el hermano de Juana.

—¿De quién?

—De Juana. La muchacha que trabaja para usted.

—¡Oh, Juana!

—Tal vez se pregunte por qué no ha venido en toda la semana...

—¿Está enferma?

—Se intoxicó con la comida.

—¡Qué pena!

—Fueron langostinos.

Mientras sostenían esta sencilla conversación, en realidad manejaban otro tipo de lenguaje paralelo, establecido entre sus miradas.

—¿Quiere tomar algo fresco? —preguntó ella rápidamente.

—Podría ser una cerveza, antes de ir a trabajar.

—¿A qué se dedica?

—Soy músico.

—¡Qué interesante! ¿Y qué instrumento toca?

—Varios: guitarra, flauta, y también canto.

—Tiene muchos talentos —dijo ella, sonriendo.

—Si usted lo dice —respondió él, también sonriendo.

—Le traeré su cerveza —dijo ella, preguntándose por qué su corazón latía tan fuerte—. Pase, por favor.

Él la siguió, miró a su alrededor y lanzó un silbido de admiración.

—¡Qué bonito!

—A mí también me gusta —dijo ella, dirigiéndose hacia el frigorífico—. Es cerveza norteamericana. ¿Está bien?

Él asintió y caminó hacia el mostrador que separaba la cocina de la sala.

Ella abrió torpemente la lata y antes de que pudiera evitarlo, la cerveza se derramó. Ambos se apresuraron a coger un paño para secar y se ruborizaron ante el contacto de sus manos. Rápidamente ella sirvió la bebida y le alcanzó el vaso.

—Le diré algo. No es como yo esperaba —dijo el muchacho mientras bebía.

—¿Qué esperaba?

—Juana siempre habla de la gran señora inglesa para la que ella trabaja. La imaginaba más vieja. Y además no parece inglesa.

—Sólo tengo una cuarta parte inglesa. Mi madre era mitad inglesa y mitad francesa. Mi padre era mitad norteamericano y mitad etíope. Vivimos primero en París y luego en Londres.

¿Por qué estaba ella contándole la historia de su vida a un perfecto extraño? Mirándola de un modo desconcertantemente directo con sus ojos verdes, el muchacho le dijo:

—Juana regresará el próximo lunes. ¿Le parece bien?

Ella asintió y añadió:

—Su inglés es muy bueno.

—No es malo. Aprendí solo.

—¿Fue difícil?

—A veces. Pero nada bueno se obtiene sin esfuerzo, ¿verdad?

El muchacho terminó su cerveza y se dirigió a la puerta.

—Adiós, señora LeSerre.

—Adiós —dijo ella, confundida.

Cuando él se fue, Rafaella se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

—¡Dios! —dijo Odile—. ¿Por qué tenemos que ir a ese pequeño club nocturno? No es un lugar de moda.

—No seas tan *snob* —respondió Rafaella—. Me han dicho que es formidable.

—¿Quién? —preguntó Rupert—. Apuesto a que no fue Jorge.

—Gracias a Dios, Jorge ya no interviene —dijo Odile.

—Pero tu apartamento parece una floristería. Es evidente que el pobre hombre está desesperado.

—¿Ahora es el pobre hombre? —ironizó Rafaella—. Decídete, la semana pasada era lo peor que podía sucederme.

—Es uno de los hombres más ricos de América del Sur.

—¿Y qué? —preguntó Rafaella, desafiante—. Vosotros dos me tenéis harta. A veces es perfecto para mí, y otras veces es lo peor. Además, los dos estuvisteis de acuerdo en que yo no necesito su estúpido dinero.

—Es verdad —dijo Odile.

—Muy cierto —acordó Rupert.

—¿Podemos salir ya? —preguntó Rafaella, impaciente.

Había averiguado el nombre del hermano de Juana. Se llamaba Luiz Oliveira y trabajaba en el club nocturno llamado Pussy Satin. Luego supo que era un lugar para turistas, con bailarinas desnudas y apuestas en la trastienda. No era un local al que ella pudiera llevar a Jorge, por eso había pedido a Odile y a Rupert que la acompañasen.

El Pussy Satin era un lugar muy ruidoso, donde se desplegaba una actividad frenética. Camareras vestidas con colores estridentes recorrían el local con sus escasos atavíos. Había una barra atestada de gente y, sobre un pequeño escenario, una banda tocaba música de samba. En la pista, cuerpos alegres seguían el ritmo.

—¡Dios! —exclamó Rupert—. ¡Qué divas!

—Hola, querido —lo saludó una mujer de pelo rojo con el vientre bronceado y tentador—. ¿Quieres una mesa?

—Creo que sí —murmuró Rupert.

—Para tres —añadió Odile, tratando de evitar la mirada de un hombre gordo que estaba inclinado en la barra y le guiñaba el ojo sugestivamente.

La camarera pelirroja les encomendó a un joven y menudo camarero que les guió hasta una mesa colocada frente al escenario y les exigió un pago desmesurado.

—¿Champaña? —preguntó mecánicamente.

—No —respondió Rupert.

—Sí —lo contradijo Odile, y se volvió hacia su marido con una sonrisa—. Ahora que estamos aquí, disfrutemos. Por lo menos es algo diferente. Estoy harta de esas aburridas cenas de negocios.

—Está bien —reconsideró Rupert—. Traiga una botella de Dom Perignon.

—Sólo tenemos champaña de la casa —dijo el camarero.

—Tráigalo.

Rafaella echó un vistazo a los cuerpos que se movían en la pista de baile, deseando en realidad observar a los músicos. Había cinco, pero ninguno de ellos era Luiz. Disimulando su decepción, se volvió hacia Odile.

—Te dije que era un local diferente —recordó, tratando de parecer alegre.

—No tienes que convencerme —dijo Odile—. Me encanta el lugar, la atmósfera, la música...

—¿Quieres bailar, ricura? —preguntó una de las chicas con vestido azul calado, dirigiéndose a Rupert.

—No, gracias.

—Vamos, vive con audacia —rió Odile.

—Sí, házlo —lo alentó Rafaella—. Recuerdo la época en que eras un tipo divertido. Ahora te has convertido en un viejo aburrido.

—Gracias, hermanita.

—¡Házlo! —lo apuró Odile.

—Atrévete —añadió Rafaella.

—Está bien —acordó Rupert, levantándose de un salto—. Vosotras lo habéis pedido.

La mujer de azul sonrió, mostrando un único diente de oro.

—Vamos, cielo —insinuó, moviendo su trasero gordo—. Vamos a menearnos.

Sin vacilar, Rupert se lanzó a la pista de baile, perdiendo sus modales británicos a medida que se entusiasmaba con la samba.

—Vamos —rió Odile—. Será mejor que nosotras también vayamos allí antes de que se meta en problemas.

No pudiendo resistirse a ese ritmo sensual, Rafaella también se levantó y empezó a bailar. No le importaba hacerlo sin pareja. La música era suficiente compañía.

Después de varias copas más de champaña, los tres se sentían felices, alejados de cualquier problema. Rupert bailó con todas las chicas de alterne, gastando cinco dólares cada vez, mientras que las muchachas trataban de evitar a los distintos hombres que se les insinuaban. Cuando anunciaron que había llegado la hora del espectáculo, ninguno de ellos quería volver a la mesa.

—Es la mejor noche que he pasado en años —dijo Rupert—. Debemos traer aquí

a todo el mundo.

Rafaella se desplomó en su silla, y comenzó a abanicarse con la carta. Cuando miró a su alrededor, vio a Luiz en el escenario, afinando la guitarra.

—Y ahora, señoras y señores, vamos a presentar a la mayor atracción de Pussy Satin: la maravillosa Eva.

Una mujer alta, ataviada con un vestido de lentejuelas, descendió de una jaula para pájaros suspendida del techo. Iba vestida de plateado de la cabeza a los pies, incluidos el sombrero y los zapatos de tacón, muy altos.

Mientras Luiz ejecutaba su versión de *La chica de Ipanema*, Eva comenzó a desvestirse... Empezó por el sombrero, debajo del cual emergió una mata de cabello plateado y reseco, para terminar como Dios la trajo al mundo, excepto por los zapatos, un diminuto tanga y dos pequeños botones brillantes que le cubrían los pezones.

—¡Qué tetas tan asombrosas! —exclamó Rupert, admirativo.

—Posiblemente son de silicona —acotó Odile.

Eva se detuvo, abrió las piernas y tocó sugestivamente los botones que le cubrían los pezones. Repentinamente los arrojó, dejando sus pechos completamente al descubierto.

Rupert casi se atragantó con la bebida.

—¡Típico! —se burló Odile.

Eva lanzó unas miradas sugestivas y dejó caer su diminuta tanga.

Permaneció completamente desnuda durante varios minutos y luego el escenario se oscureció.

Cuando se volvió a iluminar, Eva se había ido, pero Luiz seguía allí, cantando con su atractiva voz acerca del amor perdido y de las noches pasadas.

Rafaella sintió que no podía resistirse, ¡era tan apuesto! Cantaba muy mal, pero ¿a quién le importaba? Aunque ella no tuvo oportunidad de hablar con el muchacho, sabía que él había advertido su presencia. Las miradas de ambos sostuvieron una íntima conversación. Verlo la hacía feliz y desdichada a un tiempo, la inquietaba y la tranquilizaba. ¡Dios! Podía decirse que casi estaba enamorada de un hombre con quien apenas había cruzado unas pocas palabras. Tal vez eso nunca funcionara. Provenían de mundos muy diferentes. Sin embargo...

Jorge siguió persiguiéndola. Estaba decidido a conseguirla, y a ella le resultaba muy difícil rechazar sus permanentes atenciones, aunque no estaba preparada para tomar ninguna decisión definitiva.

Odile y Rupert pronto viajarían a Inglaterra para que sus padres conociesen al bebé. Rafaella y Jon Jon los acompañarían, pero a última hora Rafaella canceló el viaje, aunque permitió que Jon Jon viajara con ellos.

La misma noche de su partida, Rafaella alquiló un automóvil con chófer y fue

sola al Pussy Satin. Su corazón latía con fuerza, pero ella sabía instintivamente que Luiz jamás tomaría la iniciativa, y alguien tenía que hacerlo.

Para entonces ya la conocían en el club, y le dieron una mesa cerca del escenario. Nerviosa, ordenó champaña y aguardó.

Tan pronto como terminó su actuación, Luiz fue hasta la silla libre que tenía a su lado.

—Parece que te gusta venir aquí —dijo—. Lo lamento.

—¿Por qué? —desafió ella.

—Porque éste no es un lugar para ti. Tú no eres como esta gente.

—¡Dios! También tú eres un *snob*. Creí que con Rupert ya tenía suficiente.

—¿Quién es Rupert?

—Mi hermano.

—Un hombre inteligente.

—¡Al diablo!

Mirándola intensamente, Luiz le preguntó:

—¿Qué quieres de mí?

—Llévame a casa y hablaremos.

—Seriamente.

—Si quieres, podemos hablar muy seriamente.

—No juegue conmigo, señorita inglesa.

—No soy inglesa —dijo ella furiosa—. ¿Acaso tengo una apariencia inglesa?

—Tienes una apariencia hermosa. —Y con un suspiro de pesar, añadió—: Demasiado hermosa, demasiado rica, y sea como fuere, no debemos estar juntos. Lo sé.

De modo convincente, ella le dijo:

—Por favor, Luiz, llévame a casa. Te lo ruego.

Música de Carlos Jobim, más champaña, y el apartamento sólo iluminado por las farolas de la calle.

Ya los besos fueron una experiencia que ella nunca había vivido. Sus labios tan frescos, su lengua tan caliente. Allí estaban, de pie, abrazados, explorando, saboreando, perdiéndose en largos y apasionados besos.

Él no tenía ninguna prisa y ella tampoco. Habían esperado desde el instante en que se conocieron. Ahora había llegado el momento y no lo apurarían.

Acariciando los largos cabellos de ella, él murmuraba suavemente su nombre:

—Rafaella... ¡ah, Rafaella!

—Luiz... —respondía ella, acariciando los rizos de la base del cuello del muchacho—, ah, Luiz...

Lentamente las manos de Luiz se deslizaron por la espalda de ella y comenzaron

a jugar con los tirantes de su vestido.

Ella hubiese deseado arrancarse las ropas de un tirón. Deseaba sentir sus manos sobre su piel. Lo deseaba...

Finalmente él le bajó la parte superior de su vestido y le acarició los pechos lentamente, tocando apenas los pezones con las yemas de los dedos, hasta que la caricia se hizo intensa y las manos fueron reemplazadas por los labios.

Suspirando de placer, ella palpó su miembro y lo liberó. Finalmente ambos se dejaron caer al suelo, como gemelos cósmicos, semejantes en todo. De algún modo ella conocía qué le complacía y él también se anticipaba a sus necesidades.

Estaban juntos. Eso era lo único que le importaba a Rafaella.

Por la mañana, él se había ido. Ella esperó que volviera a su apartamento o que la telefonease, pero no lo hizo. Rafaella fue entonces al Pussy Satin, donde le dijeron que ya no trabajaba allí. Mientras tanto, Juana había hecho las maletas y se había ido sin dar explicaciones ni despedirse.

Una sola noche y todo había acabado.

Luiz se había ido y ella no tenía manera de encontrarle de nuevo.

BOBBY MONDELLA

1981

—Estás cometiendo el gran error de tu vida —dijo Marcus Citroen.

Su voz al teléfono sonaba dura como el acero, pero no asustaba a Bobby. Nada podía asustar a una superestrella. ¡Maldita sea! Él ya era demasiado grande como para que lo atemorizasen. Simplemente no podía soportar que Marcus lo tuviese atrapado. No lo necesitaba. Se suponía que los abogados debían haber manejado todo sin comprometerle.

—Bien —dijo tranquilo—. Es mi error y quiero cometerlo. Creo que tengo derecho a hacerlo.

—Me estás jodiendo, Bobby; quiero que tengas conciencia de lo que estás haciendo.

«En realidad estoy jodiendo a tu esposa, al igual que tú lo has hecho con Sharleen durante todos estos años».

—Bueno, la vida continúa, Marcus. Lamento que no te guste, pero los negocios son los negocios.

—Tienes una lección que aprender, Bobby —dijo Marcus, amenazante—. Y créeme que con Hit City la aprenderás del modo más duro. No tienes ni idea de lo que haces al mezclarte con esa gente.

Colgó el auricular, y dejó la señal de marcar sonando en el oído de Bobby.

¿Quién se creía ese tipo que era? Sólo era un maldito empresario, mientras que Bobby era una estrella, y no debía olvidarlo.

Silbando tranquilamente se miró en el espejo. Nova estaba de camino. Había llegado el momento de discutir, y quería estar seguro de tener el mejor aspecto posible. Ella nunca había ido antes a su casa, y el hecho de que hubiera aceptado encontrarse con él en su territorio ya era un logro.

La señora Citroen iría a tomar el té, y todo debía estar en orden.

Tomó otro trago largo de bourbon y decidió cambiar su vestimenta totalmente blanca por otra totalmente negra. Ella lo prefería vestido de negro. Decía que eso le daba un aspecto más elegante. Él era la principal estrella del soul en el mundo y Nichols Kline le reservaba grandes planes. El primero de ellos era debutar en el cine como protagonista de una película.

¡Bobby Mondella también estrella del cine!

Irse de Blue Cadillac le había costado bastante. Afortunadamente los abogados de Arnie Torterelli reunían esa rara combinación de inteligentes y profesionales. Habían podido manejar todo y Bobby estaba encantado. Irse a Hit City era la mejor decisión que hubiera podido tomar.

Un poco más de bourbon. Últimamente había adquirido la costumbre de tener cerca de él permanentemente un vaso con esa bebida. El alcohol no le afectaba. Sólo lo tranquilizaba, ya que las presiones de una superestrella eran muchas.

Él no consumía drogas, sólo alguna vez algo de cocaína, antes de un espectáculo. ¿Qué tenía, pues, de malo beber, si no se excedía demasiado?

La vestimenta negra le sentaba admirablemente. Echó un vistazo a su Rolex de oro. Nova iba a llegar en cualquier momento. Ella sabía lo que le esperaba. Él sólo necesitaba una respuesta.

—Pareces cansado, Bobby.

—¿De verdad?

—Sí.

¿Era esto todo lo que ella tenía que decir? «Pareces cansado, Bobby». Nada de «tu casa es sensacional». O «estoy impactada por la noticia» o «sí, he decidido dejar a Marcus».

—Creo que he estado trabajando mucho —respondió él.

—O tal vez has estado consumiendo mucho alcohol.

¿Quién era ella para decirlo? Se pasaba el día entero bebiendo champaña.

Hacía seis semanas que no se veían. Ella estaba elegante como siempre, con un traje color beige, sus habituales accesorios de cocodrilo, y sus impactantes joyas. Llevaba sus cabellos platinados recogidos en un moño.

No todo hacía juego en ella: entre sus piernas había una mata densa y oscura, más sexy que el propio demonio. El contraste era impactante.

—¿Qué tal estuvo tu viaje? —preguntó él, cambiando de tema.

—El Oriente siempre es fascinante —respondió ella, cogiendo un cigarrillo.

—Eso dicen.

—Eres un tonto —dijo ella, mirándole a los ojos.

—¿Y eso por qué?

—Por dejar Blue Cadillac sin decírmelo. Es una estupidez.

Ella le estaba hablando como si fuese un niño, lo que enfureció a Bobby.

—¿Qué es lo estúpido?

—Dejar a Marcus.

—¡Al diablo con Marcus! —explotó él—; a ti no te importa un rábano y a mí tampoco. Te ha estado utilizando desde el día en que te casaste con él. Me has contado los juegos que hace contigo, y todas sus conductas enfermas. Tal vez tú puedas olvidar y perdonar, pero yo no puedo.

—Me las arreglo para vivir con eso —dijo ella, aspirando profundamente el humo de su cigarrillo.

—Sí. Tal vez tú puedas. Pero te repito que yo no. Ya es demasiado. Y quiero que

tú también salgas de esto, conmigo. ¿No entiendes que te estoy dando la oportunidad de escapar?

—Bobby —dijo ella meneando la cabeza—. Cuando comenzamos esta aventura, era sólo eso: una aventura. De algún modo se fue transformando en otra cosa, pero yo nunca dije que fuese a dejar a Marcus.

—No es necesario que lo digas. Sólo que lo hagas. Tengo todo lo que puedas necesitar. Juntos podemos darnos una gran vida.

—¿No comprendes que Marcus no me lo permitirá?

—¿Qué clase de idea es ésa? Conseguiré un buen abogado. Tengo a la persona idónea. No tendrás que ocuparte de nada.

—No conoces a Marcus.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si lo dejo, me matará. Y el que esté conmigo también será asesinado. Recuerda lo que te digo. Marcus nos hará matar a ambos.

LOS ÁNGELES, 1987

Sábado, 11 de julio

Los cuatro temas de los cuales los periodistas querían hablar eran los Wild Ones, Buzz, Doktor Head y Cybil. Kris los esquivó elegantemente.

Con una sonrisa insolente, respondía evadiéndose de todo.

—Cybil, ¿quién es ella? —respondió, cuando le preguntaron si tenía planes de matrimonio. Hábilmente, condujo las preguntas hacia donde él quería: el lanzamiento de su nuevo álbum *Long Legged Blondes*.

—¿Acaso el título se refiere a Cybil Wilde? —preguntó una reportera inglesa de horribles dientes.

Kris la conocía, era Cyndi Lou Planter: siempre buscaba chismes para su página en un periódico inglés.

—Vamos, Cyndi querida —respondió él de buenas maneras, esperando que ella se conmoviera al darse cuenta de que recordaba su nombre—. Sabes que nunca hago distinciones. La canción está dedicada a todas las rubias de piernas largas que me gustan.

—Y ciertamente deben de ser muchas —dijo Cyndi con un gesto malicioso—. ¿No estás acaso en una edad en la que deberías pensar en calmarte? ¿Qué hay del matrimonio?

Vaca idiota. ¿Qué tenía que ver la edad?

—Creo que aún tengo unos cuantos años por delante —bromeó él.

—Tienes casi cuarenta —insistió Cyndi—. ¿Cuánto tiempo piensas seguir actuando? No hay nada peor que un rockero decadente. Tú mismo lo dijiste en una entrevista que te hice a los pocos días de cumplir treinta.

—Sólo tengo treinta y ocho. No soy precisamente un anciano. Y me siento mejor que nunca.

—¿Y qué hay de Buzz? ¿Lo echas de menos?

—Discúlpame —respondió él, reprimiendo sus deseos de abofetearla.

Reconoció a Jeanne Olfe de Entertainment Tonight, y, dando las gracias a la Prensa, se dirigió a los periodistas de la televisión. Éstos fueron mejores que la prensa escrita. Al menos en televisión uno podía defenderse. En cambio, imaginaba que Cyndi Lou Planter comenzaría su artículo diciendo: «Kris Phoenix, quien se resiste a reconocer que está a punto de cumplir cuarenta años, no tiene intención alguna de casarse con su rubia de piernas largas, Cybil Wilde. El maduro Romeo prefiere seguir inspeccionando el terreno, aunque ya ha alcanzado la cima».

—Dime, Kris —preguntó Jeannie—, ¿es *Long Legged Blondes* un resumen de tu vida amorosa?

¡Maldita sea! ¿Qué les importaba su vida amorosa?

—Para mí la música es lo primero, Jeannie. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

En ese momento era verdaderamente sincero. Había salido con muchas, pero nunca una mujer había sido más importante que la música para él.

Era un triste hecho de la vida. A veces deseaba que hubiese sido diferente.

Tan pronto como pudo, Maxwell Sicily se libró de Chloe. Esa mujer era una lata. El tiempo pasaba y había muchas cosas en las que pensar. Con la ayuda de Vicky Fox, conocía muy bien la propiedad. Diez días antes, Vicky lo había hecho entrar con el pretexto de que era un especialista en plantas. El jefe de seguridad se sentía atraído por ella, y no hizo preguntas cuando ella le dijo que un especialista en plantas de Beverly Hills debía tener acceso al lugar.

Él se había pasado más de una hora inspeccionando el lugar. Afortunadamente no había tenido problemas. En esas cuestiones, uno no podía nunca estar seguro.

Cuando Rafaella terminó de mirar el ensayo de Bobby, fue a dar un paseo, acompañada por Trudie y dos ejecutivos de Blue Cadillac, que al parecer no pensaban dejarla sola ni un instante. Seguramente seguían instrucciones de Marcus.

Ella hubiese preferido quedarse y hablar con Bobby, pero su asistente personal, una bonita negra, le había dicho un no amable pero muy firme: Bobby no deseaba hablar con nadie.

Al menos estaba vivo, tenía buen aspecto y cantaba mejor que nunca. Verlo ya era suficiente.

Trataron de empujarla hasta la sala de prensa. Ése era el momento de decir que no.

—El señor Citroen quiere que lo haga —dijo uno de los ejecutivos.

—Entonces, que me lo pida él mismo.

Después del paseo, hizo comprobar los equipos de sonido y se dirigió a su habitación a descansar.

Habían destinado una casa completa a las tres estrellas y sus comitivas. La casa de huéspedes estaba situada sobre la ladera de la montaña y tenía una impresionante vista al mar. Se hallaba lejos de la casa principal y de la frenética actividad que allí se desarrollaba. Había pequeños coches pintados de colores brillantes que podían transportarles hacia el lugar de la actividad cuando ellos lo desearan.

—Nunca había visto un lugar como éste —exclamó Trudie—. No puedo creer que haya personas que vivan de esta manera.

A Rafaella realmente le agradaba la muchacha, pero en ese momento deseaba estar sola.

—Ahora quiero descansar —dijo—. Si puedes avisarme una hora antes de mi actuación, te lo agradeceré.

—Si me necesitas, seguramente estaré en la sala de juegos. Siempre me han gustado los juegos electrónicos.

La muchacha estaba a punto de irse cuando vio a Marcus Citroen que se encaminaba hacia allí por las escaleras.

—El gran jefe viene hacia aquí. ¿Quieres que me quede o que me vaya?

—¿Marcus Citroen?

—Sí.

—¿Puedes quedarte, por favor? —pidió Rafaella.

—Por supuesto.

La paciencia nunca había sido una de las virtudes de Speed. Mientras se paseaba por la celda esperando a su abogado, se subía por las paredes.

Si no podía salir... No quería pensarlo siquiera. ¿Qué opinarían del maldito chófer que nunca apareció?

No sería nadie. La confiabilidad era lo principal en su oficio y si no lograba salir rápidamente de ese maldito lugar él pasaría a ser tan fiable como caliente el culo de un esquimal.

A Sugarbush esto le encantaría. Sugarbush era su ex mujer, la insoportable gordita de Las Vegas, capaz de hartar a cualquier hombre. Le encantaría verle derrotado. Sería para ella un gran placer.

—Escuchen, debo hacer otra llamada —gritó, sacudiendo los barrotes de su celda. Todos le ignoraron.

—Deberías recibir a la prensa —insistió Sara—. Están aquí y están de tu lado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No es que lo piense. Lo sé. Eres un superviviente. Vuelves a estar en la cima. Todos aman a quien es un ganador, así que debes hacerlo.

—Mira, nena, no estoy seguro.

—Confía en mí, Bobby.

—No eres tú quien me preocupa.

—Por favor.

—No quiero que la gente sienta compasión por mí.

—¿Compasión? ¡Estás loco! Eres alto, eres guapo. Cantas mejor que nunca. Querido, estás en la cima.

—Bien...

Ella descolgó el teléfono.

—Señor St. John, el señor Mondella está listo para recibir a la prensa. Podemos hacerlo ahora, antes de que cambie de opinión.

—¿Quién es esa gorda?

—¡Vete de aquí! —rugió Maxwell.

—¿Quién es?

—Vete. Alguien podría estar mirando.

—No hasta que no sepa quién es ella. Y qué tiene que ver con todo esto.

—No tiene nada que ver —respondió Maxwell, mirando furtivamente a su alrededor—. Trabaja en Lilliane.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Le gusto.

—¿No puedes alejarla?

—Es lo que estoy intentando hacer.

Vicky se mordió el labio inferior y sacó pecho, todo lo que le permitía el uniforme de criada.

—¿Quieres que me ocupe de ella?

—Sólo haz lo que tengas que hacer y no vuelvas a molestarme. —La voz de él era apenas un susurro.

—¿Qué hay de malo en que una criada hable con un camarero?

—Vete antes de arruinarlo todo.

Reticente, ella se alejó. No permitiría que otra puta invadiera lo que podía ser su territorio. Después de todo, ella se estaba arriesgando por Maxwell Sicily.

Al volverse, se encontró de frente con Tom, el jefe de seguridad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—Te buscaba a ti, cielo —respondió ella, lamiéndose sugestivamente los labios.

Él estaba complacido. Ninguna mujer le había prestado tanta atención en años.

—Bien —contestó él, contento—. Me has encontrado.

—Más tarde te voy a encontrar realmente —dijo ella, con un gesto prometedor.

Él se arriesgó y le tocó el trasero.

—¿Con quién hablabas?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Hablabas con alguien? —preguntó ella, inocentemente.

—Con un hombre.

—Ah... ése. Era un camarero que quería que le indicara el camino.

—¿Adónde?

—Al lavabo. ¿Tengo el aspecto de una oficina de información?

—Tienes un aspecto muy apetecible.

—Sigue pensando en eso... Nos veremos más tarde, amor.

—Bienvenida a Novaroen, querida —dijo Marcus en un antiguo gesto cortesano, cogiéndole la mano y besándosela. Con un ademán despectivo, se dirigió a Trudie—: Puede irse.

—Marcus, ésta es Trudie —dijo Rafaella—. Trabaja para ti.

—Publicidad —dijo la muchacha, tendiéndole la mano para presentarse por enésima vez. Había visto a su jefe en innumerables ocasiones, aunque él nunca la recordaba—. Me ocupé de la última gira de Del Delgado.

—¿Sí? —preguntó él sin mostrar el menor interés.

—Oí decir que usted había quedado muy satisfecho.

—Seguramente. Aún trabaja para mí.

—Trudie quiere que ahora vaya a la sala de prensa. Justamente íbamos hacia allá —dijo Rafaella.

—Sí —dijo rápidamente Trudie—. Ya sé que las ventas de ella son muy buenas, pero la publicidad no la perjudicará, ¿verdad, señor Citroen?

Con un esfuerzo, Marcus disimuló su irritación.

—Quiero hablar ahora con Rafaella. Ella puede entrevistarse más tarde con la prensa.

—Imposible —lo contradijo Trudie, satisfecha de tener por una vez a Marcus bajo su dominio—. El gobernador Highland da una conferencia de prensa a las cinco en punto, lo cual nos da un tiempo de veinticinco minutos antes de que él se convierta en el centro de atención. El tiempo necesario para que puedas contestar todas esas preguntas que ya has contestado cientos de veces. El mundo del espectáculo exige que hagamos estas cosas.

Contenta, Rafaella cogió su bolso y echó una mirada al espejo para comprobar su maquillaje.

Marcus estaba furioso, pero ocultaba su furia porque no quería dar que hablar a esa chismosa chica de la publicidad.

—Te veré más tarde. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, Marcus, muchas gracias —respondió Rafaella, y se fue detrás de Trudie.

Marcus Citroen esperó unos momentos y examinó el cuarto con la mirada. Debía de estar loco. Perder el tiempo así, persiguiendo a esa chica. ¿Qué le sucedía? Él era Marcus Citroen y podía tener a la mujer que desease.

Sin embargo, algo sucedía con ella. Había algo en esa joven que él quería poseer. ¿Acaso ella pensaba que podía evitarle para siempre? ¿Creía que él era estúpido?

Ah... la juventud. Rafaella tenía aún mucho que aprender. Y él le enseñaría.

KRIS PHOENIX

1983

Durante dos años habían sido Kris Phoenix y los Wild Ones.

Durante dos años había sido la guerra entre Kris y Buzz.

Durante dos años el grupo había crecido y triunfado con Kris al frente.

Las tensiones habían aumentado. Los egos se habían enfurecido. Diariamente se producían discusiones y peleas.

Doktor Head se las había ingeniado para mantenerles juntos con gran dificultad. Todos querían actuar por su cuenta, pero, como él señalaba, los Wild Ones eran uno de los grupos de rock más importantes del mundo y disolverlo constituía una locura.

Para agregar más locura a la locura, Buzz se había liado con Mikki, que acababa de romper una tormentosa relación con Del Delgado de dos años.

Kris estaba aún resentido por el modo en que ella lo había tratado. Verla todo el tiempo alrededor de Buzz no era precisamente la situación ideal.

Finalmente Buzz había dejado a Flower y ella no se mostró en absoluto conforme con el hecho de ser abandonada después de quince años. Al poco tiempo, la ya madura muchacha de la década de los sesenta se había proclamado una experta en los Wild Ones y sus comienzos y había empezado a escribir un libro acerca del grupo. Cuando lo concluyó, un resumen de cuatro páginas fue publicado en un periódico inglés. La historia los dejaba muy mal parados, especialmente a Buzz y a Kris, a los que ella tildaba de ebrios, drogadictos y sexópatas, ocupados solamente en asistir a orgías y drogarse.

Kris la leyó con creciente furia. En realidad todo eso era cierto respecto a Buzz, pero ¿cómo había sido él involucrado en esas cosas? Casi nunca había consumido drogas y sólo había asistido a una orgía, a la que precisamente Flower le había invitado; le resultó detestable y se retiró casi inmediatamente. No. Él no se parecía en absoluto a lo que Flower pintaba. La música había sido siempre su gran pasión. Era un músico serio, y mucha gente podía atestiguarlo. En ejecuciones de guitarra era casi tan conocido como Eric Clapton y, junto con el joven Eddie Van Halen, se estaba transformando en una leyenda del rock, por mucho que eso le pesara a Buzz. Buzz era brillante pero inconstante. Su trabajo tenía imperfecciones, aunque a veces, no muy frecuentemente, podía ser genial, tocando solos tan perfectos que nadie llegaba a igualarle.

Desdichadamente su talento no tenía continuidad. La heroína era lo que regulaba su vida. Eso parecía gustarle, y había ignorado los esfuerzos de quienes habían intentado apartarle de la droga asesina.

Mikki no le ayudaba. Durante su relación con Del Delgado, ella también se había

convertido en drogadicta. A los veinticinco años, parecía mucho mayor, una mujer de mundo excesivamente maquillada. Antes de involucrarse con Buzz lo había intentado de nuevo con Kris. Él se la quitó de encima con una velocidad mayor que la del Concorde. Kris sabía que ella sólo estaba con Buzz en un patético esfuerzo por molestarle. Y lo lograba, pero no por las razones que ella pensaba. Él había tenido una vez adicción por Mikki, pero había durado poco. Cuando ella le dejó para irse con Del Delgado, él la olvidó rápidamente. Salió con un montón de chicas, principalmente modelos y actrices, en general porque eran bellas y amaban la publicidad que sus relaciones desataban, y porque, al igual que él, no querían compromisos serios. Tenían sus carreras como principal preocupación. Ocasionalmente aparecía alguna que deseaba algo más. Entonces era «que te vaya bien» y se pasaba a la siguiente.

Ahora él padecía una fuerte paranoia con respecto al herpes, la enfermedad sexual del momento. A diferencia del resto del grupo, había tenido la fortuna de no contagiarse nunca una de esas enfermedades. No pensaba hacerlo ahora. Pedía a las mujeres que escogía que hicieran una visita a su médico. La mayoría aceptaban; las que no, quedaban descartadas.

—Eres un cerdo machista —le dijo un día Fingers, mientras hablaban en la sala de grabaciones.

—¿No lo son todos? —respondió él, fingiendo sorpresa.

—A mí puedes incluirme —dijo Rasta, riendo.

—Tú eres cualquier cosa. Si no corre suficientemente rápido, te acuestas con cualquiera.

—Yo creía que las mujeres servían para eso —intervino Buzz.

Fingers le arrojó un vaso de cerveza.

Esta escena se repetía a diario en el estudio. La pelea constante se había transformado en su forma de vida.

Pese al gran éxito que habían tenido en los Estados Unidos, los Wild Ones seguían viviendo en Europa, y todos tenían sus casas en Inglaterra puestas a nombre de empresas, para evitar el pago de impuestos. Kris se había comprado un gran apartamento en Grosvenor Square. Cuando su madre lo vio, casi perdió el conocimiento. Al recobrarlo, lo primero que atinó a decir fue:

—Es fantástico, hijo. ¿Cuándo pueden venir los demás?

Los demás eran Horace, sus dos hermanas y sus respectivos maridos, además de Brian y compañía. La familia se habían agrandado.

—Ya lo arreglaremos —dijo, sin intención de hacerlo nunca.

Él deseaba que Avis estuviera contenta. Los demás le interesaban muy poco. Kris enviaba a su madre costosos regalos: un televisor en color, una lavadora, hasta un automóvil. Se había ofrecido a comprarle una casa de campo, pero ella había

rechazado su oferta.

—Me gusta mi pequeño apartamento, con todos mis amigos cerca. Es lo mejor para mí.

Al menos la había persuadido para que dejase de trabajar y aceptara una suma de dinero semanal, aunque sospechaba que la mayor parte de ese dinero iba a parar a Brian.

¿Qué importaba? Él podía permitírselo. Brian seguía siendo el mismo amargado de siempre y nunca tenía nada agradable que decir. En lugar de sentirse orgulloso de su hermano, estaba patológicamente celoso y denostaba la carrera de Kris en cuanto tenía la oportunidad de hacerlo. Finalmente las cosas estaban tan mal que Kris tuvo que pedirle a Avis que lo mantuviese lejos de él. A ella no le gustó, pero no tuvo más remedio que hacerlo, de modo que, para su alegría, hacía dieciocho meses que no veía a su hermano.

Además de su apartamento, Kris tenía una granja en el sur de Francia, cerca de Saint Tropez. Era un buen lugar para escapar de todo, y dedicarse a escribir canciones sin que nadie lo interrumpiese, aunque cuanto más famoso se hacía más le costaba mantenerse aislado.

Una vez a la semana salía con su hijo, que ahora vivía con Willow y su nuevo marido en una gran casa a las afueras de Londres. Como el tiempo que él pasaba en Inglaterra no era mucho, ese arreglo era el mejor, y Willow lo acusaba de ser un padre despreocupado, aunque sabía que él no podía permanecer todo el tiempo allí por su situación impositiva. Willow hubiera sido la esposa perfecta para Brian: dos miserables juntos.

Bo sufría y se estaba transformando en un blandengue. A los ocho años se asustaba de todo y comía demasiado. Cuando Kris trató de hablar al respecto con Willow, ella rió:

—¡Vaya con el amante padre! ¿Dónde estabas tú mientras él crecía? Durmiendo con putas y haciendo dinero.

Él había escrito dos canciones para el nuevo álbum. Una se titulaba «*Hacer dinero*» y la otra «¿*Sabe tu madre que estás encinta?*». Secretamente, las dos estaban dedicadas a Willow. Ella no le permitía siquiera que se llevase al niño a Francia durante un par de semanas. Su abogado habían intentado cambiar eso, pero ahora, tras las revelaciones de Flower, seguramente no lograría nada.

Los Wild Ones estaban filmando un vídeo en París. Habían reservado un piso entero en un hotel y Doktor Head se volvía loco intentando mantenerles a todos en buenos términos.

Buzz tuvo su propia conferencia de prensa, con Mikki a su lado. Los dos, vestidos de negro, anunciaron sus planes para el futuro.

—No permaneceré mucho tiempo con el grupo —dijo Buzz.

La noticia causó sensación, especialmente cuando el resto del grupo la conoció. Kris y Buzz tuvieron una de sus peleas habituales, mientras Mikki permanecía cerca, desafiante, y Doktor Head intentaba mediar entre ambos.

—Si pensabas irte —gritó Kris—. ¿Por qué no tuviste las pelotas suficientes para decírmelo a mí antes de gritárselo al resto del mundo?

—Te lo está diciendo ahora —dijo Mikki, mirándole con fiereza.

—Sí, hombre —dijo Buzz, drogado y mal vestido, con el pelo sujeto en una cola de caballo—. Te lo estoy diciendo ahora.

—Gracias —dijo Kris, sarcástico—. Los Wild Ones se disuelven después de catorce años y yo soy el último en enterarme.

—Los Wild Ones no tienen por qué disolverse si Buzz tiene proyectado hacer otras cosas además —dijo Doktor Head, tratando de mantener la paz.

—¡Mierda! —dijo Kris—. ¡Se acabó! Buzz y yo comenzamos con esto, y si él quiere irse, puede hacerlo. Estoy cansado de ir detrás de él. Mikki, todo tuyo.

—Esperad un momento —dijo Doktor Head, rápidamente—. El nuevo álbum aparecerá dentro de unas semanas. Tenemos cuatro actuaciones en Australia el próximo mes, y estamos comprometidos para hacer otro álbum con Hit City. Él no puede irse.

—Él puede hacer lo que quiera —dijo Mikki—. Del Delgado lo hizo cuando se fue de los Nightmares.

—Me importa una mierda Del Delgado —dijo Doktor Head, ya harto—. Buzz tiene compromisos, y si no se ocupa de cumplirlos, lo pagará caro. ¿Es eso lo que quiere?

—Terminaré el maldito vídeo e iré a Australia, pero eso será todo. Luego me iré. Que otro toque el álbum. Me importa un comino.

—Podéis tratar todo conmigo —dijo Mikki—. Soy su nueva representante.

Después de eso, Kris y Buzz pasaron a ignorarse. Durante años Kris había estado tratando de salvar a su amigo, pero no lo había logrado. Buzz se encaminaba hacia su propia destrucción, y ahora tenía la compañera perfecta para eso.

Una noche Doktor Head llegó al hotel con una preciosa chica danesa y se la presentó a Kris. Se llamaba Astrid.

—Hace los mejores pantalones de cuero del mundo. Te gustarán mucho, sobre todo para actuar. Voy aquí al lado. Enseguida vuelvo.

Kris estaba habituado a los diseñadores masculinos, y además, Astrid le parecía demasiado joven. Se sentó en el sofá y le dijo:

—No necesito nada, querida. Pero quédate por aquí y cenaremos juntos.

—No, gracias —dijo ella, con acento apenas perceptible—. Tengo otro compromiso.

Él se sintió sorprendido. Casi nunca escuchaba esa frase: «No, gracias».

—Cáncélalo —dijo él, poniéndola a prueba.

—No es posible —respondió Astrid—. Se trata de mi novio, y no creo que lo comprendiera.

¡Lo estaba rechazando! Eso era algo interesante.

—Tal vez me haga algunos pantalones. ¿Qué me sugieres?

Ella era bella como sólo lo son las muchachas escandinavas. Piel clara de suaves pecas, grandes ojos grises, nariz respingona y cabello largo y lacio.

Aproximándose al respaldo del sofá, la muchacha le preguntó:

—¿Te gusta el cuero?

Él le lanzó una mirada muy intensa y le respondió:

—Sólo si es muy suave, ¿me comprendes?

Por supuesto, ella comprendía, pero prefería ignorar el doble sentido de sus palabras. Abrió su bolso y le enseñó diferentes muestras de colores.

—El beige claro es muy bonito. Y ese cuero es particularmente cómodo.

Palpando el material, Kris se preguntó si ella aceptaría someterse al chequeo médico.

—Tal vez el naranja —continuó ella—, ¿o es demasiado fuerte para ti?

¿Acaso ella estaba insinuándose de una manera nada sutil?

—Nada es demasiado fuerte para mí —respondió Kris, cogiéndola y llevándola hasta el sofá. Los labios escandinavos eran cálidos, todo el mundo lo sabía. Le tocó un pecho e intentó besarla.

—¿Qué estás haciendo? —gritó ella, indignada, poniéndose en pie—. ¿Cómo te atreves? Yo no soy una de tus fans. —Sus mejillas estaban rojas de furia. Se alejó y se fue, dando un portazo.

Kris se sintió como un estúpido. Cuando Doktor Head regresó, le preguntó:

—¿Para qué ha venido?

—¿Quién?

—La chica danesa.

—¡Oh, Astrid! Es la mejor. Te encantarán.

—¿Qué me encantará?

—Las prendas que hace. Ella hacía toda la ropa para Michael Hollywood.

—¿Quieres decir que realmente es una diseñadora?

—Sí. —Doktor Head se echó a reír—. No me digas que has intentado otra cosa.

—¿Por qué no debía de hacerlo? —preguntó Kris, sarcástico—. Tú la has traído aquí. Una rubia con buen cuerpo. Me la has presentado y te has ido. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Jugar al ajedrez?

—Se suponía que debías encargarte unos pantalones.

Así lo hizo. Encargó pantalones de todos los tonos que ella le había enseñado, y le envió doce docenas de rosas amarillas y un pantalón para que lo copiase.

Un empleado le trajo el encargo en tres días, junto con una abultada cuenta: eran doce perfectos pantalones de cuero.

Antes de que pudiese decidir qué hacer con Astrid, lo llamaron de Londres. Su hijo había sufrido un accidente de tráfico y estaba en el hospital. Todos pensaban que no sobreviviría.

RAFAELLA

1983

Cuando finalizó su divorcio de Eddie Mafair, Rafaella siguió sin aceptar casarse con Jorge, pero se fue a vivir con él. La presión que significaba ser una mujer joven y hermosa que estaba sola en una gran ciudad con un hijo a quien cuidar finalmente la agotó. Ella no necesitaba su dinero, pero requería su protección. Además, después de lo ocurrido con Luiz, había decidido que no tendría un futuro mejor. Lo peor de todo es que no había vuelto a saber nada de él. Dos años de silencio. ¿Qué sucedía con ella y los hombres? Parecía que, después de acostarse una vez con ella, no querían más vinculación.

Jorge no era así. Él nunca tenía bastante.

Odile desaprobaba la actitud de Rafaella y le decía:

—Si de todos modos te acuestas con él, ¿Por qué no te casas?

—Porque no quiero volverme a atar nunca a un hombre. Necesito ser libre.

—¿Para qué?

—¿Quién sabe? Sólo para hacer lo que quiera sin que nadie me detenga.

—Estás loca —decía Odile, meneando la cabeza.

—Lo sé —respondía Rafaella muy contenta.

Había vuelto a cantar y eso le gustaba. Dos veces por semana su profesora de canto, una mujer vienesa, iba a la mansión de Jorge y le hacía practicar una severa rutina. Ella amaba la disciplina. Cantar era su alegría. Había dejado su empleo en la galería de arte y pasaba el resto de los días haciendo compras, yendo a la playa, comiendo con Odile y jugando con Jon Jon, que ya tenía seis años. Por la noche asistía con Jorge a muchas fiestas y acontecimientos sociales. A él le gustaba la diversión y era un buen anfitrión.

—Sólo tienes veintitrés años —le dijo un día Odile, tras una recepción—. ¿Por qué has de estar siempre entre esos viejos? Será mejor que te alejes o terminarás siendo como ellos.

—Me gusta su compañía. No hay nada malo en ser mayor. Yo aprendo muchas cosas.

—¿Cómo qué?

—Odile —dijo ella con un suspiro—, métete en tu vida y déjame en paz.

—Mi vida pronto volverá a desarrollarse en Londres. Tú y Jon Jon deberíais veniros con nosotros. Este lugar es fabuloso para pasar algunos años, pero no me dirás que no echas de menos Europa.

Sí, añoraba Londres, y París, y el sur de Francia, y a su madre y a su padrastro, y a la gran casa de campo, y a los caballos que le entusiasmaba montar. Pero ¿cómo

dejar Río? Si lo hacía no había ninguna posibilidad de volver a ver a Luiz. Mientras se quedara allí, siempre habría alguna posibilidad...

El carnaval era en febrero y toda la ciudad enloquecía, dedicándose por entero durante algunos días al frenético placer. El carnaval de Río era la culminación de meses de preparativos. Había asombrosos carruajes adornados con flores, vestidos fabulosos y fiestas increíbles. Por una vez, los pobres se sentían ricos y los ricos más ricos aún. Por las calles desfilaban cariocas semidesnudos, hombres apuestos, señoras gordísimas, increíbles travestís, prostitutas, turistas y toda clase de personajes insólitos. Las calles cobraban vida al compás de la samba, inundadas por el perfume de las flores y las masas de gente que cantaba y festejaba.

Todos los días había fiestas, comenzaban temprano y duraban día y noche. Odile y Rupert dieron una gran fiesta de disfraces como despedida el día anterior al gran desfile. Dos semanas después partirían rumbo a Londres. La idea entristecía mucho a Rafaella, ya que para ella eran toda su familia, y suponía que los iba a añorar terriblemente. Pero no había nada que hacer. Tendría que aprender a vivir sin ellos.

Durante la fiesta, lució un traje de Nefertiti, la reina egipcia, y Jorge, tras muchos esfuerzos por convencerle, se disfrazó de general romano. Llevaron al pequeño Jon Jon vestido de estrella de béisbol norteamericana. El chiquillo se divirtió muchísimo y no quería regresar a casa. Finalmente lo persuadieron de que se subiera al Mercedes y se quedó dormido sobre sus rodillas.

De pronto Rafaella comprendió que ésa era su familia. ¿Por qué esperar más? Se casaría con Jorge, y finalmente Jon Jon tendría un verdadero padre.

—Enhorabuena, querida.

—¡Una gran noticia!

—¡Qué inteligente por tu parte fue esperar! Ahora estás verdaderamente segura.

Jorge le regaló inmediatamente el más fabuloso solitario de diamante. En el momento en que ella le dio el sí, él lo sacó de su caja fuerte, diciéndole con orgullo que lo había comprado el día en que ella se había ido a vivir allí. Ahora ella se lo pondría el día del gran desfile, al que asistiría muy bien custodiada para presenciar el espectáculo desde un palco, junto con una docena de amigos y conocidos de Jorge, que habían viajado especialmente para el acontecimiento. Habían construido una cantidad de palcos para que los ricos pudieran contemplar el espectáculo sin mezclarse con la gente.

Cuando Rafaella miró a su alrededor, se sorprendió al ver allí a Marcus Citroen, el magnate de la discografía, con su esposa Nova, una mujer elegante y fría. No lo había vuelto a ver desde aquella noche fatídica en Annabel, que él obviamente no recordaba, de modo que cuando un amigo de Jorge los presentó, no mostró el más leve signo de haberla reconocido.

Era la segunda vez que no la recordaba, pensó ella, sin olvidar el primer encuentro en casa del padrastro de Odile, cuando él la había sorprendido en la piscina. Era un viejo verde.

Mientras los presentaban la mirada de Marcus se posó lascivamente en el traje de gitana que ella llevaba, escrutando cada centímetro de su cuerpo.

Cuando Odile llegó, no esperó una presentación.

—Señor Citroen —exclamó—. Apuesto a que usted no me recuerda.

Constatando la suave belleza de Odile, Marcus respondió:

—Tendrás que ayudar a mi memoria.

—Soy Odile, hija de Isabella y Claudio Franconini. Usted vino una vez a pasar el verano a nuestro *château* de Francia. No se preocupe por no recordar. Fue hace ya mucho tiempo.

—Por supuesto que me acuerdo. Es un placer verte de nuevo. ¿Están bien tus padres?

—Muy bien, gracias. —Sin poder resistir la tentación, con una risita añadió—: Y seguramente recordará también a Rafaella, mi mejor amiga. Ella también estaba con nosotros ese verano.

Rafaella hubiese pegado a su cuñada. Por fortuna en ese momento apareció Jorge, que pasó posesivamente un brazo sobre los hombros de Rafaella, y dijo:

—Marcus, ya te habrán presentado a mi futura esposa, la mujer más bella de Río.

—Una niña novia —murmuró Marcus, con una mirada que parecía decir: «Ya te he visto antes».

Rafaella se sintió incómoda. Había algo en Marcus que la atemorizaba.

La alegría de la noche llenaba a todos de entusiasmo. Era imposible no contagiarse del delirio de la fiesta. El carnaval era embriagador, con su música, sus colores y sus olores.

Cuerpos vibrantes y rostros decadentes por todas partes. Una fuerte sensualidad atravesaba el aire, mientras Río se olvidaba del resto del mundo y se sumergía en su carnaval.

Odile estaba exaltada. Después de varias copas de champaña ella siempre se desmadraba un poco, y esta vez, la combinación con la atmósfera de la noche, la discusión que había tenido con Rupert y su pronta partida de Brasil, la habían puesto en ánimo de hacer cualquier cosa prohibida.

Lo que estaba prohibido era abandonar el palco, lugar desde donde los ricos veían el carnaval.

—¿Por qué no nos vamos de aquí? —susurró—. No puedo soportar estar confinada en este lugar.

—No —dijo Rafaella—. Jorge ha dicho que era peligroso.

—¡Por favor! —suplicó Odile—. Comienzas a hablar igual que él. ¿Qué ha sucedido con aquella muchacha que quería ser libre? Es una fiesta. Vamos a divertirnos, aunque sea unos minutos. Nadie se dará cuenta.

Ir a bailar por las calles era una idea tentadora. No era lo mismo ser un espectador que participar. ¿Por qué diablos no hacerlo?

Escabulléndose del palco, bajaron a la calle como dos colegialas traviesas, y se mezclaron con un grupo de cuerpos semidesnudos que seguían al desfile.

—Vamos sólo un par de manzanas y luego regresamos —prometió Odile.

—Está bien —rió Rafaella, mientras un extraño enmascarado la cogía del brazo y la conducía hacia delante.

La multitud era muy espesa y desordenada. En pocos minutos las amigas se habían separado y perdido de vista, pero ninguna se preocupó por eso. Se estaban divirtiendo tanto... La música sonaba fuerte y sensual. Mientras seguían a la masa que bailaba, fueron dejando de lado sus inhibiciones.

Cuando Rafaella comenzó a perder el aliento, se dio cuenta de que debía regresar. Intentó buscar a Odile pero no logró encontrarla.

—¡Maldición! —dijo, sabiendo que regresar sin ella haría que Rupert se pusiera furioso.

Ahora trataba de ignorar el ritmo, mientras daba vueltas buscando a su amiga. Era una tarea imposible. ¿Qué podía hacer? ¿Volver atrás? ¿Seguir adelante?

Una criatura en bikini de satén color anaranjado, exageradamente maquillada, se le acercó.

—¡Querida! —La voz era claramente masculina, pese a los grandes pechos.

—¡Querida! ¡Querida! ¡Querida!

Rafaella trató de escapar, pero tropezó y casi se cayó. La criatura la perseguía.

—¡Eres bella! ¡Tan bella!

Ella no se sentía bella, sino nerviosa. De pronto recordó todas las advertencias de Jorge:

¡El carnaval es peligroso!

¡Hay asaltos y asesinatos!

¡Hay carteristas por todas partes!

¡Los ladrones esperan esos días durante todo el año!

Y lo peor de todo:

¡Los leprosos recorren las calles durante el carnaval!

Con un súbito temblor, dio la vuelta al diamante de su dedo, de modo que no fuese visible, y mantuvo la mano cerrada.

La criatura danzaba alegremente. ¿Acaso ella había caído en una paranoia? ¿Cómo podía sucederle algo con toda esa gente a su alrededor? Resueltamente, apretó el paso, furiosa con Odile, por haberse perdido y con ella misma por haberlo

permitido.

Una hora más tarde, ya no tenía ni idea de dónde estaba. Todo lo que podía hacer era vagar por las calles como un zombie. Acalorada, cansada, desesperada, sólo deseaba encontrar un taxi y volver a casa. Odile probablemente había encontrado el camino hacia el palco hacía ya mucho tiempo, y Jorge, sin duda alguna, estaba haciendo que sus guardaespaldas la buscasen por todas partes. Se sintió como una tonta, ya que a su alrededor la fiesta continuaba y se hacía cada vez más salvaje y descontrolada.

Los hombres se le abalanzaban de todas partes, y escuchaba continuamente desde susurros obscenos hasta llamadas directas.

Había manos que la tocaban, mientras ella intentaba escapar.

—Dejadme tranquila —gritaba, dando patadas lo más fuerte que podía a quienes se le acercaban.

Dio en el blanco y uno de los hombres se retorció de dolor, mientras otro le arrancaba las cadenas que colgaban de su cuello y los pendientes. El hombre a quien le había dado la patada se puso furioso.

—¡Puta norteamericana! —rugió, mientras la golpeaba en el rostro con el puño cerrado.

Ella cayó al suelo, inconsciente.

BOBBY MONDELLA

1983

—¡Hola, Bobby!

—¡Hola, Sharleen, querida! Estás sensacional.

Sus palabras eran sólo un automatismo. En realidad, estaba horrible: gorda y con el rostro abotargado.

Tocándose el cabello, ella rió, consciente de su aspecto.

—No trates de engañar a esta zorra. Sé cómo estoy. No soy Diana Ross. Debo perder más de un kilo.

—Ella no es nada extraordinario. Está muy flaca. Me gustan las mujeres con algo de carne en los huesos.

—En realidad, he oído por ahí que te gustan las mujeres en general.

—Es mi estilo de vida, querida.

—También he oído decir que te gusta una mujer demasiado. Y he venido a decirte que eso no es bueno para tu salud.

Se encontraron en la habitación que él ocupaba en el Helmsley Palace en Nueva York. Sharleen lo había llamado y pedido una cita. Hacía dos años que no la veía, y como era una vieja amiga, aceptó. Habitualmente no era tan fácil concertar una cita con Bobby Mondella.

—¿Quieres un poco de champaña? —preguntó, sirviéndose un vaso de bourbon, su inseparable compañero.

—¿Por qué no? —respondió ella, quitándose el abrigo de piel. Con un gesto, él hizo el encargo a uno de sus guardaespaldas.

—Trae champaña para Sharleen.

—Bobby, Bobby, Bobby —canturreó ella—. Realmente lo has logrado.

—Ésa es una vieja historia —recalcó él, que odiaba recordar sus tortuosos comienzos. Nichols siempre estaba tratando de remover esa basura hasta que una vez él le dijo de modo más que directo, que si volvía a recordar la época del Chainsaw, cuando él se ocupaba de los lavabos, pensaría seriamente en cambiar de compañía discográfica.

—¿No quieres hablar de los viejos tiempos? —preguntó ella.

—Eso no me interesa, ¿y a ti?

—Cuando me siento triste, pienso en aquello, y en cómo pude salir de allí.

El guardaespaldas alcanzó una copa de champaña a Sharleen y ella comenzó a beber el líquido burbujeante. Bobby notó que su mano temblaba. Había oído decir que el matrimonio de Sharleen había fracasado, y que ella seguía consumiendo drogas.

Era gracioso. En una época, Sharleen había sido para él lo más importante del mundo. Hubiese hecho cualquier cosa por ella. Ahora era tan sólo un rostro del pasado. ¿Y quién necesitaba que le recordasen ese pasado?

—Así que... —preguntó él, deseando que ella no se quedase mucho tiempo—. ¿Qué puedo hacer por ti, preciosa?

Mirando a los dos guardaespaldas, que estaban en el otro extremo del cuarto, ella preguntó:

—¿Podemos hablar en privado?

Él hizo un gesto a los hombres y les dijo:

—Regresad en diez minutos.

Los hombres se retiraron.

—¡Uf! —dijo ella, sarcásticamente—. Tengo diez minutos. ¡Qué honor!

Ignorando el sarcasmo, él respondió:

—Tengo muchas cosas que hacer antes de partir rumbo a Los Ángeles.

Mirando en derredor, ella dijo:

—Parece que viajas al viejo estilo.

—Mejor que el de Blue Cadillac nunca me hubiera procurado.

—Blue Cadillac te transformó en la estrella que hoy eres.

—Lo hubiese podido hacer sin ellos.

—¿De veras piensas eso? Pareces olvidar que después de muchos años de trabajar para Soul and Soul, sólo habías llegado a ser un cantante negro más. Marcus Citroen te llevó al sitio donde estás hoy. Él fue quien te hizo ser lo que eres. Debes admitirlo.

—¿Qué es esto? ¿Tratas de que regrese a Blue Cadillac?

—No, querido. Trato de que dejes de andar con la mujer de Marcus. A él no le gusta. Y te advierto que es mejor que la dejes. De lo contrario, te verás en graves problemas.

¿Hablabas Sharleen en serio? ¿Cómo se atrevía a venirle con algo así?

—¿Todavía andas con él? —preguntó Bobby, riendo—. Hubiera apostado a que ya te había dejado después de dos años. Pero parece que piensa que aún puede utilizarte para sus asuntos sucios.

Cuidadosamente ella posó su copa de champaña sobre la mesa y le dijo:

—Sabía que eras demasiado orgulloso para escucharme.

—Puedes decirle a tu querido señor Citroen que se meta sus advertencias donde le quepan. A mí no me preocupa en absoluto. Uno de estos días Nova le va a dejar, y yo estaré esperando. Así que vete de aquí con los mensajes de su hombre. No me gusta que me amenacen, y menos aún que seas tú quien lo haga.

Furiosa, ella respondió:

—Gracias, Bobby. Eres un príncipe. Lo único que me queda por decirte es que Marcus jamás me envió aquí. He venido por mi cuenta porque una vez, hace ya

mucho tiempo, fuimos amigos. Pensé que te lo debía, pero has cambiado demasiado. Y no me gusta cómo eres ahora.

—Aspira un poco más de coca y cualquier cosa te gustará —dijo él ásperamente.

—Anoche lo hice con tu amiga, mientras Marcus me miraba chuparla. ¿Qué te parece?

—¡Eres una puta mentirosa!

—No lo soy. Puedo ser una drogadicta, pero no invento nada. Nova juega con las personas. Es su pasatiempo. Y es mejor que lo tengas en mente: no eres más que otro pasatiempo para ella. Ella nunca dejará a Marcus, puedes estar seguro. Sólo he venido a advertirte que lo tuyo le está molestando. Eso es todo lo que puedo hacer.

¡Maldita sea! ¿Cómo se atrevía a venirle con esas mentiras?

Tal vez Marcus la había forzado a hacerlo. Marcus querría que él pensase mal de Nova. ¿Y qué mejor que decirle que se acostaba con Sharleen?

Furioso, descolgó el teléfono y llamó a Nova por la línea privada.

—Hola.

—Soy yo —dijo Bobby.

—No puedo hablar ahora. Mi modista está aquí —dijo ella ásperamente.

—Una pregunta.

—¿Sí?

—¿Qué hiciste anoche?

—Te lo dije ayer. Tuvimos una cena de negocios en Le Cirque.

—¿Con quién?

—Con mucha gente.

—¿Estaba allí Sharleen?

—Creo que sí.

—Crees... ¿estaba allí o no?

—Sí. ¿Por qué? —preguntó Nova con curiosidad.

«¿Estaba chupándote mientras Marcus miraba?». No. No lo creía. Ni por un momento.

—No tiene importancia. ¿Nos vemos en el mismo lugar de siempre?

—¿A las cinco?

—Está bien.

Colgó el auricular y se preguntó cómo había podido dudar. Sin duda Sharleen estaba allí. Después de todo seguía siendo una estrella de Blue Cadillac, aunque ya no brillara tanto.

Nova le había prometido que en cuanto fuese el momento oportuno dejaría a Marcus.

—No me acorrale —le había dicho—. Debes dejarme hacerlo a mi modo.

Era cierto que le había dado un ultimátum hacía ya dos años, y que aún estaba

esperando. ¿Pero qué otra alternativa tenía, aparte de dejarla? Y no deseaba hacer eso.

Se veían con la mayor frecuencia que podían. En Los Ángeles, lo hacían en la casa secreta de la playa, y en Nueva York en un pequeño apartamento que él había alquilado. Con un nombre falso en un discreto edificio de Madison Avenue.

Llegó al apartamento diez minutos antes de las cinco. Tenía tiempo de prepararse una copa y poner música. Eligió a Teddy Pendergrass.

Nova llegó a las cinco. Lucía un abrigo de visón con cinturón, gafas y una pañoleta.

—Preferiría que no me llamas a casa —fueron sus primeras palabras—. Al personal le gustan los chismes. No puedo confiar en nadie.

No se habían visto en seis semanas. El recibimiento podría haber sido más cálido. Ella se encaminó hacia el dormitorio y comenzó a desprenderse del abrigo, que arrojó sobre la cama. Luego se desabrochó el vestido.

Tenían una relación fuertemente sexual. Pero ¿era eso todo?

—Eh, espera un momento.

—Tengo exactamente una hora —respondió ella, rápida.

Las palabras de Sharleen lo perseguían: «eres otro pasatiempo para ella». Un semental negro a quien puede controlar.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó él.

—¿Qué cosas? —preguntó ella, quitándose el vestido.

—Dejar a Marcus y venirte conmigo.

—Estoy en ello.

—Siempre estás en ello, nena. No puedo comprender por qué te lleva tanto tiempo. No tienes niños en quienes pensar.

—Pero tenemos propiedades. Y quiero estar segura de que tendré lo que me corresponde.

—Puedo darte todo lo que necesites. ¿Cuántas veces debo decírtelo?

Ella se acercó a Bobby, y suavizando la voz, empezó a desabrocharle el cinturón.

—Vamos a la cama, Bobby. Te he echado de menos.

—No estoy de humor —dijo él, apartándola.

—Siempre estás de humor —replicó ella, riendo incrédula.

¿Por qué sonaba ella tan segura? ¿Acaso él era un tipo tan fácil?

—¿Te parece que siempre lo estoy? —preguntó él fríamente.

—Claro —dijo ella, desprendiéndole tranquilamente el cinturón.

—Hoy quiero que hablemos —dijo él apartándola de nuevo.

A punto de comenzar a discutir, ella cambió de opinión y se sentó en la cama, cruzando sus piernas enfundadas en medias negras sujetas con liga.

—Bien —dijo en tono resignado.

—Creo que estás haciéndome una jugarreta.

Ella golpeteó la superficie de la cama con sus largas uñas escarlata.

—¿De verdad piensas eso?

—Sí. Te lleva demasiado tiempo dejar a Marcus.

—Hummm.

—¿Qué significa eso?

—Significa —respondió ella, haciendo una pausa—. Que lo haré cuando pueda.

Cambiando súbitamente de tema, como para cogerla desprevenida, preguntó:

—¿Te acostaste anoche con Sharleen? ¿Marcus os estaba mirando?

La mirada de culpa y sorpresa que atravesó su rostro fue la respuesta que él necesitaba.

—¡Mierda! Nunca has tenido intención de dejarle.

Recobrando la compostura, ella aclaró:

—Ésas son cosas que yo hago con Marcus, y que no tienen ninguna importancia. Anoche sucedió eso, pero contigo es distinto.

—Seguro —dijo él amargamente.

—Te lo dije una vez, pero tú no quisiste escucharme. Si algún día dejo a Marcus, él nos hará matar a los dos. Puede hacerlo. Puede hacer lo que se le ocurra.

Esto ya era demasiado.

—Nova, vístete y vete a tu casa. Hemos terminado.

Por una vez, ella adquirió un aspecto vulnerable. Su sofisticación había desaparecido.

—Sólo estaba tratando de protegernos, Bobby.

—Seguro.

—Quizás algún día lo comprendas.

—Adiós, nena, adiós.

KRIS PHOENIX

1983

Durante tres semanas, Kris estuvo velando a su hijo en el hospital. El niño estaba en coma. Willow y él dejaron de lado sus diferencias y permanecieron sentados junto a la cama día y noche, hasta que una tarde, milagrosamente, Bo abrió los ojos y dijo:

—Hola, papi.

Willow rompió a llorar. Kris la abrazó, comprendiendo su tristeza y su alegría. Había hecho falta una tragedia para que comprendiesen lo absurdo que era pelear por cosas de poca monta, cuando en realidad lo único que importaba era el bienestar del niño.

—Puedes llevártelo contigo a Francia —dijo Willow—. Dos veces al año si lo deseas. Estoy segura de que le encantará pasar las vacaciones contigo.

—Y trataré de visitarle más —prometió Kris.

—A él le encanta verte —admitió ella—. Está muy orgulloso de tener un padre famoso.

Ahora estaban bien juntos, aunque sus familias seguían siendo un tormento, revoloteando por allí, dando consejos que nadie les pedía. Avis insistía en que la madre de Willow tenía la culpa, porque el niño estaba con ella en el momento del accidente.

—¿Cómo se atreve esa horrible mujer a acusarme? —chilló la señora Wigh.

—¿Quién es esa vieja para llamarme horrible? —gritó a su vez Avis.

Se desató una guerra entre abuelas.

Kris no se quedó a observarla. Bo salió del hospital justo a tiempo de que él pudiese viajar a Australia para los conciertos. Eran las últimas actuaciones de los Wild Ones. Buzz no había cambiado de opinión, y en cierta manera eso representaba un alivio. Trabajar con él era como estar junto a una olla a presión que podía estallar en cualquier momento.

Doktor Head negoció una ruptura de contrato de grabación. Era el final lógico, tras catorce años de locura.

El concierto inaugural de Melbourne casi causó un desastre. Las fans estaban desatadas y bloqueaban la calle. En la sala se veían pancartas que proclamaban:

¡TE AMAMOS, KRIS!
¡LOS WILD ONES PARA SIEMPRE!
¡BUZZ, BUZZ, BUZZ!

Encerrados en sus suites del Rockman Regency Hotel, ellos concedieron

entrevistas y hablaron con las personas más destacadas del lugar.

Buzz y Mikki rechazaron todas las invitaciones. En lugar de esos compromisos, prefirieron ponerse en contacto con su proveedor de drogas y pasar el tiempo en un vago estupor.

En sus actuaciones, Kris se encontró a sí mismo haciéndose cargo cada vez más de las tareas de Buzz. Afortunadamente ya quedaba poco.

Después de esos dos días en Melbourne, volaron hacia Sydney, donde fue más de lo mismo.

—He dado la vuelta por la mitad del mundo y sólo puedo ver Australia desde la habitación de un hotel —se quejaba Kris.

Doktor Head le sugirió que se disfrazase y fuese a hacer un breve recorrido por la ciudad.

Con la ayuda de la hija de la promotora turística australiana, se vistió como una muchacha, y, con su larga melena rubia y gafas oscuras, se preparó para salir.

—Eres el pajarraco más feo que he visto en mi vida —dijo el Doktor Head, riendo—. No quisiera cortar tu cabello.

—Vete al diablo. Estás celoso —dijo Kris aplicándose gran cantidad de lápiz de labios rojo.

—Sobre todo me encantan tus piernas peludas.

El disfraz funcionó y pudo ir a recorrer Sydney, una ciudad muy bella. Por la mañana tomó una lancha-taxi y fue a ver la costa, admirando el blanco edificio de la ópera. El taxi los dejó en Watsons Bay, donde almorzaron en Doyle, un restaurante al aire libre situado al lado de la costa, en el que se comía un delicioso marisco y se disfrutaba de un agradable ambiente.

El concierto de esa noche en el Horden Pavilion fue otro éxito apabullante. Luego Kris se vio atrapado entre bastidores por una estrella retirada del cine francés, algo madura pero aún hermosa, que estaba viajando por el mundo coleccionando fotografías. Llevaba un vestido dorado y una cámara Nikon colgada sobre su voluptuoso pecho.

—Puedo tomarte unas fotografías, ¿verdad?

—Por supuesto, querida. Pero no aquí. Es mejor que vengas al hotel. Habrá una fiesta.

Siempre había una fiesta. Así era el mundo del rock and roll. Bebida, chicas, droga, comida, música. Había de todo. Sólo era necesario pedir lo que uno deseaba. Para una estrella nada es difícil.

La ex estrella francesa tomó algunas fotografías. En otro tiempo había sido una gran belleza, un símbolo sexual. Kris recordaba haberla visto en el cine cuando era un chiquillo. A los trece años se moría por sus grandes tetas. Todavía parecían bastante buenas, aunque ella debía tener aproximadamente la edad de su madre.

Después de un rato, ella preguntó:

—¿Podemos estar... un poco más en privado?

—Sí, está bien.

Fueron a su suite, donde ella le sacó algunas fotos en el diván. Luego le preguntó si tenía inconveniente en quitarse la camisa.

Estaba comenzando a excitarle. Él se acordaba de esa película en que ella hacía el papel de una esclava y llevaba una pequeña perla en el ombligo... y... ¡mierda!, empezó a sentir la conocida presión en los pantalones, donde su miembro se preparaba para el juego.

Ella no tardó en darse cuenta de lo que sucedía. Dejó de lado la cámara, y fue, ondulante, hacia él. Colocó los brazos alrededor de su cuello, y le asestó uno de los besos más grandes y húmedos que él había recibido.

Se entretuvieron durante un rato en diversos juegos eróticos de lengua, hasta que él decidió que ya era suficiente, y sus manos comenzaron a bajarle el vestido, y a acariciarle los pechos, todo lo que su ajustado corsé le permitía.

Ella tenía los pezones más grandes que jamás hubiese visto, grandes y apetitosos como cerezas. Kris no podía decidir qué hacer primero: desabrocharse el pantalón para lograr la libertad que tanto ansiaba, tratar de liberarla a ella de la presión del corsé o poner una de esas cerezas en su boca, que parecía ser el lugar donde realmente pertenecían. Pero antes de que pudiera decidirse, todo había terminado. Sintió un salvaje y familiar chorro en sus pantalones, y, para su eterna humillación, Kris Phoenix, la suprema estrella del rock and roll, acabó allí mismo.

—¡Dios! ¡No puedo creerlo!

La ex estrella francesa esbozó una sonrisa de consuelo, como si ese hecho fuese cosa de todos los días, y probablemente para ella lo fuera.

—Ahora lo haremos como corresponde —dijo, volviéndose para recoger sus cosas—. ¿Vamos al dormitorio?

—Sí —murmuró él, sintiéndose como a los catorce años. ¡Qué desastre! Más valía que ahora tuviese una buena actuación, o su reputación quedaría hecha añicos—. Vuelvo enseguida. No te vayas —dijo, metiéndose en el cuarto de baño, quitándose la ropa y dándose una rápida ducha.

Una vez, cuando era adolescente, había comprado una crema vigorizante que recomendaban en una revista. Se llamaba Stiff Stuff, y las instrucciones decían que debía aplicarse sobre el pene antes de tener relaciones sexuales. Prometían horas de placer ininterrumpido. Estaba en casa de una amiga, listo para la acción. Sus padres habían salido y empezaron a besarse. Cuando llegó el momento, él se dirigió al lavabo y se aplicó la crema. Dos segundos más tarde, se corrió sobre el suelo del cuarto de baño. ¡Maravilloso!

Era gracioso. Lo que había sucedido le recordaba aquella noche.

Cuando entró en la habitación, ella estaba sobre la cama, con la sábana arreglada como para una sesión de fotografía. Sus pechos estaban cubiertos, y una pierna emergía de la sábana en una delicada pose.

Él estaba desnudo, mostrándolo todo y ¿por qué no?, ciertamente no tenía nada que ocultar.

—¡Qué grande! —exclamó ella, admirativa, lo que por supuesto agrandó aún más la cosa.

Sin más dilaciones, él saltó sobre ella, quitando la sábana y dejando al descubierto la piel de la ex estrella francesa.

Ella era agradablemente curvilínea, completamente diferente de sus habituales compañeras de cama, que Kris prefería altas y estilizadas, si bien los pechos grandes solían ser un elemento importante del envase.

Hacer el amor con ella era una sensación completamente carnal. Era la segunda mujer mayor con quién se acostaba. Antes lo había hecho con Daphne, la madre de Buzz, y no era nada desagradable. Era como sumergirse en un gran helado de crema. No es para comerlo todos los días, pero mientras te lo comes es muy bueno.

Cuando volvió a Nueva York para promocionar el nuevo álbum, los acontecimientos nefastos se sucedieron. Buzz había sido arrestado en el aeropuerto por tenencia de heroína. Fingers se había declarado lesbiana públicamente y Rasta fue demandado por paternidad por dos muchachas, ambas blancas.

Era el fin de los Wild Ones. El fin de una era.

Kris no lo lamentaba.

RAFAELLA

1983

Al volver en sí, Rafaella oyó voces. Intentó abrir los ojos, pero no lo logró. ¿Por qué debería hacerlo?

—¿Por qué debería? —murmuró. Y entonces se lamentó al sentir un fuerte dolor en la mejilla izquierda. Instintivamente llevó allí su mano y se dio cuenta de que tenía una venda.

En un supremo esfuerzo, logró abrir los ojos. Una mujer vestida de blanco apareció ante ella. No podía recordar nada. ¿Dónde estaba? ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué no estaba en su casa?

—¿He tenido un accidente de tráfico? —preguntó muy despacio, con una voz que sonaba al croar de una rana.

—Te han asaltado y golpeado —le respondió una voz alarmanamente familiar.

¡Luiz! ¿Era acaso Luiz? Ella intentó sentarse, pero el cuarto se transformó de inmediato en un gran calidoscopio de intensos colores... Tratando de incorporarse de nuevo, preguntó:

—¿Dónde estoy?

—En un bar. En la trastienda. Te han traído unas personas.

—¿Luiz? —preguntó ella en un susurro—. ¿Eres tú, Luiz?

Cuando volvió a despertar, estaba en un cuarto de hospital, todo blanco y con olor a antiséptico. Nuevamente estaba desorientada. Acostada con los ojos abiertos, intentaba comprender lo que había sucedido.

—Gracias a Dios que estás bien, querida —dijo Jorge acercándosele—. Fue una pesadilla. Estábamos desesperados.

Gradualmente comenzó a recordar. Carnaval... carnaval... Ella y Odile en la calle, riendo y bailando.

—Odile —murmuró ella ansiosa—. ¿Qué le sucedió a ella?

—Está bien —le aseguró Jorge—. Arrepentida, pero se siente mucho mejor desde que sabe que te encontramos.

—¿Dónde?

—En la calle, donde esos animales te dejaron.

—¿En la calle? Creí que estaba en un bar —dijo vagamente, tomando conciencia de su propio dolor de cabeza y de una herida en el rostro.

—¿Un bar? ¿De qué estás hablando?

—Me llevaron a un bar... para que estuviese segura.

—Querida —dijo Jorge—, aún estás muy débil... es comprensible. Unos turistas norteamericanos te encontraron en la calle y te trajeron aquí directamente.

Cerrando los ojos, ella pensó: «¿Y Luiz? ¿Dónde estaba Luiz? ¿Fue un sueño? ¿Había imaginado su voz?».

—Estás muy golpeada, pero ese corte en tu cara no es algo que un pequeño toque de cirugía plástica no pueda arreglar. Mi médico personal te visitará después. Mientras tanto, los médicos piensan que debes permanecer aquí en observación durante algunos días.

Ella quiso asentir, pero no pudo. Se sumió nuevamente en un sueño profundo.

—Buenos días, señorita LeSerre —dijo una enfermera, en un immaculado uniforme—. Ha dormido toda la noche. Seguramente se siente mejor hoy.

Seguramente. Sin embargo, se sentía mal, pero al abrir los ojos, podía comprender, lo cual ya era algo.

—Quiero irme a casa —dijo débilmente.

—Veremos —respondió la enfermera.

Una hora más tarde Rafaella tenía todo lo que deseaba. Jorge y Odile fueron a recogerla, y pronto estaba instalada en su cama, con Jon Jon jugando feliz a su alrededor.

Odile se sentó a su lado, mientras que Jorge, después de regalarle docenas de rosas, se fue a su oficina.

—Lo siento —susurró Odile.

—No seas tonta. También fue mi culpa. Yo quise ir a recorrer las calles. Tú no me forzaste a hacerlo.

—¿Cómo está tu cara?

—Sobreviviré. Es sólo un rasguño. Por lo visto el tipo que me golpeó tenía un anillo con el que me abrió la mejilla. Jorge piensa en cirugía plástica, pero a mí me gusta la idea de tener una pequeña cicatriz. Es misterioso, ¿no crees?

—Para nada. No creo que sea un episodio agradable de recordar. Te podrían haber matado.

—¿Para qué? ¿Por un par de pendientes y unos collares? Se ve que eran unos ineptos. Ni siquiera se fijaron en mis dedos.

Levantó la mano y miró la sortija que Jorge le había regalado.

—Mi diamante está intacto. Aunque eso tampoco importa. Jorge podría regalarme docenas de anillos como éste sin siquiera sentir el pinchazo.

—Tienes suerte. Es una situación un poco mejor que la de Eddie Mafair, exprimiendo a la familia para apostar todo.

—Creo que sí.

—Pronto nos iremos —dijo Odile, abrazando las rodillas de su amiga—. Pero le he hecho prometer a Rupert que volveremos para tu boda. ¿Habéis decidido ya la fecha?

Rafaella meneó la cabeza.

—No. Aún tengo que hablar con Jorge, pero, tan pronto como lo decidamos, vosotros seréis los primeros en saberlo. Como siempre, ¿verdad?

—Espero que sí —respondió Odile—. Me sentiría muy mal si no fuera así.

Dos semanas más tarde, el drama del carnaval ya estaba olvidado. Sólo una pequeña cicatriz recordaba a Rafaella que durante esos momentos de violencia su vida había estado en peligro. Eso la hizo pensar en el futuro y en lo que realmente deseaba. Su mayor logro en la vida había sido dar a luz a Jon Jon. No era algo grandioso. Millones de mujeres tenían hijos. Ahora iba a casarse con un hombre rico para tener una vida segura y lujosa. Jorge seguía insistiendo en fijar la fecha, pero ella opinaba que debían esperar.

No, ella debía obtener algo por sí misma antes de volver a pensar en el matrimonio.

Cada día se despertaba con un renovado sentimiento de determinación y vigor, hasta que un día se dio cuenta: ¿en qué era ella realmente buena? ¿Qué era lo que le gustaba hacer?

—Jorge —dijo muy tranquila—, he decidido emprender una carrera como cantante.

—¿Cómo? —preguntó él, distraído.

—Cantante —repitió ella.

Él se incorporó y le preguntó:

—¿Te sientes bien?

—Muy bien.

Decidido a complacerla, él le dijo:

—Si te divierte, querida, puedes hacer lo que desees.

—No te estaba pidiendo autorización.

—Lo sé. Sólo te daba mi bendición.

Algunas veces Jorge era un hombre realmente comprensivo. No siempre había sido así. Se había suavizado con los años.

Los meses que siguieron fueron muy interesantes. Ahora que se había decidido a hacer algo, no había quien la detuviera. La carrera de cantante era la elección perfecta. De algún modo, eso la acercaba a su padre. Él había sido uno de los grandes tenores del mundo, y tal vez ella había heredado parte de su talento, aunque la ópera no era lo suyo. A ella le atraían los sonos de la samba, con una mezcla de jazz suave.

Su padre había sido un ávido coleccionista de blues y jazz. Sus favoritos habían sido Billie Holiday, Dinah Washington y Sarah Vaughan. Rafaella había heredado esa colección, y siempre se había sentido atraída por los ricos y melancólicos sonidos de esas voces. No le interesaba el rock duro ni los rasgos punk que influían en la música

actual. Eran demasiado fuertes. El sabor brasileño, combinado con el jazz y los blues, era perfecto para ella. Además combinaban perfectamente con su voz algo grave.

Jorge deseaba ayudarla, pero ella rechazó su colaboración. Si alcanzaba algo, quería que fuese por sus propios medios. Por eso, aunque con cierta reticencia, él se mantuvo a su lado, dejándola hacer las cosas a su modo.

A los veintitrés años, Rafaella se embarcó en su carrera. Estaba decidida a triunfar.

BOBBY MONDELLA

1983

Estaban sentados en la oficina de Nichols Kline. Bobby se levantó y se sirvió otro vaso de bourbon.

—Estás bebiendo demasiado —le dijo Nichols.

Él era el único que se atrevía a hablarle de esa manera. Todos los demás le besaban el trasero.

—Demándame —respondió Bobby con sarcasmo.

—Mírate al espejo. Tienes debajo de los ojos unas bolsas en las que podría acampar un grupo de boy scouts.

—Muy gracioso.

—Además, pareces un esqueleto.

—¡Al diablo! ¿Quién dice que debo ser perfecto?

Nichols se recostó en su sillón de cuero.

—Para la sesión de fotos de Leibovitz tienes que serlo. La portada del Rolling Stone significa mucho. No debes olvidarlo.

—¿Sí? ¿Dónde está escrito eso? —desafió Bobby.

—En letra pequeña. En tu trasero.

—¿Eres un cómico ahora?

—Puede ser. Y tú eres un desastre.

Bobby no estaba dispuesto a recibir este tipo de trato de nadie. Ya tenía bastante con lo que Nova le hacía. ¿Por qué permitir que Nichols le menospreciase?

—Escucha —dijo amenazante—. Si lo que quieres es que deje Hit City, sigue tratándome así. Puedo irme a la compañía que desee: a Warners, a Motown, adonde quiera. Ellos se ponen de rodillas donde yo vaya.

—¿De veras?

—Más vale que lo creas.

—No puedes irte, Bobby —dijo Nichols en tono amenazante—. Perteneces a Hit City, y no puedes irte a ninguna parte. —Hizo una pausa para luego dejar caer las palabras—: Carmino viene a la ciudad para los veintiún años de su hija. Quiere que tú cantes en la fiesta.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Bobby, frunciendo el entrecejo.

—Cantar. Amenizar la reunión. Entretener a sus amigos.

—¿Me estás jodiendo? Hace mucho ya que no amenizo bodas y *bar mitzvahs*.

—Se trata de un favor. Un favor personal a Carmino. Ya sabes que él es el dueño de la parte mayoritaria de la compañía. Te sugiero que lo tomes en serio.

Bobby caminó hacia la ventana y contempló la vista que desde allí se apreciaba.

Podía ver el edificio donde antes vivía... el apartamento en el que tuvo su primer encuentro con Nova.

—¿Y a qué se debe esto? —preguntó, sin un verdadero interés en la respuesta, ya que no pensaba cantar en ningún cumpleaños.

—¿Alguna vez has estudiado tu contrato? Quiero decir si alguna vez has leído la letra pequeña. Supongo que te habrás dado cuenta de que cuando te saqué de Blue Cadillac, contrajiste otras obligaciones, ¿verdad?

Bobby asintió.

—Un contrato que contemplaba todos tus deseos —continuó Nichols.

—¿Qué es esto? ¿Un recorrido histórico?

—No. Es sólo una advertencia. Hit City pertenece a Arnie Torterelli, a Carmino Sicily y a un consorcio de inversores. Por supuesto, yo tengo algo que ver allí.

—¿Adónde quieres llegar? Dilo de una vez.

—A que si Carmino o Arnie no quieren que tú trabajes durante los próximos diez años no podrás hacer nada al respecto porque el contrato es indisoluble. No hay modo de que te vayas, salvo que nosotros así lo queramos. —Y, tras una pausa, añadió—: Lo que quiero decir es que no debes hacer enojar a Carmino. Mantén las cosas en calma. —Bobby trató de decidir si ese hijo de perra le estaba amenazando. No, no lo hacía. Él era demasiado importante como para que nadie lo amenazase.

—La fiesta es el próximo sábado —dijo Nichols suavemente—. ¿Qué te parece?

Comenzó siendo sólo una fiesta de cumpleaños para la hija de Carmino Sicily. Un favor. Lo hizo, ¿por qué no? era mejor que meterse en líos.

Luego fue la fiesta del aniversario de bodas de los padres de Arnie Torterelli en Florida. Se lo pusieron todo muy fácil. Un avión privado y todo lo que él pidió.

Pero luego se trató de una semana de concierto en el Hotel Mirage de Las Vegas. Él no estuvo de acuerdo.

—Yo no soy un cantante para Las Vegas —insistió—; que consigan a Lionel Richie o a Jefferson Lionacre.

—Te quieren a ti —insistió Nichols—. Pagarán lo que les pidamos. —Y luego profirió la amenaza—: Es un favor para Carmino. Él ha prometido que lo harías. No puedes hacerle quedar mal.

Bobby sentía que estaba viviendo dos vidas. Por una parte era una superestrella. Por otra, cada vez que se mencionaba la palabra favor, se esperaba que él lo hiciera de inmediato.

Nichols Kline tenía razón. El contrato era indisoluble. Profesionalmente estaba totalmente en sus manos. Consultó a un prestigioso abogado independiente, que le dijo:

—Sólo hay una manera de romper ese contrato: mátese.

Muy gracioso.

Estaba furioso consigo mismo por haber sido tan estúpido. El dinero y el control artístico lo habían llevado a la mayor trampa de su vida. La trampa de los favores. Era una superestrella, pero debía amenizar bodas, cumpleaños y aniversarios.

Hacía meses que no veía a Nova y la echaba de menos. A ella no le importaba. De haberle importado se habría puesto en contacto con él. Cuando él le dijo adiós en la última cita, ella tomó sus palabras al pie de la letra. Como compensación él llevó a Zella Raven a vivir a su casa. Zella, la amazona. Era mejor que dormir con una mujer diferente cada noche, mejor que estar solo.

Él era una estrella. Nada importaba mientras tuviese mucho dinero para derrochar, un séquito de obsequiosos, mucha bebida y un poco de cocaína.

Bobby Mondella era una superestrella. Estaba en primera línea. Eso era lo que importaba.

1987

Sábado 11 de julio

—No veo por qué no podías ir conmigo a la conferencia de prensa —se quejó Cybil—. A veces actúas como si te avergonzaras de mí.

—No seas tonta.

—Es verdad. No me incluyes en nada de todo lo que es importante para ti.

—Sí lo hago.

—¿En qué?

—En la actuación del festival benéfico. Te llevé conmigo.

—¡Gran cosa! Todo el mundo estaba allí.

—Era una función muy especial.

—Lo sé. Tan especial que me dejaste de lado completamente. Estuve por ahí, dando vueltas, como si fuese una admiradora más.

—Vamos, querida —dijo él acariciándole el cabello—. Nadie te confundiría con una admiradora.

Ella se guardaba una parte de la información que sabía que no le iba a gustar a Kris.

—Bueno, Del Delgado no lo hizo.

—¿Qué hizo?

—Me confundió.

—¿Dónde?

—En la grabación del festival benéfico.

—¿Qué hizo ese hijo de perra?

—Trató de seducirme.

¿Estaba ella intentando que le prestara atención? ¿Por qué lo hacía sentirse tan mal?

—Probablemente sean sólo imaginaciones tuyas —respondió él, desestimando la acusación.

—Kris —susurró ella con voz lastimera—. Sé cuándo un hombre se me insinúa. Me dijo que fuese a su casa a una fiesta, como si yo hubiese sido una buscona que estaba esperando que él se fijase en mí. Cuando le dije que estaba contigo, se rió.

—¿De veras?

—¿No te importa?

—Tengo cosas más importantes en la cabeza en este momento.

—¿Como qué?

—Como terminar esta maldita actuación y salir de aquí.

A medida que se acercaba el momento de la fiesta, el ambiente se iba caldeando. Los cocineros preparaban los bocadillos que servirían al comienzo y gritaban a los camareros. Las mesas estaban aderezadas con manteles color rosa pálido, espléndida vajilla de plata y fina cristalería. Los camareros y ayudantes estaban ocupados colocando los arreglos florales y las velas de color lila pálido. Pronto llegarían los invitados, que tomarían sus aperitivos en las canchas de tenis entoldadas antes de cenar.

—¡Usted! —gritó uno de los chefs con un chasquido autoritario, dirigido a Maxwell Sicily—. Lleve esta bandeja a la casa de huéspedes. Es para Bobby Mondella. Hágalo ya.

—¿Dónde está la casa de huéspedes? —preguntó Maxwell, aunque lo sabía perfectamente bien.

—Pregúntele a alguien. ¿No ve que estoy ocupado?

Maxwell cogió la bandeja. Contenía una fuente con tapa, debajo de la cual había una tortilla con patatas fritas. Sosteniéndola en una mano, tomó la dirección contraria.

Un guardia lo detuvo.

—¿Adónde vas?

—Llevo esta bandeja a Bobby Mondella.

—Un momento —dijo el guardia, y consultó un mapa especial—. Es en la casa de huéspedes. Coge uno de esos cochecitos de golf. Sigue el camino principal hasta la piscina y llegarás allí.

—Gracias —dijo Maxwell, pensando que un cochecito de golf era justo lo que necesitaba. Colocó la bandeja en el asiento del pasajero y se sentó al volante. Probablemente sería el último encargo que tuviese que hacer.

Trudie se moría por preguntar a Rafaella qué sucedía, pero no se atrevía. No eran amigas ni nada por el estilo. Rafaella era la estrella y ella era solamente una empleada de publicidad. Podían hablar de algunas cosas, pero Marcus Citroen no estaba incluido en ellas.

Trudie hubiese dado cualquier cosa por conocer la verdadera historia. Ella trabajaba en Blue Cadillac desde hacía cinco años, y había escuchado las historias más increíbles acerca de Marcus Citroen. Tal vez Rafaella pudiese explicarle muchas cosas.

—¿Cuánto hace que conoces a Marcus Citroen? —preguntó mientras regresaban de la sala de prensa. Era un intento.

Rafaella ignoró la pregunta e hizo otra.

—¿Te parece bien cómo he manejado la situación?

—Considerando que no estabas preparada, creo que has estado brillante —

respondió Trudie—. Especialmente en cómo has manejado a la bruja inglesa, Cyndi Lou, o como se llame.

—Gracias. Ya me había topado con ella antes. No vale la pena contestar a sus preguntas. Tiene decidido de antemano lo que va a publicar.

—Me han dicho que ha hecho pasar un mal rato a Kris Phoenix. ¿Le conoces?

Era una pregunta inocente. ¿Acaso ella le conocía? No. No le conocía en absoluto. Sin embargo, tenía un hijo suyo. ¡Dios! ¡Qué secreto! Ella nunca se lo había confiado a nadie.

Se preguntó si esa noche se encontrarían.

—Tengo hambre —dijo—. ¿Crees que podremos conseguir algo para comer?

Rafaella tenía la desconcertante costumbre de no responder nunca a las preguntas directas y Trudie ya estaba acostumbrada a eso.

—¿Estás bromeando? Aquí podemos conseguir lo que se nos ocurra.

—¿Por qué ha tardado tanto? —preguntó Speed, con un tic nervioso que dominaba el lado izquierdo de su rostro.

El abogado le miró fríamente. Prefería no tener clientes como ése. Le cobraría algo exorbitante.

—He venido tan pronto como he podido.

—No me joda. Ha tardado mucho.

—Aquí estoy y usted está fuera. Suficiente, ¿no es verdad?

—Malditos abogados —murmuró Speed, mientras ambos abandonaban la comisaría.

Habían ensayado. Había respondido a la prensa. Ahora sólo quería descansar antes de la actuación.

—Sara, ahora quiero estar un rato solo. ¿Te molesta?

—En absoluto —dijo tranquila, aunque por supuesto, sí le molestaba. Ella era feliz de estar con él las veinticuatro horas del día. ¿Por qué él no sentía lo mismo?

—¿Vuelvo dentro de una hora? —preguntó.

—Sí. Está bien.

—Tal vez sea mejor que espere a que te traigan tu tortilla.

—Me las puedo arreglar solo.

—Hay una mesita al lado de la puerta, con un florero. Ten cuidado...

—He dicho que me las puedo arreglar.

—Lo sé. Lo sé.

—Entonces desaparece.

Él estaba bromeando, pero ella lo conocía suficientemente bien para saber que

debía irse rápidamente.

Por el silencio, él supo que se había ido. No era necesario que las personas hablaran. Por la respiración, él sabía cuándo había alguien en la habitación.

Se levantó y recorrió la estancia, tanteando con las manos. Una vez Sara le había sugerido que utilizase un bastón blanco.

—¡Jamás! —le había respondido él con vehemencia. También había rechazado la idea del perro guía, no porque le disgustasen los animales, sino porque quería bastarse por sí mismo, sin ayudas.

Los golpes en la puerta anunciaban que había llegado su comida. Se dirigió al diván y dijo:

—¡Adelante!

Un vaho inconfundible de perfume invadió la habitación. Era el sensual Musk de Nova Citroen.

Instintivamente él sabía que cuando se hubiese librado de Sara, ella aparecería.

—Hola, Nova —dijo tranquilamente.

—¿Cuál es tu nombre, preciosa?

La repentina presencia de hombres atractivos tenía a Vicky muy excitada. Durante varias semanas sólo había visto jardineros mexicanos, empleados homosexuales y a Tom y su banda de guardias de seguridad. Ahora el lugar estaba lleno de actores retirados, modelos masculinos y otra gente por el estilo, que trabajaban de camareros. Los barmans tampoco estaban nada mal. Vicky pensaba que, de no estar trabajando, lo pasaría muy bien.

—No te preocupes por mi nombre, muchacho —dijo, mirando al camarero que venía hacia ella con intenciones de flirtear. Tenía una expresión vacuna y un cuerpo grueso—. Ocúpate de tus asuntos.

—De ti, por ejemplo —dijo con un guiño sugestivo.

—Olvídalo —respondió escuetamente Vicky.

—Tenía que intentarlo.

Tal vez ella no estaba tan mal. Tom pensaba que era como Marilyn Monroe. Regresó a la casa principal, donde la señora Ivors esperaba impaciente.

—Ve a la casa de huéspedes —ordenó—. Y quédate allí hasta nueva orden. Si alguno de los famosos que están allí necesitan algo, procura que lo tenga. Debo advertirte además que el señor Citroen despedirá a cualquiera que no cumpla con su trabajo esta noche. ¿Entiendes?

Vicky asintió.

—Sí, señora. Esté segura de que cumpliré bien con mi trabajo.

Cuando quería, Marcus Citroen podía ser el hombre más encantador del mundo. Elegante, conecedor, un hombre de dinero y buen gusto. La mayoría de las mujeres lo

encontraban atractivo, aunque no era guapo en el sentido clásico de la palabra. Con su cabeza calva, en forma de hueco, su piel y sus ojos oscuros, parecía un potentado de Oriente Medio. Lo que más le atraía era el poder, que emanaba de él, atrayendo irresistiblemente a hombres y mujeres que obedecían sus órdenes sin rechistar. Y Marcus estaba habituado a que las mujeres obedecieran sus órdenes, como lo había hecho Sharleen, para que condujese su carrera. Desde el principio ella había comprendido el juego. Él la había transformado en estrella. Había cumplido su parte.

Rafaella era diferente. Era un desafío que lo obsesionaba y quería lograrla.

Nova también había comprendido el juego y lo había hecho mejor que nadie. En realidad, ella era su equivalente femenino, por eso estaban indisolublemente unidos, tanto sexualmente como en todo lo demás.

Para Marcus, la mayoría de las mujeres eran descartables. Cuando cumplían su papel adecuadamente, las mantenía en su entorno; cuando no, las dejaba de lado sin pensarlo ni un minuto.

Con el correr de los años, Nova se había vuelto muy próxima a él, pero ella sabía dónde estaba el límite.

Esta noche era una prueba. Él se daría cuenta de si había aprendido la lección.

Él debía asegurarse completamente.

KRIS PHOENIX

1984

Estaban filmando el tercer vídeo de su primer álbum como solista, *Erotic*, en los jardines de Novaroen.

—¡Caray! —exclamó Kris—. ¡Qué lugar!

Doktor Head asintió.

—No me molestaría mudarme aquí —bromeó Kris.

—Haz una oferta.

—¡Ja!

Un trío de muchachas en escuetos bikinis pasó por delante. Eran extras contratadas para exhibirse por allí. En otro tiempo, Kris se hubiera acostado con las tres, una tras otra, pero ahora era mayor e inteligente, y en esa época en la que el mayor asesino era el sida, todo el mundo estaba atemorizado.

Se recostó en una tumbona que tenía su nombre inscrito y se limitó a mirar.

—Hola, Kris —dijo una de las chicas con un gracioso gesto.

—Hola, preciosa —respondió él, aunque no tenía la menor idea de quién se trataba.

—Ahí viene la dueña de la casa —murmuró Doktor Head—. Sé amable con ella. Es la que organiza la función.

Kris se puso en pie; había oído hablar mucho acerca de la señora Citroen, y estaba interesado en conocerla.

Nova se dirigió hacia ellos, muy fresca con su blusa de lino y su falda de seda. Su cabello platinado contrastaba con la piel bronceada.

—Señor Phoenix —dijo amablemente—. ¡Qué placer conocerle! Estoy encantada de que se haya unido a Blue Cadillac. Acabo de volver de Europa y ahora que estoy de regreso me encantaría ofrecer una cena en su honor.

—Suenan maravilloso.

—¿El martes quizá?

—Perfecto.

Doktor Head también se levantó, dejando ver todo su salvaje aspecto: su mata de cabello rojizo y su barba desaliñada.

—Señora —dijo amablemente—, yo soy Doktor Head, el representante.

—Doktor... Head —dijo ella levantando la ceja, con expresión cínica.

—Sé que es un nombre extraño. Me lo pusieron ya hace muchísimos años. Pero le aseguro que va bien conmigo.

Kris nunca antes había visto a Doktor Head tratando de adular a alguien, y tuvo que hacer esfuerzos por no reír.

Nova no parecía encontrarle interesante, por lo que pasó a ignorarle y, volviéndose a Kris, le preguntó:

—¿Dónde se hospeda?

—En el Westwood Marquis.

—Le enviaré un coche el martes a las siete y media. Será informal. ¿Vendrá usted con alguna joven o la escojo yo?

Sonaba como si la mujer estuviese hablando de una caja de chocolates.

—Vendré solo —respondió.

—En ese caso —dijo Nova sonriente—, le tendré preparado un grupo interesante. A las siete y media. No lo olvide. Y trate de pasarlo bien hoy. Si necesita algo, cualquier cosa, no dude en pedirlo.

Ella se volvió hacia el director, un joven que filmaba vídeos en los intervalos entre importantes películas.

—¿Y qué soy yo? ¿Hígado picado? ¿Por qué no le has dicho que me invitase?

—Porque pensé que no era tu tipo de reunión.

—¿Y es acaso el tuyo?

—Creo que puedo ir a una cena sin que tú me tengas la mano, ¿verdad?

El segundo asistente se acercó.

—Señor Phoenix, ya estamos listos para filmarle a usted.

En un año ya había triunfado como solista. Por suerte había escuchado a Mikki cuando le sugirió que pusiese su nombre al frente de los Wild Ones. Cuando se separaron, todo el mundo sabía quién era él. No hubo una gran crisis de identidad. Los otros tres no habían sido tan afortunados. Buzz fue deportado de Estados Unidos y regresó a Inglaterra con Mikki, donde formó una nueva banda llamada Manía. Se disolvió al cabo de seis meses, y Buzz siguió actuando solo en ocasiones.

Rasta trataba de pasar desapercibido mientras seguía con sus juicios de paternidad.

Fingers, por su parte, se transformó en una figura underground.

El mayor problema había sido solucionar los problemas que había suscitado el hecho de disolver un grupo de éxito. Kris había seguido el consejo de Doktor Head y había contratado a los mejores abogados para que cuidasen de sus intereses. Mientras tanto se había ido de vacaciones a su casa de Francia, con Bo y una niñera.

Fue un tranquilo periodo de transición. Después de todo, habían sido doce años de idas y venidas, con muy pocas pausas. Durante esos años los Wild Ones habían sido propiedad pública, y eso había repercutido en sus vidas. No tener compromisos personales era ahora un gran alivio.

Pasaba todo el tiempo con Bo, nadando, navegando en una potente lancha que había comprado, aprendiendo juntos esquí acuático. A las pocas semanas, ya se sentía mucho más cerca de su hijo y más en paz consigo mismo. Entonces, tontamente,

arruinó todo invitando a su madre a visitarles.

—¿Puedo ir con Brian y su familia?

—¿Por qué?

—Todo está bien para ti, hijo. Lo tienes todo, pero Brian no. Brian acaba de dejar su trabajo y necesita unas vacaciones.

Brian llegó, más pomposo que nunca, junto con Jennifer, que se había convertido en el prototipo de esposa quejica, y dos niños molestos. Enseguida fue al grano.

—He dejado el banco, como ya sabes —dijo, imperiosamente—. Y he estado pensando que ahora que estás solo, necesitarás un nuevo representante.

—Sigo con Doktor Head.

—No, no. Debes tener un nuevo representante. He decidido ayudarte.

—¿De qué estás hablando?

—Seré tu representante —anunció entonces, magnánimo.

—¿Tú? —explotó Kris, y se echó a reír—. No me jodas...

—Naturalmente —dijo Brian, ignorando los exabruptos de su hermano—, es un sacrificio por mi parte. Pero he decidido que la sangre es la sangre. ¿Quién puede llevar mejor que yo tus asuntos?

—¡Dios! ¿Realmente piensas eso...?

—Por supuesto, deberé aprender un par de cosas acerca del negocio de la música. Pero después de trabajar en el banco durante nueve años, sé muy bien cómo tratar a las personas.

—Deja ya eso.

Brian se sintió ofendido porque Kris no se habían entusiasmado con su ofrecimiento. Se quejó ante Avis y ésta reprendió a su hijo menor.

—Parece mentira que no puedas dar trabajo a tu propio hermano.

Aceptaron su hospitalidad durante dos semanas, y luego regresaron a Inglaterra, para alivio de Kris, quien después supo por sus hermanas que Brian decía que él le había pedido que dejase su empleo para ir a trabajar con él, y luego había cambiado de opinión. Ahora era el villano de la familia. ¡Maravilloso!

Finalmente, cuando todos, incluso Bo, se fueron, él comenzó a escribir, componiendo la letra y la música de varias canciones.

Las cosas le iban tan bien, que quiso compartirlas con alguien. Un día se acordó de Astrid, averiguó su teléfono y la llamó a París.

—¿Todavía estás comprometida? —le preguntó.

—Sí.

—Necesito unos pantalones.

—Te los enviaré. ¿De qué color?

—No será posible. He engordado un poco. Tendré que probármelos.

—¿De verdad?

—No bromeo. Estoy en el sur de Francia. ¿Puedes viajar?

—Está bien —respondió ella tras una pausa.

—Te enviaré un pasaje. Trae un bikini.

—No podré quedarme.

—Tráelo de todos modos. Tendrás tiempo para nadar un rato, ¿verdad?

Llegó para pasar un día y se quedó todo el verano. Desde entonces, siempre habían estado juntos. Ahora mismo ella se encontraba en Londres, cuidando su apartamento de Grosvenor Square y supervisando las reparaciones de su casa de campo.

Astrid era una influencia reparadora. Era agradable tener a alguien en quien confiar y con quien compartir las cosas. También era muy buena en la cama, una vez que se lograba llevarla hasta allí.

La disolución de los Wild Ones ocupó la primera plana de todos los periódicos y causó conmoción en las legiones de admiradoras de todo el mundo. Kris se negó a conceder entrevistas para hablar del tema y cuando algún reportero intrépido se aventuraba hasta la puerta de su casa en Francia, era rechazado.

Un fin de semana, Doktor Head apareció con la novedad de que le estaba negociando un contrato como solista con Blue Cadillac.

—No quiero nada que me tenga atrapado por un plazo muy largo —advirtió Kris—. Hazlo sólo por el álbum y veré si estoy conforme.

Estuvo conforme. *Erotic*, su primer álbum con Blue Cadillac fue un gran éxito, no sólo comercialmente, sino también en cuanto a la crítica.

Sí, Kris se sintió muy feliz.

La cena de Nova Citroen tuvo lugar en su casa de Bel-Air, una mansión enorme con una asombrosa vista y una legión de sirvientes que atendían cualquier necesidad de los dieciséis invitados. Marcus no estaba en la casa.

—Está en Londres —explicó Nova al llegar Kris—. Negocios, como siempre.

Lo presentó a un grupo que incluía dos estrellas de cine, un escritor, dos productores importantes, el representante Hawkins Lamont, y varias rubias bellas aparentemente sin compromiso. Cuando Nova había dicho que ella las elegiría, sabía de lo que hablaba.

Una de las rubias, enfundada en un vestido de cuero muy corto, se le acercó y le dijo:

—Hola. ¿No nos vimos la semana pasada en la casa de Allan Carr?

—La semana pasada yo estaba en Londres —respondió, preguntándose si sus tetas eran de silicona.

—¡Qué pena! Nos hubiésemos divertido tanto...

El vestido de cuero le distrajo. Le recordó a Astrid, esperándole pacientemente en

Londres. Se habían prometido no acostarse con otros. Ya no era justo hacerlo, con todas esas enfermedades rondando. Los invitados de Nova no parecían enfermos... pero el Sida no ofrecía ninguna señal. Practicar el sexo con extraños era como jugar a la ruleta rusa.

Dos apuestos camareros servían copas, mientras Nova circulaba entre los huéspedes. Kris se encontró conversando con un hombre al que había visto en películas durante toda su infancia. Ahora tenía los dientes amarillos y el cabello gris, pero era bastante agradable, especialmente cuando empezó a hablar acerca de cuánto le gustaba la música de Kris.

Era gracioso pero Kris nunca había pensado que también podía gustar a la gente mayor.

Una voz le advertía: «Ten cuidado, ya vas para treinta y seis».

¡Dios! Treinta y seis años. Ese pensamiento lo inquietaba. Siempre había pensado que cuando llegara a los cuarenta se retiraría, pero los cuarenta estaban cada vez más cerca y él no tenía ninguna intención de ir a ninguna parte. Había que ver a Mick Jagger, que tenía ya más de cuarenta y se seguía comportando como un adolescente. También Rod Stewart debía rondar la temida cuarentena, por no hablar de Paul McCartney y a Pete Townshend y a toda una camada de rockeros maduros.

—Creo que necesito otro trago —dijo cogiendo una copa de champaña.

—He puesto a su derecha a Hawkins Lamont. Es un hombre fascinante y sería su perfecto representante. Desdichadamente no toma clientes ahora, pero creo que debe conocerle. Dígame, ¿a quién quiere que coloque al otro lado?

—A usted —dijo él sin pensarlo.

—Esperaba que respondiese eso —dijo Nova, esbozando una sonrisa.

RAFAELLA

1984

Me enamoro muy fácilmente

Me enamoro muy rápido

Me enamoro tanto

Y para siempre...

Mientras Rafaella cantaba la sentimental canción de Sammy Cahn y Jule Styne, un silencio total reinaba en Julio, el pequeño restaurante con espectáculo al que ella ya había comenzado a llamar su segundo hogar. Originalmente la habían contratado para actuar una vez por semana, pero ahora se presentaba todas las noches, cantando esa particular mezcla de clásicos norteamericanos a los que daba un cierto ritmo de jazz y samba.

Ataviada con un sencillo vestido negro, con el largo cabello suelto rodeando su rostro bello y exótico, cantaba con pasión contagiosa. Su voz, ronca y grave, estaba llena de sensualidad.

A sólo un año de su debut como profesional, Rafaella era un éxito. Tenía un gran atractivo y los brasileños la adoraban, cantase en portugués o inglés.

Le acababan de ofrecer un contrato de grabación y un espacio para cantar en un popular programa de televisión. Ella apenas podía creerlo. Todo parecía haber sucedido tan rápidamente.

Aunque intentara parecerlo, Jorge no se sentía feliz. El hecho de que su prometida se dedicase a cantar no lo convencía en absoluto. Hacía un mes ella se había ido de su casa, llevándose a Jon Jon.

—Puedo esperar —había dicho él entonces—. Sé que volverás.

Rafaella había meneado la cabeza mientras lo besaba con tristeza.

—Es algo que nunca debió ser. Encontrarás a alguien que te ame más de lo que yo podré nunca.

Ella dejó allí su enorme solitario y los otros regalos que él le había hecho. Otra vez estaban solos ella y Jon Jon, quien aceptó mudarse sin una queja. Estaba a punto de cumplir los siete años y combinaba los mejores atributos físicos de ambos padres. Era alto para su edad, tenía la piel oscura y los pómulos salientes de Rafaella, y los ojos azules y el cabello rubio ceniciento de Kris Phoenix.

—Eres un niño muy guapo —le decía ella a diario mientras lo abrazaba—. ¿Cómo he podido ser tan afortunada?

—¡Porque me tienes a mí, a mí, a mí! —gritaba feliz el niño.

Sí, tenía a Jon Jon. Y tenía su carrera. También tenía un representante, Tinto Reuben, que cuidaba bien de sus intereses. La vida era bastante buena.

Una vez por semana su madre la llamaba desde Inglaterra.

—¿Cuándo vienes a visitarnos, querida?

—Pronto —respondía siempre Rafaella.

La conversación cada vez se repetía. En realidad, Rafaella no quería volver a casa. Volver no haría más que recordarle a Eddie Mafair, y Dios no quisiera que él pudiera ver al niño, aunque hasta el momento no había hecho ningún intento al respecto. Odile se había tropezado con él una vez por casualidad en Annabel, y por lo visto no había preguntado por ninguno de los dos. ¡Fabuloso! Mejor, imposible. Si tenía suerte, nunca más tendría que volverle a ver.

Cuando terminó su actuación, su representante la estaba esperando. Reuben era un hombre bajo y mofletudo, de unos cincuenta años. Se lo había presentado su profesora de canto y enseguida habían llegado a un acuerdo. Tinto estaba casado y tenía siete hijos. En otra época había sido cantante y conocía perfectamente el negocio. Aunque no era un agente importante, era respetado y tenía una buena clientela. Enseguida supo que Rafaella podía triunfar. Cuando la conoció, la bella muchacha ya tenía todo lo que necesitaba para hacerlo, excepto experiencia. Ahora, un año después, estaba preparada para todo.

—¿Qué sucede, Tinto? —preguntó Rafaella, mientras encendía un cigarrillo.

—Fumas demasiado.

—Tengo que tener algún vicio —respondió ella, riendo—. Es un lastre que me ha quedado de mis tiempos de colegio, cuando fumar era lo más audaz que podíamos hacer.

Tinto sonrió. Tenía buenas noticias.

—La semana próxima hay un festival de música muy especial en San Pablo. Estás invitada para actuar allí.

—¿De veras? —preguntó ella con el rostro encendido.

—Es un honor.

—¿Y por qué yo?

—Estás adquiriendo popularidad, querida.

—¡Me encanta!

—Y espera... Esto es sólo el comienzo.

San Pablo era una ciudad encantadora. Voló hacia allí por la mañana y desde el avión ya pudo ver el formidable panorama.

—¿Nunca has estado aquí antes? —preguntó Tinto.

—Siempre lo deseé.

—Mi esposa nació aquí. Quería venir con nosotros, pero no es tan sencillo cuando

tienes siete niños que cuidar.

—Además del mío...

—A ella le encanta que Jon Jon se quede en casa. María es la madre tierra —añadió, orgulloso y contento.

Después de registrarse en el hotel, fueron hasta la sala de ensayos y se encontraron con los músicos que acompañarían a Rafaella. Ella prefería lo mínimo posible; un teclado y una guitarra bastarían. Algunas veces podía agregarse un toque de percusión. En principio, ella hubiera preferido llevar consigo a los músicos que siempre la acompañaban, pero Tinto consideraba que el costo de los traslados era excesivo para una sola noche de actuación.

El día era caluroso y húmedo. Recogió sus largos cabellos en una trenza y se vistió con unos pantalones de algodón y una camiseta demasiado grande. Tinto llevaba su habitual traje rosado pálido —tenía varios iguales— y una camisa marrón que apretaba su abdomen prominente.

—¿Sabes qué? —sugirió Rafaella—. Si tú dejas de comer, yo dejaré de fumar.

—De acuerdo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo vas a comenzar la dieta?

—Después de Navidad.

—¡Pero faltan ocho meses para eso!

—¿De veras? —preguntó él con inocencia.

Ella meneó la cabeza y no pudo evitar sonreír.

Tinto la presentó a varios de los organizadores del evento. Ella charló educadamente con todos, hasta que una esbelta mujer vestida de rojo le dijo:

—¡Ah! Aquí vienen los músicos que te acompañarán. Carlos Pinafida al piano y Luiz Oliveira en la guitarra. Luiz es un joven con mucho talento. Tiene un estilo maravilloso. Más tarde él tocará su propia composición: «Muchacha inglesa». Es muy popular aquí.

Así fue cómo Rafaella volvió a encontrarse frente a frente con Luiz tres años después del último encuentro.

Contuvo la respiración y lo miró a los ojos. Él le devolvió la mirada. El aire estaba caliente, denso, como cargado de electricidad.

BOBBY MONDELLA

1984

Fue un viaje hacia el éxito. Había llegado a la cima de la montaña y aspirado profundamente, pero el aire estaba viciado. ¿Por qué no era fresco y agradable? ¿Por qué todo era así?

Bobby Mondella observaba su fotografía en la portada del Rolling Stone y se preguntaba por qué no estaba contento. «Eres tan apuesto, desgraciado», se decía sin pasión, mientras se servía una copa.

Zella Raven se deslizó en el cuarto, como una supermujer vestida de piel de leopardo. Zella disfrutaba de la buena vida, aspiraba cocaína antes del desayuno y acababa el día con un toque de sexo libre.

En el fondo, él sabía que debía librarse de ella, porque lo estaba arrastrando hasta el fondo. Una vez, hacía ya mucho tiempo, él había estado en contra de las drogas. Él, más que nadie, había visto cómo destruían a la gente.

Ahora las veía consumir a su alrededor y de vez en cuando participaba en aquellas fiestas, ya que las drogas le daban aún más poder y fuerza, y cuando estaba colocado se sentía dueño del mundo y nada ni nadie podía abatirlo, ni siquiera Nova Citroen.

¡Ah... Nova! Era su obsesión. ¿Cómo podía ser que hubiese llegado a tenerlo todo y que todo no fuera suficiente, ya que él daría lo que no tenía por poseer a la mujer que no podía tener?

Carecía de sentido.

Cuando estaba drogado o borracho, nada de eso le importaba.

Él sabía una cosa: Rolling Stone tenía razón cuando decía que él ya no podía escribir más. Un buen día las canciones dejaron de surgir. Así de simple.

No había inspiración ni ideas. No había una mierda.

En Rolling Stone decían que Bobby Mondella ya no era el talento que una vez había sido. ¿Qué le importaba? Había llegado a la cima y la caída sería larga.

A Zella le gustaban las fiestas. Todas las noches iban a un nuevo club nocturno o restaurante. Eran los dueños de Las Vegas, donde siempre actuaba a favor de Carmino, su mejor amigo. ¿O sería un favor para Arnie?

—Parece que te has muerto en el agua —dijo Zella, agitando una encrespada melena afro—. Aún no te has vestido siquiera.

—¿Para qué debo vestirme? No vamos a ninguna parte.

—Sí que vamos, cielo, ¿lo has olvidado? Hoy es la gran fiesta de Arnie en la playa.

Otra fiesta. Algo que él no quería. Además, seguramente todo el mundo habría

leído el deprimente artículo del Rolling Stone, que él había decidido ignorar. ¿Qué importaba? Sólo recordarían que habían visto su retrato en la portada. Más fama. Él era tan apuesto...

Sí, mister Soul, la superestrella, era condenadamente apuesto.

Las mujeres siempre trataban de seducirle. Eso era un hecho. Sonreían y trataban de comportarse con naturalidad, pero Zella se daba cuenta.

—Querido, se están mojado las bragas, hablen de lo que hablen.

Símbolo sexual.

Símbolo sexual negro.

Un doble atractivo.

—Las tormentas son terribles, pero de todas maneras no venderemos —dijo una bella mujer que llevaba un enorme diamante en el dedo.

—¿No van a qué?

—No vamos a vender nunca... —repitió mirándole fijamente.

¿Lo deseaba? ¿Estaba lista para cualquier cosa?

Sí, él lo sabía.

—Bobby querido —lo saludó Poppy Soloman, la esposa del director de un estudio—. ¡Qué alegría verte de nuevo! Gracias por actuar en mi festival. Todos se sorprendieron.

¿Ella también le deseaba?

Sí, la respuesta era simple...

Miró a Zella, que paseaba por la sala. Desde que había interpretado un papel en una película tipo Rambo, se había convertido en una estrella y representaba su papel en la pantalla y en la vida real.

Al menos ella estaba contenta.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

Se volvió y se encontró de frente con su amigo Rocket. El mismo viejo Rocket de siempre, con su pelo largo y sus ropas ajadas. El año anterior había sido nominado para un Oscar por su excelente actuación en una película sobre la corrupción en la política.

Bobby se alegraba de verle. Habían perdido el contacto y hacía mucho que no coincidían. Intercambiaron abrazos con genuina camaradería.

La mujer del gran diamante y la esposa del director del estudio esperaban pacientemente ser presentadas al actor, que no era precisamente conocido por su sociabilidad. Como Bobby no recordaba el nombre de ninguna de ellas, no se molestó en presentarlas. En lugar de eso, cogió un par de copas y llevó a Rocket a la piscina.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —preguntó Rocket alzando los brazos exasperado—. ¿Para qué quieren una piscina si ya tienen el mar?

—Mira... —dijo Bobby encogiéndose de hombros—. Así es el mundo del espectáculo. Hay que mostrar lo que se tiene.

—Una filosofía de mierda —respondió Rocket frunciendo el rostro disgustado—. ¿Por qué no devuelven algo de ese dinero a quien pertenece, la gente? —Sacó un porro arrugado de su bolsillo y lo encendió.

—Pero ¿qué haces en Los Ángeles? —preguntó Bobby—. Creí que odiabas esta ciudad.

—Otra película. La verdadera historia de un cocainómano de Hollywood que arruina su vida. Tenía el mundo en sus manos y lo jodió todo. Será una buena película.

—Siempre haces esos papeles.

—Mucha gente de aquí se identificará con el personaje. —Aspiró la marihuana y se la pasó a Bobby, quien la rechazó—. Olvidaba que no fumas estas cosas.

—Aspiraría un poco de coca, si tienes.

—No tocaría ese veneno ni por todo el oro del mundo.

¿Por qué siempre Rocket le hacía sentirse como un perdedor? Él era más famoso de lo que su amigo nunca sería.

—¿Me has visto en la portada del Rolling Stone?

—No sé por qué aceptas toda esa mierda. Mostrarte así, para que te jodan. Yo no hago nada de eso. Sólo mi trabajo. No quiero ni pensar en esa basura.

Antes de que tuviese tiempo de defenderse, Zella estaba junto a ellos. Se meneaba frente a Rocket como una sinuosa serpiente.

Bobby se alejó. Estaba harto de Rocket y su actitud de superioridad; ¿quién mierda se creía que era?

Encontró a un grupo que aspiraba cocaína en un lavabo y se unió a ellos.

Nada importaba. Ser una estrella significaba no tener que dar nunca explicaciones.

KRIS PHOENIX

1985

Acostarse con la señora Citroen no había sido la mejor idea del mundo, pero lo había hecho (una vez) y ya no había solución.

Cuando Kris reflexionaba sobre ello —lo que no sucedía muy a menudo—, se daba cuenta de que no había sido su culpa. Después de todo, ¿Qué podía hacer un tipo cuando se encontraba con la esposa de su jefe completamente desnuda, excepto por los zapatos de tacón alto y su gélida sonrisa?

Decir: «no, muchas gracias» no hubiera sido muy considerado de su parte, especialmente después de que ella acababa de dar una cena en su honor y lo había sentado al lado de uno de los principales representantes del país en el mundo de la música.

Pero una vez había sido suficiente, gracias. Kris reconocía a una pesada en cuanto la veía.

La señora Citroen no se rindió fácilmente. Lo telefoneó y le envió regalos. Trató de presionarle.

Pero él no cedió. De ningún modo. En realidad lo que hizo, como para prevenir cualquier complicación posterior, fue contárselo a Astrid en cuanto llegó a Inglaterra. Ella rompió algunos muebles y lo golpeó, pero básicamente lo encajó bien.

Todo eso había sucedido hacía ya un año, y muchas cosas habían ocurrido desde entonces. Lo más importante había sido tener que dejar a Doktor Head. Él, en realidad, no quería hacerlo, pero no tuvo más remedio, ya que éste comenzó a beber de nuevo, y cuando estaba ebrio se transformaba en un maniático. Kris no quería nada de eso. En todo lo que se refería a su carrera, él tenía un instinto que lo hubiera llevado a matar a cualquiera que pudiese perjudicarlo. Dio varias oportunidades a Doktor Head y finalmente acabó despidiéndole. Afortunadamente no mediaba un contrato entre los dos. Había sido un acuerdo amistoso. Ambos lo habían querido así.

Dos días después de la ruptura, llamó a Hawkins Lamont.

—Necesito a alguien que me ayude a ascender —le dijo.

—Venga a mi oficina y hablaremos —fue la respuesta.

Se encontraron y hablaron. Los dos coincidieron en el mismo proyecto: convertir a Kris Phoenix en la estrella del rock más importante del mundo.

Establecieron las condiciones.

—Tendrás que mudarte a Norteamérica —dijo Hawk—. Si intentamos transformarte en una estrella internacional, tu base tiene que estar en Norteamérica.

—A Astrid no le gustará.

—No la lles. Déjala en Inglaterra. Es mejor para tu imagen que no tengas

ataduras.

Era una solución excelente. A Astrid le encantaba vivir en el campo, y él iría a menudo a visitar a Bo.

Seis semanas después se compró una casa en Bel-Air.

Fiel a su palabra, Hawk se dedicó a hacer de Kris Phoenix la más importante estrella del rock. Renegoció el contrato de Kris con Blue Cadillac y lo puso en manos del más importante agente de publicidad de la Costa Oeste, sugirió un tema para el siguiente álbum y propuso una gira por dieciséis de las ciudades más importantes de Estados Unidos.

—Debemos olvidar que alguna vez existieron los Wild Ones y comenzar de nuevo —anunció, con el entusiasmo de un general a punto de librar batalla—. De ahora en adelante serás sólo Kris Phoenix. Vete a casa, siéntate y escribe las mejores canciones que jamás hayas escrito. El tema debe ser la familia: la familia, las raíces, y las relaciones.

Kris regresó a Inglaterra, se instaló en su propiedad del campo, desconectó los teléfonos y se puso a trabajar, saliendo seis semanas después con doce canciones muy auténticas, con todos los ingredientes que Hawk le había sugerido.

El nuevo álbum se llamó *Getting Down*. La gira se denominó simplemente Kris Phoenix. Con ambas cosas, batieron todos los récords.

Hawk había cumplido lo prometido. En un año el de Kris Phoenix era el nombre más importante del rock, desde la época de Bruce Springteen.

RAFAELLA

1985

Había momentos en los cuales Rafaella sentía que no podía apartarse ni un momento de Luiz. Afortunadamente, parecía que él sentía lo mismo. Había tropezado con él por casualidad, y esto la había hecho decidirse a no apartarse de él nunca más. Había pasado un año, y se había cumplido su deseo.

Al principio los dos se sintieron incómodos, pero tras el sobresalto inicial empezaron a hablar.

—No sabía que cantabas —dijo él.

—Y yo no sabía que tú vivías en San Pablo —replicó ella, acusadora, queriendo en realidad decir: «¿Por qué desapareciste? ¿Cómo es que nunca más supe de ti? ¿Cómo te atreviste a tratarme así?».

Parecían un siamés desconfiado y un fiero doberman.

—¿Qué pasa, Rafaella? —preguntó Tinto—. ¿Os conocíais?

—Sí —respondió ella.

—No —dijo Luiz al mismo tiempo.

—¡Ah! —suspiró Tinto, quien al instante comprendió lo que sucedía.

Finalmente la música los unió. El insinuante rasgueo de la guitarra de Luiz se mezclaba a la perfección con la voz grave y sensual de Rafaella. Al finalizar el concierto aún no eran amigos, pero habían logrado una buena sintonía.

A la mañana siguiente, poco antes de que ella y Tinto salieran para el aeropuerto, Luiz apareció en el hotel.

—Creo que deberíamos hablar —dijo.

—Y yo creo que es un poco tarde para eso —dijo ella.

Tinto le entregó el pasaje. Rafaella sólo trabajaba, nunca se divertía. Eso no era natural.

—Quedaros hablando —dijo—. Puedes tomar el siguiente avión.

Cuando llegó de regreso a Río, ella estaba resplandeciente, como sólo puede estarlo una mujer enamorada. Había descubierto que Luiz era un joven apasionado y complejo. Su desaparición no se había debido a que no le gustase ella, sino a que le gustaba demasiado.

—No tenía nada que ofrecerte —le había explicado—. No hubiésemos sido felices.

—Sí, lo hubiésemos sido —replicó ella.

—No —insistió él—. Y tuve que dejar la ciudad porque si no, la tentación hubiera sido demasiado grande.

Él tenía sus razones: el orgullo y esas cosas. En San Pablo su carrera había

progresado, de modo que se sentía preparado para el desafío que significaba esa relación.

Algunas semanas después de que Rafaella regresara a Río, Luiz la siguió, ya que Tinto había prometido que podrían trabajar juntos en algunos dúos. Era sencillo cumplir con esa promesa. Entre ellos existía una magia que encantaba al público. Luiz se instaló en su apartamento y en su vida, como si estuviesen predestinados para eso. Se hicieron inseparables. Pronto, gracias al éxito que obtuvieron, él pudo costearse un piso propio. Rafaella una vez más renunció a su independencia y se mudó a casa de él junto con Jon Jon.

Constituían un bello trío: Rafaella y Luiz, ambos morenos, con ojos verdes y cabello negro, y Jon Jon, rubio y bronceado, con sus maravillosos ojos azules.

Por primera vez Rafaella supo lo que era la felicidad. Tenía la carrera que amaba, un hombre de quien estaba enamorada y a Jon Jon.

Odile la telefoneaba a menudo.

—Debes venir pronto a casa o tu madre sufrirá un infarto.

—Sí, lo haré pronto —respondió Rafaella, aunque en realidad no tenía ninguna intención de hacerlo.

Por una parte ella no quería separarse de Luiz, y por otra, veía muy difícil el encuentro entre éste y su familia. No se trataba de que sus padres fueran *snoobs*, pero Luiz provenía de una favela. Para él sería difícil comprender el ambiente de donde ella venía. Se hubiese sentido incómodo y fuera de lugar en la gran propiedad de su padrastro. Mientras tanto, ella había enviado a su casa algunos discos y recortes de periódico, pero no había incluido aquellos que decían que ella y Luiz estaban viviendo juntos. Aunque tenía veinticinco años, sabía que eso sería un golpe duro para su madre, especialmente por Jon Jon.

Vivían una experiencia idílica: trabajaban juntos, jugaban en la arena blanca y disfrutaban tanto del trabajo como del tiempo libre. Luiz era sensacional con Jon Jon: era como el padre que nunca había tenido.

El éxito en la música era particularmente gratificante: no sólo hacían lo que les gustaba, sino que además les pagaban por ello, y muy bien. Pronto se hicieron famosos en toda América latina y tuvieron varios éxitos discográficos.

Tinto se sentía como un padre orgulloso al observar cómo progresaban en sus carreras. Cuando se hizo cargo de Rafaella, no se imaginó que la incluiría en un dúo, pero ellos dos eran perfectos juntos. El amor que se tenían se reflejaba en todo lo que hacían.

—Creo que deberíamos casarnos —confió una vez Rafaella a Tinto—. Pero no le digas nada a Luiz. Él no sabe nada.

—Seré una tumba.

Para celebrar el éxito de la última composición de Luiz, Tinto dio una gran fiesta.

Rafaella se hizo a un lado para permitir que Luiz disfrutara de la mayor parte de la atención. ¡Era tan apuesto y talentoso! Merecía ese éxito.

Orgullosa, lo observaba desplazarse, cautivando a la prensa, y a los invitados. Él nunca había mencionado la idea de casarse, pero ella pensaba en ello mucho últimamente.

En realidad, se sentía feliz por el solo hecho de estar con él. Sin embargo, el matrimonio representaba un compromiso permanente y como ella no pensaba separarse jamás de él, le parecía una gran idea. Rafaella no quería ser la que lo propusiese. Deseaba que fuera él. Permanecía, pues, en silencio, bastante contenta con las cosas tal y como estaban.

Las mujeres solían arrojarse sobre él. Durante la fiesta, Rafaella vio cómo varias se le insinuaban de una manera bastante directa. Luiz sabía cómo hacerlas de lado sin herirlas. Era estudiadamente amable y educado, lo que le hacía aún más interesante. Además, nada entusiasmaba más a una mujer que un hombre que no podía obtener, sobre todo cuando ese hombre era joven, talentoso y particularmente atractivo.

Rafaella ya no pudo contenerse. Cuando regresaban en el automóvil, lo abrazó afectuosamente y le dijo:

—Tengo una idea fantástica.

—¿Cuál?

—Una idea sensacional.

Él sonrió con esos dientes blancos y esos ojos verdes irresistibles.

—Dime, mi carioca —le dijo, acariciándole la rodilla.

—Casémonos.

Hubo un silencio demasiado largo, un silencio peligroso.

Antes de que él dijese nada, ella ya sabía que algo andaba mal.

Él vaciló y finalmente dijo:

—Iba a contártelo...

—¿Qué? —dijo ella, al borde del ahogo.

—¿Cómo decir esto? —Hizo una nueva pausa y luego dijo muy lentamente—: Rafaella... tú sabes que te amo... pero el caso es que... ya estoy casado.

BOBBY MONDELLA

1985

Una multitud esperaba a Bobby Mondella en el aeropuerto de Río. Varios guardaespaldas tuvieron que escoltarle. En el interior del Rolls Royce que habían enviado a recogerle, se recostó con un suspiro de satisfacción.

—¿Ves? Aún me aman.

Nichols Kline, nervioso por la multitud de fans, dijo:

—Seguro. En este país están un año atrasados.

—Eres un verdadero hijo de puta. Un disco no alcanza el primer puesto y para ti estoy acabado.

—Fueron tus últimos tres temas —corrigió Pammy, arreglándose el cabello pajizo.

Bobby no podía soportar a esta puta. ¿Cómo hacía Nichols para aguantarla? Se había acostado con todos sus amigos y lo trataba como si fuera basura. Sin embargo, Nichols continuaba con ella, pensando que había encontrado algo así como una princesa inglesa.

Bobby se limitaba a ignorarla. Se había hecho un experto en fingir que ella no existía. Necesitaba un trago.

—¿Está muy lejos el hotel?

—¿Qué soy yo? ¿Un guía turístico? Pregúntale al chófer —respondió Nichols.

Todos estaban muy cansados después del largo viaje desde Los Ángeles. Bobby en realidad no había pedido a Nichols que le acompañara, y menos con Miss Cordialidad. Sin embargo, Nichols había insistido en hacer el viaje. Carlos Baptista, el organizador brasileño, hacía ya años que le pedía que fuese allí. Los tres conciertos que daría Bobby en el Estadio Maracanã habían resultado la oportunidad perfecta para eso. Además, Pammy también había insistido lo suyo.

A Bobby en parte le hubiera gustado que Zella lo acompañara, por lo menos habría sido una aliada. Sin embargo, por otra parte, experimentaba cierto alivio de que no estuviese allí. Zella estaba loca, eso era seguro. Se había ido furiosa del plató durante su última película y había golpeado a dos atónitos maquilladores. Después de ese incidente, la habían reducido y llevado al centro Betty Ford para una cura de desintoxicación.

Zella era nefasta. Ella podía arrastrarle hacia esas cosas si no tenía cuidado. No era su culpa, pero no podía evitar causar problemas constantemente.

Él la había visitado en la clínica antes del viaje. Con una sonrisa dolorida, ella le había dicho:

—Oye, superestrella, tal vez debieras estar aquí conmigo.

¿Por qué debería estar allí?; era verdad, bebía. Además también consumía cocaína, pero podía controlarlo. Él sabía exactamente lo que hacía. Cuando quisiera dejar de hacerlo, no tendría ningún problema.

En el fondo él sabía cuál era su verdadero deseo: dejar Hit City y volver a sus raíces. Hacía nueve meses que se había encontrado con América Allen en la entrega de los premios Grammy. A ella le había ido muy bien. En el mercado de artistas negros, Soul and Soul había llegado a ser la segunda compañía, después de Motown.

Se sintió apenado cuando alguien de Soul and Soul ganó el premio que él tantas veces había ganado. Era un muchacho negro, joven y entusiasta, con una gran sonrisa y una melena ensortijada.

Bobby aplaudió como el resto del público. Era el primer año, desde 1977, que él no ganaba ningún premio, y eso le dolía. Cuando regresaba a su casa, hizo que el chófer le condujese a una tienda de música y compró el disco del muchacho. Una vez en su casa, se dedicó a escucharlo. Era una mezcla de sintetizadores y percusión africana. Sonaba novedoso y atractivo.

Luego escuchó su último disco, lo mismo de siempre. Un soul muy sensual.

Había estado utilizando las composiciones que le había impuesto Arnie Torterelli. Eso también era un favor. Parecía que ya iba siendo hora de cambiar algo.

Insistió en tener un nuevo productor para probar algo diferente. Tampoco funcionó. Tal como le había señalado Pammy, sus tres últimos singles no habían alcanzado el primer puesto, aunque el álbum en que estaban incluidos se había vendido bastante bien.

Sin embargo, bastante bien no era suficiente. ¿Dónde estaba su habitual primer puesto? ¿Dónde estaban las superventas a las que se había habituado? Era una superestrella. No le correspondía menos que eso.

Bobby Mondella estaba en una pendiente, y eso no le gustaba en absoluto, y menos aún escucharlo de la esposa de Nichols.

Sabía dónde estaba el problema. Se había presentado en todas partes y grabado demasiados temas, sin centrarse en el contenido. Se había expuesto demasiado. Necesitaba dar un paso atrás y volver a aquellos a quienes realmente interesaba la música. Hit City, la compañía de Nichols, estaba basada en ganar dinero. Eso era lo único que tenían en cuenta: hacer dinero, ascender y ascender. En ese sentido eran incluso peores que Blue Cadillac.

Soul and Soul se preocupaba en cambio de la calidad y el estilo y se encargaba de nutrir a sus artistas. América era inspiradora. Y sin embargo, él la había utilizado y se había ido cuando hubiese podido apoyarla. Realmente ella era extraordinaria, al haberse mostrado cordial cuando se encontraron.

Decidió que en ese viaje a Río le diría a Nichols que quería irse. Si les ofrecía algún tipo de derechos de modo que pudieran seguir obteniendo algo de su futuro,

seguramente lo dejarían irse. Ya estaba harto de las actuaciones en Las Vegas, en bodas y demás favores. Necesitaba tiempo para dedicarse a escribir la música que realmente sentía. Si apartaba a Zella de su camino, podría hacerlo.

El Copacabana Palace era un hotel grande y lujoso, con una espléndida vista al mar y a las famosas arenas blancas de la playa de Copacabana. Instalaron a Bobby en una espléndida suite del último piso. Había champaña, una gran canasta con fruta fresca y varios y sofisticados arreglos florales, tanto en el cuarto de baño como en la habitación. Cada arreglo llevaba una tarjeta.

Se sirvió una copa y echó un vistazo a las tarjetas: «Carlos y Chara Baptista le dan la bienvenida a Río», «Con los buenos deseos de Carlos Baptista y su personal», y así las demás.

Esa noche, debía asistir a una cena en la que conocería al productor; pese a la furia de Nichols y Pammy, la canceló y se fue a la cama con una botella de bourbon y una fuente de pollo, y se puso a ver la televisión. Eran sus nuevas reglas: estaba harto de hacer lo que los demás le decían. No más favores. En el futuro sólo haría lo que él quisiera, y si no les gustaba, peor para ellos.

Posiblemente también intentara apartarse por un tiempo de la bebida y las drogas. No es que no pudiese hacerlo. Lo haría cuando quisiera...

Carlos Baptista le telefoneó. El hombre era educado y amable. No se enfureció como Nichols, simplemente le dijo:

—Lamento mucho que no pueda asistir a la cena que damos en su honor. ¿Necesita algo?

—No, gracias. Sólo estoy cansado del viaje...

—Lo entiendo perfectamente. Quizá quiera que una joven vaya a darle un buen masaje para disipar las tensiones...

—No me interesa el sexo comercial.

—No he querido ofenderle.

—No es una ofensa. No se preocupe.

Perezosamente fue cambiando los canales, hasta que se detuvo en uno en el que una joven pareja cantaba. Eran frescos y novedosos. La chica era muy bella y exótica. El hombre, un moreno muy apuesto. Esa mezcla de samba y jazz era a la vez suave y sensual.

De pronto, se despertó su interés: allí estaba. Eso era lo que él había buscado durante tanto tiempo.

Cuando al final del programa aparecieron los nombres de quienes habían actuado, él cogió un bloc y apuntó: Rafaella y Luiz.

Río fue su salvación. Río, con su gente reposada y amistosa. Sus tres conciertos en el Estadio Maracanã fueron un éxito fulminante. Los sudamericanos sin duda

seguían amando a Bobby Mondella.

Después de mucho pensar y ante la consternación de Nichols, Bobby anunció que se quedaría en Río por un tiempo.

—No puedes hacer eso —dijo Nichols ásperamente—. Tenemos compromisos que cumplir.

—Cancélos.

—¿Estás loco?

—Me gusta estar aquí. Este lugar es bueno para mí: no bebo, estoy descansado... sí, me quedaré.

Nichols estaba furioso. Aunque deseaba aparentar tranquilidad, los músculos de su rostro se contraían contradiciéndole.

—¿Cuánto tiempo?

—El que me dé la gana.

—Debo advertirte que tienes un contrato.

—¡A la mierda el contrato y a la mierda contigo! Estoy harto de que me manejen, ¿sabes? He trabajado para otros desde los doce años y ahora he decidido no hacer nada más hasta que tenga la cabeza en orden. Tenemos un contrato; por lo tanto, tendrás una participación en cualquier cosa que yo decida hacer en un futuro. Pero ahora quiero salirme de todo esto, ¿está claro?

—Lo lamentarás —intervino Pammy.

—Tú cállate, idiota —gritó Nichols, descargando en ella su frustración.

Como resultado, Nichols y su esposa se vieron obligados a regresar a Los Ángeles sin Bobby.

Pasaron seis meses y pese a las numerosas llamadas telefónicas y amenazas de Nichols, se sentía feliz. Arregló con su administrador que fuesen vendidas sus propiedades, incluida su mansión de Hancock Park. Comunicó a Zella que todo había acabado entre ellos. Ella no se mostró sorprendida. Entonces, pudo comenzar de nuevo.

Por un tiempo, había caído en la trampa del estrellato y perdido el control. Tenía un bonito apartamento en el edificio Chopin, cerca del Copacabana Palace, y una variedad de chicas con quienes salir, nadie en especial. Y lo más importante: se había liberado de las drogas y casi no bebía.

El ocio le resultaba muy placentero, y como no estaba obligado a escribir, las canciones empezaron a fluir libremente, con un grado de creatividad enorme.

Tras ver a Rafaella y a Luiz en televisión, había concertado una cita para conocerles. En los meses siguientes, se hicieron buenos amigos y trabajaron en colaboración, aunque no podían grabar juntos por la lucha que Bobby tenía con Hit City.

Sin embargo, en ocasiones actuaban juntos, por puro placer.

Pero cuando él ya pensaba que su vida estaba arreglada, reapareció Nova. Después de dos años de silencio, un día ella le telefoneó por la línea privada, como si nunca hubieran dejado de verse.

—Estoy en el aeropuerto —dijo ella apremiante—. Debo verte con urgencia.

—Ven para aquí —respondió él, tranquilo.

Su corazón no le dejaba alternativa.

Como en los viejos tiempos, ella volvió a instalarse en su vida. La fría y elegante Nova Citroen. La que era una reina helada para quienes no la conocían. El amor de su vida.

Abrió la puerta a una mujer que casi le resultó irreconocible, y ella cayó a sus pies. Al igual que una vez recibió a Sharleen, una víctima apaleada, ahora llegaba Nova en las mismas condiciones. Envuelta en su abrigo de visón, con gafas oscuras ocultando sus ojos, Nova temblaba.

—¡Dios! ¿Qué te ha sucedido?

Como si él no lo supiese. Otra vez Marcus Citroen.

—Bobby —dijo ella con voz quebrada—, tomé un avión y vine directamente aquí. No sabía qué hacer.

Habían tenido una relación muy larga, y ni siquiera una vez, durante todo aquel tiempo, ella se había mostrado vulnerable. Siempre había manejado todo.

Él le abrió los brazos y ella se encaminó hacia su abrazo.

—Ven, pequeña, aquí estoy yo, todo se solucionará. —Era como si nunca se hubieran separado.

Ella rompió a llorar, con sollozos irrefrenables, llenos de angustia.

—Nunca pensé que te encontraría. No fue fácil, Bobby. Lo odio. Siempre le he odiado...

Él la hizo entrar en el apartamento, cogió su abrigo, logró que se recostara en el diván y le sirvió una copa.

—Cálmate, nena. Sólo tranquilízate y cuéntamelo todo.

Lentamente, ella fue recobrando la compostura. Se quitó las gafas. Sus ojos eran dos bultos hinchados, completamente amoratados.

—¡Ese sádico hijo de puta! —exclamó Bobby, furioso.

—Lo he dejado —dijo ella con un suspiro—. Y ahora va a destruirme.

—¿Destruirme? Estás loca. Mírate. ¿No te das cuenta de que es él quien está en un gran aprieto?

—No lo comprendes. Puede destruirme. Y conozco a Marcus. Créeme que lo hará.

—¿Cómo?

—Contará al mundo la verdad sobre mí.

—¿Y cuál es esa verdad?

—Que cuando él me encontró —dijo ella bajando los ojos—, yo era una prostituta.

—Venga ya —dijo Bobby, incrédulo.

—Es verdad —repuso ella con amargura—. La elegante señora Citroen fue una vez una prostituta muy bien pagada en Alemania. Marcus... me descubrió y me transformó. Hizo de mí la mujer que él quería tener, y entonces, cuando yo llegué a ser exactamente lo que él deseaba, se casó conmigo.

Bobby sentía la garganta seca. Por primera vez en meses, necesitaba un trago.

—Nova, no puedo creer lo que me estás diciendo.

—¿Por qué no? —dijo ella sin pasión—. Es la verdad. ¿Acaso te disgusta? ¿Lamentas haber tenido una relación conmigo?

Él meneó la cabeza. Le resultaba difícil definir lo que sentía.

—Y aún hay más —continuó Nova—. Debo contártelo todo, porque necesito saber lo que sientes. Quiero ser sincera contigo.

—Lo que sea, nena, creo que lo estás haciendo muy grande.

—Bobby, yo soy mitad negra.

—¿Qué?

—Nunca te hubieras dado cuenta, ¿verdad? —dijo ella, tocándose el cabello platinado—. Nadie se daría cuenta. Cuando Marcus me envió a París para mi transformación, me aclararon la piel y el cabello. Aunque en realidad, nunca había sido demasiado oscura. Mi madre era blanca. Mi padre era un hombre negro con el que tuvo una aventura de una noche. Desdichadamente, esperó demasiado para poder hacerse un aborto, y el resultado fui yo.

—¡Dios!

—Ves —dijo ella con voz monocorde—. No soy la mujer que imaginabas. Soy una prostituta alemana mitad negra. No soy la dama que suele aparecer en las primeras páginas del *Women's Wear Daily* y que da las mejores fiestas de la ciudad. Soy un fraude, Bobby, y Marcus lo va a hacer público porque me he atrevido a dejarle.

Bobby canceló todos sus compromisos y se ocupó de que Nova se sometiese a un examen médico. El doctor miró a Bobby con reproche.

—No lo hice yo —explicó Bobby—. Acaba de dejar a su marido.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el médico, mientras escribía una receta de píldoras para dormir.

—Margaret —mintió Bobby—. Margaret Smith.

—Necesita descanso. No hay daño interno. Compresas frías en los ojos y mucho líquido. En realidad, yo debería hacer la denuncia. Esta mujer ha sido golpeada salvajemente.

—Vamos, doctor. Ella ya ha tenido suficientes problemas.

—Muy bien —dijo el médico, con otra mirada acusadora.

Gradualmente, Bobby pudo ir recomponiendo la historia. Sucedió una de las veces que Marcus visitó un prostíbulo en París. Le gustaba ver a su mujer junto a las putas. Ella aceptó, era parte del trato. Luego él invitó a dos muchachas a su apartamento. Por una vez, Nova se resistió, pero Marcus insistió; las muchachas eran unas furcias callejeras que le robaron ropa y joyas. Nova dijo que ya era suficiente. Marcus sostuvo que ella debía aceptar cualquier cosa que él quisiera. Pelearon y él la golpeó con un palo de golf y se fue. Ella cogió algunas cosas y en un taxi se encaminó al aeropuerto, donde abordó el siguiente avión para Río. Marcus no tenía ni idea de dónde estaba.

—¿Cómo fue que finalmente te decidiste?

—Llegó el momento —dijo ella simplemente.

Ahora ella estaba en su apartamento y él ya no sabía qué sentía. Necesitaba tiempo para descubrir sus propios sentimientos. ¡Diablos! Ella no podía suponer que se trataba tan sólo de ir allí y que nada habría cambiado.

Para empeorar las cosas, recibió una llamada sorpresa de Carmino Sicily.

—Queremos que vuelvas a trabajar —dijo Carmino muy tranquilo—. Debes tomar un avión esta semana. Esta semana, ¿comprendes? De lo contrario no volverás a trabajar en ninguna parte, ¿me has comprendido?

—No voy a ir, Carmino, y no trates de presionarme. Habla con mis abogados.

—Estás tratando de joder a la persona equivocada. El martes próximo es el cumpleaños de mi hermana. A ella le gustas. Cree que eres apuesto. Sé astuto y ven para aquí.

Bobby no mencionó esa llamada a Nova. ¡Al diablo con Carmino Sicily y sus amenazas! Eran puras palabras.

Durante días, Nova permaneció acostada en la cama de Bobby viendo la televisión. Las marcas de sus golpes comenzaron a desaparecer. Él le cocinaba sopas y huevos revueltos y le llevaba revistas. Lo que no podía era hacerle el amor. Para eso necesitaba tiempo.

Ella esperó pacientemente. No dijo nada. Era un modo de ponerle a prueba y él lo sabía.

—Nova querida —hubiese querido decir él—, no me importa nada de tu pasado. Lo único que me importa es que Marcus te haya tenido todo este tiempo. ¿Por qué no te fuiste cuando tuviste la oportunidad, hace dos años? ¿Por qué seguiste haciendo las cosas que él te forzaba a hacer? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y ese por qué los separaba como un muro de ladrillos.

—¿Estarás bien? —preguntó amable—. Volveré dentro de una hora.

Ella asintió y él se fue directamente a ver a Rafaella y a Luiz. Se pusieron muy

contentos de verle.

—Te hemos echado de menos —dijo Rafaella—. ¿Dónde has estado?

—En ninguna parte. Tengo en casa a una amiga de los Estados Unidos.

—¿Es algo serio?

—Pongámoslo de esta manera. No voy a casarme.

No se quedó mucho rato. Estaba muy inquieto. No podía evitar pensar en Nova, esperándole acostada en la cama. Ella necesitaba su apoyo.

Hacía tiempo que había sido prostituta, ¿acaso importaba?

No. Pero sí importaba lo que había hecho con Marcus.

Tenían que hablar. Decididamente, se encaminó hacia su casa.

El apartamento estaba a oscuras. Los destellos de la televisión en el dormitorio eran la única luz. El volumen estaba muy alto.

Demasiado tarde comprendió que algo iba mal, ya que, en ese preciso momento, alguien lo cogió por detrás y le torció el brazo, y comenzó la lucha. Bobby era muy alto y fuerte, pero allí había más de un hombre: dos, quizá tres. Podía oír sus respiraciones.

Un pensamiento cruzó por su frente: Nova ¿Estaba bien? ¡Mierda! Si le habían hecho algo, les mataría.

Los hombres trataban de empujarle hacia delante, golpeándole y pateándole. Un objeto pesado cayó sobre su cabeza. Sintió que le explotaba el cráneo y aparecían luces brillantes. Era verdad. Se veían estrellas.

¡Dios! La sangre corría por su rostro, y había algo más. Podía percibir el olor del whisky. ¿Qué mierda querían? Ahora lo estaban arrastrando por la alfombra hacia el balcón.

El terror le invadió.

Lo iban a tirar por el balcón.

Lo iban a asesinar.

¡Dios!

Gritó, pero ya era tarde. Estaba cayendo... cayendo...

Todo había terminado.

LOS ÁNGELES, 1987

Sábado 11 de julio

El desfile de Rolls Royce, Mercedes y otros automóviles carísimos que llegaban a Novaroen era impresionante. Cada automóvil era detenido en la entrada y sus ocupantes identificados. Luego se les colocaba una etiqueta numerada en el parabrisas y el chófer podía conducir a los ocupantes a la casa principal. Allí los dejaba y después se dirigía hacia el aparcamiento, a unos cinco minutos de distancia. Cuando los invitados se fueran, cada automóvil sería llamado por su número. Varios empleados estaban a cargo de esta operación y debían procurar que no se produjeran embotellamientos.

Cuando entraban en la sala de recepción de la casa principal, los invitados pasaban un segundo control de seguridad. Sus nombres eran cotejados en una lista, y de allí se les conducía al área entoldada donde realmente tenía lugar la fiesta.

Vestido con un immaculado traje de etiqueta de color blanco hecho a medida para él en Hong Kong, Hawkins Lamont circulaba entre los invitados. Cybil Wilde iba a su lado, vestida de un modo no muy apropiado para la ocasión. Cybil era tan bella que nadie reparaba en su ropa. Hawkins no tuvo inconveniente en estar con ella durante el cóctel: era un adorno precioso.

—Llévatela a alguna parte, por favor —gruñó Kris—. Me pone los nervios de punta.

Hawkins aceptó. Para eso era el representante, ¿verdad? Para ocuparse de todas las cosas por las que no podía molestarse a la estrella, incluidas sus amigas.

Sonriendo para sí, Hawkins se preguntaba si Kris también quería que él se ocupase de hacerle el amor. De eso no se encargaría. A él le gustaba que le viesan con chicas bonitas y hasta disfrutaba viéndolas juntas en la cama, pero desde que descubrió los negocios había perdido el interés por el sexo. Para él el dinero era la mayor de todas las satisfacciones.

—¡Esto es fantástico! —exclamó Cybil—. ¿Has visto quién está aquí? Creo que he visto a mi actor italiano favorito.

—Sí, hay un grupo muy interesante. Nova se ocupa bien de eso.

—¿Toda esta gente pagó realmente cien mil dólares?

—Es sólo dinero —respondió Hawkins sensatamente—. Esta gente puede pagarlo. Y si el gobernador llega a la Casa Blanca les deberá a todos ellos un sitio en su mesa.

—¡Oh! Me gustaría conocerle. Tal vez también me deberá a mí un asiento.

—Estoy seguro de que al gobernador Highland no le molestará conocerte —respondió Hawkins, sabiendo muy bien que al gobernador le gustaban las hermosas

rubias californianas del tipo de Cybil—. Ven, vayamos al encuentro del caballero.

Por fin solo, Kris se cuestionaba acerca de Cyndi Lou Planter, la periodista inglesa, y acerca de sus preguntas estúpidas. ¿Por qué dejaba que los periodistas le molestasen de esa forma? ¿Por qué perdía el tiempo cargándose con esos pensamientos negativos?

Kris Phoenix estaba en la cima y naturalmente, todo el mundo quería arrastrarle hacia abajo. Así era la naturaleza humana...

Maxwell Sicily pasaba entre los ilustres invitados, llevando en lo alto una bandeja cargada de pequeñas pizzas cubiertas con salmón ahumado y caviar, los bocadillos más distinguidos de Los Ángeles en ese momento. Dedos enjorjados y muñecas con relojes de diez mil dólares los cogían.

No había llegado a recorrer la mitad del lugar, cuando su bandeja ya estaba vacía. Planificadamente fue a buscar otra bandeja. Esta vez llevaba bocadillos de cangrejo con salsa.

—¡Qué deliciosos! —exclamó una mujer gorda, enfundada en un vestido de satén rosado, introduciéndose uno en la boca mientras hundía el segundo en la salsa roja. Maxwell observaba cómo la mujer se manchaba el pecho con la salsa al tiempo que hacía desaparecer el bocadillo. Muy desagradable...

Se fue alejando, mientras escuchaba fragmentos de conversaciones y echaba un vistazo a las joyas. ¿Por qué los invitados trataban a los camareros como si no existiesen? Las manos se acercaban pero los ojos rara vez establecían contacto, y la palabra gracias era impensable. Malditos parásitos ricos.

Afortunadamente él no tenía que hacer esto para vivir. Por suerte él era más astuto que todos los invitados juntos.

Maxwell Sicily era un ganador. Esa noche iba a ser también más rico que todos ellos.

La voz de Marcus Citroen por el teléfono sonaba autoritaria.

—¿Rafaella? Quiero verte después del concierto.

—Seguramente estarás ocupado con tus invitados.

—Kris Phoenix se presenta después de ti. Y luego habrá algunos discursos. Tendremos mucho tiempo. Cuando termines ve a tu cuarto y líbrate de esa chica de publicidad y de cualquier otro. Te veré allí. A solas, ¿entendido?

Un sentimiento de temor la invadió, pero había un precio, y ella había prometido pagarlo.

—Está bien, Marcus.

Mientras corría por San Vicente hacia la playa, Speed echó un vistazo al reloj del tablero. Se había hecho tarde. ¡Qué mala suerte!

Pisó el acelerador y la limusina salió disparada, dejando atrás un Porsche amarillo conducido por una rubia. Aminoró un poco la velocidad para mirarla.

¡Qué bueno! Una rubia en un Porsche. Esas mujeres le gustaban.

Volvió a pisar el acelerador y la limusina corrió por la autopista. Si pudiera manejar a las mujeres como manejaba los coches, cualquier puta estaría en el paraíso con él. Por ejemplo Sugarbush, su ex mujer: ella no sólo hinchaba las pelotas, además se las tomaba en el desayuno.

Sugarbush era una perra muy llamativa, con sus enormes tetas y su cabello rojo, también allí abajo. Todos los hombres querían acostarse con ella en cuanto la veían.

El problema era que ella lo permitía. Por eso él la había dejado una calurosa noche en Las Vegas. Él tenía diez mil dólares en el bolsillo y una rubia en cada brazo, lamentablemente los diez mil no duraron mucho y las rubias tampoco.

Cada vez que pensaba en su ex, le hervía la sangre. Llamarla puta era poco.

Mientras pisaba el acelerador, vio una luz amarilla. Un coche de policía salió del arcén, y se colocó detrás de él, haciéndole señas con las luces.

¡Maldición! ¿Qué era eso? ¿El día de la Policía?

No tuvo más remedio que echarse a un lado.

Bobby Mondella paseaba por la habitación. Tenía un dolor de cabeza que lo estaba volviendo loco. ¡Maldita Nova Citroen! Ella pensaba que podía volver a entrar en su vida cuando quisiese. Como si lo de Río no hubiera sucedido.

Pues se equivocaba. Él ya no era su objeto sexual personal. Por él, podía no aparecer nunca más.

Vicky se aseguró de que todas las celebridades estuviesen instaladas en sus habitaciones. ¡Gran cosa! La gente famosa era igual en todo el mundo. También iban al excusado como todos los demás.

Vicky no estaba impresionada. En sus tiempos había frecuentado a algunos famosos. Bueno, en realidad no habían sido celebridades internacionales. Recordaba a un discjockey de Los Ángeles con granos rojos en el trasero y un fetiche de goma, y un agente de propiedades de Hollywood muy adinerado que decía conocer a todo el mundo. ¡Ah! Y una vez había estado con un senador de la Costa Este que se hospedaba en el Holiday Inn. Al menos él le había dicho que era senador. La había hecho arrodillarse y jurar fidelidad a la bandera, pero ella había jurado fidelidad a otra cosa, que por lo visto había resultado más interesante al senador.

¡Los hombres! ¡Qué desastre! Sin embargo, debía admitir que los amaba. Y eran tan fáciles. Tom era el ejemplo perfecto. Lo había tenido a sus pies con sólo una

mirada.

Echó un vistazo a su alrededor, para asegurarse de que nadie la veía mientras se introducía en la suite de huéspedes desocupada. Abrió el ropero y se aseguró de que todo estaba en orden: allí estaban las bolsas vacías que había colocado el día anterior.

Se miró en el espejo y se dio algunos retoques, para cerciorarse de su aspecto. Pronto podría dejar de lado ese odioso uniforme de criada que se había visto forzada a llevar durante seis semanas.

Rápidamente se desabrochó algunos botones, se levantó un poco la falda y se aplicó una generosa cantidad de lápiz labial rojo.

—Así está mejor —murmuró.

Llegaba la hora del concierto y estaba impaciente.

Marcus Citroen observaba cómo su esposa se movía entre los invitados. Nova era una mujer impresionante. Elegante, segura, era la pareja perfecta. Había hecho una buena elección, aunque había corrido un riesgo que podía haberle costado caro.

En todos esos años de matrimonio sólo habían atravesado un momento peligroso, un momento que él prefería olvidar. Pero él había manejado la situación como manejaba todo, como un experto.

Marcus Citroen sabía cómo comportarse. Nadie se atrevía a cruzarse en su camino. Ni siquiera Nova.

KRIS PHOENIX

1986

La chica del anuncio publicitario tenía grandes ojos azules, una amplia sonrisa que mostraba bellos dientes, una nariz perfecta, cascadas de cabello dorado y un cuerpo sensacional.

—Quiero conocerla —dijo Kris Phoenix—. Averigua quién es. No hizo falta indagar mucho para saberlo: era Cybil Wilde, una nueva modelo de éxito con un futuro halagüeño. Ella estaba en Nueva York y Kris en Los Ángeles.

—Hazla venir —dijo Kris.

Ella contestó: no, gracias.

—La quiero en la portada del nuevo álbum —dijo Kris, pero ellos le respondieron que era muy cara, que costaba tres veces el precio de cualquier otra modelo.

—¡Mierda! Páguenle.

Concertaron una sesión de fotografías y Cybil Wilde voló a Los Ángeles. Kris se aseguró de que una limusina llena de rosas la fuese a recoger al aeropuerto y le envió una nota invitándola a cenar esa noche. También se aseguró de que la compañía discográfica se hiciese cargo de los gastos.

Ella pidió a su madre que llamase a fin de disculparse por la imposibilidad de cenar con él. ¡Su madre! Resultó que ella era una chica californiana que había emigrado a Nueva York, y que su familia vivía cómodamente en Encino.

Kris había decidido que la quería para él, aun antes de conocerla. Astrid estaba en Inglaterra y odiaba América y todo eso que ella llamaba el circo del rock. Él era muy feliz con Astrid, pero necesitaba una mujer en América, y cuando vio a Cybil en un anuncio de yogurt, decidió que ella era la persona adecuada.

Hizo que uno de sus empleados preparase un dossier sobre la chica. La noche antes de la sesión de fotografías, se sentó en la cama y lo leyó:

Cybil Wilde

Edad: 18 Estatura: 1,72

Medidas: 90-60-90

Color de cabello: rubio

Peso: 50 kilos

Color de ojos: azules

Había ido a la escuela secundaria de su barrio, había salido siempre con un muchacho vecino, tenía dos perros y un pony y había sido buena estudiante. Cuando tenía dieciséis años, su novio había enviado una fotografía suya a un concurso de la

modelo del año. Ella había ganado un viaje a Nueva York y una presentación en una de las agencias de modelos más importantes de la ciudad. La habían preparado durante un año. Había aprendido lo necesario. Luego, el éxito. Había roto con su novio, y salido con algunos hombres. Nada serio.

Kris decidió que él iba a ser su primer asunto serio.

Antonio era un famoso fotógrafo. Italiano de nacimiento y norteamericano por gusto, practicaba su oficio con un estilo impecable. Acababa de publicar un libro sobre su trabajo. El libro se titulaba: Antonio - El rostro. En la cubierta aparecía una famosa fotografía de una llamativa estrella de la televisión, Silver Anderson, en una pose dramática. El libro estaba casualmente en el cuarto de vestir, para que lo hojeasen.

Cybil fue la primera en llegar al estudio. Estaba radiante, con su aspecto adolescente.

—Hummm —la inspeccionó Antonio, con los brazos en jarras y la mirada crítica—. Antonio cree que el material puede resultar.

Cybil le miró; le habían advertido que el temperamental fotógrafo podía llegar a ser un tormento.

—¿Sólo puede resultar? —preguntó dulcemente.

—¡Fernando! —llamó Antonio, chasqueando los dedos al peluquero—. ¡José! —Otro chasquido para convocar al maquillador—. ¡Paulette! —Y la modista llegó corriendo—. ¿Qué haremos con esta pequeña criatura?

Los tres esperaron a que Antonio decidiese qué hacer. Él así lo hizo.

—La pondremos bellísima, ¿verdad?

—Sí —dijeron los tres a coro.

—*Bene, bene* —dijo Antonio, satisfecho.

—A trabajar, a ponerla divina.

Kris llegó un par de horas más tarde, momento para el cual Cybil estaba realmente divina, aunque permanecía fuera de su alcance con Fernando, José y Paulette.

—¿Cómo estás, amigo? —preguntó Kris, rodeando con su brazo los hombros del diminuto fotógrafo.

—¡Kris! —exclamó Antonio muy excitado—. ¡Qué sexy eres! ¡Adoro tu trasero!

Antonio había fotografiado a Kris para las portadas de sus dos últimos álbumes y los dos habían establecido una relación de mutua simpatía.

—Pero no conseguirás nada —dijo Kris, sonriendo.

—No tienes idea de lo que te pierdes, querido.

—Déjalo así, amigo.

—Como quieras —dijo Antonio, paseando una mirada lasciva por el cuerpo de su

estrella del rock favorita, que estaba frente a él vestido con tejanos y una camiseta negra con la inscripción Gold's Gym en el pecho.

—Pareces tan... cómo decirlo... fuerte.

—Bueno, he estado haciendo mucho ejercicio —dijo flexionando uno de sus brazos para entusiasmar aún más al fotógrafo.

—¡Bene! —exclamó Antonio—. Eres tan atlético.

—Lo bastante para golpearte si intentas poner un dedo sobre mi persona —bromeó Kris—. Aunque tú nunca harías una cosa así. —Cogió una manzana de la fuente y la mordió—. ¿Ya está aquí la chica?

—Estamos intentando sacar algo bueno de ella —suspiró Antonio.

Spud, el peluquero inglés de Kris, que siempre asistía a las sesiones importantes de fotografía, recibió a Cybil con su silbido admirativo. Ella apareció sonriente, flanqueada por Antonio, José y Paulette. Estaba sensacional con su traje de baño amarillo, el cabello peinado en estilo salvaje y un maquillaje exótico.

Los dientes perfectos atrajeron inmediatamente a Kris.

—Hola, querida —le dijo—: ¿Qué te parecería mudarte a Los Ángeles?

Cybil no era fácil. Él tuvo que desplegar todos sus atractivos e incluso ir con ella a Nueva York.

—No me gustan las estrellas del rock —anunció ella.

—¿Qué clase de afirmación estúpida es esa? También podrías decir que no te gustan los policías, los niños o cualquier otro grupo, pero ¿qué son las estrellas del rock?

—Son tipos que piensan que pueden conseguir lo que quieren con un solo guiño.

—Yo ya hice un guiño y no te conseguí, ¿verdad?

Poco a poco él la fue seduciendo y después de varias semanas ella estaba convencida de que la vida en la mansión de Kris en Bel-Air era exactamente lo que deseaba.

Ella vino para quedarse. Alegre, con sus cabellos, sus dientes y su cuerpo perfectos. Era agradable tenerla cerca, siempre de buen humor, llena de entusiasmo.

Con Astrid y la seguridad sobre su comportamiento en Inglaterra y Cybil, la dama de la mansión de Bel-Air, se sentía muy bien atendido. No estaba mal para un muchacho que había surgido de la nada.

Kris Phoenix, la superestrella del rock.

Actuaba por su cuenta desde hacía tres años y medio. El tiempo suficiente para grabar tres álbumes de éxito, cada uno mejorando las marcas del anterior. Primero fue su álbum *Erotic*, en 1984, seguido por *Getting Down*, en 1985, y más tarde ese mismo año, *Busted*, un verdadero hallazgo que batió las marcas de venta de todos los tiempos. Ahora estaba dando los últimos toques a *Poor Little Bitch Girl*. Uno de ellos

fue tener a Cybil en la portada. Era un hallazgo, no cabía duda.

Él no la amaba.

Tampoco amaba a Astrid.

Tenía treinta y siete años, y ya iba para los treinta y ocho, pero seguía sin saber lo que era estar enamorado. Algunas veces se había entusiasmado, pero nunca había sentido esa especie de locura, esa necesidad de pasar el resto de su vida con una mujer.

Sin embargo, sabía que eso existía. Podía pensar en eso, incluso escribir sobre eso. Probablemente fuera algo que nunca le sucedería. Él tenía su música, su creatividad, su guitarra. Con eso era suficiente; ¿lo era? A veces, por la noche, permanecía despierto pensando en las cosas que había logrado, y era en esos momentos cuando deseaba tener a alguien con quien compartirlas. A veces pensaba que le hubiera gustado tener más hijos. Bo tenía una hermanastra, cortesía de Willow y su marido. ¿Qué hubiera sucedido si él no hubiese descubierto a Willow engañándole?

No. Eso tampoco habría funcionado.

En el fondo debía admitir que echaba de menos a Buzz. Habían crecido juntos y compartido sus vidas, incluida la parte trasera de aquella horrible furgoneta Volkswagen durante interminables meses. Uno de sus recuerdos favoritos era el de aquellos primeros ensayos en el viejo garaje, sin más compañía que Buddy Holly y Otis Redding. Con gran nostalgia recordaba aquella época en que recorrían Europa acostándose con todo lo que se movía y hasta con algunas que no lo hacían.

Luego fue el éxito, y todo lo que vino con él. Después de eso, las cosas empezaron a cambiar.

No sólo añoraba a Buzz como su mejor amigo, también añoraba las actuaciones con él. ¡Dios! Habían pasado algunos momentos extraordinarios, escribiendo canciones, actuando, vagando juntos.

Ahora todo eso había terminado. El pasado había quedado atrás. Hacía poco tiempo Buzz, que había formado un nuevo grupo —el cuarto desde la disolución de los Wild Ones— había sido entrevistado por Rolling Stone.

—Kris Phoenix sólo está interesado en el dinero y la fama. Mírenlo ahora, con sus grandes mansiones y su estilo de vida, propio de Hollywood. Es un enfermo del éxito. En lo que a mí respecta, pienso que su música es como un globo de goma de mascar. Es mierda.

Cuando Kris leyó eso, se sintió primero furioso y luego herido. El Halcón le advirtió que no hiciese caso de esas declaraciones.

—Todo el mundo sabe que Buzz Drake es un drogadicto, y que está acabado. Ignórale. No justifiques sus celos con ningún comentario tuyo.

Él no hizo ningún comentario, pero le dolió.

De vez en cuando veía a Rasta, que seguía siendo el mismo. Había superado sus momentos de publicidad en contra, se había casado con una bella actriz alemana y había comprado una compañía discográfica que le mantenía ocupado...

—¿No echas de menos las actuaciones? —le preguntaba Kris a menudo.

—¿Para qué intentar segundas partes, cuando ya has tenido lo mejor? —respondía Rasta.

Rasta tenía razón. Kris se daba cuenta de lo afortunado que era él, que había podido triunfar dos veces. No le asombraba que Buzz estuviera amargado. Todos los grupos que había formado habían fracasado, principalmente porque la mayor parte del tiempo estaba tan drogado que no sabía lo que hacía. Además no podía volver a América por sus antecedentes con las drogas. Era extraño que siguiera con Mikki, su compañera en el delito. Cada vez que Kris leía algo sobre ellos se apenaba. Eran un par de perdedores.

Poco tiempo después de que Cybil se mudara a su casa, Kris convenció a Willow de que permitiese a Bo hacer su primer viaje a América. Ella al principio se negó. Seis meses después del accidente de Bo, ella había vuelto a su cruel modalidad habitual, pero Kris era insistente. El muchacho ya tenía doce años. No era tan pequeño.

Bo llegó con el aspecto de un prolijo colegial inglés y un acento acorde con su apariencia. Willow estaba haciendo a conciencia el trabajo de quitarle todo rasgo de individualidad. Kris se recordaba a sí mismo a su edad: un vago, loco por la guitarra, con sueños de llegar a ser una estrella del rock.

—Bueno, hijo, ¿cómo estás? —preguntó, extrañamente incómodo.

—Muy bien, gracias, señor —respondió el muchacho.

¡Señor! ¿Qué era esa mierda de señor? Hacía tres años que habían compartido momentos maravillosos en su casa del sur de Francia. Habían nadado juntos, habían buceado y lo habían pasado como padre e hijo. Luego Willow había insistido en inscribirle en una academia naval muy estricta. Allí estaban los resultados.

—No me llames señor. No llames así a nadie.

—Sí... sí, papá.

La visita no fue un éxito. Bo estaba incómodo y disgustado, especialmente con Cybil. Cuando ella estaba allí, el muchacho se encerraba en sí mismo, y por mucho que Kris intentase sacarle de ese estado, no lo lograba. Cuando Bo finalmente se fue, Kris se culpó por la falta de comunicación que había habido entre ellos.

—No te preocupes —dijo Cybil para consolarle—. Cuando yo tenía trece años ni siquiera hablaba con mis padres. Ellos eran para mí como el enemigo.

—Sí, pero al menos estábais juntos. Yo nunca puedo ver a Bo. Y a Willow eso le gusta. El único contacto que ella desea es que pague las malditas facturas.

—¡Pobrecito! —La muchacha de diecinueve años lo envolvía con sus curvas

doradas, y él se sentía mucho mejor. Cybil era buena para eso, como también lo era Astrid.

Sus dos rubias... ninguna de las dos sabía nada acerca de la otra, afortunadamente. Aunque Kris estaba seguro de que eso era cuestión de tiempo.

RAFAELLA

1986

—Mamá, estás maravillosa. Y la casa se ve tan alegre con el árbol de Navidad todavía allí, y todos los adornos... ¡Los recuerdo todos!

Anna Le Serre sonreía mientras su bella hija corría por la casa seguida de Jon Jon, que a los nueve años era el niño más guapo que jamás había visto.

—Es una vergüenza que no hayáis estado aquí para Navidad. No sé cómo no pudiste arreglar tus cosas para pasarla con nosotros.

—Mamá, ya te he dicho que estuvimos trabajando. Había una función de fin de año que no podíamos cancelar.

—Sí, querida, pero igual...

—Es el cuatro de enero, mamá —interrumpió Rafaella, amable pero firme—. Y estamos aquí. No hagamos una cuestión acerca de por qué no estuvimos para Navidad. Celebraremos la Navidad ahora, ¿no es cierto?

Corrió hacia la bolsa de cuero que había traído consigo en el avión y comenzó a sacar paquetes de regalos.

—Mira, son ofrendas de paz.

—Sí, sí, regalos, abuela —dijo Jon Jon entusiasmado—. ¿Vamos todos a abrir nuestros regalos?

—¿Qué te hace pensar que tendrás algún regalo? —preguntó Rafaella, severa, acariciándole el cabello.

—Vamos, mamá —dijo el muchacho sonriendo y escapándose.

—Vete, diablillo. Abriremos los regalos más tarde, si es que hay alguno para ti, cosa que dudo.

—¿Te gustaría inspeccionar fuera, Jon Jon? —sugirió Anna—. Tenemos caballos y perros.

—¿Son perros salvajes? —preguntó esperanzado.

—No exactamente salvajes —respondió ella, pero viendo la cara de decepción del chico, añadió—: Pero matarían a un ladrón. Lo morderían hasta matarlo.

—Pero, mamá —dijo Rafaella, riendo—, ¿qué clase de conversación es ésta?

—Conversación de niños, querida.

Llamaron a uno de los encargados del establo, que llevó a Jon Jon a dar una vuelta.

—Es tan agradable estar de nuevo en casa —dijo Rafaella, besando a su madre—. ¡No sabes cuánto!

—Sí lo sé. Hace cinco años que espero este momento. ¿Te das cuenta del tiempo que hace que no te veo?

—Lo sé. Y me siento culpable.

—Bueno, querida... ¿y cuál es exactamente tu excusa?

—¿Y cuál es la tuya? Tú también podrías habernos visitado.

—No quería preocuparte, querida —dijo Anna bajando los ojos—, hasta que no pudiera decírtelo personalmente.

—¿Qué cosa? —dijo Rafaella, ya con pánico—. No estarás enferma, ¿verdad?

—Lo estaré cuando me den la oportunidad. Cyrus tuvo un ataque poco después de que vosotros os fuérais. Nada serio, pero el doctor aconsejó que sería mejor evitar los viajes largos.

—¿Y por qué no me lo dijo Rupert?

—Porque cuando estuvieron aquí les hice prometer que no te lo dirían.

—¡Dios mío! ¿Y eso por qué?

—Él está bien. Ya lo verás.

Cyrus, su padrastro, no estaba tan bien como su madre quería hacerle creer a su hija. Cojeaba y tenía dificultades para hablar. Además, había envejecido veinte años.

Rafaella se sintió invadida por la culpa y luego por la ira. Deberían haberla informado. Aunque Cyrus no era su padre, y en su corazón jamás había reemplazado a Lucien, había sido un excelente y cariñoso padrastro, y ella lo quería mucho.

Gracias a Dios finalmente habían vuelto a casa. Sólo por dos semanas, pero era mejor que nada.

Luiz no había ido con ella. Lo habían discutido durante meses, y finalmente decidieron que sería mejor que él se quedase en Río, dando los toques finales al nuevo álbum. Él quería asegurarse de que todo saldría perfecto.

No había sido un año fácil. Cuando Luiz le había anunciado la cuestión de su matrimonio, Rafaella había sentido que su nuevo mundo, aparentemente tan seguro, se derrumbaba. La única persona que la amaba y de la cual dependía, la había estado engañando todo el tiempo.

—No te mentí —dijo él, vehemente.

—Por supuesto que lo hiciste. Y hemos estado viviendo una mentira.

—No, Rafaella, tú nunca me lo preguntaste.

—¡Vete al diablo! —explotó ella, furiosa—. ¿Qué crees que es esto? ¿Un juego? ¿Una broma? Puede que lo sea para ti, pero a mí no me resulta gracioso.

Había cogido a Jon Jon y dos maletas hechas a toda prisa y se había ido a casa de Tinto, María y sus siete niños.

Tinto mostró una actitud filosófica.

—¿Le has preguntado con quién se ha casado? ¿Sabes cuándo fue eso y por qué? ¿Ama a la otra mujer? Y si es así, ¿por qué está contigo?

Buenas preguntas. Todas eran buenas. Y ella tenía derecho a saber. Así es como lo enfrentó con Luiz.

Muy tranquilo, él se lo explicó todo. Había nacido en una favela, lo que no le daba muchas esperanzas de futuro. Mirando a sus hermanos y a sus hermanas, se dio cuenta de que estaba prisionero en una trampa, y de que tenía pocas posibilidades de escapar. A los catorce años vagaba por las calles con todos sus amigos, robando ocasionalmente a algún turista. A los dieciséis años, se acostaba con las turistas: a la larga era más lucrativo que robarles.

—Un día conocí a una mujer. Una mujer mayor. Ella me ofreció una salida.

—Y tú la aceptaste.

—Sí, lo hice. —Sus facciones perfectas se ensombrecieron—. Y tú también lo habrías hecho si hubieses pasado la vida que yo pasé. Yo tenía dieciocho años y ella cincuenta y siete. Era una mujer brasileña, ni rica ni pobre. Me sacó de la favela, me compró ropa, me pagó las lecciones de música y se aseguró de que aprendiese inglés.

Rafaella sintió que se le revolvía el estómago.

—¿Y dónde está ahora esa mujer?

—En un asilo, hace varios años que está allí. Ahora me toca cuidarla yo a ella. No me voy a divorciar. No lo merece. Se está muriendo, Rafaella. Cuando ya no esté, seré libre. Hasta entonces...

No había nada que ella pudiera hacer, excepto tratar de comprender y admirar su lealtad. Junto con Jon Jon, se volvió a mudar a su casa, para alivio de Tinto, ya que la carrera de ellos como dúo iba muy bien.

Cuando la superestrella del soul, Bobby Mondella fue a la ciudad y pidió conocerles, Tinto se sintió en el paraíso. Especialmente cuando vio que se llevaban tan bien y se hacían amigos los tres. Tinto comenzó a imaginar un radiante futuro en Norteamérica.

Rafaella adoraba a Bobby. Era como un hermano mayor. Era la otra cara de Rupert, tan británico. Bobby representaba su parte negra y a ella le encantaba escuchar sus historias acerca de Hollywood y Nueva York. Tenía la impresión de que era un hombre con muchos problemas, y que finalmente estaba logrando la paz. Su música era sensacional, y ella estaba azorada porque a él le encantaba actuar con ella y con Luiz.

Cuando se produjo el accidente, se sintió terriblemente impactada. Ella y Luiz corrieron al hospital tan pronto como se enteraron de la noticia, pero no les permitieron verle. No se lo permitían a nadie. Hombres armados custodiaban su cuarto, y una noche, secretamente, regresó a Estados Unidos.

Los periódicos habían anunciado:

SUPERESTRELLA CAE EN ESTADO DE EMBRIAGUEZ

BOBBY MONDELLA - EBRIO Y CIEGO

Rafaella no podía comprenderlo. Bobby ya casi no bebía y pocas veces salía a la terraza, ya que decía que sufría de vértigo. También se preguntaba acerca de la mujer

que vivía con él en ese momento. ¿Estaba allí cuando sucedió?

Examinando los periódicos, Rafaella no encontró ninguna mención acerca de la mujer. Las noticias decían únicamente que estaba ebrio y solo cuando sucedió el accidente.

Muchas veces ella y Luiz trataron de establecer contacto con él en América, pero todo lo que recibieron fue una nota impresa: Bobby Mondella agradece sus buenos deseos.

Finalmente dejaron de intentarlo.

—¿No es extraño —preguntó Odile, después de cenar el abundante pavo— que Eddie Mafair nunca haya intentado ponerse en contacto contigo? —Estaban sentados en la cama del cuarto de Rafaella, como en los viejos tiempos.

—¿Por qué habría de hacerlo? Sabes que estamos divorciados.

—¿De veras? No tenía ni idea.

—Vete al diablo.

—No, vete tú, estrella.

—Me alegro de que te hayas enterado de que soy famosa —bromeó Rafaella.

—Sí, en la salvaje América del Sur —dijo Odile con buen humor—. Aquí nadie ha oído hablar de ti, de modo que no presumas.

—Espera y verás.

—Sí. Y entonces apuesto a que Eddie Mafair vendrá corriendo. Probablemente venderá su historia a *The News of the World*. Se llamará «Mi vida con Rafaella». ¡Qué éxito!

—Estás obsesionada con Eddie.

—Sólo tengo curiosidad. Te conozco demasiado, y sé que hay una parte de la historia que no me has contado. Por ejemplo: ¿cómo es que él nunca trató de ver a Jon Jon? Es su padre. Eso no es normal. —Entonces se llevó una mano a la boca y exclamó—: ¡Era eso! ¡Por fin me he dado cuenta!

—¿Te has dado cuenta de qué?

—Tú debes de pensar que soy la mayor idiota del mundo.

—Sólo algunas veces —respondió secamente Rafaella encendiendo un cigarrillo, pese a que había prometido a Luiz dejar de fumar.

—Eddie —dijo Odile en un susurro— no es el padre de Jon Jon.

Rafaella sintió que su rostro enrojecía.

—Jamás digas eso.

—Pero es verdad, ¿no es cierto? No necesito que me digas que sí o que no. Ya lo sé. Tu rostro te ha delatado. —Meneó la cabeza asombrada—. Jon Jon no se parece en nada a Eddie. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

—Si dices una palabra a alguien, no volveré a mirarte en mi vida —amenazó

Rafaella.

Por una vez, los ojos de Odile adquirieron una expresión seria. Cogió una mano de su amiga y le dijo:

—Somos como hermanas, ¿verdad? Puedes contarme cualquier cosa y tu secreto será el mío.

En algún sentido fue terapéutico confiar en Odile. Después de tantos años de guardarse todo, Rafaella dejó brotar sus secretos. La noche caliente y efímera en la limusina de Kris Phoenix... Las mentiras y los golpes de Eddie y finalmente el brutal descubrimiento de su homosexualidad. Incluso le contó acerca del matrimonio de Luiz.

Odile la escuchó en silencio y cuando Rafaella acabó la abrazó y le dijo:

—Deberías haber confiado en mí. Es posible que no hubiera logrado nada, pero te habría ayudado a acabar con el malnacido de Eddie.

—No fue su culpa. Yo leforcé a un matrimonio que él no deseaba.

—Escúchate a ti misma. Siempre estás excusando a los demás. Debes acabar con eso.

—¿Es una orden?

—Casi. Y ahora te digo que no corras a los brazos de ese Luiz.

—No es ese Luiz. Es un hombre atento y afectuoso, y yo le amo.

—No olvides —dijo Odile levantando una ceja irónicamente— que he visto su fotografía en la portada del álbum. Se trata de un hombre endiablidamente guapo y posiblemente muy viril, pero casado. De manera que fíjate en no caer en más trampas.

—Tienes que conocerle —dijo Rafaella riendo.

—Quiero hacerlo. Ya he dado algunas órdenes a Rupert. Este verano no habrá sur de Francia. Iremos a Río. Me muero por verte en acción.

Dos semanas con su familia fueron suficientes para Rafaella. Ella les quería, pero la exasperaban. Su madre seguía tratándola como si fuese una adolescente y no podía aguantar más las bromas de Rupert.

Estaba acostumbrada a su independencia. Además, añoraba desesperadamente a Luiz, y después de quince días, Jon Jon quería volver a ver a sus amigos.

Despedir a su familia en el aeropuerto fue doloroso. Una vez en el avión, todo fue más sencillo.

—Marcus Citroen está muy interesado —dijo Tinto, entusiasmado, paseándose por su oficina.

—¿Quién? —preguntó Rafaella, aunque sabía perfectamente quién era Marcus Citroen. ¿Cómo olvidarle?

—Marcus Citroen es el dueño de Blue Cadillac —dijo Tinto, saltando

prácticamente de alegría—. Es el pez más gordo.

—Creí que era un automóvil —respondió ella, con desinterés.

—Vendrá aquí para carnaval. Siempre lo hace.

—¡Qué bien! —murmuró ella.

—Y quiere conoceros.

—Lo conoceremos —decidió Luiz—. Es hora de que comencemos a pensar en el mercado norteamericano.

Tinto se aclaró la garganta y se mostró incómodo.

—No sé cómo decir esto, pero iré al grano. En realidad, quiere conocer a Rafaella. Blue Cadillac no está interesada en un dúo.

—Bueno —dijo Rafaella—, entonces no soy la persona que buscan.

—Rafaella —comenzó Tinto.

—Fin de la historia —dijo ella imperativamente, arreglándose el largo cabello.

Tinto se volvió hacia Luiz en busca de ayuda, pero éste sólo se encogió de hombros.

—¿Son todas las novedades del día? —preguntó Rafaella—. Si es así, iremos a nadar. ¿Quieres tomarte el día libre y venir con nosotros, Tinto?

El agente, decepcionado, meneó la cabeza.

Cogidos de la mano, Rafaella y Luiz salieron de la oficina y se dirigieron hacia el coche deportivo rojo de Luiz, un regalo que le había hecho Rafaella para su cumpleaños número veintiséis.

La gente los miraba. Eran celebridades de la ciudad... Para la gente de la calle ellos eran la juventud y el glamour.

Durante el almuerzo, una secretaria pidió tímidamente un autógrafo a Luiz, acercándole una revista que tenía su fotografía en el interior.

Él sonrió y le preguntó su nombre.

Rafaella vio cómo ella se ruborizaba y miraba a Luiz como si fuera el rey.

—Esa mujer desea tu cuerpo —murmuró bromeando mientras se iban.

—¡Ah, pero ya tiene dueña!

—No lo sabía.

De algún modo se las ingeniaron para no ir a nadar y pasaron la tarde haciendo el amor. Jon Jon había ido de fin de semana, de modo que se quedaron tranquilamente hasta el sábado por la mañana, sin interrupciones.

Rafaella se despertó temprano y pensó que le sorprendería con el desayuno. Cocinar no era su fuerte, pero se las ingenió para lograr una buena mezcla de huevos, tomate y tocino. Vestida solamente con una camisa grande, con el cabello recogido y canturreando, se puso a trabajar en la cocina.

Luiz dormía desnudo. Se despertó y fue a la cocina sin ponerse nada, sólo con su cuerpo bronceado y fuerte.

—Creo que te amo —dijo ella, mirándole fijamente la entrepierna.

Él la abrazó por detrás y comenzó a acariciar su cuerpo.

Los huevos revueltos habían pasado a la historia, ¿quién necesitaba comida, si se tenían el uno al otro?

BOBBY MONDELLA

1986

—¿Señor Mondella?

La voz venía de muy lejos.

—¿Me escucha, señor Mondella?

¿Qué clase de pregunta tonta era ésa? ¿Qué otra cosa podía hacer más que escuchar? Estaba acostado en una cama de hospital, vendado de la cabeza a los pies, apretado como un pollo listo para que lo asaran. Tenía hasta los ojos tapados. Le habían dado morfina, pero de todos modos seguía sintiendo un intenso e insoportable dolor.

—Señor Mondella —dijo el doctor seriamente—. ¿Puede verme?

—Lo veré cuando me quite estos malditos vendajes —murmuró.

—Ya se los hemos quitado —dijo el médico—. ¿No puede verme... verme... verme...?

Se sentó en la cama de un salto, transpirando copiosamente. Éste era el sueño recurrente número uno. ¡Dios! Ni siquiera al dormir podría liberarse del horror de la pesadilla que había vivido ya hacía un año.

—Estoy ciego —pensó desesperanzado—. Soy un maldito ciego y a nadie le importa.

Con mano temblorosa, alcanzó su botella de bourbon que estaba siempre al lado de su cama. La lámpara cayó e hizo un estrepitoso ruido contra el suelo.

—¡Mierda! —gritó, lleno de frustración.

La asistente que había contratado hacía una semana fue hacia la habitación. Se llamaba Sara y tenía una voz dulce. Era mejor que las que había contratado antes. Había tenido un desfile de asistentas. Ninguna duraba, y todas le enfurecían. Antes de Sara, había contratado a un hombre, negro como él, que le había robado ropa y había llevado mujeres a su casa en medio de la noche. Él oía cómo hacían el amor. Era un hijo de puta.

—¿Está usted bien, señor Mondella? —preguntó Sara, ansiosa.

—Sí, estoy bien.

«No, nena, no estoy bien. Mi vida está en el cubo de la basura y quiero acabar con todo. No creo que pueda soportarlo mucho más».

—Vete a la cama —dijo él ásperamente.

—No se preocupe. Estaba despierta —respondió ella dulcemente—. Voy a limpiar este desastre.

Él podía olerla. Un perfume femenino mezclado con alguna fragancia suave. La última asistente femenina, una enfermera, olía a desinfectante y a desdén.

—No te preocupes por el desastre. Sólo consígueme otra botella.

—Es muy tarde, señor Mondella —respondió ella.

—¿Y qué? —gritó él, frustrado—. ¿Crees que eso me importa?

—Seguramente no, pero lo que usted necesita es dormir bien.

¡Dios! Tenía a su lado a una benefactora. Seguramente trataría de apartarle de la bebida y ayudarle a regresar al mundo real. No, gracias.

Se preguntaba cómo sería su aspecto. Debía ser jugosa, succulenta. Lo adivinaba por el modo en que ella se movía por la habitación. Y era joven. Cuando la contrató le había dicho que tenía veinticinco.

Inexplicablemente se sentía excitado. Hacía mucho que no sucedía. En su estado actual, sólo se permitía ver a fulanas, que su chófer le llevaba.

«Déjala en paz —se advertía a sí mismo—. No arruines algo bueno. Trabaja para ti».

Eso no importaba. Nada importaba.

—Sara —dijo entonces, en un tono más cálido.

—¿Sí, señor Mondella? —respondió ella, preocupada.

—Puedes llamarme Bobby y tutearme. No debes ser tan tímida. No me gustan las cosas muy formales.

—Está bien.

—¿Sara?

—¿Sí?

—Ven y siéntate en la cama. Háblame. Cuéntame cosas de ti.

—Es que no estoy vestida...

—Te darás cuenta —dijo él riendo amargamente— de que eso no importa mucho en este caso.

—Señor Mondella, es muy tarde.

—Te he dicho que me llamas Bobby.

—Está bien —dijo ella suavemente.

—Ven y siéntate —ordenó Bobby.

—No creo que deba.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

Ella suspiró y dijo:

—Le traeré otra botella de bourbon, señor Mondella. Trabajo para usted como asistente. Por favor, no lo olvide.

Él la oyó salir de la habitación. ¡Putá! En otras circunstancias ella hubiera rogado por estar con una estrella como Bobby Mondella. Mañana la despediría.

Sara fue hacia la sala y buscó detrás del bar. Estaba ruborizada y respiraba pesadamente. Había varias cajas de bourbon. Este hombre estaba bebiendo hasta el hartazgo y a nadie parecía importarle. Los únicos que estaban autorizados a entrar en

esa casa eran su médico, su representante y el chófer. Ella no confiaba en ninguno de ellos. ¿Por qué el médico no hacía que dejase de beber? ¿Cómo estaba autorizado el chófer a firmar cheques? Seguramente le estaba robando. ¿Por qué el representante no le aconsejaba cómo debía? Todo su dinero iba a parar a inversiones que nadie controlaba. Para comenzar, él hubiese debido mudarse de esa gran casa a un lugar más pequeño. Se gastaba mucho dinero cada semana y sólo ingresaban los derechos de autor de tanto en tanto.

Sara estaba escandalizada por lo que ocurría. Apenas hacía una semana que trabajaba allí, pero podía oler de lejos que estaban robándole.

Sara Johnston era una mujer inteligente. Nacida y criada en Filadelfia, se había graduado a los dieciocho años en la escuela secundaria y había ido a una academia de contabilidad. Luego comenzó a trabajar en la firma de su padre, que era contable y se especializaba en personajes del mundo del espectáculo. Había llevado las finanzas de una cantante de soul, de dos representantes y de un trío de cantantes. El mundo del espectáculo la atraía y en particular el de la música; le hubiese gustado mucho ser cantante, pero desdichadamente no tenía buena voz. También le hubiera gustado ser modelo, pero era demasiado baja y demasiado curvilínea.

Trabajar para su padre había sido sólo un primer paso. Cuando se enteró a través de ciertos conocidos de que Bobby Mondella estaba buscando asistente personal, viajó a California para realizar una entrevista. Primero habló con el representante comercial, Nils Holmer, y luego se entrevistó con Bobby. Le impresionó mucho su aspecto. Estaba sentado junto a la ventana, gordo y sin afeitar. Llevaba el cabello demasiado largo y en general tenía un aspecto desaliñado. Sus ojos estaban ocultos detrás de gafas muy oscuras.

Ella recordaba la primera vez que lo había visto en una actuación en Filadelfia, en 1979. Ella tenía sólo dieciocho años, y pensaba que Bobby era el hombre más atractivo del mundo. Ahora, este hombre enojado, sentado junto a la ventana, le despertaba una gran compasión...

—¿Por qué quieres este empleo, muchacha? —preguntó él ásperamente.

—Porque necesito el dinero —mintió ella.

—Bueno, es una razón suficiente como para estar cuidando a un hombre ciego. Contrátala, Nils.

Comenzó a trabajar diez días más tarde y después de una semana comprendió que ella, Sara Johnston, debía ayudar a este despojo a volver a la vida.

—¿Cómo es tu aspecto?

—¿Qué?

—Hablas inglés, muchacha. Es una pregunta sencilla.

Había pasado otra semana y ella continuaba en el puesto, pese a las insinuaciones

de aquella noche.

—Bueno, tengo el pelo largo, largo hasta los hombros.

—Déjame tocarlo.

—Hagamos un trato.

—¿Qué?

—Permítame que yo llame a un barbero para que venga aquí y le corte el suyo y luego yo le dejaré tocar el mío.

—Muy gracioso —dijo él riendo con cinismo.

—¿Trato hecho?

—¿Para qué querría yo cortarme el pelo, si nadie lo va a ver?

—Yo lo veo todo el día.

—Te pago para hacerlo.

—No lo sabía —dijo ella, con un deje de sarcasmo.

Esta chica le estaba irritando. No parecía temer perder el empleo. Sara, con su vocecita, era como un pastelillo.

—Está bien, haremos un trato. Ven aquí.

Ella se acercó a su silla. Él comenzó a tocarle el cabello largo y ondulado y a respirar profundamente mientras percibía su suave perfume. ¡Ah, no! de nuevo esa conocida sensación. Se estaba excitando otra vez. ¿Qué tenía esta chica?

Antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que sucedía, el dejó caer las manos en el lugar donde debían estar sus pechos y se llevó una sorpresa. La muchacha estaba muy bien dotada.

—¡No haga eso! —gritó la chica, apartándose.

—Vuelve aquí ahora mismo —ordenó él.

—De ningún modo.

—Escucha, nena, ¿quieres o no este empleo?

—¿Alguna vez ha oído hablar de acoso sexual?

—¡Bah! Véte. Envíame al chófer.

El chófer tenía una permanente expresión burlona, y nada le hubiese gustado más a Sara que despedirle.

El hombre estuvo cinco minutos con Bobby, se fue y regresó media hora después acompañado por una horrible mujer negra con un vestido ajustado que destacaba su enorme pecho.

—Ha llegado la hora de la prostituta —dijo el chófer—. Y no es necesario que sean guapas.

Para Sara fue una tortura pensar en Bobby con la prostituta. Hubiese preferido matar al chófer, pero con dificultad mantuvo la calma.

—¿Las llama muy a menudo? —preguntó al chófer, tratando de parecer indiferente.

—No —contestó el hombre, escarbándose los dientes con una cerilla—. El tipo ya no puede hacerlo como nosotros —añadió con un guiño.

En su habitación, Bobby luchaba contra sentimientos de impotencia. El chófer tenía razón. Él ya no podría hacerlo más. ¿Por qué? ¿Por qué sucedía todo esto? Había estado en la cima y ahora debía conformarse con una prostituta barata.

Bobby Mondella, la estrella caída. Literalmente. Sólo que no había caído: lo habían arrojado por el balcón. Lo impregnaron de alcohol y lo arrojaron desde el vigésimo piso. ¡Dios!, lo habían querido asesinar, pero había sobrevivido para contar la historia que nadie creyó.

—Estabas ebrio —decían todos, incluso la policía.

—Estabas solo y te caíste.

Ningún argumento podía convencerles de otra cosa.

¡Que se fueran todos al diablo! Él sabía que no había sido un accidente. Si un toldo no hubiera detenido su caída, habría muerto. Alguien había intentado asesinarle, pero él no podía decir quién.

¿Qué importaba? De todos modos estaba acabado. Habían cumplido su objetivo. Nova se había esfumado del apartamento antes de que llegase la policía y no había dejado rastro. Puta. Maldita puta. Había oído decir que ella había regresado con Marcus Citroen como si nada hubiese sucedido. Nunca había intentado ponerse en contacto con él. Ni siquiera cuando estuvo en el hospital con todos los huesos rotos.

Los huesos habían sanado, pero los ojos no, estaba ciego, y nadie podía decirle por qué. No era un problema físico. Decían que era psicológico. ¡Psicológico! Ésa era una fantasía de los médicos. Si él pudiese ver, vería.

Nichols Kline se ocupó de todo. Puso guardias en los hospitales para mantener alejados a los reporteros. Un vuelo privado a Los Ángeles. Incluso se encargó del alquiler de la casa y la contratación de las enfermeras, y contrató a Nils Holmer para que se ocupase de la administración de sus bienes.

El dinero salía y salía, y nada entraba. Él nunca había sido bueno para las cuestiones financieras, siempre había dejado todo en manos de los contables. Nils no paraba de decirle que estaba al borde de la quiebra, y Nichols se había esfumado para siempre de su vida.

—No lo comprendo —dijo, cuando Nils llegó con malas noticias—. Debes saber que yo era una de las estrellas que más dinero ganaba de este país. ¿Dónde se ha ido todo?

—En impuestos, gastos, facturas y malas inversiones. Además has llevado una vida muy extravagante.

—¡Dios! Se supone que tú cuidabas de mis inversiones. ¿Qué ha sucedido?

—Yo sólo las hago —dijo Nils ofendido—. No puedo garantizarlas. El mundo financiero es así, Bobby. No hay modo de controlarlo.

—¿Estás tratando de decirme que lo he perdido todo?

—Tienes suficiente como para arreglártelas. Múdate de esta casa a un sitio más pequeño. Yo debo irme por un tiempo de la ciudad. Dejaré a alguien de mi oficina para que se ocupe de lo tuyo.

Bobby sabía que lo estaba estafando. ¿Y qué? Estaba acabado. ¿Para qué prolongar la agonía?

Esa noche se tomó todas las píldoras que pudo encontrar.

Sara lo encontró a las tres de la mañana, inconsciente, en el suelo del cuarto de baño. Los frascos de píldoras yacían a su alrededor.

A partir de ese momento, ella se hizo cargo de todo. Sara Johnston era una mujer decidida, y sabía que iba a llevar a Bobby Mondella de nuevo a la cima, donde él pertenecía.

KRIS PHOENIX

1987

—A Marcus Citroen le gustaría que actuaras en el beneficio de su esposa para el gobernador Jack Highland en julio.

Así hablaba Hawkins Lamont, con sus immaculados pantaloncitos de tenis y su bronceado a lo George Hamilton. Los dos estaban sentados almorzando en la terraza cubierta del club de polo.

—Que Marcus Citroen se vaya al diablo —respondió Kris, masticando un panecillo.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que Kris Phoenix no piensa hacer monigotadas para nadie.

El Halcón saludó con la mano a un conocido que estaba en el otro extremo de la terraza, sorbió su fresco jugo de pomelo y preguntó:

—¿Acaso Marcus Citroen ha hecho algo de lo que yo debería enterarme?

—Toda la industria discográfica lo sabe —respondió Kris secamente.

—Siendo así —respondió Hawk—, sería conveniente que me ilustraras al respecto.

—Vamos, hombre. No me harás creer a mí que no tienes idea de lo que ocurre.

—¿Qué ocurre?

—Sharleen.

—¡Ah! —dijo Hawk meneando la cabeza con tristeza—. Ése fue un incidente muy lamentable.

—¡Dios! —exclamó Kris—. No puedo creerlo. Una mujer se suicida y lo llamas incidente.

—No sabía que conocías a Sharleen.

—La conocí hace mucho tiempo, y de vez en cuando nos veíamos.

—Era una drogadicta.

—Era una pobre puta arruinada por la industria discográfica y arruinada especialmente por tu amigo Marcus Citroen.

—Mi amigo y tu jefe.

La camarera llegó con una apetitosa ensalada para Hawkins y una jugosa hamburguesa para Kris.

Kris esperó a que se fuera para decir:

—Yo no tengo jefe. Trabajo solo, y una compañía se enriquece a expensas mías. Igual que tú, Hawk.

—Nos enriquecemos mutuamente —apuntó Hawk con frialdad—. Estrellas del rock. Son desagradecidas, maleducadas, despectivas y egocéntricas.

—De todos modos —continuó Kris—, todo el mundo sabe que fue culpa de Marcus. No es precisamente un secreto.

—Es una suposición.

—¿Qué?

—Uno de esos clásicos rumores. Que yo sepa, Marcus siempre fue generoso con Sharleen. Incluso mantuvo su contrato mucho tiempo después de que terminaran sus éxitos.

—Él le sacó el jugo y cuando terminó de exprimirla la dejó de lado sin nada.

—Eso es absurdo.

—Bien. Tú tienes tus opiniones y yo las mías, y de ningún modo me dedicaré a recaudar fondos para él.

—¿Me amas? —preguntó Cybil levantando su cabeza dorada.

Él hubiese preferido que no le preguntase eso. ¿Qué debía decir? «Sí, cuando estoy excitado te amo muchísimo. Si no, sólo me importa el rock and roll».

Tal vez él no fuera capaz de amar a nadie. Quizás el hecho de haber sorprendido a Willow con ese alemán lo había apartado de las mujeres en general.

Sólo sabía una cosa. Mujeres: uno nunca puede confiar en ellas.

No te detengas, Cybil, acaba ya...

Uno.

Dos.

Tres.

¡Listo!

Más tarde televisaban fútbol norteamericano y ellos cenaban en la cama. Cybil miró con él el partido, sentada en la cama, con las piernas cruzadas, llevando solamente una camisa holgada.

En mitad de la noche sonó el teléfono. Normalmente dejaba que los empleados se ocupasen de todas las llamadas, pero esta vez contestó él mismo. Lo primero que oyó fue el sonido característico de las conferencias de larga distancia, y luego, una voz desesperada.

—Kris, Kris... ¿eres tú? Soy Mikki, ¿me recuerdas? Mira, realmente no quería molestarte, pero... tienes que ayudar a Buzz. Por favor, estamos desesperados.

Llegó al día siguiente al aeropuerto de Heathrow en un avión de British Airways. Lo condujeron sin problemas a través del control de pasaportes. Antes siempre le detenían en busca de drogas, pero eso había sido en la época de los Wild Ones. Ahora era considerado un personaje respetable del rock.

No había advertido a Astrid de su inminente llegada. Prefirió darle una sorpresa.

Un Rolls conducido por un chófer lo llevó hasta su mansión campestre. Astrid estaba fuera con los perros. Kris vació su única maleta e hizo algunas llamadas. Mikki le había prometido que llevaría a Buzz a su casa aquella noche. Él se preguntaba si iría. Más valía que lo hiciera.

—Cena para cuatro, querida. Me gustaría carne asada —dijo a Astrid cuando la oyó entrar en la casa.

—¡Kris! ¿Qué haces aquí? —gritó, mientras los dos perros pastores saltaban sobre él—. Apuesto a que estoy horrible.

La idea de Astrid acerca de lo horrible consistía en unos tejanos y un suéter, sin maquillaje y con el cabello sujeto con una cola de caballo. A él le pareció muy bella y saludable.

—Vivo aquí, ¿recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? —dijo ella abrazándole—. Bienvenido a casa.

Pasaron el resto de la tarde en la cama. Él se sentía como un marinero con una mujer distinta en cada puerto. Afortunadamente, por lo menos no estaba casado, y sólo había dos puertos.

Astrid no conocía a Buzz y, a medida que se acercaba la hora, se iba tornando cada vez más aprensiva.

—Tómalo con calma —le aconsejó Kris—. Es posible que nos insulte a los dos. Pero a mí no me importa. Es su estilo. Sólo espero que pueda recuperarse.

Ella había leído mucho acerca del famoso Buzz Drake.

—No va a destrozar nuestro comedor, ¿verdad?

—No te preocupes. Todo lo que tienes que hacer es llevarte a Mikki a algún lugar después de cenar. Quiero estar a solas con él.

—¿Cómo es Mikki?

—Hace cuatro años que no la veo. Antes era una rockera fanática y rica. Sólo esperemos que pueda traerlo aquí. Parecía muy alterada. Yo le dije que fingiese que se había encontrado casualmente conmigo en la calle y dijese que yo había insistido en que viniesen a cenar aquí.

—Es decir que has viajado aquí sólo para ayudar a un amigo, si es que se digna aparecer.

—No hagas tanto aspaviento. Se lo debo. Somos compañeros o al menos lo éramos.

—¡Eres increíble!

—Escucha, querida, podría haberme ocurrido a mí. Yo fui más afortunado. Si las cosas fuesen a la inversa, creo que él haría lo mismo.

Buzz y Mikki llegaron dos horas más tarde, cuando Kris ya estaba a punto de darse por vencido. Se presentaron en un taxi, sin dinero para pagarlo. Kris lo pagó.

Buzz recorrió la casa, haciendo comentarios irónicos. Tenía un aspecto terrible: la

piel grisácea que apenas cubría sus huesos, los ojos de mirada apagada y el cabello largo y rizado. Llevaba una chaqueta de cuero más que gastada; tejanos y botas de piel de serpiente muy usadas completaban el conjunto. Un porro era una presencia permanente en sus labios, y lo fumaba sin ayuda de las manos.

Mikki se había transformado en una mujer gordita y desaliñada, pero su piel arrugada y sus ojos cansados la hacían aparentar diez años más. Llevaba un suéter verde lleno de manchas y pantalones color caqui.

Kris recordaba lo bonita que había sido y no podía creerlo.

Los dos se dirigieron presurosos hacia la bebida. Buzz se dedicó al vodka y Mikki al vino blanco, que inmediatamente derramó en su suéter. No le dio importancia.

—¡Me alegro de veros! —dijo Kris.

—Felicítenos —dijo Buzz—. Acabamos de casarnos. No sólo está gorda. Además está embarazada, la vaca estúpida.

—¿Estás bromeando?

—Es verdad, Kris —asintió Mikki—. Parece que, en la vejez, pasamos a ser respetables.

—¡Mierda! Descorchemos una botella de champaña.

—No sé —se burló Buzz—. Tal vez no puedas permitirte.

La velada fue transcurriendo mientras Buzz criticaba a las compañías grabadoras, los intereses comerciales y a aquellos que ponían el dinero por encima de todas las cosas. En mitad de la comida fue al cuarto de baño y no regresó en veinte minutos.

—Debes encontrarle un trabajo, Kris —rogó Mikki cuando él se fue—. Tú sabes que es muy capaz. Es sensacional y sólo consigue trabajos de cuarta categoría de vez en cuando. Es criminal. Estoy asustada. Creo que puede cometer un disparate, como Sharleen.

—¡Por Dios! Mikki, no puedo conseguirle nada si está siempre fuera de sí.

—Está dejando la droga —dijo Mikki desesperada, hablando muy rápidamente—. Creo que lo que necesita es una oportunidad.

Kris había oído decir que los Orange Dragons, un nuevo grupo de Blue Cadillac, iban a dar seis conciertos en Inglaterra, y estaban buscando a alguien para abrir cada función. Si Buzz actuaba con un teclista y un bajo, podía ser perfecto para la ocasión.

—Veré lo que puedo hacer —dijo—. Sólo tienes que prometerme que lo mantendrás sobrio.

—Sí, Kris, te lo prometo. Puedes confiar en mí.

—Alguien de Blue Cadillac se pondrá en contacto con vosotros. Te daré un cheque: haz que vaya a una clínica de desintoxicación y no le digas que yo tengo algo que ver con eso.

Más tarde puso una conferencia.

—Hawk, quiero que hagas algo por mí.

—¿Qué?

Contó a El Halcón lo que necesitaba y una hora más tarde recibió la respuesta.

—Nos ocuparemos de todo.

—Fantástico. Me alegro mucho.

—Sólo una cosa, Kris.

—¿Sí?

—La fiesta de Marcus Citroen. Puede contar contigo, ¿verdad?

RAFAELLA

1987

Rafaella observaba al hombre sentado detrás de su escritorio antiguo: Marcus Citroen. Él había tomado su futuro en sus manos y lo estaba manejando bien. El destino había entrecruzado sus vidas durante años.

—Bueno, querida —dijo Marcus triunfante—, te dije que podría hacerlo y ahora estoy encantado de informarte que tu single *Perfume Nights* ocupará el primer puesto la semana próxima en seis países diferentes, incluidos los que verdaderamente interesan: Inglaterra y Estados Unidos.

Ella se puso en pie, fue hacia la ventana y contempló la vista. La oficina de Londres de Marcus Citroen daba a Hyde Park. Era un helado día de febrero, y soplaban el viento; la gente, arropada con abrigos y bufandas, pasaba apresurada.

En días como éste, ella muchas veces añoraba Río. Pero ¿qué había dejado allí en realidad? Nada... nada...

El carnaval vino y se fue. Marcus Citroen vino y se fue. A pesar de Tinto, Rafaella se negó a hablar con él.

—Eres una tonta —dijo Tinto—. Él podría hacer de ti una estrella internacional.

—¿Y Luiz? Nosotros somos un equipo. Trabajamos juntos o no trabajamos.

—Mira, Rafaella, creo que deberías pensar en tu futuro.

—Luiz es mi futuro.

—Quizá sí y quizá no.

Él no sabía cómo decirle que mientras ella se hallaba en Inglaterra, Luiz había estado saliendo con la muy adinerada Vivienne Ricardo, conocida por su público como la reina de las telenovelas.

—Deja de lado tu negatividad —dijo Rafaella alegremente—. Y comienza a planificar una boda.

Él no podía ocultar su sorpresa.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Y qué es pronto?

—Serás el primero en saberlo.

Luiz había estado un tanto silencioso desde su regreso de Inglaterra. Ella pensaba que el álbum iba a estar terminado para entonces, pero él pasaba la mayoría de las noches en el estudio.

—Iré contigo —sugirió ella.

—Te aburrirás. Son sólo detalles técnicos.

—En casa me aburro.

—Ah, mi pequeña carioca inglesa —dijo él, cariñoso—. Estás aburrida. Ten un poco de paciencia. Luiz está trabajando para los dos.

Ella sabía que el álbum era muy importante para él. Él lo había producido y había escrito cuatro de las canciones. Naturalmente, estaba preocupado por cada detalle. Cuando apareciera, finalmente podría descansar.

Rafaella hubiera querido preguntarle de nuevo por su esposa, aquella anciana que agonizaba en su asilo, pero le parecía algo cruel y permanecía en silencio, esperando a que él decidiese hablar del tema. Debía de ser muy penoso para él. Ella no quería aumentar su carga.

Una noche, Luiz no regresó a casa. Cuando ella despertó, él no estaba a su lado. Lo llamó y lo buscó por el apartamento. Jon Jon ya había ido a la escuela, y Constanza, la criada, estaba fregando el suelo de la cocina.

—El señor no está —dijo Constanza.

—Debe de haber dormido en el estudio —dijo Rafaella, e inmediatamente se preguntó por qué estaba dando explicaciones a la criada.

Cuando llamó al estudio, nadie respondió. Llamó entonces a Tinto a su casa.

—Luiz ha desaparecido —le dijo medio en broma—. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

Tinto hubiera deseado poder decirle: «Intenta buscarlo en la cama de Vivienne Ricardo». Todo el mundo en la ciudad hablaba del romance de Luiz con la atractiva y madura actriz, pero nadie se atrevía a decírselo a Rafaella. Tinto vaciló:

—Bueno... no sé.

—Dame el teléfono —le ordenó su esposa, María—. Rafaella, querida, encontrémonos hoy para almorzar. Hay cosas que debes saber.

Antes de que se encontrasen y pudieran hablar, la noticia estaba en todas partes: Luiz Oliveira y Vivienne Ricardo se habían casado secretamente esa mañana.

—Adoro Londres —murmuró Rafaella.

Marcus se levantó del escritorio y se sentó junto a ella.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? Te acabo de anunciar que tu disco ocupará el primer puesto en todo el mundo. ¿No comprendes lo que eso significa?

Volviéndose hacia él, ella preguntó:

—¿Significa que seré una estrella?

—Sí.

—¿Famosa?

—Sí.

—¿Rica?

—Es posible. Si yo te aconsejo.

Si yo te aconsejo... No era la primera vez que decía esas palabras.

—Quiero una cita con Marcus Citroen, Tinto.

—Ya es tarde. Ha regresado a los Estados Unidos.

—Llámale.

—Con todo el respeto, Raffi. Posiblemente él ya no recuerde el interés que tuvo en algún momento.

—¡Qué buen representante! —dijo ella sarcástica—. ¡Cuánto entusiasmo!

—Puedo intentarlo.

—Hazlo.

Marcus Citroen la recordaba. Sugirió que ella volara a Nueva York para hacer la prueba. Tinto estaba feliz.

—Olvídalo —dijo Rafaella—. Dile que él venga aquí.

—No seas tonta —discutió Tinto—. No tienes idea de lo importante que es ese hombre.

—Sí, lo sé. Díselo de todos modos.

El instinto le decía que Marcus Citroen haría todo lo que ella quisiera.

Hubo una semana de silencio, luego de la cual Phoebe, la secretaria personal del señor Citroen, llamó a Tinto para informarle de que el señor Citroen tenía más negocios en Río y estaría allí en diez días.

Rafaella sólo asintió cuando Tinto, jubiloso, se lo contó. Él tenía muchos planes acerca de cómo abordar a ese hombre tan importante y qué estrategia usarían para lograr el mejor contrato.

—No —dijo Rafaella—. Quiero verme con él a solas.

Tinto meneó la cabeza, sorprendido. Rafaella era una muchacha extraña y maravillosa. Él no podía comprenderla. Cuando Luiz se casó con Vivienne Ricardo, todos esperaban que se derrumbara, que explotara, que se pusiese histérica, que hiciera algo. No, Rafaella no hizo nada de eso. Sólo dijo:

—Luiz debe hacer lo que tenga que hacer.

Y eso fue todo.

Informó a Tinto de que nunca más actuaría con Luiz y le pidió que cancelase todos sus compromisos.

—¿Y qué sucederá con el nuevo álbum? —preguntó el agente, afligido—. Debéis hacer promociones individuales.

Ella sólo dijo no y pidió ver a Marcus Citroen.

Ahora estaba todo arreglado y ella decía que no quería que Tinto estuviera presente. ¡Qué muchacha tan peculiar! Él no discutió. Rafaella tenía su modo particular de hacer las cosas.

Marcus Citroen y Rafaella Le Serre se encontraron en la suite que Marcus ocupaba en el Copacabana Palace. Ella era aún más bella y exótica de lo que él recordaba. Él era un viejo incluso más verde de lo que ella pensaba, con su expresión lasciva y sus ojos escrutadores.

—Bueno, querida, parece que nuestros caminos se vuelven a cruzar —dijo él—. Cada día estás más hermosa.

Ella lo miró fijamente, con sus ojos verdes desafiantes. Sabía exactamente lo que quería de Marcus Citroen. También sabía lo que él quería de ella.

Por un instante pensó en Luiz. Por lo que a ella concernía, podía quemarse para siempre en el infierno. Nunca más permitiría que un hombre la hiriese.

Querido, encantador y maravilloso Luiz. Malnacido. ¡Basta! Le había mentido desde el primer día. Un detective privado había averiguado la verdad, porque ella necesitaba saberlo.

No se llamaba Luiz Oliveira, sino Lupe Veira, y era un muchacho de la favela.

Ésa había sido la única parte cierta de su relato. Tenía treinta y dos años y no veintiséis como decía.

Luiz Oliveira o Lupe Veira. Un ladrón convicto y un hombre dedicado a la prostitución masculina. Se había casado dos veces antes de Vivienne Ricardo. Su primera esposa había sido Juana, la muchacha que trabajaba para ella, y de quien él había dicho que era su hermana. La segunda vez se había casado con una mujer anciana de San Pablo, que había muerto a las seis semanas, dejándole toda su fortuna. Sus hijos, ya mayores, habían cuestionado el testamento de su madre, y al cabo de meses de pleito, él había recibido sólo una miserable suma de dinero. Seis semanas después él volvió a entrar en la vida de Rafaella.

¿Fue por casualidad o lo tenía planeado?

Ella no lo sabía ni le importaba. Sólo sabía que los hombres la había utilizado y ahora ella pensaba hacer lo mismo.

—Marcus —dijo fríamente—, puedo llamarte Marcus, ¿verdad?

Él restregó su pulgar y su índice y la miró con lascivia.

—Claro, querida.

—¿Sabes qué pienso?

—¿Qué?

El sudor empapaba su cabeza calva. La chica tenía todo lo que él necesitaba. Una fuerte sensualidad combinada con una cierta frialdad y esa hermosa piel oscura. De algún modo le recordaba a Nova en la época en la que él la había conocido. Tenía ese aire exótico que le atraía.

Por supuesto, esta muchacha era diferente. Ella tenía clase y buena crianza. Además, poseía talento.

Rafaella le miró a los ojos.

—Seamos directos —dijo—. Dejémonos de jugar.

—¿Sí?

Por un instante ella volvió a pensar en Luiz y en Eddie. Los dos amores de su vida. Dos desgraciados. Dos hijos de perra.

—Marcus —dijo con firmeza—, yo quiero tu poder. Tú quieres mi cuerpo. Tal vez podamos hacer un trato.

Bueno —dijo Marcus rodeándola con el brazo—. Yo he cumplido mi parte del trato. Ahora, querida, creo que es hora de que tú también cumplas.

—Aún no, Marcus —dijo ella, deshaciéndose de su abrazo—. Necesito constatar que todo funciona.

—No intentarás volverte atrás, ¿verdad?

—No.

Rafaella estaba jugando con él. Tal vez no se daba cuenta de que estaba jugando con el más experto de los jugadores. Perversamente, Marcus disfrutaba de su carácter independiente. Una mujer que lo hacía esperar era algo diferente. Era una verdadera diversión. Por lo visto, ella no tenía ni idea de su poder. Él tendría que enseñarle, y esperaba ansiosamente el momento de la primera lección.

—Actuarás en la fiesta de recaudación de mi esposa en julio —decidió él con una leve sonrisa—. Allí consumaremos nuestra relación. Y estoy seguro de que será larga y satisfactoria para ti. —Luego hizo una pausa llena de intenciones y añadió—: Para los dos.

BOBBY MONDELLA

1987

La primera vez que hicieron el amor fue el día más emocionante en la vida de Sara Johnston. Ella no había ido a trabajar con Bobby Mondella con la idea de meterse en su cama, pero, cuando tuvo la oportunidad, ¿cómo decir que no?

Él estaba ciego, pero para Sara eso no lo hacía menos hombre. Ella lo había sacado del pozo, lo había cuidado, había logrado que se mudase de esa costosa mansión que ya no podía pagar a un bonito apartamento en Nichols Canyon. Lo había librado de su agente financiero, aunque un poco tarde: él ya se había quedado con la mayor parte del dinero. Y ella misma había tenido el placer de despedir al chófer y cambiar el médico por otro.

—Eres una mujer muy mandona —protestaba Bobby, mientras ella se empeñaba en ponerle otra vez en forma—. ¿De dónde has salido?

—Del cielo —dijo ella secamente—, o del infierno, según cómo lo mires.

—¡Del infierno! —se quejó él cuando ella le obligó a volver a nadar y a hacer ejercicio.

—¡Del cielo! —exclamó la primera vez que hicieron el amor, cuando se dio cuenta de que todo estaba bien, como antes del accidente.

¡Qué gran amante era él! Sara se sentía desmayar cuando pensaba en las horas que habían pasado en la cama.

Bobby Mondella. Una vez que ella logró que volviese a estar en buena forma física, se propuso hacer lo mismo con su mente.

—¿Piensas quedarte ahí sentado sin hacer nada por el resto de tu vida?

—Sí —contestó él desafiante.

—De ningún modo.

—Eres una entrometida.

—Y a ti te encanta eso. Porque sabes que te llevaré de nuevo a la cima, quieras o no.

—Vete, mujer.

—No me des una de tus reprimendas.

Él no quería ver a nadie desde el accidente, pero un día ella invitó a la casa a unos músicos que habían trabajado con él. Al comienzo él se enojó, pero, cuando vio que nadie le trataba con compasión, se fue calmando. Terminó pasándolo bien, y esa noche demostró a Sara su agradecimiento en la cama.

Al día siguiente se sentó al piano y comenzó de nuevo a componer y a cantar.

Para Sara fue un momento mágico. Había tardado meses en llevarle hasta ese punto.

—Harás un nuevo álbum —dijo Sara—. Se llamará *Mondella Alive*, y será lo mejor que hayas hecho en tu vida.

Él no discutió. Comenzó a escribir nuevas canciones, a dedicar todo su tiempo a la creación.

Cuando recolectó suficiente material, Sara le llevó a algunas grandes compañías grabadoras, comenzando por Soul and Soul, donde América Allen le dijo amablemente que no estaban interesados. Las reacciones no fueron nada favorables, le cerraban la puerta en las narices.

—¿Bobby Mondella? No, ya pasó su cuarto de hora...

—¿Bobby Mondella? Pensé que había muerto...

—¿Ese borracho? Debe de ser un chiste...

Un día recibió una llamada de Marcus Citroen, de la Blue Cadillac.

—Tengo entendido que usted tiene nuevo material de Bobby Mondella. ¿Es bueno?

Ella vaciló un instante. Bobby le había dicho que en ninguna circunstancia debía ir a la Blue Cadillac, pero era la única oportunidad.

—No es bueno, señor Citroen. Es sensacional —respondió ella con entusiasmo.

—Me gustaría escucharlo.

En seis semanas Bobby Mondella estaba en la sala de grabaciones con un excelente contrato.

Marcus Citroen le daba la oportunidad de volver.

—Lo siento —dijo el especialista—. No puedo decirle nada. La causa de la ceguera del señor Mondella es completamente desconocida. No hay razones físicas. No hay deterioro ni daño en el nervio óptico. La córnea y la retina están en perfectas condiciones. Es uno de esos misterios que esperamos poder descubrir algún día.

Sara asintió. Ya lo había escuchado antes. Cogió a Bobby del brazo y salieron de la consulta. De acuerdo con muchos médicos, la pérdida de la vista era, en el caso de Bobby, una cuestión traumática y, por tanto, intratable. Su ceguera era inexplicable. También les habían hablado de una causa psicosomática, y les habían sugerido consultar con un psiquiatra.

—Estoy aprendiendo a vivir, quédate tranquila —dijo él apretándole la mano—. Vuelvo a trabajar. Me siento bien. Las cosas no están tan mal.

Él nunca contaba a Sara lo mucho que sufría al pensar que nunca más volvería a ver. Este dolor era suyo y debía soportarlo en silencio, aunque a veces permanecía despierto por la noche durante horas, pensando ¿por qué? ¿Por qué le había sucedido esto? ¿Quién era el responsable?

Marcus Citroen le estaba dando la oportunidad de volver a brillar. ¿Lo hacía porque se sentía culpable?

No, esa piraña no tenía conciencia.

Tal vez Nichols y su pandilla de socios eran los responsables.

Mierda. Más valía no pensar en eso. Nunca lo sabría.

La misma semana en que apareció el álbum *Mondella Alive*, Sharleen se suicidó. Se cortó las venas y se desangró en su apartamento de Nueva York.

Ahora ya era demasiado tarde. Ella le había escrito después de la tragedia una nota muy dulce preguntándole si podía ir a verle. Él nunca le había respondido porque no quería que ella le tuviese lástima.

Ahora ella ya no estaba. ¡Pobre querida Sharleen!

Un día más tarde él se puso en contacto con Rocket Fabrizzi, otro amigo a quien había dejado de lado. Rocket estaba en Los Ángeles filmando una película. Fue a ver a Bobby y conversaron toda la noche, dejando aflorar los buenos recuerdos del pasado.

—Me alegro de verte de nuevo —dijo Rocket con efusión—. Mantengámonos en contacto. Tú y yo siempre recordaremos a Sharleen tal como era.

Los primeros comentarios sobre el álbum fueron excelentes. Como favor, Rocket dirigió un vídeo promocional para contribuir al lanzamiento. Sara estaba constantemente al lado de Bobby, alentándole.

Cuando Marcus Citroen telefoneó para decir que quería que Bobby actuara en la fiesta de beneficio de su esposa, la primera respuesta de Sara fue un breve y seco no. Ella sabía algo de la relación entre Bobby y Nova. Él le había hecho algunos comentarios sueltos, pero nunca le había contado toda la historia.

Cuando le habló a Bobby acerca de la petición de Marcus, él vaciló unos instantes y luego, para sorpresa de Sara, respondió:

—Sí, lo haré.

Íntimamente él pensaba que ya era hora de ahuyentar algunos fantasmas del pasado. Además, sólo tal vez, podría averiguar la verdad acerca de lo que había sucedido en Río.

—¿De veras? —preguntó Sara, mirándole con desaprobación.

—Por supuesto —dijo él con firmeza—. Puedes decirle a Marcus que allí estaré.

LOS ÁNGELES

Sábado 11 de julio de 1987

La cena

—¿Puedo verla? —preguntó el gobernador Highland en voz baja.

—Me está viendo —respondió Cybil, abriendo sus grandes ojos azules.

—Sabes lo que quiero decir —murmuró él, acercándose.

Ella recordó lo que Hawkins le había dicho acerca de la posibilidad de que este hombre llegara a la Casa Blanca. Era una perspectiva interesante. Entonces pensó en Kris. Él había estado todo el tiempo engañándola con esa danesa de Londres.

—¿Quieres decir que nos encontremos para almorzar? —preguntó.

—Para cenar —corrigió él.

—Está bien —dijo ella, entusiasmada—. ¿Cuándo y dónde?

El gobernador Highland sonrió. Tenía dientes puntiagudos, dientes de perro de presa, pensó ella, conteniendo la risa.

—Soy un hombre casado, ya sabes. —Él era agradablemente sincero—. Por lo tanto, debo ser muy discreto.

—Está bien —dijo ella—. Yo también vivo con alguien. Debo ser tan cuidadosa como tú.

—Anota aquí tu número de teléfono —dijo, alcanzándole subrepticamente una caja de cerillas y un bolígrafo—. Mi ayudante se pondrá en contacto contigo.

Fue una desafortunada elección de palabras. Cybil reaccionó dándose cuenta. Posiblemente el gobernador Highland lo iba a difundir por todas partes. Los políticos solían ser muy desbocados. Era demasiado arriesgado.

Rápidamente, ella escribió un número equivocado.

De nuevo aparecieron los dientes de perro de presa, mientras el gobernador se guardaba la información en el bolsillo con una verdadera sonrisa política.

Varios *maîtres* anunciaron que la mesa estaba servida. Los elegantes invitados fueron desfilando entonces hacia el área donde se desarrollaría la cena. Una mullida alfombra roja cubría el camino.

Maxwell Sicily sacó un palillo de madera del bolsillo y comenzó a escarbarse los dientes mientras observaba. ¿Cómo era que su padre no estaba entre ellos? El gran Carmino Sicily, ese cerdo. Carmino había intentado de todas las maneras posibles ingresar en la alta sociedad. Había comprado acciones importantes de compañías en ascenso. Incluso había llegado a tener el control de un banco. Sin embargo, Maxwell sabía cómo eran las cosas. Era mucho más listo que su padre. Esos grandes señores

podían llamar a Carmino cuando le necesitaban para un favor, pero jamás se mezclarían con él socialmente. Para ellos no era más que un gánster rico.

Maxwell debía asegurarse de que su vida sería diferente. En América del Sur lo aguardaba una nueva identidad. Allí tendría a la vez dinero y respeto.

A diferencia de su padre, él lo tendría todo.

Nova Citroen, muy controlada y segura, circulaba entre los invitados. Sabía que Marcus la observaba. ¡Maldito! Que hiciera lo que quisiese. Ya no le podía causar más daño. La había arrastrado hasta lo más bajo para luego volver a encumbrarla.

Lo mismo había hecho con Bobby Mondella.

Ah... Bobby... por un instante pensó con nostalgia en su pasado amor. Por lo menos estaba vivo. En rigor, a estas alturas debería haber estado muerto.

Dio vueltas con el dedo al enorme solitario: un pacto de sangre con su querido marido. Ella lo había aceptado todo y había permanecido en silencio. Después de todo, en el fondo, una puta era siempre una puta.

Acudieron a su mente los recuerdos de Río. Había sido una pesadilla.

Tocó su gargantilla de diamantes y se volvió para hablar con el gobernador Highland, que estaba sentado a su derecha.

—Espero que estés disfrutando —dijo Nova, amable.

—Nova, querida, cuando un hombre está a tu lado, todo es maravilloso. Tú eres sin duda la mejor de todas las anfitrionas. No sé cómo decirte lo mucho que Mary y yo apreciamos esta velada.

—No es nada —dijo Nova modestamente—. Sabes que adoro la diversión. Además, hacer algo por ti siempre es un placer.

Mirándola a los ojos, él dijo sinceramente:

—Muchas gracias, Nova. Nunca te arrepentirás de habernos apoyado.

Paseándose ansiosamente por la suite, preocupada por la inevitable confrontación con Marcus Citroen que se avecinaba, Rafaella decidió hablar con Bobby. Esa noche sería la oportunidad perfecta; ¿por qué iba a permitir ella que la sacase de su vida, si habían sido tan buenos amigos? ¿Sólo debido a un terrible accidente?

—Trudie —dijo—. Voy a ver a Bobby Mondella.

—¿Ahora? —preguntó Trudie, insegura—. Bueno, creo que si estás vestida y lista, podremos verle actuar desde el costado del escenario.

—No quiero verle actuar. Quiero ir a visitarle ahora.

—Ésa no es en absoluto una buena idea —dijo Trudie, preguntándose de qué iba toda esta historia—. Bobby es el primero en actuar, y estoy segura de que se está preparando.

—¿En qué habitación está?

—Hablo en serio, Rafaella. Los invitados estarán cenando. Deberías estar preparándote. Él ya debe de estar listo.

—¿En qué habitación está? —repitió Rafaella.

—No lo sé —contestó la muchacha, meneando la cabeza—. Esto no es un hotel. Las puertas de las habitaciones no tienen número, y hay suficientes puertas como para albergar a tres familias.

—No te preocupes. Enseguida vuelvo.

—Rafaella...

—Cinco minutos. Lo prometo.

Llegó al vestíbulo y miró a su alrededor. Era evidente que varias puertas conducían a suites para huéspedes como la de ella. Llamó a la primera y una voz masculina respondió:

—Adelante.

Abrió la puerta y, recostado en un diván, cambiando los canales de un gran aparato de televisión, estaba Kris Phoenix.

Hubo un instante de silencio, en el que los ojos de ambos se encontraron. ¡Oh, no! ella no le veía desde aquella memorable noche en la limusina, hacía ya diez años. ¡Oh, no! por un momento, sintió pánico.

—Hola —dijo, sintiéndose como una estúpida admiradora.

—Hola, querida —dijo él, sin atisbo de haberla reconocido—, qué amable por tu parte venir a saludar. Me gusta tu música. Lo estás haciendo bien. Continúa así.

—¡Oh, Tom! , pensé que nunca te encontraría —dijo Vicky suavemente, mientras se acercaba a él en la sala de control de seguridad—. Debería haber supuesto que estarías aquí.

—¿Dónde más podía estar? —preguntó, señalando pomposamente los monitores que tenía frente a él—. Desde esta silla puedo verlo todo.

—¡Ah, qué sistema tan bien pensado! —dijo ella con tono admirativo—, ¿lo instalaste tú?

—Está totalmente basado en mis sugerencias —alardeó él, mirando lo que dejaba entrever el uniforme semidesabrochado de Vicky. Hacía rato que coqueteaba con él. Se notaba que le encontraba irresistible.

Sintió que el señor Tieso hacía presión en sus pantalones. Mavis, que había sido su esposa durante veinticinco años, lo había bautizado señor Tieso durante la luna de miel. Desdichadamente, no siempre había hecho honor a ese nombre, pero esta pelirroja obviamente le llamaba mucho la atención.

—Creo que eres brillante —suspiró ella, preguntándose si no estaba yendo demasiado lejos.

—¿De veras?

—Claro que sí, cielo.

Él se disponía a meterle mano, cuando la puerta se abrió y uno de los guardias entró en la sala.

—¿Qué sucede, Sturgon? —preguntó Tom, cogido por sorpresa.

El guardia no era idiota. Echó un vistazo a Vicky, revoloteando por la habitación, y luego a Tom, con el rostro enrojecido y listo para la acción, y dijo rápidamente:

—Sólo vengo a dar el parte. Sin novedad, jefe. Todos están en sus puestos.

—Bien, bien —dijo Tom—. Vuelva al puesto de control y quédese allí.

—¿No me necesita para controlar las pantallas con usted?

—No es necesario. Le llamaré más tarde.

Sturgon lanzó a Vicky una mirada libidinosa. Le hubiera gustado acostarse con ella. Algunos tipos tenían suerte.

—Está bien, jefe. Le veré más tarde.

Tom gruñó un saludo. No le gustaba el hecho de que Sturgon mirara a Vicky. Ella merecía más respeto.

De pie a un lado del escenario, Bobby podía oler el dinero a su alrededor. Junto con la suave brisa, le llegaba el penetrante aroma de costosas perfumes y lociones para después del afeitado. Por encima de todos, destacaba el olor de los cigarrillos de doscientos dólares.

Sara apoyaba su mano firmemente en el brazo de Bobby.

—¿Cómo te sientes? —susurraba ansiosamente.

—¡Vete, por favor! —Era la cuarta vez que le preguntaba eso y él ya había comenzado a hartarse—. Mira el espectáculo desde alguna otra parte.

—Bobby...

Él podía percibir en su voz que la había lastimado, pero no le importaba. Lo más importante era su show. Sara sólo le molestaría.

—He dicho que te vayas. Ahora necesito que me dejes solo.

—Está bien —dijo ella, herida y enojada al mismo tiempo—. Iré a disfrutar de la fiesta.

—Hazlo.

—Lo haré —dijo ella desafiante. Sabía que a él no le importaba. Desde esa mañana estaba de muy mal humor. Estar con Bobby era muy confuso. Tan pronto era su amante como una mera empleada. ¿Qué era lo que realmente sentía por ella? ¿Le importaba? A veces ella dudaba.

Habían elegido a uno de los músicos para que le acompañara hasta arriba del escenario, de modo que no había razones para que ella anduviese por allí. Norton St. John la había invitado a sentarse en la mesa de los periodistas, y así lo haría. Con

paso firme se alejó de Bobby.

Rafaella reía para sí. Kris Phoenix se había dado cuenta de que ella era la nueva estrella de la canción: Rafaella. Eso era todo lo que sabía de ella.

Era evidente que aquella noche en Londres no había dejado mella en él. No tenía la menor idea de que la conocía, y no digamos de haber hecho el amor con ella, si es que así podía llamarse a lo que había sucedido entre ellos.

Era realmente gracioso. Desde que había adquirido notoriedad, le había preocupado la idea de encontrarse con él, ya que estaba segura de que él recordaría a aquella chiquilla tonta de la que se había aprovechado, y pensaba que se reiría de ella.

Nada de eso había ocurrido: sólo una sonrisa amistosa y palabras de aliento.

Regresó a su habitación y dejó de lado la idea de visitar a Bobby. Trudie la instó a que se vistiera y bajara al área de actuación. Lentamente se puso el sencillo vestido negro que había escogido para la ocasión. No podía soportar la idea de que Marcus se lo quitara más tarde. ¿Por qué había acordado alguna vez acostarse con ese depravado?

Habían hecho un trato. Él había cumplido su parte del compromiso. La había hecho famosa, que era lo único que deseaba después de la traición de Luiz. La fama. En realidad lo que quería era vengarse de Luiz, y la fama era la única manera de hacerlo. Luiz siempre había sido muy ambicioso. Estados Unidos constituía su sueño. Muchas veces habían hablado de eso.

Ahora ella tenía la fama, y él no. Ella sabía que ya debía de estar arrepentido de haberse ido con otra.

Alisándose el vestido sobre su cuerpo delgado, pensó que esa ropa era perfecta para la ocasión. Pensar en Luiz todavía la perturbaba. Le había hecho mucho daño. Se había quedado destrozada. Pero ahora estaba segura de una cosa: ya no tendría más ataduras amorosas. Acostarse con Marcus era mejor que enamorarse.

Maxwell Sicily salió de la cocina con autoridad, llevando una bandeja repleta.

—¿Dónde cree que va usted? —lo detuvo un guardia.

Maxwell señaló la bandeja y dijo:

—Es un refrigerio para Kris Phoenix. Lo llevo a la casa de huéspedes.

—¿Tiene autorización?

—Sí —respondió irónicamente—. El chef dejó de trabajar para escribirme una nota. Se están tomando esto muy en serio, ¿verdad, muchachos?

El guardia hizo un gesto y le dejó pasar. Seguridad. ¡Al diablo! Estos tipos no sabían nada. Mejor para él.

Kris se vistió para su actuación con unos pantalones blancos, zapatillas de deporte, una camiseta blanca y chaqueta rosada de Armani. Con sus largos cabellos rubios y revueltos, sus intensos ojos azules, su cuerpo atlético y su bronceado, era el sueño de la estrella del rock.

Tenía treinta y ocho años, lo que era bastante, pero su cuerpo aún estaba en forma. Todavía era el más atractivo.

Norton St. John le acompañó hasta arriba del escenario. Kris había enviado a Cybil con Hawkins. Era mejor que se dedicase a disfrutar de la fiesta que no tenerla a su lado molestándole.

—¿Ha visto por alguna parte a George Smith? —preguntó la gordita Chloe, deteniendo a un camarero que pasaba.

—¿A quién? —preguntó el hombre, balanceando una bandeja con tazas de café.

—A George Smith. Es un camarero más o menos de su edad, con el cabello oscuro y bien parecido.

—Todos somos bien parecidos.

—Sí, bueno, él es realmente apuesto. Si lo ve dígame que le estoy buscando.

El camarero echó un vistazo a la chapa de identificación de Chloe: Chloe Bragg —supervisora— Lillianne.

—Escúcheme —dijo—, yo soy sólo temporal. ¿Podría usted usar sus influencias para que me quedase de forma permanente?

—Encuentre a George y ya veremos.

—Mantendré los ojos bien abiertos.

—Gracias —respondió ella y se quedó en el área más transitada, entre la cocina y el área de la cena.

Los camareros y ayudantes iban y venían, pero ni rastro de George Smith. Chloe se sentía muy decepcionada.

Speed estaba muy disgustado. Le habían puesto una multa por exceso de velocidad. Gruñó para sí. Llegaría con retraso, pero de todos modos lo lograría. Siempre lo hacía.

Sábado 11 de julio de 1987

El concierto

Así comenzó.

Bobby Mondella subió al escenario muy seguro. ¡Maldita sea! No permitiría que nadie pensase que el hecho de ser ciego era un impedimento para actuar. Una vez que estuvo allí, comenzó a cantar como si nunca hubiese dejado de hacerlo.

El público era muy receptivo y se puso en pie para darle la bienvenida. Nova estaba allí, mirándole, y por una vez, no le importaba. Se estaba enfrentando a su pasado y ella era sólo parte de ese pasado.

Maxwell Sicily condujo el cochecito de golf hasta la casa de huéspedes. Había un guardia negro en la puerta, el mismo que había visto cuando llevó la comida a Bobby Mondella más temprano.

—Aquí estoy de nuevo —dijo saludándole amistosamente.

—¿Qué está ocurriendo por allí? —preguntó el guardia, a quien le hubiese gustado estar en el centro de la acción.

—Bobby Mondella está a punto de comenzar.

—¿De verdad?

—Sí. Es una pena que no puedas verle.

—Dímelo a mí —acordó el guardia, disgustado—. Mi mujer espera un relato completo.

—Haz una escapada y echa un vistazo. Nadie se dará cuenta.

—Me gustaría —dijo el guardia.

—Hazlo, ¿quién se enterará?

—Tom, nuestro jefe —dijo, riendo—. Nos controla cada veinte minutos.

Maxwell asintió cómplice, y le dijo:

—Me gustaría ayudarte, amigo, pero tengo que trabajar.

—Buena suerte.

Maxwell entró en la casa de huéspedes. Estaba desierta, tal como él suponía. Las estrellas y sus ayudantes habían bajado a cenar.

Dejó la bandeja en la cocina y se apresuró escaleras arriba. Vicky le había informado con exactitud qué suite estaría desocupada. La encontró, y abrió el armario. Cogió una bolsa de basura vacía, una caja de herramientas y un pequeño revólver, por si acaso.

Una vez listo, corrió escaleras abajo y se escabulló por la puerta de la cocina. Cruzó el jardín para llegar a la casa principal. Entrar no sería problema. Más

temprano Vicky había trabado una de las ventanas que daban al estudio de Marcus Citroen.

Entró y se quedó un momento de pie, inspeccionando el lugar. La habitación era tal como Vicky la había descrito, lo cual significaba que la caja fuerte número uno estaba detrás del Matisse que colgaba de una de las paredes. Se ocuparía de ella al salir. Por el momento su principal preocupación era el lugar donde estaba el dinero grande: la habitación de Nova Citroen.

La ovación era ensordecedora. Cayó sobre Bobby como un néctar delicioso, mientras lo conducían fuera del escenario. Actuar en directo había sido siempre un desafío. ¿Podría hacerlo?

Sí, había podido.

Por un momento abandonó la ansiedad por la venganza y se sintió libre.

—¿Sara? —llamó, pero ella no estaba allí. Recordó entonces que la había echado.

—¡Has estado fabuloso! —exclamó una voz femenina.

—¿Quién eres?

—Rafaella —dijo ella, cogiéndole la mano—, ¿me recuerdas? Tu amiga de Río.

—¡Dios! ¡Raffi! ¡Qué maravilla!

—Tú sí que estás maravilloso.

Se abrazaron.

—Estoy furiosa contigo.

—¡Eh, nena! No te enojas. Debes comprender lo que sucedió. No pude manejar las cosas...

—Rafaella —unas manos la empujaban—, es tu turno.

—No te vayas, Bobby. Tenemos que hablar.

—No me moveré de aquí, nena. Puedes estar segura de eso.

Ella lo besó y murmuró:

—Bienvenido. Te quiero.

—Mátalos. Demuéstrales que puedes —dijo él, dándole un pequeño empujón.

Vicky lo tenía todo calculado. Sabía cuál era el momento en que debía distraer a Tom. También sabía cómo hacerlo. Cuando Vicky Fox mostraba sus grandes tetas, los hombres caían desmayados, y Tom no sería una excepción.

Ella lo llevó cuidadosamente al momento máximo. La precisión lo era todo en este caso. Si no lo hacía bien en la primera oportunidad, no habría una segunda. Lo colocó en la posición conveniente, y comenzó a desabrocharse lentamente los botones del uniforme.

—¡Madre mía! —rugió Tom.

Nunca había visto nada parecido. ¡Qué mujer!

—¿Quieres chupar el dulce, ricura? —lo tentó, y sin darle ocasión de responder, introdujo un gran pezón en su boca.

Tom estaba en el paraíso, mientras, detrás de él, en el monitor número cinco, Maxwell Sicily entraba en la habitación de Nova Citroen y abría la caja fuerte.

Rafaella se sentía de maravilla. No había nada como un buen público para adular a un artista. Por otra parte, estaba encantada de que Bobby Mondella estuviese esperándola a un lado del escenario.

¿Qué podría hacer Marcus Citroen si ella aparecía con Bobby? ¿Matarla? Lo haría esperar. Le haría esperar eternamente....

Le invadió una gran sensación de alivio. Esperar eternamente. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Ya era famosa. Él no podía hacer que dejase de serlo, y si lo hacía, ella se las arreglaría de algún modo.

Era una superviviente. Había sobrevivido a Eddie Mafair y a Luiz y sus mentiras. Ahora sobreviviría a Marcus Citroen.

A la larga, sólo eso importaba.

—Me alegro de verte tan bien —dijo Kris, feliz, dando una palmada a Bobby en la espalda mientras ambos esperaban al lado del escenario.

—He estado tratando de encontrarme contigo. Creo que sería todo un éxito que grabásemos juntos. ¿Recuerdas que siempre amenazábamos con hacerlo?

—Sí, siempre lo hicimos —respondió Bobby alargando la mano para tocar al cantante inglés. Siempre le había gustado Kris.

—¿Sabes que te llamé varias veces? —dijo Kris—. Después de todo lo que pasaste, pensé que te gustaría oír una voz amistosa.

—Sara me lo dijo —asintió Bobby—, pero yo no quería hablar con nadie.

—Puedo entenderlo. Pero ahora que estás bien, lo haremos. Haremos un disco por nuestra cuenta. Eso realmente molestará a Marcus.

—Puedes contar conmigo para cualquier cosa que moleste a Marcus.

—¿Y sabes qué? Vamos a hacer que ella también participe —dijo Kris.

—¿Quién?

—Rafaella. Canta de un modo muy interesante. Me gustan su voz y su estilo. ¿Qué piensas tú?

—Es una gran idea. Adoro a esa chica.

Rafaella terminó su tercera canción, que fue seguida de una gran ovación, y bajó del escenario, resplandeciente.

Con un guiño, Kris le dijo:

—Has estado maravillosa, querida.

Ella le sonrió. ¡Dios! Era como mirar una versión adulta de Jon Jon.

—Ven aquí —le dijo—. Bobby y yo tenemos una propuesta que hacerte. Los tres beberemos una botella de champaña en la casa cuanto termine mi actuación. ¿Qué te parece?

¿Por qué no enfrentar a Marcus con Bobby y Kris?, pensó ella. Sería maravilloso, y asintió.

Kris las prefería rubias, pero esta chica tenía algo especial, y además cantaba.

—Cuento contigo, querida —dijo Kris sonriendo. Agitando el puño, añadió—: ¡Allá voy! Acabemos de una vez por todas.

Y trepó al escenario. Era Mister Energía, desbordaba talento.

El sofisticado público enloqueció cuando él comenzó con su tema *Long Legged Blondes*. Por muy *snoobs* que fueran, sabían reconocer a una superestrella cuando la veían.

Cuando Rafaella bajó del escenario, Marcus se excusó con sus invitados y se escabulló de la sala.

Nova le vio irse y su expresión se endureció. No le importaba que él anduviese con unas cuantas estrellitas y prostitutas, pero esta chica, Rafaella, representaba una amenaza. Era extraordinariamente joven y bella, y eso no le gustaba en absoluto.

Maxwell Sicily trabajó rápida y metódicamente, consciente de lo esencial que era moverse con rapidez. Llevaba meses planeando ese golpe. Gracias a Vicky, conocía la situación exacta de las cajas fuertes. En prisión le había apodado el abrelotodo, ya que podía abrir cualquier cosa en un tiempo récord.

Para hacer honor a su reputación, abrió la caja fuerte de Nova Citroen en siete minutos. Con satisfacción, se dio cuenta de que estaba más provista que la mejor joyería del mundo.

Sin vacilar, comenzó a llenar de joyas la gran bolsa de basura, sacándolas de sus estuches, hasta que tuvo la bolsa llena hasta más de la mitad.

¡Qué maravilla! Había más aún de lo que había pensado. Suficiente para mucho tiempo. Suficiente como para lograr su total libertad del maldito sistema.

Cerró la caja fuerte, y salió apresuradamente de la habitación, arrastrándose por debajo del sistema láser de alarma que había en la puerta, de modo que ésta no sonase. Vicky había sido más que exhaustiva en la descripción de los sistemas de la casa.

Fuera, dos guardias de seguridad se paseaban de un lado a otro. Maxwell podía ver sus sombras a través de la ventana. Normalmente tenía esta casa llena de personal de servicio, pero esa noche estaban todos fuera, atendiendo a los invitados. Los

perros, que siempre estaban sueltos por el jardín, se hallaban encerrados, para permitir el acceso de la gente.

Él sabía que ésa era la noche perfecta.

Volvió al estudio de Marcus y comenzó a trabajar allí.

Diez minutos más y habría acabado.

Diez minutos más y sería rico.

—¿Qué hago para atraparle, Hawkie? —preguntó Cybil, sonriendo, cuando Kris dejó el escenario entre estruendosos aplausos.

—¿Cómo dices? —preguntó El Halcón, deseando que ella no le hubiera llamado Hawkie.

—Bueno, sé que él tiene otra mujer en Inglaterra, y creo que le gusta un poco. Pero es vieja. Tiene casi treinta.

—¡Dios! —dijo Hawk, irónicamente—. ¿Cuándo es el funeral?

—Sabes a lo que me refiero —rió—. Quiero que se case conmigo. ¿Cómo puedo conseguir que lo haga?

—Mediante la fuerza y la tortura.

—Eres un tonto, Hawkie.

Tom estaba ya en el punto sin retorno. Vicky lo había atrapado contra el mostrador circular, dando la espalda a los monitores. Ya tenía sus pantalones y calzoncillos enrollados sobre los tobillos. Ella estaba de rodillas, frotando su pene erecto contra sus magníficos pechos, y cada vez que él estaba a punto de correrse, ella se retiraba y decía:

—Ten paciencia, muchacho. Hemos esperado tanto... No tenemos prisa.

Él estaba abrumado por las enormes tetas. Nada más le importaba. Nada en todo el mundo.

Tan pronto como bajó del escenario, Kris se hizo cargo de la situación. Era bueno para esas cosas. Después de todo, durante muchos años había dirigido a los Wild Ones. Sabía cómo salirse con la suya.

—Iremos los tres solos hasta la casa en uno de los cochecitos de golf —decidió, cogiendo de un brazo a Bobby y del otro a Rafaella—. Divirtámonos un poco.

—Señor Phoenix —dijo Norton St. John—, tengo una mesa preparada para ustedes tres en el lugar donde darán los discursos, y sé que la señora Citroen quiere presentarles a algunos de los invitados más importantes. Creo que el gobernador y su esposa quieren darles las gracias personalmente. Además hay una *princesa* francesa

que desea una presentación.

—Debe de ser la misma zorrita que me viene persiguiendo durante los últimos seis meses —dijo Kris—. Creo que me abstengo. ¿Qué decís vosotros? ¿Bobby? ¿Raf?

—Yo me abstengo —dijo Bobby solemnemente.

—Yo también —acordó Rafaella, disfrutando por primera vez en mucho tiempo.

—En realidad... —objetó Norton, ahora rodeado por Trudie y dos ejecutivos de la empresa.

—Nosotros estamos bien así —dijo Rafaella—. Ustedes vayan a escuchar los discursos. Los veremos más tarde.

—Parece que no nos necesitan, muchachos —dijo Trudie, que en realidad hubiese deseado estar en el lugar de Rafaella.

—¡Todos a bordo! —gritó Kris—. Vámonos.

El cochecito de golf se puso en marcha, mientras Norton, preocupado, decía:

—¿Están seguros de que conocen el camino?

—Lo encontraremos. Si no trepamos primero a la colina —bromeó Kris.

Marcus se paseaba por la habitación de Rafaella. Había dado a la muchacha instrucciones de ir allí directamente en cuanto terminase su actuación. ¿Dónde estaba? Eso era intolerable. Rafaella quería ir demasiado lejos. Estaba poniendo a prueba su paciencia.

Lo primero que haría, decidió, sería darle una lección. Una lección inolvidable, como sólo él sabía hacerlo.

Un pinchazo. No, eso no podía estar sucediendo realmente. De ningún modo.

Speed fue zigzagueando con la larga limusina por el arcén.

Sí, el neumático estaba pinchado. ¿Pero qué era lo que estaba sucediendo? ¿Acaso la bruja de su ex mujer había pinchado un muñeco con su rostro? ¿Estaba pinchándole ahora, mientras canturreaba?

Abrió el maletero y buscó el neumático de repuesto.

No estaba.

Sábado 11 de julio de 1987

El robo

Maxwell metió todo lo que encontró en la caja fuerte de Marcus en la bolsa. Había documentos, cartas, fotografías y otros papeles. Decidió que los estudiaría con calma a fin de descubrir si tenían algún valor.

También había algunas piedras preciosas sueltas: diamantes, zafiros, rubíes y esmeraldas, además de algunos relojes caros, joyas para hombre y dinero en efectivo.

Maxwell se relamió. Tenía la boca reseca. Echando un vistazo a la cámara de televisión que había en el techo, se dio cuenta de lo estúpidas que eran esas personas ricas: gastaban dinerales en seguridad y, sin embargo, si quien estaba a cargo se distraía, de nada les servía.

Vicky se estaba ocupando de entretener a ese tipo. Merecía un premio.

Miró hacia la cámara e hizo el signo de la victoria.

Ahora ella tendría que darle dos minutos para salir de la habitación, y su trabajo habría concluido. Un buen trabajo.

El gobernador Jack Highland estaba hablando. Nova lo miraba, pero en realidad no le escuchaba. Pensaba en Marcus y esa zorra; ¡cómo se atrevía Marcus a usar para eso su fiesta de beneficio!

El gobernador Highland era un hombre atractivo. Tenía el aspecto honesto, sincero y aniñado de los Kennedy.

Ah... un hombre como Highland podía cambiar el mundo y ella estaba ayudándole a escalar posiciones. Su futuro estaba marcado por el poder. Todos los entendidos lo decían.

«Ten cuidado, Marcus —pensó ella—, puede llegar el día en que yo tenga más influencia que tú».

Los tres iban en el cochecito de golf, bajando por un sinuoso camino.

—Creo que vamos en la dirección equivocada —dijo Rafaella.

—Nos han aplaudido mucho —gritó Bobby.

—¿Y qué menos podían hacer? —exclamó Kris—. Yo también habría aplaudido mucho si hubiese pagado cien mil por esta función.

—Gracias —dijo Rafaella fingiendo indignación.

—No es nada personal —replicó Kris sonriendo—, pero debemos tenerlo claro, querida, no es más que rock and roll, ¿verdad?

Tom dejó escapar un gruñido.

—Ya no puedo contenerme más.

Vicky había estado haciendo un cuidadoso cálculo mental. Diez segundos más y ya estaba. Maxwell había desaparecido del monitor hacía bastante rato.

Con un pequeño suspiro ella quitó su teta izquierda de la boca de Tom y expresó dramáticamente:

—Esto no está bien. Eres un hombre casado. No sé cómo he llegado a esto.

—¿Qué? —dijo Tom, atontado, mientras ella se abrochaba el vestido, cubriendo aquellos kilómetros de paraíso.

—Es que en el fondo yo soy una chica muy religiosa.

Su pene erecto cayó miserablemente.

—Lo que estábamos a punto de hacer era un pecado —dijo ella, con lágrimas en los ojos—. Eres un hombre casado.

Vicky terminó de abotonarse el vestido y le miró llorosa.

—Lo siento. Creo que debes odiarme por esto. Lo siento tanto...

En realidad ella no lo lamentaba ni la mitad que él. Él sentía un dolor en su miembro que no recordaba haber sentido nunca.

—Sólo chúpamelo y haremos cuenta de que nunca ha sucedido.

Ella le miró horrorizada.

—¿Qué clase de chica crees que soy?

—Una insoportable calientapollas —farfulló él, furioso.

Ahora venía la parte complicada. Ya había vaciado las cajas fuertes, pero sabía que no sería sencillo salir de allí con el botín.

La bolsa de plástico era muy pesada. Había decidido llevarla a la casa de huéspedes, comparativamente más segura. Se deslizó a través de la puerta de la cocina y se encaminó hacia la suite desocupada.

Cuando se disponía a entrar, oyó una voz grave que gritaba:

—¡Usted!

Se volvió y allí estaba Marcus Citroen. Se suponía que Marcus estaría viendo el concierto, y escuchando los discursos.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Marcus.

—Limpiando —respondió sin inmutarse.

—¿Limpiando qué?

—Los ceniceros, la bebida, la comida. Quieren esta casa impecable antes de que lleguen los artistas. Son órdenes de la señora Citroen. Trabajo para Lilianne —dijo Maxwell, mostrando su chapa de identificación—. Me llamo George Smith, para

servirle.

—Está bien, está bien —respondió Marcus, haciéndole señas de que se fuera. Pero luego, cambiando de opinión, indicó—: Arregle esta habitación ahora mismo.

—Está bien, señor.

Maxwell entró en la habitación de Rafaella, arrastrando consigo la bolsa negra, mientras Marcus, en pie, le observaba.

Vació un cenicero y volcó su contenido en la bolsa. Recogió los platos y los vasos sucios, y, con una inclinación de cabeza, dijo:

—Ya está, señor.

Marcus estaba encendiendo un cigarro y no le respondió. Por primera vez, Maxwell sintió que las cosas no estaban saliendo de acuerdo con lo planeado. Se suponía que en ningún momento él debía encontrarse frente a frente con Marcus Citroen. Además, ¿qué estaba haciendo él en la casa de huéspedes?

De todas formas no tenía tiempo para pensar en eso. Entró en la suite desocupada, y fue directamente al armario en el que Vicky había guardado la costosa maleta.

Rápidamente puso allí el contenido de la bolsa negra, dejando aparte sólo los platos sucios. Cerró la maleta, se guardó la llave en el bolsillo y metió todo en la bolsa negra.

Ahora debía pasar a la siguiente operación, si es que se atrevía a hacerlo con Marcus Citroen merodeando por allí. No tenía alternativa.

—Creo que nosotros tres podemos hacer algo juntos verdaderamente sensacional —dijo Kris, entusiasta, dejando el cochecito de golf a un lado de la casa de huéspedes—. Tenemos todos estilos diferentes. Además, también haré que Buzz participe. Lo está haciendo muy bien desde que dejó las drogas. Será un verdadero desafío.

—Me encanta la idea —dijo Bobby—. Puedo intentar escribir algo para nosotros.

—Si lo hacemos con algún fin benéfico, y dado que los tres trabajamos para Blue Cadillac, no veo quién podría ponernos alguna traba —terció Rafaella.

—Puedes elegir el fin benéfico que te plazca, querida: los niños hambrientos, los etíopes, la gente sin hogar, cualquier cosa.

Sus ojos eran iguales a los de Jon Jon, azules e intensos.

—Déjame pensar —dijo ella, esperando que lo que sentía sólo fuera fruto de su imaginación.

Kris llegó a la conclusión de que ella era una de las mujeres más bellas que él había conocido. Las rubias californianas no podían compararse con ella. Se preguntaba si tenía novio.

Amigablemente entraron en la casa y el guardia les saludó.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó Kris al hombre.

—Sólo un camarero de Lillianne y el señor Citroen, que ha llegado hace unos

instantes.

—No puedo soportar a ese hijo de puta —murmuró Kris—. Trata a todo y a todos como si fuéramos basura. —Se volvió entonces hacia Bobby y Rafaella—. ¿Qué estará haciendo aquí? Un tipo tan importante como él no tiene por qué venir a vernos.

Rafaella permaneció en silencio.

Vicky salió tan rápidamente como pudo. No convenía prolongar el enojo de este tipo. Ella hubiese deseado decirle: «Saca tu sexo de aquí y cierra la boca», pero no lo hizo. En lugar de eso, se apresuró a salir, dejando a Tom como un infeliz, abrochándose la bragueta.

Chloe estaba muy molesta. George Smith se las había ingeniado para evitarla, y eso no le gustaba nada. ¿No sabía acaso el poder que ella tenía en Lillianne? ¿No se daba cuenta de que ella podía hacer que le despidieran?

Se había escondido en alguna parte para ver el concierto sin ella, y Chloe se sentía herida. Había intentado ser simpática, pero él la había rechazado y estaba decidida a hacer algo al respecto. A Chloe no le gustaba que la rechazaran.

—No puedo encontrar a uno de mis camareros —informó al guardia uniformado que estaba parado delante del área donde se celebraba la cena—. Mide alrededor de metro setenta, tiene el cabello oscuro y no es mal parecido. Quizá usted le haya visto, su nombre es George Smith.

—Sí —dijo el guardia para su sorpresa—. Creo que sé quién es. Es uno que ha llevado una bandeja a la casa de huéspedes, y aún no ha regresado. Supongo que le habrán necesitado allí.

—¿La casa de huéspedes?

—Sí, señora. Allí es donde se hospedan las celebridades.

Chloe se puso tensa. ¿Qué hacía George en la casa de huéspedes?

—Gracias —dijo bruscamente.

—Es un placer, señora.

Kris, Rafaella y Bobby se instalaron en la sala para planear hacer algo con lo que disfrutaran y que podría representar un cambio.

—Odio a los dueños de las empresas discográficas, a los agentes y a los representantes —dijo Kris—. Son una pandilla de tipos sin talento, que se aprovechan de nosotros.

—Tú lo has dicho —asintió Bobby, deseando que Sara estuviese allí—. La calidad les importa un pepino. Sólo les importan las ventas.

—Bueno, bueno —respondió Kris—. Las ventas no son malas. Me interesa vender algunos millones por aquí y por allí.

Rafaella rió. Se sentía protegida y pensaba que en cualquier momento se presentaría Marcus.

—Hacedme un favor.

—Sólo si se trata de quitarme la ropa —bromeó Kris, sirviéndose un ron con Coca-Cola.

—No quiero estar a solas con Marcus.

—Nadie quiere estar a solas con él —replicó Bobby.

—Hablo en serio. Prometedme que no me dejaréis.

Kris la observó. Tenía los ojos más maravillosos que él jamás hubiese visto y la piel más increíble: tersa y olivácea. El resto tampoco estaba mal. Quizá dejara para siempre a las rubias. Lo pensó, porque se dio cuenta de que esta chica era diferente. En el corto tiempo que habían estado juntos había conectado con ella de una manera especial.

—¿Estás casada o algo así? —no pudo evitar preguntar.

—Eh —dijo Bobby—, deja de molestar a nuestra compañera. No le contestes, Raf. Este tipo se cree un seductor. No quiero que te acerques a él.

Chloe se dirigió a la casa de huéspedes con una expresión decidida. George no sólo la había despreciado, sino que además no había cumplido con su trabajo, lo cual era un crimen aún peor. Si ella quería que le despidiesen, podía lograrlo. Y eso era lo que haría, a menos que él le diera buenas razones para no hacerlo.

Furioso, Marcus salió del cuarto de Rafaella. Ya había esperado lo suficiente. Ella pagaría caro lo que había hecho.

Por el corredor circulaba Maxwell Sicily, deseando que Marcus Citroen no se interpusiera en su camino. La siguiente parte del plan transcurriría sin problemas, pero era necesario que todo el mundo estuviera ocupado con los discursos. Se suponía que él debía dejar la casa de huéspedes, todavía vestido como camarero y llevando consigo la bolsa. El guardia le saludaría y le dejaría pasar. Él iría en el cochecito de golf a un lugar preestablecido, cerca de la piscina, donde Vicky le estaría esperando con un traje de noche. Una vez cambiado y acarreando su costosa maleta, iría hacia el aparcamiento y como si fuera un invitado que se retiraba temprano. Se subiría tranquilamente a su limusina —que Speed habría estacionado en el lugar pactado— y partiría.

Sería sencillo si todo salía conforme al plan, y no había razón para que no fuese así. Todo lo que necesitaba era que Marcus Citroen no se interpusiera en su camino.

Sábado 11 de julio de 1987

La confrontación

Marcus Citroen abrió la puerta de la sala principal de la casa de huéspedes y encontró a Kris Phoenix, Bobby Mondella y Rafaella —su Rafaella— sentados divirtiéndose.

Aunque intentó controlarse, su expresión denotaba furia.

—¿Cómo te va, Marcus? —preguntó Kris, alegremente, levantando su copa a modo de saludo.

Marcus decidió ignorar al pelilargo cantante de rock. Sospechaba que Nova se había acostado con él, aunque ella lo negaba. Marcus sólo toleraba las indiscreciones de su esposa hasta un cierto punto. Era una suerte para Kris que ella no se hubiese liado con él, como lo había hecho con Bobby Mondella. Ese negro hijo de perra tenía suerte de estar vivo, y doble suerte por haber podido reemprender su carrera. Marcus se consideraba un hombre justo. La venganza no duraba para siempre.

—Rafaella —dijo secamente—, teníamos una cita. ¿Lo has olvidado?

Kris observó las miradas que se cruzaron. Rafaella parecía asustada, mientras que Marcus tenía la mirada malévola y destructiva. Era lógico que ella no quisiera quedarse a solas con él. Ese viejo estaba listo para comérsela viva.

—Ven —dijo Marcus, cogiéndola del brazo—. No me gusta que me hagan esperar.

—Ahora estoy ocupada —respondió ella sin titubear.

La boca de Marcus se contrajo y sus ojos destilaron ira.

—Tenemos negocios que discutir. Vamos.

—Estoy bien aquí —replicó ella con valentía.

—Rafaella —dijo él con voz dura—. Quiero que vengas arriba conmigo. Es una orden.

—¡Una orden! —trató de bromear Kris—. ¡No sabía que todavía estábamos en la escuela!

Marcus se volvió para mirarle y justo en ese momento Maxwell Sicily traspuso la puerta apresuradamente.

Jadeando, Chloe llegó a la puerta de la casa de huéspedes en el momento en que Maxwell salía.

—¡Oh! —dijo indignada—. ¿Así que te habías escondido aquí?

Ella estaba parada entre él y el cochecito de golf.

—La señora Citroen me ha pedido que venga aquí a limpiar las habitaciones —repuso él, deseando que esa vaca loca cayese muerta allí mismo.

—¿Te lo ha pedido la señora Citroen? ¿Y desde cuándo la señora Citroen les dice a mis camareros lo que deben hacer?

—Estamos todos trabajando aquí esta noche, ¿verdad? Yo sólo trataba de ayudar.

Chloe era una experta en lo que a camareros se refería y sabía que ellos nunca prestaban un servicio por nada. Había algo sospechoso. Chloe lo sabía, ella tenía un sexto sentido para esas cosas. George Smith era extraño. Era apuesto, pero no era sincero, y ciertamente no era un caballero. A ella no le gustaba en absoluto el modo en que la había tratado. Le había dado esperanzas para luego escapar.

Automáticamente sus ojos se posaron en la bolsa.

—¿Qué hay ahí? —preguntó, suspicaz. Algunos camareros tenían un recurso muy lucrativo: se llevaban fuentes enteras de carne, pollos y otros manjares con el viejo truco de la bolsa de basura.

¡No!, gritó una voz dentro de Maxwell. Esa imbécil iba a arruinarlo todo. ¿Por qué las cosas nunca salían bien?

Por el rabillo del ojo vio que un guardia se acercaba a ellos.

¿Lo atraparían? ¡Maldición!

Sin decir una palabra más, se retiró.

—¡Alto! —gritó ella, segura ya de lo que ocurría—. ¡Alto, ladrón!

Al oír la palabra ladrón, el guardia se apresuró.

—¿Qué sucede?

—Este camarero se está llevando algo que no es suyo —gritó ella con voz destemplada—. Deténgalo, por favor.

Maxwell ya había puesto el pie en el cochecito de golf. Haciéndole un guiño cómplice al guardia, le dijo:

—Esta vieja está loca.

—Espere un segundo —respondió el guardia—. Aclaremos esto antes de que usted vaya a alguna parte. Bájese de ahí.

Aparentemente tranquilo, él hizo lo que se le pedía. Su cabeza funcionaba a toda velocidad. Lo que realmente le hubiera gustado hacer era sacar su arma y volarle la cabeza a esa puta idiota. Así aprendería a no entrometerse en los asuntos de Maxwell Sicily.

El guardia se acercó a Chloe.

—¿Cuál es el problema, señora?

Mostrando su tarjeta de identificación, ella dijo:

—Tengo razones para suponer que este hombre se está llevando cosas que no le pertenecen.

—¡Mentira! —respondió Maxwell.

—Lo podemos aclarar enseguida —dijo el guardia. La última cosa que deseaba era tener problemas—. Abre la bolsa, dale el gusto a la señora.

—No quiero —dijo Maxwell amargamente—, me resisto a ser acusado falsamente por esta puta frustrada.

Mientras hablaba, se iba dirigiendo hacia la puerta delantera.

—No nos pongamos nerviosos —dijo el guardia, que aún intentaba suavizar las cosas.

—¿No ha oído cómo me ha llamado? —gritó Chloe—. ¿No ha oído el lenguaje que ha empleado? Está despedido, George Smith. En este mismo momento, queda despedido de Lillianne. ¡Guardia! ¡Hágale abrir la bolsa!

—¡Ábrela! —dijo el guardia, afligido. Todos los demás habían podido oír un concierto sensacional y él, en cambio, sólo había logrado toparse con una supervisora quejosa y un camarero ladrón, porque en realidad, si lo pensaba, todo parecía señalar que se trataba de un robo realmente.

—Está bien —dijo Maxwell, inclinándose como para hacer lo que le pedían.

Chloe observaba. Lo había atrapado. Probablemente ahora aparecerían todos los ceniceros y adornos que había en el lugar. Era de esperar que los Citroen quisiesen actuar y enviasen a ese ladrón a la cárcel, que era el lugar que le correspondía. Siempre había sabido que ese George Smith ocultaba algo extraño.

Con el factor sorpresa de su lado, Maxwell levantó la bolsa y balanceándola, golpeó al desprevenido guardia en el estómago. El guardia perdió el equilibrio y cayó. Chloe empezó a gritar.

Rápidamente, Maxwell volvió a entrar en la casa, cerrando la puerta delantera y echando la llave.

Nova se agitaba en su asiento. Los discursos habían terminado, pero Marcus aún no había regresado. Hoy más que nunca podía sentir la adulación que provenía del hecho de ser una de las anfitrionas más elegantes de Norteamérica. Quería compartir ese triunfo con su marido.

Pero no. No sería así. Marcus Citroen estaba demasiado ocupado haciendo el amor con su última conquista.

¿Por qué debía ella permitírsele sin hacer nada al respecto?

Se puso de pie abruptamente y se disculpó. Marcus recibiría una visita suya, le gustase o no.

Con un rugido de furia, Maxwell entró en la sala, agitando amenazadoramente su pistola. Arrastraba delante de él una bolsa.

—Arriba las manos, hijos de puta —gritó—. Esto es un asalto y vosotros sois los rehenes.

Sábado 11 de julio de 1987

El desenlace

Pasaron cuatro horas, las cuatro horas más largas en la vida de Maxwell Sicily.

Él siempre había intentado llevar una vida discreta, pasar inadvertido, no entrometerse en los asuntos de los demás, y había esperado que los demás hiciesen lo mismo con él.

Eso no resultaba fácil siendo el hijo de Carmino Sicily. No era en absoluto sencillo. Ya en la escuela, era como si llevase sobre su cabeza un cartel de neón que anunciaba su identidad. Los chicos decentes se apartaban de él y la escoria sólo le pedía favores.

Creció confundido. Carmino era una figura demasiado pesada como para tenerla de modelo. Todos amaban a Carmino Sicily. Todos los que estaban en la mala vida.

Su madre, Rose, no contaba. Ella había muerto cuando él tenía catorce años, y lo había dejado solo con Carmino y un desfile de prostitutas.

Él se acostó por primera vez con una mujer al día siguiente del funeral de su madre. Carmino la obligó a estar con él, metiéndola en su cuarto, con estas palabras:

—Ella te va a espabilar, y si no lo hace, no aparezcas ante mí con esa cara de bobo.

La chica tenía veintidós años y era experimentada. Lo ordeñó como a una vaca, sosteniendo su pene en una mano y frotándolo contra su pierna con la otra.

Él detestó la experiencia, detestó a la chica, y detestó a su padre.

A los dieciséis años, robó una pistola del armario de Carmino y asaltó una tienda de bebidas alcohólicas. Su padre se puso furioso. Le golpeó todos los días durante una semana.

A los dieciocho se acostó con una amiga de su padre de diecinueve años, robó veintiséis mil dólares de su casa y un automóvil negro y huyó.

Carmino hizo que le atraparan y le trajeran de vuelta. Esta vez le encerró en el sótano durante tres semanas y lo tuvo a pan y agua.

A los veintidós años disparó y casi asesinó al guardia de un banco durante un violento asalto.

—Me doy por vencido —dijo Carmino— déjenlo que se pudra en la cárcel. Ya no es hijo mío.

Así fue cómo pasó los siguientes siete años en prisión, sin tener una sola noticia de su padre.

Cuando salió se dirigió a California, y al poco tiempo decidió cuál sería su siguiente trabajo. Leyendo una revista supo quiénes eran Nova y Marcus Citroen y se enteró de la fabulosa fortuna que poseían. Luego leyó acerca de la fiesta benéfica que

darían al gobernador Highland. Los dos artículos circularon en su mente. Era una oportunidad demasiado buena para no aprovecharla.

Ahora estaba aquí. Lo habían atrapado.

Fuera aguardaba la Policía, las cámaras de televisión y la prensa.

Lo habían jodido.

—¿Puedo tomar un vaso de agua, por favor? —pidió Rafaella. Como los demás, estaba atada de pies y manos y sentada en el suelo.

Maxwell los había obligado a atarse unos a otros. Había amenazado con dispararles si no hacían lo que él quería.

Había enviado a Rafaella al piso superior para que buscara sábanas.

—Si no estás de regreso en dos minutos, le volaré la cabeza —había dicho, apuntando a Bobby.

Ella corrió hacia los dormitorios y sacó las sábanas de las camas.

Maxwell obligó a Kris y Marcus a que las cortasen en tiras y que atasen primero a Bobby y después a Rafaella. Después obligó a Marcus a atar a Kris y él honró al magnate atándole él mismo.

Marcus intentó hacerle razonar.

—Sé sensato —le dijo—. Nunca te saldrás con la tuya. ¿Por qué no sales de aquí ahora, antes de hacer algo que realmente lamentarás?

Salir. Era una broma. No podía irse. Estaba atrapado. Toda su vida había estado atrapado.

Marcus Citroen le recordaba a Carmino. Era un pez gordo. Un hombre que pensaba que el dinero podía comprarlo todo.

—¿Cuánto me das si me voy? —preguntó, para saber qué precio ponía Marcus a su propia vida.

—Cien mil dólares —respondió Marcus, con la confianza de un hombre que está habituado a negociarlo todo—. Y tienes mi palabra de que haré que te dejen salir.

«Seguro —pensó Maxwell—. Y contratarán a la Madre Teresa en un club nocturno».

Marcus Citroen le estaba insultando del mismo modo que solía hacer Carmino. Eran dos cerdos ricos.

Maxwell se rió en la cara de Marcus. Éste duplicó su oferta y luego la triplicó, pero, para entonces, Maxwell ya no estaba escuchando.

Una vez que los rehenes estuvieron atados, se sintió mejor. Los dejó por un momento y recorrió la casa, asegurándose de que todas las ventanas estuvieran cerradas por dentro.

Pronto llegaría la Policía.

Rafaella sólo pensaba en Jon Jon. Si algo le ocurría a ella, ¿cómo sobreviviría el pequeño? Tenía diez años. ¿Qué haría sin ella? ¿Quién le enseñaría sobre la vida,

sobre cómo tratar a las mujeres y la diferencia entre el bien y el mal?

¿Quién le consolaría cuando estuviera triste? ¿Quién le corregiría cuando actuase mal? Ella era su madre y estaba decidida a salir de allí con vida.

Encerrado en su negro mundo, Bobby luchaba contra un sentimiento de impotencia. No había nada que él pudiese hacer. Estaba atado, indefenso y ni siquiera podía ver lo que sucedía.

Bobby Mondella era un prisionero en todos los sentidos.

Kris, en cambio, se sentía fuerte. Mientras Marcus le ataba, se las había ingeniado para aflojar cada nudo. Esas sábanas no le sujetarían cuando llegase el momento de librarse de ellas. El tipo era un loco, no cabía duda. Bastaba ver sus ojos de mirada fija y sus movimientos inseguros.

Andy Warhol lo había dicho bien: cualquiera puede ser famoso durante quince minutos y eso era lo que aquel tarado quería: estar en primera plana, que escribiesen un libro sobre él, tal vez que filmaran una miniserie.

Tenía como rehenes a tres de las mayores estrellas de la discografía y a un magnate. Pero, si los dejaba ir, ¿qué sucedería? Sólo una primera plana y después el anonimato. Lo que tenía que hacer para adquirir verdadera notoriedad, pensaba Kris con un escalofrío, era algo más importante, como por ejemplo matarles.

Kris se las ingenió para acercarse a Rafaella.

—¿Estás bien? —susurró.

Ella asintió.

—Quédate tranquila, nena —dijo alentador—, que vamos a salir de aquí. Y eso es algo que aprenderás sobre mí: nunca me equivoco.

Fuera de la casa había un ejército de personas. La Policía había acordonado la zona en una extensa área. Detrás del cordón estaban los equipos de televisión, los reporteros y los fotógrafos. La mayor parte de los invitados se habían ido, pero el gobernador Highland se había quedado para alentar a Nova y para aparecer con una imagen heroica ante la prensa.

Maxwell, en sus negociaciones telefónicas con el capitán de Policía, había insistido en que permitieran a la prensa entrar en la propiedad, pensando que de aquella manera estaría más seguro. Sus peticiones eran sencillas: quería un helicóptero para salir de allí y trasladarse a un lugar seguro, donde le aguardaría un automóvil en el cual escaparía. Cuando se asegurase de estar a salvo, liberaría a los rehenes...

—De acuerdo —había dicho el capitán Lynch.

Esta conversación se efectuó a las dos horas del secuestro, cuando el capitán Lynch se había hecho cargo de la cuestión.

—¿Cómo se llama?

—George Smith.

—Mire, amigo, deje eso. Hemos hecho averiguaciones acerca de George Smith. Hace sólo unos meses que existe. ¿Qué le parece si nos dice su verdadero nombre y así nos ahorra el trabajo?

Maxwell se sentía frustrado. ¿Con quién creían que estaban tratando? ¿Pensaban acaso que él era tan estúpido como ellos?

—Si no obtengo lo que he pedido —había dicho—, mataré a los rehenes, uno a uno. ¿Me entiende?

Sara tenía los ojos rojos. Había tratado de controlarse, pero finalmente se había desmoronado. No podía soportar el pensar en Bobby y en lo que debía de estar sufriendo.

Trudie la consolaba.

—Todo irá bien. No les pasará nada.

Sara sabía que eso era incierto. Era posible que todos salieran de allí, sin un rasguño, pero también podía ocurrir algo terrible. Ella recordaba lo que había sucedido durante aquel robo en una joyería de Rodeo Drive. Durante muchas horas la Policía había insistido en que los rehenes estaban bien. Luego se supo que uno de ellos había sido asesinado a los diez minutos de haber sido capturado y que otros murieron más tarde, durante un intercambio de disparos.

Lloraba desconsoladamente y se daba cuenta de cuánto amaba a Bobby Mondella. Él lo era todo en su vida, y ella sabía que eso no era sano, ya que a él poco le importaba ella. Le hacía el amor, y eso era agradable, pero no estaba enamorado de ella, y debía enfrentarse a esa realidad.

«Si sale de esto, le dejaré —pensó—. Él es de nuevo una estrella. No me necesita. Sin mí será mucho más feliz».

Maxwell sostuvo el vaso de agua en los labios de Rafaella.

Ella sorbió lentamente, y le preguntó su nombre. En alguna parte había leído que, en una situación de secuestro, era importante establecer un vínculo con el secuestrador.

—¿Qué diablos te importa mi nombre? —dijo él, furioso.

—Me gustaría llamarte de algún modo —aventuró ella.

—Yo sé cómo puedes llamarle —dijo Marcus, enloquecido por el cautiverio—.

Puedes llamarle imbécil hijo de puta.

Este comentario excitó a Maxwell, que dijo amenazador:

—Nadie llama imbécil a Maxwell Sicily.

—Ahí tienes la respuesta —dijo Marcus, triunfante.

—¡Por Dios, callaos! —dijo Kris, tensando los músculos para aflojar aún más las ataduras, y tratando de decidir si era el momento de atrapar a ese loco. Una embestida y todo habría terminado.

Pero ¿qué sucedería si no podía liberarse de las cuerdas que lo sujetaban? ¿Qué sucedería si el loco atinaba a volverse y le disparaba? Era muy inquietante el hecho de tener una pistola que le apuntaba.

¡Dios! Su madre debía de estar volviéndose loca en Inglaterra. Probablemente los periódicos ya la habían llamado. Pobre Avis. Nunca le faltaban emociones con un hijo como aquel. ¿Y qué sucedería con Willow y Bo? Willow se las ingeniaría sin duda para llegar a la conclusión de que todo era culpa de él. En cuanto a Bo, ¿quién sabe cómo reaccionaría?

«Quizá no haya sido buen padre —pensó—. Si salgo de aquí trataré de ser mejor. De pasar más tiempo con él. Si salgo...».

Cybil apoyaba su rubia cabeza en el hombro reconfortante del gobernador Highland.

—Estoy tan cansada —murmuró.

Estaban sentados en la casa principal, junto con Hawkins, Nova y un grupo de personas.

—Tal vez puedas dormir un poco —sugirió—. Nova, ¿hay alguna habitación donde Cybil pueda recostarse un rato?

—Norton —dijo Nova, llamando a su ayudante—, ocúpate de eso.

Norton St. John acompañó a Cybil y al considerado gobernador Highland hasta el dormitorio.

—Gracias —dijo el gobernador—. Yo me encargaré de que ella se acomode.

Cybil se sentó al borde de la cama, acariciándose los cabellos.

—Esto es horrible —suspiró.

—Lo sé —respondió el gobernador y se sentó a su lado.

—Pobre Kris.

—Seguramente debe de estar bien.

—Espero que sí.

—Cybil.

—¿Sí?

—Eres una muchacha encantadora.

—Gracias.

Torpemente empezó a besarla. Ella cayó de espaldas en la cama, demasiado cansada como para resistirse. Todo lo que podía pensar era que ese hombre tal vez un día fuera presidente. Le resultaba graciosa la idea de que todos los hombres —fueran estrellas del rock o presidentes— fuesen iguales: todos enloquecían por el sexo. ¿Quién era ella para oponerse a eso?

Impaciente, Maxwell descolgó el teléfono.

—Ya he esperado bastante —dijo, amenazador—. Si el helicóptero no llega en quince minutos, mataré a uno de los rehenes.

—Vamos, piense un poco. No sea insensato —razonó el capitán—. Está a punto de llegar.

—No me joda —advirtió Maxwell—. Han estado entreteniéndome durante más de una hora. Si el helicóptero no llega en quince minutos, liquidaré a uno. Y no es una amenaza. ¿Me entiende, cabrón?

—Sí —respondió el capitán—. El helicóptero está en camino. —Hubiese querido añadir—: «También lo está su padre».

Habían descubierto su verdadera identidad. Era Maxwell Sicily, hijo único del infame Carmino Sicily. Luego habían localizado a Carmino en una suite del Beverly Wilshire, donde estaba hospedado durante un viaje de negocios.

Al principio, Carmino no había querido ni enterarse.

—¿Mi hijo? Yo no tengo un hijo.

Pero cuando le explicaron la situación y supo quiénes estaban involucrados, dijo:

—Voy para allí. No hagan nada hasta que yo llegue. Esto se puede arreglar en cuestión de segundos.

Sí, él lo arreglaría. Él se encargaría de su propio hijo y lo sacaría de su vida para siempre. El muchacho no era bueno. Nunca lo había sido. ¿Cómo se atrevía a ponerle en semejante aprieto, con personas tan influyentes? ¿Qué había hecho para merecer un hijo como Maxwell?

—¿Estás bien, querida? —dijo Kris, acercándose a Rafaella y susurrándole al oído—: Este idiota no va a hacernos nada. Créeme.

Todos ellos habían escuchado las amenazas de Maxwell y él quería brindar seguridad a Rafaella.

—No lo sé, Kris —dijo ella con voz temblorosa—. Esto es como una pesadilla. Sólo espero despertar.

—Lo sé, nena, pero no te preocupes. Este tipo es un perdedor. Es pura palabrería. Basta con verlo.

—Espero que tengas razón —respondió Rafaella, tratando de mostrarse valiente.

—Eh, Bobby, te diré lo que pienso —dijo Kris con voz muy baja—. Pronto saldremos de aquí. —Bobby sólo emitió un gruñido.

Maxwell se paseaba por el cuarto, muy agitado, tratando de decidir qué haría. Todo había ido bien hasta que esa vaca del restaurante se había interpuesto en su camino. Le hubiera gustado que ella estuviese aquí. Le habría enseñado algo. Le hubiera puesto la pistola en la boca y le hubiera volado la cabeza.

Sorprendiendo a todos, Marcus habló con voz dura, haciendo más patente su acento extranjero:

—¿Por qué no matas al negro? Dispárale y sácale de aquí. Tal vez así podamos terminar esta charada.

—Maldito hijo de puta —dijo Bobby, rodando hasta el lugar de donde provenía la voz de Marcus.

—¡Dios! —exclamó Kris, dándose cuenta del problema que se había desatado.

—Eres una basura, Marcus —gritó Rafaella—. Eres la última escoria.

—¿Y tú qué crees que eres? —replicó Marcus—. Tú también eres negra como él. También a ti debería haberte hecho arrojar de ese balcón de Río, junto con tu amigo.

Finalmente salía la verdad. Furioso, Bobby lanzó un puntapié hacia el lugar de donde provenía la voz de Marcus, sintiendo el contacto de su zapato con algo duro.

Había dado en la mandíbula a Marcus. Con un grito de dolor, Marcus se levantó con las manos atadas y las dejó caer con todas sus fuerzas sobre la cabeza de Bobby, dejándole inconsciente. Entretanto, Kris pugnaba por liberarse.

Mientras contemplaba esta escena, Maxwell se dio cuenta de que estaba perdiendo el control. Levantó amenazadoramente la pistola, y disparó al aire un tiro de advertencia.

Kris se lanzó sobre él, liberándose de las ataduras de sus tobillos.

Maxwell perdió el equilibrio, y lanzó un disparo que alcanzó a Marcus en pleno estómago.

—¡Dios! —gritó Rafaella, mirando horrorizada la sangre que salía del orificio.

—Ayudadme —gimió Marcus. Miró desesperado a Rafaella, y luego a Kris—. Os lo suplico... ayudadme... detened esta sangre... os daré cualquier cosa. —Su voz comenzó a apagarse—. Todo... el... dinero... que... queráis... Cualquier cosa...

En ese momento se oyó el ruido de un helicóptero que volaba sobre el lugar.

Con aparente calma, Maxwell dijo:

—Ahora saldremos. Y no quiero más problemas.

El ruido del helicóptero había apagado el de los balazos, de modo que el capitán Lynch no tenía idea de lo que había sucedido.

—Es hora de evacuar —dijo—. El helicóptero está aquí.

—Haga que todos se alejen de la casa —indicó Maxwell—. Sólo deje una cámara

de televisión, ¿comprende?

—Sí —respondió el capitán.

—¡Hágalo! —insistió Maxwell—. Le estoy observando.

«Y tu papá te está observando a ti, pequeño bastardo. Él está aquí, listo para molerte a palos».

—Lo haremos.

—Saldremos dentro de cinco minutos —advirtió Maxwell—. Y si algo anda mal. Cualquiera cosa, os mataré a todos. ¿Comprendéis?

—Está bien claro.

—Bien.

Maxwell se volvió hacia sus rehenes. El grupo tenía un aspecto lamentable. Era asombroso cómo el temor podía empequeñecer a las personas. Dirigiéndose a Rafaella, la desató y le dijo:

—Ve arriba y busca una manta.

Había sangre por todas partes. Y Marcus yacía en el suelo, sospechosamente en silencio.

—Creo que está muerto —susurró Rafaella, mirando a Marcus angustiada.

—¿Y qué? —respondió Maxwell—. Lo mismo puede suceder a todos si no seguís mis indicaciones. Ve arriba enseguida, coge la manta y baja inmediatamente. Si no lo haces, él será el próximo —dijo, apuntando a Kris.

—Eres un tipo muy valiente con esa pistola apuntándome a la cabeza —dijo Kris—. Me gustaría ver qué sucedería entre nosotros de igual a igual.

Maxwell le ignoró. No iba a entrar en una riña así. Kris Phoenix no significaba nada. Ninguno de ellos significaba nada: ya que había matado a uno, podía matar a todos los demás. No había ninguna diferencia. Pero no podía hacerlo ahora. Todavía podían serle útiles. En ese momento eran su única protección.

El capitán Lynch había dispuesto estratégicamente hombres armados. También estaba Carmino Sicily, de pie detrás de él. El helicóptero esperaba en medio de la inmensa extensión de césped, frente a la casa. Al mando iba un hombre muy bien entrenado.

Habían desalojado a la prensa, excepto a una cámara de televisión.

Nova estaba junto a Halcón. Llevaba ahora un traje marrón, botas y un abrigo de visón. Estaba sorprendentemente tranquila.

—Cuando salgan —dijo El Halcón—, el capitán dirá a ese personaje que se rinda y arroje el arma.

—¿Y qué le hace pensar que él lo hará?

—Que en este lugar él se vuelve vulnerable. Además su padre hablará con él.

—Pero puede matar a los rehenes.

—No —dijo El Halcón seriamente—. Lo tienen bajo un control tan estricto que, si su dedo se acerca al gatillo, le dispararán. Bastará con un balazo en la cabeza.

—Está oscuro.

—Tienen equipos especiales.

Ella se preguntaba cómo estaría llevando Marcus la situación de cautiverio. Seguramente no demasiado bien. Si la policía no mataba a su secuestrador, él se encargaría de que alguien lo hiciese. Marcus Citroen tenía que controlar todas las situaciones.

—Lo haremos de este modo —dijo Maxwell—. Escuchad atentamente porque cualquier error significará vuestra muerte. Tal como le ha ocurrido a él —dijo pateando a Marcus Citroen.

En el suelo, todavía atado, Bobby comenzó a recobrar el conocimiento mientras escuchaba esas palabras. Abrió los ojos y vio una forma imprecisa que lentamente se fue aclarando.

Parpadeó una, dos veces, sin poder creer lo que estaba sucediendo.

¡Podía ver! ¡Dios! ¡Podía ver!

Los médicos le habían dicho que eso podía suceder así, en cualquier momento, en cualquier lugar. Podía reaccionar así frente a otra situación dramática. ¡Dios! Podía ver, pero sería mejor que nadie lo supiese. Seguramente eso le daría alguna ventaja.

—Vamos a salir al jardín bajo la manta —dijo Maxwell—. Tú irás delante y yo detrás con una pistola apuntando a tu cabeza. La policía no sabrá quién está en qué lugar. ¿Os dais cuenta?

—Muy astuto —dijo Kris.

—Sí —dijo Maxwell—. Es astuto, porque allí fuera han colocado hombres apuntándome desde todas partes. De este modo no corren el riesgo de cometer un error.

Bobby miró a su alrededor. En el suelo, cerca de él, estaban sus gafas oscuras. Subrepticamente las alcanzó con sus manos atadas, y se las puso a fin de que nadie lo notase.

—Voy a desataros los pies. No hace falta que os repita que lo que ha sucedido con Marcus Citroen puede sucederos a vosotros.

Bobby emitió un quejido como para que supiesen que estaba consciente.

—¿Estás bien? —preguntó Rafaella, ansiosa.

¡Si ella supiese!

—Sí —murmuró—. Estoy bien.

—Estupendo —dijo Maxwell irónicamente—. Me alegra saber que todos estáis bien.

—Ahí vienen —dijo el capitán Lynch al ver que la puerta se abría—. Prepárate,

Carmino.

Carmino Sicily se paró al lado del capitán de policía. Estaba listo.

Nova Citroen sintió un escalofrío. Tenía una ominosa sensación de muerte.

El Halcón la rodeó con el brazo para alentarla.

—Pronto terminará todo —dijo—. No te preocupes.

—¡Dios! —exclamó el capitán Lynch cuando vio aparecer el cuerpo cubierto con la manta—. ¡Mierda!

—¿Qué sucede? —preguntó Carmino.

—Están todos bajo la maldita manta. No podemos saber quién es quién. —Cogiendo su walkie talkie, ordenó—: No disparen.

Bajo la manta hacía calor y se estaba muy incómodo. Rafaella iba delante de Maxwell, con la pistola contra su espalda. A cada paso ella temía que la pistola se disparase. Kris estaba al lado de ella. Maxwell les había atado por la cintura, lo que dificultaba mucho la marcha. Bobby iba al final, atado a Maxwell.

—Cualquier bala os alcanzará a vosotros, amigos —se jactó Maxwell—. Un paso en falso y la mato, de modo que ni lo intentéis.

Lentamente, se dirigieron hacia el helicóptero. Cada paso resultaba un tormento.

La noche era muy silenciosa, excepto por los ruidos de la naturaleza: las olas rompiendo en la playa, los grillos y el rumor de las palmeras agitadas por la brisa. La luna brillaba en el cielo.

—Maxwell —se oyó una voz por los altavoces—, soy tu padre, Carmino. Quiero que termines con esto ahora mismo. Libera a los rehenes y ríndete. Es una orden.

Maxwell se detuvo, petrificado. ¿Qué diablos hacía aquí Carmino? ¿Por qué el maldito estaba entrometiéndose? ¿No era suficiente con haber crecido a su sombra, siendo siempre el hijo de Carmino Sicily, el muchacho de Carmino? Odiaba a su padre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gritó histérico.

Instintivamente, tanto Kris como Bobby se dieron cuenta de que era su oportunidad y como si actuaran por telepatía, se movieron al unísono. Kris arrebató a Maxwell su pistola mientras Bobby le golpeaba por detrás con todas sus fuerzas.

Maxwell cayó al suelo, arrastrándoles a todos con él.

—Enciendan los focos —ordenó el capitán Lynch, mientras corría hacia allí, acompañado por varios de sus agentes armados.

El área se iluminó.

Todo había terminado.

EPÍLOGO

En el funeral de Marcus Citroen se congregó una extraña combinación de rockeros, personas de la alta sociedad, líderes del espectáculo y los poderosos del mundo de los negocios.

Venían de todas partes a rendir sus respetos. Casi todos llegaban en aviones privados.

La fila de limusinas que se concentró en el cementerio era impresionante. Más tarde, en Novaroen, el ambiente era festivo. Hawkins Lamont El Halcón pronunció un discurso: iba a echar de menos a su amigo y mentor.

Marcus lo había tenido presente en el testamento. El Halcón heredaría la colección de coches antiguos, dos relojes Cartier de oro macizo y una colección de gemelos de Tiffany. El Halcón apreció el gesto, pero tener una colección de coches antiguos no le interesaba. Los vendió y, con lo obtenido se compró un Ferrari blanco, un Maserati negro y un apartamento de fin de semana en Londres. A los tres meses del funeral se divorció de su esposa. Pocas semanas después, él y Nova Citroen se casaban en secreto en México.

Regresaron a Nueva York, triunfantes. Eran una pareja poderosa. Juntos dirigieron la Blue Cadillac y ampliaron el negocio, ocupándose también del cine y la televisión.

Nova Citroen conservó la fama de ser una de las anfitrionas más elegantes de Norteamérica, y El Halcón siguió dirigiendo las carreras de las más importantes superestrellas. Formaban un equipo formidable.

Cuando Speed consiguió reparar el neumático de la limusina y llegó a Novaroen en esa noche fatal, era demasiado tarde. La situación del secuestro estaba en su apogeo y todo el mundo había enloquecido.

Se dirigió a uno de los encargados del aparcamiento y le preguntó:

—¿Qué es lo que sucede?

—Ahí hay un tipo que se ha vuelto loco. Ha cogido a unas personas como rehenes y ahora pide dinero.

—¿Quién es?

—Un camarero del restaurante. George algo.

—¿George Smith?

—Sí. Ése es el tipo.

Speed salió de allí rápidamente. En la limusina se dirigió a Hollywood, sacó sus cosas del apartamento, dejó la limusina frente a la agencia de alquiler, y tomó el siguiente avión a Las Vegas. Allí se dirigió a su ex mujer y le pidió que le albergara durante un tiempo. Por si George Smith apuntaba sus cañones hacia él.

Ella aceptó con reticencia.

Se quedó en casa durante tres meses. Peleaban todos los días, pero él debía admitir que tenía el mejor par de tetas que jamás había visto. Lamentablemente también tenía gonorrea. La había contraído a través de un cantante sin talento y, naturalmente, Speed, con su buena suerte, se contagió. Así fue cómo regresó furioso a Hollywood.

Una noche conoció a un tipo en un bar; había un trabajo importante que hacer, y el tipo había oído decir que él era el mejor conductor de la Costa Oeste...

Chloe se quedó en Lillianne, donde pasó a ser una celebridad. De no haber sido por ella, Maxwell Sicily podría haber huido con su botín. Nunca se le pasó por la cabeza que, de no haber sido por ella, Marcus Citroen no habría muerto.

Cybil Wilde rompió con Kris Phoenix. Cybil se embarcó en un romance supuestamente secreto con el gobernador Highland.

Un fin de semana del verano siguiente estaban juntos en el yate de un amigo cuando los sorprendieron los paparazzi, que les fotografiaron con poderosos teleobjetivos.

Las fotografías fueron publicadas en todas las primeras planas. La inmaculada reputación del gobernador resultó muy lesionada, pero, en cambio, Cybil fue catapultada a un papel de protagonista en una importante película.

Vicky Fox sacó el mejor provecho de un trabajo arruinado. Se fue de Novaroen en el peor momento del conflicto, logrando que uno de los invitados la llevase en su coche. Se trataba de un viejo abogado que creyó al pie de la letra toda la historia que ella le contó acerca de la disputa que había mantenido con el ama de llaves.

—¿Necesitas un empleo? —le preguntó.

—Sí —asintió Vicky.

Se quedó en su casa el tiempo suficiente para tener un lío con él y robarle una valiosa colección de sellos, que vendió por tres mil dólares, aunque valía más de cien mil.

Se dirigió entonces a Amarillo, Texas, donde se estableció trabajando con disciplina. El negocio era bueno.

A Maxwell Sicily no le fue tan bien. Mientras estaba en prisión y aguardaba el juicio por el asesinato de Marcus Citroen, murió misteriosamente una noche durante

el sueño. No hubo una investigación oficial.

Los tentáculos de Carmino Sicily llegaban muy lejos.

Sara Johnson y Bobby Mondella planearon una tranquila ceremonia de boda en Filadelfia, la ciudad natal de ella. No podían ser más felices.

Le costó bastante conquistarla, pero finalmente lo logró. Muchas cosas habían sucedido después de esa noche en Novaroen. La conmoción de recuperar la vista lo había trastornado. No sabía cómo manejar la situación.

Ver a Sara, la mujer con la que prácticamente había compartido su vida durante los últimos dieciocho meses, fue lo que más le impresionó. Él la imaginaba más negra, más baja, más gorda y más fea. En lugar de eso, la encontró sorprendentemente hermosa. De algún modo le recordaba a Sharleen, cuando era joven.

Antes de que tuviese oportunidad de explicarle lo mucho que significaba para él, ella se fue, dejando una breve nota en la que le decía:

«No me necesitas más, de modo que me despido. Fue maravilloso y siempre te amaré, pero ahora has recuperado tu vida de antes. Disfrútala. Sara».

Le llevó dos meses encontrarla, y cuando lo hizo, le dijo que estaba seguro de que no debían separarse nunca más.

Ella aceptó. Después de todo le amaba, así de simple.

Kris Phoenix y Rafaella tomaron rumbos diferentes.

Después de romper con Cybil, Kris se fue a Inglaterra y dijo a Astrid que todo había acabado entre ellos. Habían estado juntos cuatro años y ya era suficiente: le compró una casa en el campo y le permitió que se quedase con los perros. Se separaron amistosamente.

Se reencontró con Buzz, que seguía alejado de la droga y en franca recuperación, y le sugirió que hicieran algo juntos, los dos solos.

—Sí, me gustaría —dijo Buzz.

—Sí —respondió Kris—. Siempre supe que te gustaría trabajar con una superestrella.

—Sigues siendo el mismo.

—Y eso te gusta, ¿no?

—Así es, amigo.

Mientras ambos reían, los años de separación se desvanecieron, y los viejos amigos se fundieron en un abrazo espontáneo.

Rafaella regresó a Inglaterra, recogió a Jon Jon de casa de su madre, y los dos se instalaron en la casa que ella había comprado, cerca de Regent's Park.

Era agradable estar de nuevo en Inglaterra después de haber pasado tantos años fuera. Era fabuloso ser una estrella sin tener sobre sí la amenaza de Marcus Citroen. A veces pensaba en Marcus y en esa terrible noche en Novaroen. Fue una experiencia que nunca olvidaría. Pero la vida continuaba, y ella estaba dispuesta a vivirla.

Kris Phoenix y Rafaella viajaron a Filadelfia para la boda de Bobby Mondella. Llegaron por separado sin que ninguno supiese de la presencia del otro.

Rocket Fabrizzi fue el padrino, y, aunque Sara y Bobby habían intentado organizar una boda tranquila, la presencia de admiradoras y periodistas fue apabullante.

Rafaella no había vuelto a ver a Kris desde ese trance compartido en Novaroen. De pronto le vio, con su melena y sus intensos ojos azules, iguales a los de Jon Jon.

Tímidamente, esbozó un saludo.

Él se lo devolvió.

Ella sonrió.

Él sonrió a su vez.

¡Dios mío! ¡Que no ocurriese de nuevo! Por tercera vez en su vida, tuvo ese presentimiento.

Había perdido dos veces, pero eso no significaba que debiera dejar de jugar.

Kris se dirigía hacia donde ella estaba.

—¿Hay alguien en este asiento? —preguntó señalando el banco casi vacío.

—No.

—¿Te molesta si me siento?

—Creo que me gustaría.

Juntos vieron a Bobby en el altar. Rocket le seguía.

—Parece nervioso —dijo Kris.

—Seguramente lo está.

—¿Te has casado alguna vez?

—Una.

—Igual que yo —respondió Kris—, pero estoy divorciado.

—Yo también.

La música empezó a sonar, indicando la llegada de la novia. Sara lucía una blanca y hermosa sonrisa.

Bobby se volvió para mirarla mientras ella caminaba hacia el altar. Pensó que era la chica más hermosa que jamás había visto.

—Romántico, ¿no? —murmuró Kris.

Rafaella asintió. Tenía miedo de mirarle a los ojos, porque sabía que, si se internaba en esos profundos ojos azules, estaría perdida para siempre.

Quizá debiera correr el riesgo. ¿Cómo era ese viejo refrán? «A la tercera va la vencida» o algo así.

—Oye, Raf. —Él se inclinó hacia ella, hablándole con una voz suave e íntima—. Hay algo que quisiera decirte.

—¿Sí?

Sus ojos se encontraron y fue memorable.

—Sólo quiero que sepas...

—¿Qué?

—Que cuando te conocí dejé para siempre a las rubias.

—No lo sabía.

—Es la verdad —dijo él, con un guiño. Cogió una mano de ella entre las suyas y la apretó dulcemente—. Será mejor que observemos la boda y veamos cómo se hace. Puede que algún día nos resulte útil.

Ella le sonrió. Kris Phoenix era una aventura que merecía ser vivida, y ella era lo suficientemente madura ya como para poder disfrutarla.

—Está bien —acordó ella.

—Después de todo —comenzó él.

Ella se le unió y juntos completaron su expresión favorita:

—Es sólo rock and roll...

FIN